

TRILOGÍA DEL REVERENDO HAKE

Frederik Pohl

- 1 – Marte enmascarado**
- 2 – Guerra tibia**
- 3 – Cual plaga de langosta**

MARTE ENMASCARADO

I

El día en que fueron a buscar al Reverendo H. Hornswell Hake era su trigesimonoveno aniversario, y su secretaria, Jessie Tunman, le había preparado un pastel. Porque era muy comedida y sentimental, sólo le había colocado dos velitas. Y, porque Jessie era así, lo había plantado frente a él con una mueca de disgusto.

- Es muy considerado por tu parte, Jessie - dijo él, contemplando el recubrimiento de coco que tanto le desagradaba.

- Claro. Lo mejor será que te lo comas rápido, porque tu gente de las nueve en punto está saliendo en este momento de su cochecito. ¿No vas a apagar las velas? - lo contempló mientras lo hacía -. Bueno, feliz cumpleaños, Horny. Sé que te hubiera gustado más de chocolate, pero ya sabes que te produce granos.

No esperó una respuesta, sino que cerró la puerta tras ella.

Naturalmente, lo había encontrado vestido sólo con el pantalón de deporte, levantando pesas ante el espejo. Ahora que había dejado de hacer ejercicio se estaba congelando; abrió rápidamente un cajón y metió dentro las pesas. Se puso los pantalones, se colocó unas botas forradas sobre los calcetines de deporte y comenzó a abotonarse la camisa, cubriendo la gran trama de cicatrices que se curvaba bajo su pezón izquierdo. Para cuando aparecieron sus primeros feligreses ya estaba sentado tras su escritorio, volviendo a semejar más el religioso unitario que era que el macho deportista que parecía antes.

Otro matrimonio que se iría al traste, si él no lo solucionaba. Era una responsabilidad que había aceptado tiempo ha, cuando había hecho sus votos en el seminario, pero eso no hacía que las cosas fueran más fáciles. Les ofreció a aquellos jóvenes un pedazo de su pastel de cumpleaños y se arrellanó en el sillón para escuchar, una vez más, sus quejas y acusaciones.

Hake se tomaba muy en serio sus funciones religiosas, pero sobre todo sus funciones como consejero. Y de todas las exigencias de apoyo y resolución de problemas que le imponía su congregación, las más difíciles y agotadoras eran las relativas al matrimonio. Acudían a él para que les aconsejase sobre problemas conyugales, con el rostro brillante y una fina capa de sofisticación tratando de cubrir sus descarnadas y aterrorizadas interioridades. Él les daba el máximo apoyo que podía.

- ¡Te aseguro que te amo de veras, Alys! - gritaba furioso Ted Brant.

Hake contemplaba educadamente a Alys. Ella no respondía a sus palabras; estaba mirando, con los labios muy apretados, a un rincón de la habitación. Hake suprimió el deseo de suspirar y siguió en silencio. Esto era la mitad del trabajo de consejero: mantener la boca cerrada, aguardando a que los que iban a casarse o estaban pensando en divorciarse escupieran todo lo que había en su interior, lo que realmente pensaban. Tenía los pies fríos. Estiró disimuladamente la mano y los arrebujo más con la manta afgana con la que se los había tapado.

Una llamada en la puerta rompió la escena y Jessie, su secretaria, atisbó por la rendija:

- Lo lamento - dijo atropelladamente -, pero esto parecía importante.

Dejó una nota en la mesilla y cerró la puerta de nuevo, sonriendo a los jóvenes para mostrarles que, en realidad, no los estaba interrumpiendo.

Horny extrajo sus pies de la manta afgana y atravesó la alfombra para ir a mirar la nota:

«Un inspector de Hacienda quiere verle inmediatamente.»

- ¡Oh, Dios! - exclamó. Su conciencia estaba tan limpia como las de la mayoría, lo que equivale a decir que algo turbia sí que la tenía. No es que esperase sufrir ningún problema grave, pero estaba acostumbrado a enfrentarse con cosas a las que no se les podía llamar problemas, pero que resultaban ser unas molestias interminables. Una de las cosas buenas de su profesión era que muchas de las cosas en las que la gente gastaba dinero eran, para el clérigo, deducibles de impuestos: la casa mucho mayor de la que necesitaba un hombre solo, justificable porque muchas habitaciones eran empleadas para menesteres parroquiales tales como la tarea de aconsejar, o las reuniones, que en realidad eran pequeñas fiestas en las que se tomaba vino y queso, o aquellos viajes ocasionales, que a él tanto le agradaban, que casi siempre eran para acudir a seminarios, convenciones eclesiásticas y cursillos profesionales. Pero lo malo que tenía aquella buena situación era que, cuando uno podía deducir tanto, tenía que pasar mucho tiempo demostrando que las deducciones eran correctas.

Ted Brant lo estaba contemplando a él ahora, con la expresión de un hombre que se da cuenta de que le han ofendido.

- Pensaba que esta reunión era acerca del fracaso de nuestro matrimonio - dijo.

- Así es, Ted. Lamento la interrupción - explicó -. Y, sin embargo, llega en un momento muy adecuado. Quiero que intentéis hablar en privado acerca de las cosas que aquí hemos discutido. Así que voy a salir de esta habitación durante diez minutos. Y si no sabéis de qué hablar, pues bien, Alys... tu podrías reflexionar acerca de lo que opinas sobre eso de cooperar en la cocina: ése es un punto muy adecuado, sobre lo que sientes acerca de esa cocina tan sucia. Y no tenéis que excusaros por mostrar cuáles son vuestros verdaderos sentimientos - señaló la botella de vino y la cafetera -. Servíos lo que queráis. Y coged otro pedazo de pastel.

En la antesala, Jessie estaba dando vueltas a la multicopista y contando páginas: Clisclás, clisclás, clisclás. Hizo una pausa para decir:

- Te está esperando en su coche, Horny.

- ¿En su coche?

- Es un tipo raro, Horny. No me gusta. Y, escucha, la calefacción se ha vuelto a descomponer. Fui abajo a ver, pero no hay presión en el gas.

- El del gas dijo que pasaría hoy.

- Nunca viene hasta última hora de la tarde y, para entonces, nos habremos convertido en carámbanos. Voy a tener que enchufar la estufa eléctrica.

Hake gruñó. El racionamiento de energía hacía que la vida resultase difícil cuando el invierno se resistía a desaparecer, como estaba sucediendo aquel final de marzo. La compañía eléctrica había montado un fusible sellado en la acometida. Se suponía que no debía saltar por debajo de los treinta amperios, pero la verdad es que no eran demasiado precisos. Si saltaba, aquello significaba que había que esperar a que llegase un electricista de la compañía a repararlo, al que seguía un policía con una citación por derroche de energía.

- Hazlo si lo crees necesario - admitió -, pero apaga unas cuantas luces. Y entra a apagar el calentador del estudio. Ahí dentro ya tienen suficiente calor animal.

- Me molesta mucho interrumpir a los jóvenes - dijo ella, con aire virtuoso.

- Seguro que sí. - Era verdad: lo que a ella le gustaba era escuchar tras la puerta. Él se puso un suéter y salió al porche. El viento llegaba directamente desde el Atlántico y lo rociaba con gotitas de espuma del mar o llovizna.

La casa parroquial era un edificio de ciento cincuenta años de antigüedad, de los tiempos en que los presidentes iban a Long Branch a tomar los aires del mar (y a morir allí, como sucedió con un par de ellos). Aquellos días pertenecían al pasado. Las tallas del porche estaban reblandecidas por la podredumbre y el Fondo de Reconstrucción nunca alcanzaba para pagar el cambio de las contraventanas y de las tejas que saltaban

cada vez que el viento soplaba. En otro tiempo aquélla había sido la casa de veraneo de una acaudalada familia de Filadelfia, luego un prostíbulo, un garito de los tiempos de la Ley Seca, un asilo donde llevaban a morir a los ancianos, el cuartel general del grupo local de Ku Klux Klan, ocho o diez tipos diferentes de pensión y por fin había quedado vacía... Últimamente había pasado mucho tiempo vacía. Y la Iglesia Unitaria la había comprado entonces, porque era barata. Si no la hubiesen declarado edificio histórico haría tiempo que la hubieran derribado, pero los unitarios habían supuesto que lograrían el suficiente trabajo gratuito por parte de equipos de voluntarios, como para reconstruir las chimeneas, colocar un nuevo techado, arreglar las cañerías y dar una capa de pintura a la totalidad. Al final sí que la pintaron... y todo lo demás fue remendado. Incluso la pintura estaba empezando a caerse. El viento marino había arañado el verde unitario para dejar a descubierto el amarillo del garito y el marrón del prostíbulo, e incluso rastros de lo que debía de ser el blanco original de la casa veraniega.

Hake descansó la mano en el raíl del ascensor para la silla de ruedas, que no había vuelto a usar desde su renacimiento, hacía dos años, y se sujetó la bufanda buscando a su visitante. No era fácil ver coches entre los montones de cascotes de las excavaciones de la calle, que parecían haberse convertido en algo crónico... pero al fin lo descubrió. No cabía error: en una manzana por la que se desperdigaban algunos triciclos a motor y unos pocos minivolkswagen, era el único Buick, además un cuatro puertas. ¡Y, a pesar de que Hake no podía dar crédito a sus sentidos, esperaba con el motor en marcha!

Horny Hake tenía un carácter fuerte, adquirido en el kibbutz en el que había pasado su niñez y en el que se respetaba la libertad de expresión de cada uno; un lugar en donde si uno no chillaba hasta quedarse ronco, ni siquiera se daban cuenta de que existía. Bajó los escalones de un salto, abrió de un tirón la pesada puerta, tan ineficiente y malgastadora de combustible, se inclinó hacia el interior y gritó:

- ¡Cerdo derrochador de energía, apague ese motor!

El hombre que había al volante lanzó el cigarrillo que llevaba en los labios y volvió hacia él un rostro asombrado:

- ¿Reverendo Hake?

- ¡Vaya si soy el Reverendo Hake, sea-usted-quien-sea ¿Qué mierda pasa con mi declaración de impuestos? - Temblaba, en parte por el frío y en parte por la ira -. ¡Y apague de una vez ese maldito motor!

- ¡Ah, sí, señor, claro! - giró la llave de contacto y empezó a subir el cristal de la ventanilla con una mano, mientras trataba de estirarse para acabar de abrir la puerta del lado de Horny con la otra -. Hágame el favor de entrar, señor. Desde luego, lamento el haber dejado el motor en marcha, pero con este tiempo...

Hake, irritado, se metió en el coche y cerró la puerta.

- De acuerdo. ¿Qué pasa con mis impuestos?

El joven luchó por extraer una cartera del bolsillo trasero de su pantalón de la que sacó una tarjeta de visita:

- Ésta es mi tarjeta, señor. - Decía:

T. Donald Corry

Adjunto Administrativo

Senador Nicholson Bainbridge Watson

- Pensaba que era usted de Hacienda - dijo Hake suspicaz, girando la tarjeta en su mano. Estaba muy bien impresa y, aparentemente, hecha con papel de lino no recuperado... ¡Otro tipo de despilfarro!

- No, señor. Llegados a este punto esa afirmación se convierte ya en... esto, inoperante.

- ¿Significa eso que ha mentido?

- Significa, señor, que ésta es una cuestión de seguridad nacional. Y no he querido exponerme a revelar un asunto tan delicado a su colaboradora la señora Tunman, o a esas personas de su parroquia que están dentro.

Horny se volvió en el acolchado asiento y estudió a Corry. Empezó a hablar con tono normal, pero cuando acabó estaba gritando:

- ¿Quiere usted decir que ha venido aquí, apestando el aire con su gran Buick, me ha sacado de una sesión de consejos matrimoniales a mis feligreses, ha sobresaltado a mi secretaria, a la que no puedo pagar lo suficiente como para permitirme que esté descontenta, me ha dado un susto de muerte haciéndome creer que habían venido a revisar mi declaración de impuestos, y lo único que quería decirme es que un senador al que no conozco quiere venir a hablarme?

- Sí, señor - dijo Corry, parpadeando - más o menos es eso, Reverendo Hake; a excepción de que el, esto, senador tampoco tiene nada que ver en el asunto, también eso es inoperante. Y, en cualquier caso, nadie va a venir aquí.. Usted va a ir allí.

- No puedo dejarlo todo e irme...

- Sí, sí puede Reverendo. Tengo aquí sus documentos de viaje. El de las 8,15 a Newark, el Metroliner a Washington; estará usted en destino a la una y cuarto y le habrán terminado de informar a las dos, como muy tarde. Adiós, Reverendo Hake.

Y, antes de que Horny se pudiera dar cuenta de lo que pasaba, estaba de nuevo fuera del vehículo, aquel pestilente motor de ocho cilindros se había puesto en marcha y el coche había girado en dirección prohibida y se había marchado.

- ¿Te has metido en problemas, Horny? - le preguntó ansiosa Jessie Tunman.

- No creo. Bueno, quiero decir que supongo que todo es cuestión de rutina - le contestó, saliendo de su abstracción.

- Vale, eso es bueno porque ya tenemos bastantes problemas. He estado escuchando la radio: hay algaradas en Asbury Park y los basureros se acaban de declarar en huelga, de modo que habrá racionamiento de metano si la cosa no se ha solucionado para mañana.

- Oh, Dios.

- Y sigo sin poder conseguir algo de calor, y será mejor que entres porque hace un minuto los he oído gritándose ahí dentro.

Hake meneó la cabeza tristemente; casi se había olvidado de los problemas matrimoniales de sus feligreses. Pero eran menos complicados que los suyos propios y, desde luego, no tan preocupantes. Se estiró al atravesar la puerta:

- Bueno - inquirió -. ¿Qué es lo que habéis decidido?

Ted Brant paseó la vista por la habitación y contestó:

- Supongo que tendré que decirlo yo: Alys está decidida a divorciarse.

Aquello era un golpe bajo; Horny había confiado en que se reconciliarían. Así que su voz sonó irritada cuando dijo:

- Lamento oír eso, Alys. ¿Estás segura? Naturalmente; yo no tengo al matrimonio por un sacramento indisoluble, pero la experiencia me dice que la gente que se divorcia casi siempre repite el mismo estilo de matrimonio con nuevos cónyuges. Ni mejoran, ni empeoran.

- Estoy segura, Horny - afirmó Alys. Lo enrojecido de sus ojos y las señales en el maquillaje mostraban que había estado llorando, pero ahora se dominaba.

- ¿Es por Ted?

- Oh, no.

- ¿Walter?

- No. Ni tampoco por Sue-Ellen. Son de lo mejor que haya. Pero serán más felices con otra persona, Horny.

- ¡No lo seremos, cariño! - gritó apasionadamente Walter Sturgis -. Eres todo lo que deseamos en una esposa. La casa no será igual sin ti.

- Lo lamento, Walter, pero esto es algo que debo hacer.

Sturgis la miró, con ojos que dejaban escapar lentas lágrimas. Respiraba jadeando.

- Oh, Horny - gimió -. Nunca pensé que fuera a acabar así. Recuerdo el día en que conocí a Alys.

- ¡Oh, Walter, calla... por favor! - dijo ella.

El negó con la cabeza.

- Ted nos presentó. Ellos dos acababan de casarse. Siempre me había caído bien Ted, pero jamás había pensado en un matrimonio plural hasta que conocí a Alys, tan hermosa, tan distinta. Y luego, cuando apareció Sue-Ellen, todos nos acoplamos. Nos propusimos en matrimonio el mismo día en que la conocimos.

- En realidad fue dos semanas después de que nos conociésemos, cariño - intervino Sue-Ellen con alguna dificultad: ella también había estado llorando.

- No, querida, eso fue después de que tú y yo nos conociéramos; me estaba refiriendo a cuando los dos conocimos a Ted y Alys - corrigió y luego siguió, desesperado -: Si Alys no cambia de idea no sé lo que voy a hacer, Horny. Jamás encontraré a otra mujer como ella. Y estoy seguro de que Ted y Sue-Ellen piensan lo mismo.

Mucho después de que se hubieran marchado, Horny siguió sentado en la creciente oscuridad, preguntándose dónde habría estado su fallo. Pero, ¿el fallo había sido suyo? ¿No tendría algo que ver la terrible y creciente tensión y desesperación del mundo? ¿No estaría eso destruyendo más nexos sociales que simplemente los del matrimonio? Las huelgas y los atracos, el desempleo y la inflación, la repentina desaparición de las frutas frescas de las tiendas en verano y de los árboles de Navidad en diciembre, las preocupantes y permanentemente molestas carencias que se habían convertido en el hecho central de la vida de todos y cada uno... ¿No sería ahí donde estaba la causa y no en un fracaso personal suyo?

Pero sentía el fracaso como propio. Y esto casi le resultaba una idea atractiva. Llevaba el suficiente tiempo ejerciendo su ministerio como para darse cuenta de que algún atisbo de culpa era un posible inicio para un tema de sermón. Tomó el micrófono, apretó el botón y comenzó a dictar antes de fijarse en que no se había encendido la luz roja de la puesta en marcha.

Al mismo tiempo Jessie Tunman abrió la puerta sin llamar.

- ¡Horny! ¿Has encendido tu estufa?

Miró hacia abajo con aire culpable y allí estaba. No brillaba, pero estaba caliente y chasqueaba por las tensiones térmicas.

- Supongo que sí.

- Vale, pues esta vez sí que la has hecho buena. Ha saltado el fusible de la acometida.

- Lo lamento, Jessie. Bueno, el de la compañía del gas estará pronto aquí...

- Sí, pero entonces el encendido no funcionará, porque no habrá chispa eléctrica, ¿no? Tendrás suerte si no se hielan las cañerías, Horny. En cuanto a mí, estoy pasando frío, así que me voy a casa.

- Pero la hoja dominical...

- Acabaré de imprimirla mañana, Horny.

- ¿Y mi sermón? ¡Ni siquiera he empezado a dictarlo!

- Ya lo dictarás mañana, Horny. Y lo pasaré a máquina.

- No podré. Tengo que irme... tengo que hacer algo mañana.

Ella le contempló con curiosidad.

- Bueno - dijo, haciendo una mueca -, pues cuando subas al púlpito el domingo por la mañana siempre puedes hacerles unos juegos de manos. Me he de ir ya, o me pondré enferma, y entonces tampoco podré venir mañana.

La contempló subirse la cremallera de su anorak guateado y transferir el broche de plata en espiral de su blusa al mismo. Cuando se iba, apareció alguien en la puerta y, por un momento, Horny tuvo esperanzas... ¿Sería el hombre de la compañía del gas? ¿O el

de la electricidad? ¿O quizá ambos? Pero no, era el policía con una citación por malgastar energía.

- Es su quinta contravención, Reverendo - sonrió burlescamente, soplando el aliento a las enrojecidas manos -. ¿No cree que debería dejarle un par de impresos en blanco, para que los llene usted mismo y evitarme un viaje la próxima vez?

Horny se lo quedó mirando: era un hombretón alto y gordo, con un nudo que indicaba que era homosexual en la hombrera de su uniforme, un brazalete de cuero claveteado en la muñeca y la bandera estadounidense a medio camino entre los otros dos símbolos. No era el tipo de persona con la que a Horny Hake le agradara discutir. Le vinieron un centenar de respuestas hirientes a los labios, pero lo que dijo fue:

- Gracias, Sargento. Vaya tiempo malo, ¿eh?

II

Apenas si llegó a las 8,15 a la parada, pero también el autobús iba retrasado. Para cuando el vehículo llegó arrastrándose ya había pasado diez interminables minutos al incesante y gélido viento. La primera parte estaba llena, lo que significó subir al remolque y sentarse junto al gasógeno, que era viejo y no hermético, por lo que escupía humo al interior del autobús cada vez que el conductor cambiaba de marcha. Podría haberse quedado dormido, pero estaba la cuestión de su sermón del día siguiente. No tenía sentido dejarlo para otro momento. Quitó la tapa de la maltrecha máquina de escribir portátil, se la colocó sobre las rodillas y comenzó a aporrear las teclas:

Hay que hallar algo que amar en cualquiera.

Bueno, aquello era un inicio. Cuando uno pensaba en ello podía encontrar algo que amar en cualquier ser humano. ¿Jessie Tunman? Era una gran trabajadora: el mundo se haría pedazos si no fuera por las personas como ella. El hombre de la compañía del gas, yendo de casa en casa a pesar del tiempo tan despacible, para hacer que la gente estuviera caliente. El Sargento Moncozzi... no encontró nada que amar en el Sargento Moncozzi; esto interrumpió su cadena de pensamientos, por lo que permaneció un momento perdido, con la mente en cien cosas a la vez para, finalmente, tachar lo que había escrito y teclear un nuevo título:

Si no puedes amar a alguien, al menos sé tolerante

- Disculpe - le dijo la señora sentada a su lado -. ¿Es usted escritor?

La miró. Se había subido en Matawan y era una mujer de mediana edad, con un anillo de casada del viejo estilo beligerantemente exhibido en su dedo y un cabello inciertamente dorado.

- No exactamente - le contestó.

- Ya me parecía a mí - contestó ella -. Si fuera usted un verdadero escritor estaría escribiendo en lugar de quedarse mirando el papel en blanco.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventanilla. El autobús con remolque estaba traqueteando cuesta arriba por la larga pendiente del Puente Edison, con el motor gruñendo sin lograr alcanzar los cuarenta kilómetros por hora. No iba mal en llano, pero en cualquier cuesta que pasase del tres por ciento no podía alcanzar el límite legal de ochenta. Abajo, el río estaba repleto de hielo que se estaba ya rompiendo, festoneado por una maraña de jacintos de agua. Un remolcador se afanaba obstinadamente en abrir camino para un tren de barcazas de carbón que había que llevar río arriba.

- Cuando yo era pequeña - comentó la mujer, inclinándose sobre él para mirar por la ventana -, por ahí iban las barcazas - tanque, llenas de petróleo.

Frotó el vaho para dejar un círculo libre en la ventanilla y resopló, mirando a las casas baratas.

- Docenas de tanques. Y de los grandes. Y todos ellos llenos. Y refinerías, con los penachos de llamas surgiendo en la cima porque estaban quemando los gases sobrantes.

¡Gases sobrantes, jovencito!. Ni siquiera pensaban en aprovecharlos. Oh, le aseguro que aquellos sí que eran buenos tiempos, los de los setenta.

Si no puedes amar a alguien, al menos sé tolerante.

Horny, ejercitando al máximo su tolerancia, dijo:

- Supongo que tiene que haber lugares en los que viva la gente.

- ¿La gente? ¿Y quién habla de la gente? Lo que yo digo es, ¿dónde está ahora el petróleo, jovencito? Todo el que nos dejaron los judíos lo tienen ahora los comunistas. Si no fuera por ellos, volverían los buenos viejos tiempos.

- Bueno, señora...

- Usted sabe que tengo razón, ¿no? ¡Y todo este crimen y toda esta contaminación! - se dejó caer en su asiento, con el cuello girado para mirarle triunfante.

- ¿El crimen? ¡No sé que tiene que ver el crimen con eso!

- Pues está bien claro. Todos esos jóvenes sin nada que hacer... si tuvieran coches podrían dar vueltas por ahí con unas cervezas y alguna chica y todos contentos. ¡Oh, qué bien me acuerdo de los buenos tiempos, hasta que estos judíos los echaron a perder!

Horny Hake luchó por contener su indignación. Naturalmente, ella se estaba refiriendo a las represalias israelíes contra la Liga Árabe, las incursiones aéreas y acciones de comandos que habían hecho saltar en llamas todos los principales campos petrolíferos del Oriente Próximo, originando la tormenta de fuego de Abú Dabi y un millar de otros incendios más pequeños, pero igualmente inmensos.

- ¡No estoy de acuerdo, señora! ¡Israel estaba luchando por su supervivencia!

- ¡Y echando a perder la mía! Hablemos de la contaminación; ¿sabe usted que los judíos aumentaron la proporción de partículas suspendidas en el aire en un siete coma dos por ciento? ¡Y lo hicieron por pura maldad!

- ¡Lo hicieron para salvar sus vidas, señora! No eran los ejércitos árabes lo que ponían en peligro a Israel, eso quedó demostrado en seis ocasiones: ¡era el petróleo árabe y el dinero árabe!

Ella lo miró con creciente comprensión y luego se sorbió la nariz.

- ¿Es usted judío? - le preguntó - ¡Ya me parecía a mí!

Hake se tragó la respuesta y volvió a mirar por la ventanilla, casi a punto de estallar. Tras un momento le volvió a colocar la tapa a la máquina de escribir, la deslizó bajo el asiento, cerró los ojos, cruzó las manos y comenzó a hacer sus ejercicios isométricos, para relajarse.

El problema con aquella pregunta era que tenía una respuesta complicada y aquella mujer no le caía bastante bien como para dársela. Hake no se consideraba judío... bueno, no lo era. Pero era aún más complicado. Tampoco pensaba en sí mismo como en un clérigo, o al menos no era el tipo de persona que uno se imaginaba cuando pensaba en un hombre de la iglesia allá en su niñez. Y considerando lo mucho que había cambiado su vida en los últimos dos años, no estaba muy seguro de lo que realmente era. Bueno, excepto de que él era él. Físicamente podía ser alguien nuevo, pero interiormente era el viejo Horny Hake, cuyas alternativas estaban muy limitadas: no tenía demasiada suerte con las mujeres ni demasiado éxito en las finanzas. Quizá ni siquiera fuera demasiado brillante, en comparación con los chicos jóvenes que ahora salían de los seminarios. Pero, de todos modos, era el centro de su universo personal.

El primer recuerdo de infancia que tenía Horny era de haber sido llevado, apresurada y no demasiado cuidadosamente, a través de los trigales del kibbutz de sus padres. Los rociadores de agua estaban funcionando y el olor del grano pesaba en el aire húmedo y calmo. Quizá entonces tuviera unos tres años y era mucho después de la hora en que debería haber estado en la cama.

Se despertó gritando, algo lo había asustado. Y seguía asustándole: sonidos rugientes, atronadores, gente gritando y quejándose. No sabía lo que era. El pequeño Horny sabía muy bien cómo sonaba el fuego de los cohetes, porque cada semana había visto a la

milicia del kibbutz practicando en los campos baldíos. Pero esto era diferente: no podía identificar aquellas aterradoras erupciones con el ordenado fuego de la práctica de tiro. Ni tampoco había oído antes a la gente gritar de miedo y agonía cuando estallaban los cohetes. Comenzó a llorar. «Silencio, bilmouachira», dijo quienquiera que lo estuviera llevando auestas; era la voz de un hombre, ronca y asustada. No era la de su padre y, entonces, se dio cuenta de que ni su padre ni su madre estaban con él, que estaban solos él y aquél desconocido, y dejó de llorar. Todo era demasiado aterrador para poder resolverlo con simples lágrimas.

A los tres años era lo bastante pequeño como para ser tratado aún como un bebé, pero lo bastante mayor como para que eso no le gustase. También le molestaban las sensaciones físicas que notaba allí donde se encontraban: hacía un calor molesto, pero la neblina de gotitas de los rociadores era húmeda y fría. «Déjame en el suelo, nagboret», le gritó al hombre que le llevaba, pero éste no le hizo caso, sino que colocó una mano sucia y callosa, que sabía a grasa y sal, sobre la boca de Horny. Y entonces Horny reconoció la mano: era la de Ahmet, el electricista palestino que controlaba las máquinas de ordeñar del kibbutz y que hacía de canguro para los padres de Horny cuando éstos volaban a Haifa o Tel Aviv, a pasar el fin de semana.

En toda lógica la vida de Horny debería haber acabado justo en ese momento, porque los comandos de la OLP los tenían justo en su campo de tiro. Lo que les salvó fue una diversión: Horny recordaría toda su vida aquella torre de llamas que pareció alzarse hasta el cielo. Luego, cuando creció, la llegó a confundir mentalmente con la tempestad de fuego de Abu Dabi, que se produjo cuando los israelíes lanzaron su carga hueca nuclear en los campos petrolíferos que daban poder a los árabes. Naturalmente, esto era imposible. Probablemente, lo que en realidad estalló en el borde del kibbutz no fue más que los depósitos de combustible para los tractores, pero aquello mantuvo ocupados a los guerrilleros durante el tiempo suficiente como para que él salvara su vida.

Horny nunca volvió a ver a su padre. Ninguno de los hombres que componían la milicia del Kibbutz Meir sobrevivió al primer combate. La madre de Horny se salvó, pero había sido demasiado gravemente herida como para poder volver a la vida agrícola. Cogió a su hijo y volvió a los Estados Unidos, vivió lo bastante como para casarse con un viudo con cinco hijos y darle una nueva hermanastra a Horny. Era lo mejor que podía hacer por su hijo y ya fue mucho. Él creció en el seno de aquella familia en Fair Haven, New Jersey, bien cuidado y con una buena educación.

Eso fue durante la última guerra árabe-israelí, la cuarta después de la del Yom Kippur, la segunda después de la de la Bahía de los Tiburones, la que solucionó para siempre la situación. Ya mayor, Horny se había debatido alternativamente entre sus deseos de volver a Israel, para trabajar en su reconstrucción (al parecer Israel se las arregló muy bien sin él), o ayudar a su nuevo país como ingeniero termodinámico capaz de resolver los problemas originados por la eliminación de las reservas petrolíferas. Las cosas no fueron así. Quizá hubieran podido serlo, si no hubiera pasado gran parte de su juventud en una silla de ruedas. Pero, tras cuatro años en el MIT, comenzó a darse cuenta de que con la tecnología no podía resolver el tipo de problemas sobre los que le consultaba la gente: como inválido, el joven se convirtió en el hombro al que todos iban a llorar, el depositario de todas las confidencias. Y descubrió que aquello le gustaba, así que el siguiente paso fue el seminario y acabó siendo un clérigo de la Iglesia Unitaria.

No se había casado. No porque estuviera en una silla de ruedas. ¡Oh, no! Bastantes muchachas le habían dejado bien claro que aquello no iba a ser un inconveniente para ellas. En sus días de seminario había pagado las consultas de un psiquiatra, una docena de horas de éstas que sólo duran 50 minutos, para tratar de descubrir, precisamente, por qué él era así. Aunque no estaba seguro de haber sacado buen provecho a aquel dinero, el caso era que, al parecer, todo tenía que ver con su excesivo orgullo. Pero, ¿por qué era tan excesivo su orgullo? Había descubierto que estaba lleno de conflictos sin resolver.

Odiaba a los árabes que habían matado a su padre y, a la larga, también a su madre. Pero el hombre que le había ocultado entre el trigo y salvado la vida también era un árabe, y a éste lo amaba. Lo habían educado como judío, aunque un judío no practicante en lo religioso, claro, pero, eso sí, en una atmósfera llena de dreidels y velas de Chanukkah. Sin embargo, sus dos progenitores habían nacido en el seno de iglesias protestantes, uno en la luterana, la otra en la metodista, aunque admiraban el estilo de vida de los kibbutz (o sea, las granjas colectivas de Israel), y se habían presentado voluntarios para trabajar en uno de ellos; en aquellos excitantes años en que los kibbutz de la segunda generación abandonaban el campo para instalarse en las ciudades y las granjas agroindustriales estaban desesperadamente necesitadas de mano de obra.

Así que había acabado siendo el pastor de la Iglesia Unitaria de Long Branch, New Jersey, situada entre un aparcamiento y una pizzería, y era un estilo de vida que le agradaba bastante. Al menos hasta su última operación, la de hacía dos años, en la que las cosas habían cambiado mucho.

Ahora ya no estaba muy seguro de lo que realmente le gustaba. Tenía claro, eso sí, lo que le disgustaba: le molestaba el crimen, la suciedad, la pobreza y la maldad; y lo que más le disgustaba eran las personas llenas de prejuicios, tales como la mujer sentada a su lado. Se quedó en silencio todo el camino hasta Newark, donde salió del autobús, mientras el conductor permanecía en la puerta del mismo vigilando con la escopeta en sus manos hasta que los pasajeros se encontraron a salvo en el interior de la estación, justo a tiempo para coger el Metroliner hacia Washington.

El Metroliner era un convoy de coche motor y tres remolques, con conductor, ayudante, revisor y azafata. Desde fuera parecía resplandeciente y nuevito; por dentro no era tan nuevo. Por una parte, en el compartimiento que le tocaba por su billete, tres de las ventanas estaban encalladas abiertas; por otra parte, la mujer del autobús de Long Branch le siguió, pisándole los pasos, aparentemente ansiosa por reanudar la conversación.

Durante los primeros treinta kilómetros Hake trató de parecer dormido, pero le resultaba difícil: no sólo estaba abierta la ventanilla que tenía tras él, sino que, además, por alguna extraña razón, el aire acondicionado estaba puesto a toda marcha, y cada vez que se recostaba y cerraba los ojos le daban gélidas corrientes de aire en la frente.

En la parada en el restaurante Howard Johnson de las afueras de Filadelfia bajó, fue al lavabo de caballeros, salió y se quedó hosco, contemplando el depósito de escoria, hasta que el conductor, impaciente, hizo sonar la bocina. Saltó al interior en el último minuto, seguido de cerca por una muchacha vestida con un mono de pana, que le dedicó una sonrisa sorprendentemente invitadora. La sonrisa desapareció cuando él se sentó en el asiento delantero, junto a una mujer negra que pasaba cuentas de rosario. La chica dudó y luego se fue hacia atrás, al más cercano asiento vacío y, agradecido, Hake se quedó dormido.

Se despertó mucho tiempo después, dándose cuenta de que alguien le estaba hablando en un penetrante susurro:

- ...molestarle, pero es muy importante. ¿Querría venir conmigo al lavabo?

Se incorporó súbitamente, notándose agarrotado por el sueño y algo irritado. Su vecina negra se había ido y había sido sustituida por una portorriqueña que aguantaba a un niño con una mano y un ejemplar de El Diario con la otra.

La voz llegaba de detrás de él; se volvió y se topó con los ojos de la chica del mono.

- ¡Vuélvase! - susurró ella, tensamente -. ¡No me mire!

Confuso, obedeció la orden. El susurro le llegó de nuevo:

- Creo que le vigilan y no quiero problemas, así que lo que haré será ir hacia el lavabo.

Nadie se fija mucho en los que hacen eso. Iré al de la izquierda: tiene la taza rota, así que no lo usan demasiado. ¿Vendrá usted?

Hake iba a preguntarle para qué, pero se tragó la pregunta. En lugar de eso inquirió:

- ¿Dónde estamos?

- A una media hora de Washington. Vamos, tigre, no le voy a hacer daño.

- Tengo que bajar muy pronto - explicó Hake -. Quiero decir que no voy hasta el mismo Washington...

- ¿Quiere usted ir hacia atrás y dejar de discutir? Mire, yo me voy ya hacia el lavabo. Espere un minuto, luego se levanta, camina tranquilamente y entra allí. Dejaré la puerta sin cerrar. Hay mucho sitio, ya lo he comprobado.

- Señora - intervino Hake -. No sé exactamente lo que sucede, pero le ruego que me deje en paz.

- ¡Estúpido!

- Lo lamento.

- Ni siquiera sabe para qué quiero que venga allí conmigo, ¿no es cierto? - susurró ella, muy irritada.

- ¿No lo sé? - hizo una pausa, sorprendido -. Bueno, pues supongo que no lo sé.

- Pues entonces venga. Es importante.

Y se levantó, se giró en el pasillo, estudiándole y siguió hacia atrás. Nadie la miraba, pues ya estaban en esa fase de los largos viajes en transportes colectivos en la que todo el mundo está dormido, absorto en algún pasatiempo, o simplemente cataléptico.

Por un momento, Horny Hake se planteó seriamente el seguirla, por si acaso era algo interesante. Realmente, era una mujer de buen aspecto, mucho más joven que él, pero no tan joven como para que le resultase embarazoso. En realidad, no había muchas posibilidades de que ella buscara cortarle el cuello o infectarle con alguna enfermedad de esas que se contraen por contacto íntimo. No tenía mucho que perder, pensó Hake; pero justo en ese momento el autobús redujo la marcha y el conductor se inclinó hacia el pasillo, sin apartar los ojos de la ruta:

- Ésta es su parada - gritó.

Podría haber resultado interesante, debería haber corrido el riesgo, pensó Hake... pero ésta es la historia de mi vida. Mientras bajaba del Metroliner, en un apeadero privado marcado con el cartel de la Lo-Wate Bottling Co., Inc., miró hacia atrás y vio a la chica saliendo apresuradamente del lavabo, contemplándole con resentimiento y rabia.

Hake abrió sus instrucciones selladas y las releyó para estar seguro:

Baje del autobús en la entrada de la Lo-Wate Bottling. Vaya a pie hasta la entrada marcada Visitantes, que está a medio kilómetro. Dé su nombre al recepcionista y siga sus instrucciones.

Estaba bastante claro. El edificio en el que se leía «Visitantes-Análisis de Mercado-Ventas y Promoción» tenía dos pisos y estaba cubierto de hiedra. Era un veterano de los años de la descentralización, allá por los sesenta o los setenta; pero estaba bien conservado. El recepcionista era un joven que escuchó a Hake cuando éste le dijo su nombre y luego le preguntó: «¿Puedo ver sus documentos de viaje?» No se molestó en leerlos, sino que los colocó, boca abajo, bajo una bombilla cubierta que emitía un débil brillo azulado por debajo de la pantalla que la cubría. Horny no pudo saber lo que el recepcionista vio, pero aparentemente le resultó satisfactorio:

- El caballero con el que está usted citado le recibirá dentro de unos diez minutos - dijo -. Haga el favor de tomar asiento.

Casi se habían cumplido los diez minutos, según el reloj de Hake. El recepcionista había sido tan amable como para dejarle utilizar el lavabo de la sala de espera... No se había atrevido a hacerlo en el autobús, a pesar de que con su charla la chica le había hecho sentir ganas. Entonces, el recepcionista le hizo una seña y le dijo:

- El caballero con el que está usted citado le recibirá ahora. Esta señora le acompañará hasta su despacho. Por favor, cumpla con las siguientes instrucciones: camine a diez

pasos por detrás de su guía. No mire hacia el interior de ninguna oficina. Deje aquí cualquier cámara, película, micrófono o aparato de grabación que lleve encima, Si lleva con usted alguna película sin revelar o cinta magnética resultarán dañadas.

- No llevo nada de eso - afirmó Hake.

El joven sonrió, no pareciendo sorprendido. Pensando luego en lo ocurrido, Hake recordó la pausa de treinta segundos en el vestíbulo antes de entrar, esperando que se abriese una puerta automática: sin duda, durante ese tiempo, unos detectores magnéticos habían buscado cualquier metal que pudiera llevar oculto en su persona.

Su guía era una pequeña anciana, maternal y sonriente, que caminaba con lentitud, gritando con voz aguda y penetrante:

- ¡Pasa una persona del exterior!

Hake no miró al interior de las oficinas, porque estaba teniendo la inquietante sensación de que allí estaba sucediendo algo de muy alta importancia, y que más le valía seguir las órdenes; pero escuchaba el crujido de papeles que eran tapados y de mapas y gráficos colgados en la pared a los que se les daba la vuelta, surgiendo de cada puerta al pasillo frente a la que cruzaban.

Parecía claro que la Lo-Wate Bottling era la tapadera para algún tipo de organización gubernamental. Y, aunque no hubiera tenido sospechas previas, las palabras «cumpla con las siguientes instrucciones» apestaban a jerga oficial.

Todas las paredes estaban desnudas, a excepción de lo que parecían ser tomas de ventilación pero que podrían haber ocultado equipos de vigilancia; la pintura era en el tono crema obligado en las instalaciones gubernamentales, y no se veía ventana alguna. Hake recordó el exterior del edificio... ¿No tenía ventanas? Pero quizá fueran falsas.

La mujer de aspecto maternal llegó a su destino. Era una puerta cerrada que tenía un marquito para una placa con el nombre de su ocupante, pero en lugar de un nombre había en ella un número: T-34. La guía comprobó cuidadosamente la numeración con la de una tarjeta que llevaba en la mano, golpeó dos veces con los nudillos y aguardó. Cuando la puerta se abrió apartó cuidadosamente la vista, clavándola en el techo, y entonó:

- Aquí está el señor con el que el señor tiene una cita.

Hake entró y estrechó la mano del señor, aceptó un asiento y un cigarrillo y aguardó.

El señor se instaló en un butacón de cuero tras una mesa sin cajones, de acero inoxidable, y a su vez encendió un cigarrillo. Era bajo, delgado y muy peludo: no sólo tenía una enorme cabellera que se erizaba en todas direcciones, sino una gran barba mal cuidada. Su aspecto no era el de un hombre que ha decidido dejarse barba y melena sino el de alguien que, en un momento lejano del tiempo, ha dejado de preocuparse por sus pilosidades. Vestía pantalones caqui, ajustados, y una guerrera del Ejército sin insignias, sobre una camisa azul de trabajo desabrochada al cuello; y de la cintura le colgaba un cinto con pistolera en la que llevaba una automática calibre 45.

- Me imagino que te preguntas qué estás haciendo aquí; Horny - dijo

Hake lanzó un largo suspiro.

- Aciertas de lleno, amigo...

El hombre hizo una finta con la mano.

- Mi nombre no importa. Supongo que ya te habrás imaginado que esto es una de esas jodidas organizaciones de espionaje y todo eso. Porque si no lo has pensado, es que eres muy tonto. Así que no damos nuestros verdaderos nombres a gente como tú, pero me puedes llamar... - hizo una pausa para levantar una esquina de uno de los papeles que tenía, boca abajo, sobre un escritorio - ...Ah, sí. Me puedes llamar «Cascarrabias».

- ¿Cascarrabias?

- No me preguntes el motivo del nombrecito, yo no soy quien los piensa. Bueno, la primera cosa que tenemos que hacer es llamarte a filas, así que ponte en pie y repite conmigo el juramento...

- ¡Hey, hey, un momento! ¡Tengo treinta y nueve años, por lo que ya me han dado la licencia definitiva y, además, soy un ministro religioso!

- Oh, sí. Sí que lo eres. Pero también fuiste cadete en las Milicias de Complemento en la Universidad, ¿no?

- ¡Eso es una ridiculez! En realidad no hice los cursillos de la escuela de complemento, pues iba en una silla de ruedas. Es el tipo de cosas que hacen, ponerle el uniforme a un inválido, para la publicidad, por puras relaciones públicas...

- Pero juraste la bandera y, cuando firmaste tu adhesión, lo que firmabas era pasar veinte años en la Reserva. Y eso no ha cambiado, ¿verdad? Así que ponte en pie y haz el juramento...

- No - exclamó Horny, para quien las cosas estaban yendo demasiado de prisa -. Quiero decir... ¿no podrías explicarme antes qué es todo esto? Supongo que es algún tipo de operación de la CIA, pero...

- Oh, Horny, te pones pesado. Mira, la CIA fue disuelta hace años, tras esos escándalos como los de Watergate. ¿No lo sabías? Ya no existe.

- Entonces, ¿qué...?

El hombre se puso en pie y, de pronto, pareció mucho más alto.

- Tienes dos posibles elecciones, Hake - dijo con voz átona -. O haces el juramento o vas a la cárcel por prófugo. Sólo es una condena de cinco años, pero serán cinco años muy duros, Hake, realmente muy duros. Y luego se nos ocurrirá otra cosa que hacerte.

A Horny Hake le llevó unos tres segundos el catalogar sus otras alternativas y darse cuenta de que no tenía ninguna; a desgana y con mala cara se puso en pie y repitió cuidadosamente el juramento.

- Esto está mucho mejor - dijo el hombre, con voz cálida -. Lo primero que debo hacer es darte tres órdenes. Recuérdalas bien, Horny. No puedes apuntártelas, pero yo voy a grabar cada orden y tu respuesta, que en cada ocasión será: «Entiendo la orden y la obedeceré.» ¿Vale? De acuerdo. Primera orden: este proyecto y tu participación en el mismo son alto secreto y no deben ser comentados con nadie, en ninguna ocasión, sin mi autorización específica o la autorización de la persona que me reemplace en el caso de que muera o me aparte del cargo. ¿Comprendido?

- Supongo que sí...

- No, no; es así: «Entiendo la orden y la obedeceré.»

- Entiendo la orden y la obedeceré - dijo Hake, pensativamente.

- Segunda orden: sacar de la clasificación de alto secreto cualquier material relativo a este proyecto es algo que sólo puede hacerse con una orden explícita, por escrito, mía o de mi sucesor. Esto no tiene un límite en el tiempo. Quedas obligado a ello por el resto de tu vida. ¿De acuerdo?

- Vale - aceptó Hake, muy decaído -. Yo...

- Mal: «Entiendo...»

- Entiendo la orden y la obedeceré.

- Tercera: esta clasificación de secreto también se aplica al hecho de que has vuelto a ser llamado a filas. No puedes informar a nadie de esto.

- ¿Y qué supone que debo decirle a mi congregación? - El otro frunció el ceño y Hake continuó: - Oh, está bien... Entiendo la orden y la obedeceré. Pero, ¿qué se supone que debo decirles?

- Estás muy enfermo, Horny - le contestó con aire de complicidad -. Tienes que tomarte un tiempo para recuperarte.

- Pero no puedo irme sin más y...

- Desde luego que no. Te buscaremos un sustituto. Además - prosiguió -, desde tu punto de vista esto tiene otras ventajas. Para cuestiones pecuniarias, serás puesto en la nómina de la Lo-Wate, como consultor, con el salario anual de un funcionario de la categoría G-16... que, por si no lo sabes, equivale a unos 83.000 dólares al año, contando

las primas y los aumentos por el incremento del coste de la vida. Y esto... veamos - sacó un bloc de notas del interior del bolsillo de su camisa - ...representa un incremento de unos treinta mil sobre lo que te está dando tu iglesia en estos momentos.

- ¡Pero me gusta ser un religioso! - Mientras estaba exclamando estas palabras, él mismo se daba cuenta de lo irrelevantes que resultaban, así que estalló: - ¿Por qué yo?

- ¡Ah! - dijo el otro, todo él simpatía -, ¿cuánta gente habrá hecho esa pregunta? Los que morían en un campo de batalla. Las chicas a las que violaban. Los niños con leucemia. Naturalmente, en tu caso es algo más fácil de explicar. Buscamos personas que estuvieran en las Fuerzas Armadas o que pudieran ser llamadas a filas, mayores de veinte años pero no con más de cuarenta y cinco; procedentes del Oriente Próximo, pero que no fueran de ascendencia ni árabe ni judía. Y supongo que no eran muchas las personas que cumplían con todos los requisitos, Horny. Luego les asignamos una puntuación según méritos. Este tipo de clasificación - le dijo confidencialmente -, acostumbra a significar que no tenemos ni idea de lo que realmente queremos. Lo hacemos basándonos en un par de cosas: en este caso, conocimiento de idiomas del Mediterráneo Oriental, conocimiento de las costumbres del área, estar libre de todo tipo de obligación que pueda interferir con partir hacia lugares desconocidos durante largos períodos. Este tipo de cosas. Y tú ganaste, Horny, sacaste la puntuación más alta, con mucho.

- ¿Quieren que me convierta en un espía en el Oriente Próximo?

El otro tosió.

- Bueno, eso es lo más curioso. Aquí dice que tu primera misión será en Francia, Noruega y Dinamarca. Es raro - dijo filosóficamente -. Pero de tanto en cuando la maquinaria se mete en un jodido lío. Bueno, me lo paso muy bien hablando contigo, pero tienes que ver a otras dos personas antes de partir. Voy a hacer que te acompañen a tu siguiente cita.

La siguiente persona era una mujer regordeta y realmente hermosa, que inmediatamente le preguntó:

- ¿Sabe usted mucha historia?

- Bueno...

- No me refiero a los antiguos romanos y los Duques de Borgoña: hablo del último par de décadas. Por ejemplo: ¿por qué no ha habido una guerra clara, a tiros, en los últimos veinte años?

Bueno, a eso podía dar una respuesta. Nadie tenía ánimos para iniciar una nueva guerra a tiros, después de los breves pero violentos baños de sangre que habían inundado una veintena de países pequeños durante un par de décadas. Por una parte, era una mala cosa para los negocios. La industria del petróleo había rugido de dolor cuando los israelíes habían demolido los campos petrolíferos árabes, la del acero aullaba bajo el ahogo del control de precios, los bancos lloraban por los controles monetarios.

- Yo diría - empezó a decir muy concentrado - que, es por que...

- Es porque resulta demasiado peligroso - le interrumpió ella -. Ya nadie gana una guerra... si el enemigo se entera de que está en guerra.

- ¿Cómo dice?

- Hay dos maneras de ganar una carrera, Hake. Una es derrotar al contrincante por pura superioridad. La otra es poniéndole una zancadilla. Y nos están poniendo la zancadilla. ¿Por qué cree que andamos tan cortos de energía en este país?

- Bueno, porque el mundo se está quedando sin...

- Porque ellos manipulan nuestra balanza de pagos, Hake. Un marco alemán vale ahora tres dólares, ¿lo sabía? ¿Y qué me dice del crimen?

- ¿El crimen?

- ¿Es que no ha oído hablar de la ola de criminalidad? Hoy en día ya no resulta seguro andar por las calles de ninguna ciudad de los Estados Unidos. Ni siquiera nuestras carreteras están seguras: en cada estado hay asaltantes de autobuses. ¿Sabe por qué no se puede conseguir un aguacate, por mucho dinero que se esté dispuesto a pagar? Porque alguien... ¡alguien!... alguien trajo deliberadamente unos parásitos que...

- Un momento - la interrumpió Hake -. Creo que ha ido demasiado deprisa en eso del crimen. No he acabado de entenderlo...

- ¡Está bien claro, Hake! Alguien está promocionando esta ruptura de la ley y el orden. Llegan películas españolas y argentinas, pornográficas, que muestran a atracadores en las calles y asaltantes de autobuses cepillándose a todas las chicas. ¡Parecen películas baratas pero...!, ¡oh, qué bien estudiadas están! La guerra no consiste sólo en bombas y cohetes, querido amigo, sino en hacerle daño al enemigo de cualquier modo que a uno le sea posible. Y si le puedes hacer daño de tal modo que le resulte imposible demostrar lo que le estás haciendo, entonces es toda una victoria para tu bando. Y eso es lo que nos están haciendo, Hake. Mire esta grabación.

Y colocó un cassette en un vídeo.

Horny lo contempló confuso. Empezaba mucho, mucho antes de las Grandes Guerras. Los pacíficos británicos habían sido los adelantados en este inmoral equivalente de la guerra, allá en el siglo diecinueve: habían encontrado un buen método para eliminar la resistencia en los pueblos que tenían sometidos, a base de animarles a convertirse en adictos al opio. Y los mismos Estados Unidos habían exportado sus cigarrillos y su Coca-Cola a todo el mundo. Ahora bien, según aquella grabación, estos métodos formaban parte de la política estatal: China inundaba a la Unión Soviética con vodka de la Comecon a la mitad del precio del mercado. No era un arma y nadie moría, pero el veinte por ciento de los trabajadores del acero de Magnetogorsk estaban ausentes, en un día normal de trabajo, a causa de las resacas. Tokio había inundado las Marianas con fideos de sukiyaki de gran calidad y muy baratos, recordándoles a los votantes sus nexos con la madre patria justo antes del referéndum que devolvió aquellas islas al Japón. Durante las restricciones de agua de Londres, que se produjeron antes del Gran Robo de las Aguas de Escocia (que era como llamaban los nacionalistas escoceses a la desviación de caudales hídricos del norte al sur de las islas), los nacionalistas irlandeses se dedicaron a ir reventando las válvulas de las tomas de agua para los bomberos, mientras que sus simpatizantes, menos atrevidos, dejaban abiertos los grifos de sus casas. El sistema funcionó tan bien que refugiados palestinos, tras el entrenamiento adecuado, repitieron el proceso en Haifa hasta el punto de que doscientos mil acres de plantaciones de naranjos murieron por falta de irrigación en Israel.

Por aquel entonces esto se había convertido en algo totalmente institucionalizado y absolutamente secreto. Todo el mundo lo hacía. Nadie hablaba de ello.

Horny Hake estaba horrorizado. Tan pronto como comprendió el meollo de lo que le estaban mostrando exclamó:

- ¡Pero esto es una animalada! ¡Se supone que las guerras ya se acabaron!

La mujer paró el vídeo y suspiró:

- Pase por esa puerta, hay alguien que quiere examinarle.

El alguien resultó ser un joven caballero de color arena, con gafas, que tenía un cierto parecido con Hake.

- Soy Jim Jackson - dijo, poniéndose en pie -. Soy su sustituto.

- ¿Sustituto en qué? - preguntó Hake.

- Usted va a tomarse un año sabático - le contestó Jackson, mirándole muy pensativo -.

¿Es ésa la expresión correcta?

- ¿Sabático? Eso es cuando un profesor o un religioso se toma unas vacaciones... ¿No se supone que me he puesto enfermo?

- ¡Oh, mierda! - exclamó Jackson molesto -. ¿Ya han vuelto a cambiar de historia? Bueno, en cualquier caso voy a sustituirle mientras usted presta sus servicios a la patria.

Hake lo miro con recelo.

- ¿Es usted un ministro de mi Iglesia?

- Soy lo que me dicen que sea - Jackson se alzó de hombros -. Me dicen «eres un ejecutivo de cuentas» o «eres un productor de televisión» y yo lo soy. Le sorprendería lo fácil que resulta cuando tú eres el jefe. Cuando el jefe es otro resulta algo más difícil, pero también lo logro. A veces la cago, pero nadie se da cuenta.

Hake estaba horrorizado.

- ¡Pero un ministro de una congregación tiene un trabajo muy duro! ¿Cómo podrá usted ocuparse de mi parroquia?

- ¡Oh, creo que me las arreglaré! - contestó Jackson -. Me dijeron que quizá tuviera este encargo, así que el domingo fui a una iglesia. No me pareció tan difícil. De todos modos, cuando salí de allí me llevé una colección de sermones, de ésos que pasan a multicopista, que me servirán para ir tirando, al menos durante las primeras semanas. Claro - añadió -, que aquella era una Iglesia Bautista y, si no me equivoco, usted es congregacionista. O algo así. Supongo que hay diferencias doctrinales, pero eso no me causará problemas. He tomado prestados algunos libros en la biblioteca: libros clásicos, pero buenos. ¿Qué otras tareas tiene usted?

- Hacer de consejero de mis feligreses - contestó inmediatamente Hake -. Los sermones no son nada en comparación con eso. Toda la gente de mi parroquia puede venir a contarme sus problemas, en cualquier momento.

- ¿Y usted se los resuelve?

- Bueno - carraspeó Hake -, no. No siempre se los resuelvo. Eso que usted dice representa un punto de vista anticuado, estructuralista. Uno no puede obligar a la gente a que adopte soluciones: ellos tienen que generar sus propias soluciones.

- ¿Y cómo logra que hagan eso?

- Les escucho - contestó con prontitud Hake -. Les dejo hablar y cuando llegan al lugar en donde está la parte dolorosa les pregunto qué creen que pueden hacer al respecto. Naturalmente, se producen algunos fracasos, pero la mayoría se dan cuenta de lo que deben hacer.

Jackson asintió con la cabeza, no pareciendo sorprendido.

- Así es como llevé yo las cosas cuando fui juez - comentó -. Me metía con los dos abogados en mi despacho y les pedía que no malgastasen mi tiempo, que me dijeran qué era lo que realmente pensaban que yo debía hacer. Y casi siempre me lo decían. A decir verdad, me fastidió mucho tener que abandonar ese trabajo.

Para cuando la pequeña anciana regresó para llevar a Hake al exterior, al mundo real, se había reconciliado ya con el hecho de que aquella fantasía se había convertido en algo muy verdadero. Increíblemente, estaba a punto de convertirse en espía en una guerra que ni siquiera sabía que se estuviera librando. ¡Están locos!, pensó, mientras seguía a la anciana que iba gritando su advertencia por los pasillos, mientras en su derredor se cerraban puertas de oficinas y las gentes se atareaban ocultando secretos a unos ojos que no miraban. ¡Están todos locos!

Esperó junto a la carretera a que pasase a recogerle su autobús. Todo era una locura, pero resultaba interesante. Hake se encontró aceptándolo como una especie de loca embriaguez. Al menos durante un tiempo no debería preocuparse de si quemaba el fusible de la electricidad ni de enfrentarse con el mal carácter de Jessie Tunman.

Contemplando todo como una locura, es decir, como una especie de vacación sin penalizaciones que le apartaría del irritante mundo de la realidad objetiva, aquello resultaba excitante y casi placentero. Podía suceder cualquier cosa. Ni siquiera se sorprendió cuando, en lugar del autobús, paró frente a él, haciendo rechinar los frenos,

una camioneta triciclo del servicio de reparaciones de la Telefónica. Ni cuando se abrió la doble puerta del costado descubriendo a cuatro hombres, dos de los cuales le apuntaron con pistolas mientras los otros dos bajaban, lo agarraban y lo lanzaban hacia el interior.

Fuera a donde fuesen, a Hake no le dejaron mirar al exterior de la camioneta hasta que ésta se detuvo y, ahora educados y nada lentos, los hombres le guiaron hasta un rancho de dos pisos, de aspecto muy normal, construido en el decrepito estilo de hacía sesenta años. No le asombró que dentro estuviera la chica del autobús.

Lo llevaron como un títere, hablaron de él como si no estuviera allí:

- Registradlo - dijo la chica, y un hombre le sujetó mientras otro, con gran experiencia, le vaciaba los bolsillos. Agarrarlo no resultaba necesario: Horny no tenía ninguna intención de resistirse mientras los otros dos aún lo apuntasen con sus armas. Ella añadió: - Dádmelo todo.

- Es pura basura, Lee.

- Dádmelo de todos modos - le llenaron las manos con todo lo que él llevaba en los bolsillos. No era nada impresionante: el billetero, el ticket de vuelta del Metroliner, las llaves en un llavero con una pata de conejo (daba suerte), la citación por malgastar energía, las hojas dobladas en que se suponía que tenía que haber escrito su sermón...

- Hey - dijo él -. ¿Dónde está mi máquina de escribir?

La chica miró furiosa a uno de los hombres, que se atrevió a decir:

- Supongo que nos la hemos dejado en la camioneta.

- ¡Ve a buscarla! Llévala a la cocina. Tú vigílalo, Richy - y el hombre con el pistolón más grande le empujó para que se echase boca abajo en un destartado sofá, mientras la chica y los otros dos salían de la habitación. El sofá hedía a generaciones de uso, y cuando Hake trató de apartar la cara el hombre llamado Richy le advirtió:

- Ni lo intentes, compañero.

- No estoy intentando nada - testarudo, Hake mantuvo la cara apartada. Ahora podía ver la habitación, aunque no había mucho que ver. Estaba a oscuras porque el ventanal había sido cubierto hacía tiempo con plástico, primero traslúcido y luego opaco, para conservar el calor. Que desearía que hubiera conservado mejor, porque, ahora que no se movía, sentía frío. A la débil luz de dos velas, Hake se esforzó en memorizar la cara de Richy. Era un rostro absolutamente vulgar, joven, con una barbita rojiza. Se preguntó si sería capaz de identificarlo en los archivos de la policía, y luego se preguntó si viviría para intentarlo. Aunque ya había superado el estadio de la sorpresa, no lo había logrado aún con el del miedo, y estaba comenzando a sentirse aterrado.

- Tráelo - gritó la chica.

- De acuerdo, Lee. Tú, ponte en pie - Horny dejó que lo empujase a la cocina. Había más luz que en la otra habitación, pero, si era posible, aún olía peor, como si los fantasmas de una cuadrilla de basureros muertos hacía tiempo hubieran dejado sus restos grasientos pudriéndose en el desagüe de la pica.

La chica estaba sentada en el borde de una mesa de cocina de plástico y metal cromado, que tenía más años que ella.

- Bueno, Reverendo H. Hornswell Hake - dijo -. ¿Querrá usted revelarnos quién es en realidad?

Le cogió por sorpresa.

- Ése es quien yo soy - protestó.

Ella negó con la cabeza con aire de reproche.

- Usted, ¿un religioso? Joder, es la peor identidad falsa que jamás haya visto. - Trasteó entre las cosas que había en la mesa: sus papeles y la máquina de escribir, ésta con el carro desmontado y la cinta desenrollada. ¿Quizá buscando algún microfilm? - ¡Mire este permiso de conducir: está fechado hace tres días! Verdaderamente poco profesional.

Cualquiera hubiera pensado en fecharlo hace un año o dos, para que no se viera tan falso.

- ¡Pero si ha sido ahora cuando he tenido que renovarlo! Honestamente, ése soy yo, Horny Hake. Soy ministro de la iglesia Unitaria en la parroquia de Long Branch, New Jersey. Lo soy desde hace años.

Richy lo empujó con el cañón de su pistola hacia una silla de tubo de aluminio.

- Y supongo que nunca ha oído hablar de yoyos - resopló.

- ¿Yoyos?

- O aros de hula-hoop. Ni siquiera sabe lo que son, ¿verdad?

- Pues claro que sí, todo el mundo lo sabe.

- Y usted sabe más de ellos que la demás gente, porque es diseñador de juguetes, ¿no? No nos cuente mentiras, Hake, o como quiera que se llame. Lo que queremos saber es qué tipo de juguetes está usted exportando ahora.

Hake se quedó quieto y los miró parpadeante, porque no se le ocurría ninguna respuesta que creyese que debía dar. Excepto:

- No sé de qué me están hablando.

Lee suspiró y se hizo cargo del interrogatorio.

- ¿Por qué no empieza admitiendo que es usted diseñador de juguetes? De hecho - añadió como quien quiere hacer un favor -, eso sería una buena jugada por su parte, ¿no lo ve? Si no admite tal cosa, eso causará curiosidad, lo que puede llevar a cierta gente a suponer que está usted envuelto en algún asunto de alta seguridad.

- ¡Pero es que no lo soy! ¡Soy un pastor unitario!

- ¡Oh, Dios, Hake, que problemático que es usted! - miró con disgusto hacia el más corpulento de los dos hombres armados, que estaba en pie junto a la puerta, con una automática calibre 32 colgando de su mano de modo muy ostentoso. Tenía en la punta un largo tubo que Hake suponía sería un silenciador. Eso también era muy ostensible, al tiempo que nada agradable.

- ¿Quieres que lo intente yo? - gritó el hombre de la automática calibre 32.

- Aún no. A menos que siga con eso. Escuche, Hake - le dijo -, puedo ver que es usted nuevo en este juego. Maldita Agencia, ni siquiera le han dado unas instrucciones completas. ¿Quiere que le explique las reglas?

- ¿Y también me dirá el nombre del juego?

- No se pase de listo. Así es como se supone que deben ir las cosas: le hemos secuestrado, de modo que obviamente estamos infringiendo la ley. Usted está dentro de la ley, pero la verdad es que no quiere seguir raptado. ¿Me sigue? Éste es el primer nivel de significado de lo que está ocurriendo aquí. Ahora bien, en el segundo nivel, digamos que es usted un simple diseñador de juguetes...

- ¡No lo soy!

- ¡Oh, cálese, por favor! Déjeme acabar. Digamos que es usted un diseñador de juguetes y que nunca ha oído hablar de la Lo-Wate Bottling Company, o séase la Agencia. ¿Por qué cree que le hemos raptado? Puede sospechar que somos de la Mattel, o digamos de la Sears, Roebuck, o quizá de cualquier otra empresa juguetera. Esto es puro y simple espionaje industrial a la antigua usanza. Bueno, quizá seamos un poco más brutos de lo habitual, pero, ¿sabe?, haríamos cualquier cosa por lograr sus nuevos diseños de juguetes. Nos podemos portar un poco más brutalmente que los demás. Pero sigue siendo un asunto puramente comercial, ¿de acuerdo? Bueno, pues en este caso hay un modo especial en el que usted debería comportarse: tendría que cooperar con nosotros. ¿Por qué? Pues porque eso es lo que su jefe esperaría de usted. ¡Por Dios, no va usted a arriesgar su vida sólo para proteger un nuevo diseño de yoyo, aun cuando confiara usted en exportar un centenar de millones de ellos a la Unión Soviética. ¿Me sigue hasta aquí? Hay un límite en lo que debe usted estar dispuesto a soportar para evitar que sus modelos de otoño caigan en manos de la competencia.

- Bueno, probablemente eso sea cierto, pero...

- No, Hake, no me ponga peros todavía. Al menos no debería ponérmelos si usted fuera realmente un vulgar diseñador de juguetes. Pero entremos ya en el tercer nivel, supongamos que es usted realmente un diseñador de juguetes que en realidad está trabajando para esos chicos de los altos secretos. Supongamos que esos yoyos de usted llevan un pito subsónico que vuelve loca a la gente cuando sus críos se ponen a jugar con ellos. No es nada fatal, solamente basta para ponerlos tensos e irritables. Y digamos que ha calculado usted que los aros de hula-hoop para adultos van a causar más hernias discales y lesiones en el sacroilíaco que las que pueda soportar la economía soviética... esto son puras suposiciones, ¿vale? Entonces, ¿qué es lo que hace usted en este caso? Bueno, pues actúa usted como lo haría en el segundo nivel, porque usted no querría que supiéramos que no es usted un vulgar diseñador de juguetes. Lo que no haría usted, en ninguno de los niveles, es mentirnos acerca de eso, pues por eso precisamente le hemos traído aquí - acabó de explicarle la chica.

- Pero yo sigo en el primer nivel. ¡Soy un religioso!

- ¡Vaya! - dijo ella, desdeñosa -. Y ahora nos dirá que fue al cuartel general de la Agencia simplemente para que le invitasen a tomar un refresco de cola...

- Bueno - empezó él a disgusto, y luego se detuvo.

- ¿Lo ve? ¡No puede darme usted ni una simple respuesta, como no sea mintiendo! ¡Vaya unas instrucciones que le han dado!

Hake tuvo que aceptar que no podía darle una respuesta... ninguna respuesta después de recibir de Cascarrabias aquellas órdenes tan explícitas. Pero lo aceptó en silencio. Era una pena que nadie le hubiera explicado lo qué debía hacer en un caso así. ¿Dónde estaba la cápsula de veneno en un diente falso, o la radio secreta con la que advertir al cuartel general, para que se presentasen un centenar de agentes a salvarle?

La chica estaba esperando una respuesta y él dijo, con desesperación:

- Lo único que puedo decirle es lo mismo. Los papeles que tiene ahí dicen la verdad: que soy un pastor de la Iglesia Unitaria. Y punto.

- No, Hake - intervino ella, muy enfadada -, nada de punto. ¿Qué iba a hacer un pastor allá donde le cogimos?

- Ah, bueno - contestó con precaución -, me pidieron que fuera a verles.

- ¡Para hablar de juguetes con destino a Rusia!

- ¡No! ¡Nadie dijo ni una palabra acerca de juguetes!

- Entonces, ¿por qué estaba usted allí?

- ¡Dios mío! ¿Se creen que no me gustaría saberlo a mí? Lo único que me dijeron es que querían a alguien que tuviera conexiones con el Próximo Oriente y al que no echaran de menos si algo le suce... - demasiado tarde se mordió la lengua.

Sus raptos se miraban unos a otros.

- ¿El Próximo Oriente?

- No es la primera vez que ese informador se equivoca...

- ¿Crees...?

- Entonces quizá no sea éste el juguetero - dijo el hombre de la calibre 32.

La chica asintió lentamente con la cabeza:

- Entonces quizá nos hayamos metido en algo totalmente distinto.

- Entonces quizá haya llegado el momento para iniciar la Fase Dos.

- Ajá. Le diré una cosa, Hake - comentó, volviéndose hacia él -. Esto cambia toda la situación, ¿no es así? Creo que hemos cometido un error. Tómese un café mientras pensamos en lo que tenemos que hacer ahora.

Aceptó la taza a disgusto. Los cuatro se retiraron a la otra habitación, donde empezaron a cuchichear. No podía oír lo que estaban hablando, pero no parecía importarle. Que conspirasen, él no podía hacer nada. Ni siquiera el café era demasiado bueno, aunque peor era la situación en que se había encontrado antes. Ellos parecían

espías, o raptores, o lo que fuera que fuesen, demasiado expertos... pero, ¿qué experiencia se necesita para apretar un gatillo? Tomó otro sorbo de café...

Cuando alzaba la taza para dar un tercer sorbo, se le ocurrió al fin que quizá no fuera demasiado inteligente beber algo que le había dado a una chica que lo acababa de raptar: veneno, droga de la verdad, anestésicos... pero ya era dos sorbos demasiado tarde. Se le cayó la taza de la mano y su cabeza se desplomó para encontrarse, sobre la mesa, con la funda de la máquina de escribir.

Cuando se despertó, la máquina de escribir estaba en su regazo y no se veía a ninguno de ellos.

Se hallaba en el Metroliner, de vuelta a Newark. Desde el otro lado del pasillo dos diminutas ancianitas lo contemplaban.

- Ya se le está pasando la borrachera - comentó una de ellas, en voz alta.

- ¡Es repugnante! - le contestó la otra en el mismo tono alto -. Si yo fuera su mujer no lo hubiese metido en el autobús, lo hubiera dejado tirado en la parada, para que se pudriese. ¡Se lo hubiera tenido merecido!

III

A la mañana siguiente el sermón marchó sobre ruedas. «Tan fresco y enriquecedor», le dijo la presidenta de las Damas Parroquiales, estrechándole la mano, y él no tuvo valor para explicarle que ya le había oído sermonear lo mismo, palabra por palabra, dos años antes. Ni tampoco tenía la claridad mental como para argumentar nada, pues la cabeza le palpitaba con fuerza. Aquello que había en el café le había proporcionado la resaca más impresionante que jamás hubiera conocido... y sin tomarse las copas que la hubieran justificado. Debió de ser una droga de la verdad, pensó. No le hubieran dejado marchar si no hubiesen estado totalmente seguros de que no sabía nada que les pudiera ser útil. Y la verdad es que así era.

El café con los feligreses, después de los servicios dominicales, fue algo dolorosamente insoportable, pero no tenía modo de escapar. No siempre oía los comentarios que le dirigían, pero sus reflejos se hacían cargo de la situación:

- Me alegra que le haya gustado.

Y, mientras tanto, entre los ataques de dolor, su mente se estaba concentrando en considerar el mundo bajo una nueva luz. El juego al que le quería hacer jugar la Agencia... ¿se estaba desarrollando en su derredor? Esas marañas de flores acuáticas que flotaban en todos los ríos... ¿eran simplemente un raro fenómeno de la naturaleza o era que otras naciones estaban jugando a lo mismo, en contra de la suya?

- Horny, la calefacción vuelve a hacer cosas raras.

- Me alegra que le haya gustado.

Pensó en todos los cortes de corriente que se habían producido en los años pasados. ¿Conexiones defectuosas, transformadores sobrecargados? ¿O habría ayudado alguien a que se produjeran los accidentes? Recordó la docena de pandemias de poca importancia, los catarros y las gripes... y las huelgas, el absentismo laboral. Los rumores, increíblemente detallados, que hablaban de corrupción en las altas esferas, y las murmuraciones sobre perversas orgías que habían hecho que medio país desconfiase de los políticos elegidos por el mismo pueblo. ¿Cuántas de esas habladurías surgían por casualidad y cuántas se debían a estrategias cuidadosamente calculadas en Moscú, en Pekín, o incluso en Ottawa?

- Horny, quiero darte las gracias en nombre de todos nosotros... hemos decidido intentar de nuevo mantener nuestro matrimonio.

- Me alegra que le... ¡Oh, Alys! ¿Qué es lo que me has dicho?

- Te he dicho que gracias a ti nos han venido deseos de volverlo a intentar, Horny.

- Ésa es una gran noticia. ¡Ya lo creo! - Y, cuando empezaba a alejarse, la detuvo; ella era una de sus más listas feligresas y tenía una licenciatura, si no recordaba mal, en Historia -. Alys, ¿qué te parecería hacer algunas investigaciones sobre acontecimientos recientes?

- ¿Qué clase de acontecimientos recientes, Horny?

- Bueno, no sé cómo describirlos con exactitud. - Se lo pensó por un momento y luego le dijo -: Me parece que, en los últimos años, todo se ha... esto... bueno, cubierto de mierda. Como esas masas de flores acuáticas que están obturando las tomas de agua de esas ciudades del norte del país. ¿De dónde salieron?

- Creo que aparecieron por primera vez en Yugoslavia - le contestó ella, con ganas de ayudar -. ¿O sería en Irlanda?

- Bueno, ése es el tipo de cosa. Si te preparase una lista de, digamos, treinta cosas que parece que están dañando la calidad de nuestras vidas, ¿qué te parecería investigar dónde empezaron, qué tipo de correlación existe entre ellas, y demás?

Ella hizo una mueca con los labios, apartando a un par de feligreses que trataban de acercárseles.

- Supongo que estás investigando para luego preparar un sermón, ¿no?

- Algo así.

- Me lo suponía - ella asintió con la cabeza -. Bueno, para empezar está la Guía de Artículos Aparecidos en la Prensa. Y la Revista de los Temas Actuales. Luego se podría buscar en los microfilms del New York Times, a partir del índice por materias. Me temo que tendrás que ir a Nueva York a buscar algunas de estas cosas... - estudió cuidadosamente su rostro -. ¿Acaso quieres que te ayude en esta investigación?

- ¿Lo harías? ¡Desde luego, me gustaría mucho!

- Pues claro, Horny contestó ella, apretándole impulsivamente el brazo -. Vendré por aquí mañana, para hablar de esto contigo. ¡La verdad es que has sido tan bueno con todos nosotros, que no puedo negarte nada de lo que me pidas!

Se inclinó hacia él y le besó en la mejilla, antes de alejarse.

Casi parecía que hubiera disminuido su dolor de cabeza, pensó agradecido Hake. No creía que Cascarrabias aprobase ese sistema, pero necesitaba saber lo que estaba sucediendo: Y, con una investigadora experta ayudándole, quizá lo lograra.

Un hombre canoso cuyo nombre no recordaba le paró en la escalinata de la iglesia y le dijo:

- ¿Podría hablar unas palabras con usted, Reverendo Hake?

- Me alegra que le haya gustado el sermón.

- Bueno, pues sí... pero no era de eso de lo que iba a hablarle. Verá, trabajo en Animalitos y Flores Internacionales. Estamos ampliando nuestra red, aquí en New Jersey y, no sé si se habrá enterado, pero hemos comprado los terrenos del viejo Fuerte Monmouth y, para una cosa así, nos gustaría tener una representación local respetable en nuestra Junta de Directores. ¿Querría usted aceptar uno de los puestos de director?

- ¿Director? Lo lamento señor...

- Me llamo Haversford, Reverendo Hake. Allen Haversford.

- Bueno, pues aprecio mucho su oferta, señor Haversford. ¿Ha dicho usted animalitos y flores? Me temo que no sé demasiado de animalitos y flores, y mi tiempo...

- No se necesita ningún conocimiento especial, Reverendo Hake. Es una cuestión de mirar por el bienestar de la comunidad, y nos gustaría que nos diera sus ideas acerca de cómo asumir nuestra parte de esa carga...

- Sí, ya lo entiendo, pero estoy muy...

- Comprendo que su tiempo es precioso, pero se trata de un servicio muy útil, que usted podría llevar a cabo. Y hay unos pequeños honorarios, claro está: diez mil dólares. Pero lo verdaderamente importante es que usted nos podría ser de una gran ayuda, y nosotros a su iglesia. Por favor, acepte.

- ¿Diez mil dólares al año?

- Oh, no. Los honorarios son de diez mil dólares por cada reunión de la Junta. Habitualmente hay una cada trimestre... a veces hay alguna especial, claro está, cuando surge algún asunto que hay que resolver inmediatamente, pero acostumbran a ser muy breves. ¿Acepta? ¡Muchas gracias, Reverendo! Esto complacerá sobremanera a los otros miembros de la Junta.

Horny se quedó mirando como Haversford se alejaba, olvidándose de su dolor de cabeza. ¡Al menos cuarenta mil dólares al año! ¡Y, además, por realizar un servicio a la comunidad! Iba hacia la rectoría, pensando en lo que podría hacer con aquellos cuarenta mil dólares extra, cuando atisbó a la familia Brant - Sturgis. Walter Sturgis estaba dando vueltas a la manivela de su camioneta a gasógeno, mientras las dos mujeres permanecían sentadas dentro, muy tiesas, con los ojos enrojecidos o brillantes y sádicamente alegres, de acuerdo con sus modos privados de expresar su tensión nerviosa. Ted Brant estaba de pie en la acera, mirándole con odio.

Eso casi le devolvió el dolor de cabeza. Por un momento, Hake había olvidado lo celoso que era Ted.

Horny había hecho que su Regla Número Uno fuera evitar todo lío sexual con su congregación, o con cualquier otra persona con la que tuviera tratos en su faceta profesional. Considerando que los días de Hake consistían en seis horas de sueño y dieciocho de contactos con uno u otro miembro de su congregación, o con cualquier otra persona que quedaba fuera de límites por alguna razón igualmente válida, tal como ser la esposa de otro pastor en la Confraternidad Regional, o ser sus compañeros miembros del Comité pro - derecho al Aborto, esto significaba que evitaría toda relación sexual casi por completo. No era que él deseara que fuera así, pero sabía lo que les había pasado a otros ministros que se habían apartado de la Regla Dorada. Él era el único soltero que jamás dejaba de asistir al Club Interconfesional de Solteros del condado de Monmouth... y era el único que jamás dejaba de volver solo a casa, normalmente después de que todo el mundo se hubiera marchado, porque recogía las sillas y vaciaba los ceniceros para dejar la sala preparada para su próxima utilización. Sus semanas de vacaciones le proporcionaban los únicos interludios románticos de su existencia. Y no eran demasiados, no los suficientes.

Pero lo último que estaba dispuesto a aceptar era una parte de responsabilidad en el probable hundimiento del precario matrimonio Brant - Sturgis. Aquella noche, antes de irse a dormir, escribió a máquina una pensada lista de temas, para que Alys los investigase, la metió en un sobre y lo dejó en el escritorio de Jessie Tunman, cogido por un clip a un trozo de papel en el que garabateó: Entregar sin leer. Jessie no era muy lista ni eficiente y charlaba demasiado, pero obedecería aquella orden.

A la mañana siguiente casi se había olvidado de la existencia de Alys Brant. Se había ido a dormir con la casa parroquial aún sin luz y lo que le despertó fue un repentino fulgor en los ojos y el cliqueteo del calentador eléctrico poniéndose en marcha. Cuando bajó a investigar, encontró al electricista de la compañía, atareado en la caja de la acometida.

- ¿Coloca un fusible nuevo? - le preguntó.

El hombre alzó la vista e hizo una mueca de envidia.

- ¡Infiernos, no! Excúseme, Reverendo, lo que estoy haciendo es quitarle el fusible. ¿No lo sabía? Desde ahora, usted no está sujeto a limitaciones, parece ser que va a tener su propio generador y que parte del tiempo seremos nosotros los que le compremos electricidad, así que ya no está sometido a racionamientos.

- ¿Qué es lo que voy a tener?

- Su propio generador. Es un generador eólico, que van a colocarle en el tejado de su casa. Supongo que le llegará hoy... de cualquier forma, esta mañana nos llegó una orden prioritaria para que le hiciéramos su nueva instalación. Así que ahora puede consumir

hasta su capacidad total, que está valorada en seiscientos amperios, según esta placa de especificaciones que acabo de poner.

- ¡Yo no sé nada de un generador eólico!

- Ajá. Bueno, así son las cosas - dijo con simpatía el electricista -. Su mujer me dijo que había llegado una carta al respecto.

Hake contuvo el deseo de explicarle que Jessie Tunman no era su esposa y fue en busca de la carta. Venía con el membrete de algo llamado Fondo de Ayuda a los Clérigos y decía:

Querido Reverendo Hake:

Nos complace informarle que nuestro Directorio ha concedido un donativo a su parroquia con el fin de instalar en su rectoría un generador de corriente eléctrica.

Consecuentemente, hemos encargado un generador movido por el viento, del modelo (x)A-40 Win-Tility, con las monturas y conexiones eléctricas necesarias, y hemos contratado los servicios de la William S. Murfree & Co., de Belmar, para que lleve a cabo su instalación.

Le rogamos que, de haber algún otro modo en el que podamos ser de utilidad a su congregación, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Estaba firmada con un garabato, pero Hake no necesitaba leer el nombre para saber de quién venía aquello. Se estaban cuidando de él, tal como le habían prometido. Pero ¿por qué un generador?

Se le ocurrió una idea repentina y pasó la siguiente media hora escudriñando por su oficina, pero no halló ningún micrófono oculto.

Esto le decepcionó en cierto sentido, porque si hubieran puesto escuchas en su casa le hubieran suministrado automáticamente un sistema de comunicarse con ellos. Y lo deseaba, lo que no equivalía a decir que tuviera la idea de utilizarlo. Aún estaba por decidirse, pero sí querría haber tenido esa opción. Le corroía la idea de que debiera, de algún modo, haberles informado de su secuestro. Si hubiera encontrado un micrófono se hubiera limitado a decir en voz alta: «¡Hey, Cascarrabias! Me raptaron, alguien ha descubierto mi falsa identidad. ¿Por qué no me llama cuando tenga un momento libre, almorzamos juntos y hablamos de todo ello?»

Pero no había encontrado micrófono alguno, y esto le confundía. Si la Agencia no le estaba suministrando energía para poder estar segura de poder espiar todo lo que hacía, entonces quizá toda su actitud hacia ella fuera equivocada. Tal vez realmente fueran bonachones y protectores y simplemente estuvieran dándole a un nuevo recluta los beneficios adicionales de su cargo. Quizá no debiera hacer caso de sus suspicacias.

O tal vez no hubiera sabido buscar los micrófonos en los lugares adecuados.

Ahora que ya tenía calefacción el tiempo había mejorado. Cuando dio su carrera matutina, un par de kilómetros playa abajo hasta el muelle y otro par de kilómetros de vuelta, acabó jadeante y sudoroso y así rendido, mientras doblaba la esquina, vio la camioneta de tres ruedas de Alys Brant mal aparcada justo enfrente de la rectoría. La había dejado con el motor en marcha, de modo que se quedó oculto tras la esquina durante cinco minutos hasta que ella salió y se marchó en su vehículo. Para entonces estaba empapado en sudor y de mal humor.

En cualquier caso... ¿de qué sirve tener privilegios si uno no los usa? Se quitó el chándal y lo lanzó descuidadamente hacia la lavadora - secadora, esperando que aquella máquina todavía supiera cómo funcionar, y se dio el gusto de una larga ducha caliente. No cabía duda al respecto: malgastar energía podía hacerle sentir a uno feliz. Tomó el correo de la mañana con alegría, se desembarazó de él en una media hora, puso al día su cuenta de gastos, escribió lo que iba a decir en la boda de dos jóvenes miembros de su congregación: «Yo, Arthur, te tomo a ti, James, por tanto tiempo cuanto dure nuestro amor...», telefoneó a cada uno de sus feligreses enfermos, prometió visitar un par de

ellos, y aún le sobró tiempo para trabajar unos veinte minutos con las pesas, antes de su carrera que precedía a la comida. Su chándal estaba limpio y seco, pero no lo necesitaba: se puso unos pantalones de deporte y una camiseta con la leyenda Amarme es amar a Dios y comenzó a correr playa abajo.

Y, camino de vuelta, allá estaba otra vez la camioneta de Alys, zigzagueando hacia la rectoría. «Infiernos», exclamó Hake. No le parecía que ella le hubiera visto, así que cambió de dirección e hizo footing por una amplia calle hacia la iglesia. En los días laborables el comité parroquial había establecido un jardín de infancia en la iglesia, para aprovechar al máximo sus instalaciones; y el aparcamiento de al lado, que era empleado como patio para jugar, estaba lleno de seres humanos de menos de un metro y tensos maestros, que les enseñaban gimnasia rítmica al son de la música de una maltratada cassette. «¡Hola, hola!», les saludó Hake, pasando entre ellos y entrando en la iglesia.

Como había supuesto, nadie había colocado las sillas para la reunión de la tarde. En un día cualquiera aquello lo hubiera irritado, pero hoy era un buen modo de ocupar veinte minutos, para que mientras tanto Alys se hiciera a la idea de que no iba a pasar por la rectoría y se marchase.

Meditabundo, fue colocando las sillas en círculo. Sus funciones como consejero no iban tan bien como de costumbre. O, al menos, iban de un modo distinto. Cuando estaba en su silla de ruedas las mujeres que se le acercaban le habían contado todo tipo de cosas, exhaustivamente, sin omitir el más íntimo detalle. Aún lo hacían, pero lo hacían sentadas mucho más tiesas y sonriendo mucho más a menudo. Había en el aire una sensación de receptividad, que antes no había sentido cuando charlaba con mujeres. Y ahora, en ciertas ocasiones, los hombres parecían... como nerviosos, tal como le sucedía en estos momentos a Ted Brant. Quizá su vocación estuviera errada. Tal vez la operación que lo había sacado de la silla de ruedas había sido un error, aunque no parecía interferir en sus tareas. Pero, claro, no podía deshacer la operación y, ¿cómo iba a deshacer su vocación? A los treinta y nueve uno no puede pensar, a la ligera, en cambiar de profesión.

Aunque quizá él estuviera llevando a cabo un cambio de profesión: de clérigo a espía. No era algo en lo que jamás hubiera soñado. Y, desde luego, él no se lo había buscado. Pero no podía negar que, en eso de jugar a los espías, había algo que le parecía divertido...

Los chicos estaban volviendo de la pausa de después de la comida, lo que significaba que, durante las dos próximas horas, la iglesia no resultaría habitable. Colocó las últimas sillas y se dispuso a salir. Por el camino cruzó ante el buzón de sugerencias, tratando de recordar si lo había abierto tras el servicio del día anterior. No es que nunca hubiera mucha cosa dentro... Sacó su llave y lo abrió. Un clip de papel, un sobre con un donativo (¿por qué no recordaba la gente que había que entregarlos a los que pasaban con las bandejas durante los servicios?), una nota escrita en el borde de una hoja dominical: «¿No podríamos tener algo de música de guitarra en los servicios?», y un sobre en el que ponía:

Para el Reverendo H. Hornswell Hake,
de sus amigos de la Telefónica de Maryland
Personal

Se abrió la puerta de la sala principal de reuniones y Hake se volvió, con el sobre aún en las manos, dispuesto a repeler cualquier invasión no autorizada de los cuatroañeros. Pero no eran los niños del jardín de infancia, era Alys Brant que avanzó hacia él con un florero de faldas verdes y le dijo:

- Pensé que te encontraría aquí, Horny. Y aquí estás. ¿Es esto lo que querías?

Hake se metió el sobre en el bolsillo y cogió de sus manos el montón de fotocopias. Le llevó un momento apartar su mente del recuerdo de sus amigos de la Telefónica de Maryland y llevarla a la curiosidad que había confiado quedaría satisfecha con las investigaciones de Alys. Los informes parecían ser de petroleros que encallaban y silos de

grano que estallaban. No eran en absoluto lo que él quería, pero su entrenamiento como clérigo le llevó a decir, en cambio:

- Son excelentes, Alys.

- No pareces satisfecho.

- ¡Oh, no! Estoy muy satisfecho. Pero... bueno, en realidad lo que pasa es que no puedo sacar muchas conclusiones de estos materiales. Había confiado en que hubiera algún libro al respecto...

- ¿Libro?

El asintió con la cabeza y luego dudó.

- Me parece que no te expliqué demasiado bien lo que quería. ¿No te parece que la calidad de la vida ha ido empeorando en los últimos años? Naturalmente, yo soy mayor que tú...

Una risa cantarina lo interrumpió.

- No eres «mayor», Horny... ¡no con ese cuerpazo!

- Bueno, pues lo soy, Alys. Aunque quizá tú también te hayas dado cuenta. Tantas cosas van mal... y no sólo se trata de petroleros contaminando las playas. Es todo. Y pensé que quizá alguien se hubiera dado cuenta de ello y hubiera escrito un libro al respecto.

- ¡Un libro!

- ¿O quizá hubiese hecho un programa informativo para la televisión? - Hizo una pausa, buscando su camino. No le parecía adecuado decir algo que a Cascarrabias le pudiera sonar a revelar un secreto, así que no podía explicarle que lo que quería averiguar era cuánto tiempo llevaban las naciones poniéndose la zancadilla las unas a las otras. Al fin dijo: - Es ese modo en el que nada parece funcionar correctamente. El abuso de las drogas y la delincuencia juvenil. No tener nunca la suficiente energía y no hacer jamás nada para solucionarlo. El que haya más mosquitos que nunca. Todo eso.

- Bueno, sí - dijo ella, pensativa -, supongo que debe de haber algo. ¡Pero libros! ¿Sabes, Horny, que a veces casi pareces antiguo? No obstante... lo que tú quieres es rebuscar, ¿no? Pues para eso te tendré que llevar a una biblioteca decente.

Sacó una agenda de su bolso y pasó las hojas.

- El miércoles - decidió -. De todos modos he estado pensando en ir a Nueva York... quizá podríamos ir a una sesión de tarde, comer en algún sitio bueno...

- De verdad, Alys, no querría crearte tantas complicaciones...

- ¡Tonterías! Cogeré el coche. Te iré a buscar a la rectoría a las... ¿ocho? ¡Será divertido! Tendremos toda la mañana para dedicarla a tu biblioteca y luego... ¿quién sabe? - le apretó cálidamente la mano y lo dejó allí, muy parado.

En el cerebro de Hake estaban sonando timbres de alarma. Ella era una mujer muy atractiva pero pertenecía, según las reglas, a una especie protegida. Por no hablar de Ted.

Al cabo recordó la carta de sus amigos de la Telefónica de Maryland. Decía así:

Apreciado Rev. Hake:

Hay dos preguntas que me gustaría hacerle: ¿Por qué no informó de lo que le hicimos? ¿Por qué ha aceptado hacer daño a gente a la que ni siquiera conoce?

Por favor, trate de ver si tiene respuestas para ellas, algún día se las haré personalmente.

No había firma. Dobló la carta y luego, pensándoselo mejor, la hizo pedacitos, fue al lavabo de caballeros, los echó a la taza y tiró de la cadena, ignorando las miradas de dos niños. Eran buenas preguntas. No necesitaba que le dijeran que buscara las respuestas, había estado pensando en ellas todo el tiempo.

En las siguientes treinta y seis horas las citas por despilfarro de energía fueron archivadas y olvidadas debido a algún tipo de legalismo, desviaron el tráfico por la carretera de la playa mientras reparaban la calle frente a la rectoría (¡tras seis años de

socavones y zigzagueos!), y Hake recibió una llamada para que se presentase a su primera reunión especial como director de Animalitos y Flores Internacionales. Ya no podía creer que se tratase de coincidencias: quienquiera que estuviese cuidando de él, estaba haciendo un excelente trabajo. Y de más modos de los que podía imaginar, porque acababa de darle una escapatoria:

- ¡Jessie! - le gritó -, hazme el favor de llamar a Alys Brant en mi nombre. Dile que no podré hacer esa visita con ella a la biblioteca, porque tengo que ir a una reunión de la AFI.

Jessie apareció en la puerta de su despacho.

- Le gustaría más que la llamas tú mismo - observó.

- Supongo que sí, pero hazme ese favor, Jessie.

- Hum - un momento más tarde estaba de vuelta en el umbral -. Ha quedado pospuesta hasta el próximo miércoles - le dijo.

- De acuerdo - aceptó. El siguiente miércoles ya vería lo que pasaba. Mientras, se sentía bien, tan bien que no podía quedarse allí sentado y quieto -. Creo que voy a trabajar un poco con las pesas - afirmó.

Jessie se quedó mirándole estirarse y agacharse.

- ¿Sabes, Horny? - le dijo al fin -, eres un hombre muy afortunado.

- Lo sé - jadeó él, pero ella ya había vuelto a salir de la habitación. Era muy cierto: para ser alguien que había estado a las puertas de la muerte dos años antes, y cuya única esperanza parecía haber sido una corta y anodina vida en una silla de ruedas, le estaban ocurriendo últimamente muchas cosas interesantes.

No es que antes no hubiera sido afortunado. Después de todo, había sobrevivido las guerras de su infancia e, incluso en una silla de ruedas, sucedían cosas buenas. Muchas manos se tendían para ayudar a un muchacho que era huérfano y refugiado y estaba impedido. Becas. Ayudas. Servicios médicos. Consejos. Y también había habido muchas chicas, que estaban dispuestas a montarse encima de él. Aquel joven alto y delgado de la silla de ruedas resultaba atractivo: Más que eso: no resultaba amenazador. «Subiré contigo en el ascensor Horny. Déjame que te lleve los libros.» «Deja que te ayude a montar en el autobús, Horny.» «¿Por qué no vienes a casa esta noche, Horny, y nos haremos preguntas para prepararnos para el examen de mañana?» Hake permaneció virgen hasta los veinte, al menos técnicamente lo fue... pero no porque le faltasen amigas atractivas y bien dispuestas, preparadas a tomar ellas la iniciativa. No, lo que lo había mantenido virgen, o casi, estaba en su interior. No deseaba compasión. Y le parecía verla en cada proposición que le hacían.

No podía recordar un tiempo en el que no hubiera estado enfermo. Sólo tenía cuatro años cuando comenzó a ponerse azul cada vez que se cansaba. La primera operación que le hicieron a corazón abierto fue cuando tenía siete años y resultó un desastre; lo condujo casi inmediatamente a la segunda, que le salvó la vida, pero no se la mejoró. Para cuando tenía quince años ya no parecía tan arriesgado someterle a otra operación, pero, simplemente, la que sucedía era que el jovencito Hake no quería volver a pasar por todo aquello. Rodó con su silla de ruedas para ir a recoger su diploma como graduado en Psicología y su licenciatura en Ciencias Sociales. En el seminario obtuvo su doctorado tras dos años de ser llevado en brazos a algunas de las clases: era un viejo seminario, y pobre, por lo que no podían haber cumplimentado las normas sobre instalaciones especiales para los disminuidos físicos. Pero lo obtuvo. Y luego fue ordenado y realizó sus funciones religiosas a la total satisfacción de todos hasta que, mediada la treintena, comenzó a ponerse azul de nuevo... y la tercera operación no sólo funcionó sino que lo liberó para siempre de la silla de ruedas. ¡Oh, desde luego era afortunado! Toda una nueva vida cuando menos se lo esperaba.

Pero, de cualquier modo, todo aquello le confundía un tanto.

Allen T. Haversford salió a recibirle en persona a la puerta del viejo Fuerte Monmouth, todo él sonrisas y bienvenidas. Haversford tenía el rostro de un bulldog miniatura. Parecía pequeño para el tamaño de su cabeza, y la potente voz de tenor que surgía de entre los pliegues de carne que rodeaban su boca le hacía parecer un bulldog que estuviera respirando helio.

- ¡Me alegra tanto que haya podido venir, Reverendo Hake! - canturreó -. Hemos preparado una pequeña comida para nuestros directores, pero no será hasta dentro de media hora. Déjeme enseñarle esto.

El Fuerte había sido desmilitarizado décadas antes, pero estaba resucitando a la vida. Hake había oído rumores de que hacían obras, pero aquella era la primera oportunidad que tenía de ver lo que estaba sucediendo. Y sucedía mucho. Palas excavadoras y aplanadoras estaban trazando una complicada red de trincheras y un camión de cemento las estaba llenando tan rápidamente como eran excavadas.

- Están ustedes avanzando mucho - comentó.

- ¡Desde luego, desde luego! Ésos van a ser nuestros tanques para peces - dijo jovialmente Haversford -. De agua salada y de agua dulce. Pequeños y grandes. Aquí vamos a tener el mayor surtido para los amantes de los peces de toda la Costa Este. Decorativos, tropicales, incluso pescados comestibles para aquellos que quieren instalar sus propias piscifactorías en sus estanques. Y allí estarán las jaulas y allá los lugares de apareamiento y cría. Casi es un sistema ecológico cerrado, Reverendo. Traeremos rebaños por sus propias patas y aquí tendremos nuestro propio matadero; no lo puede ver porque aún no hemos iniciado su construcción. Así podremos preparar la comida para casi todos nuestros animalitos. No se desperdiciará nada, se lo aseguro. Carne y mezcla de cereales para los perros. Roedores para los gatos... lo criamos casi todo nosotros mismos. Entrañas secas y pulverizadas para los peces - hizo un guiño -. Incluso usamos los, bueno, desperdicios. Sí, Reverendo, los excrementos tienen un gran valor nutritivo. Algunos se secan y procesan y se dan como alimento a los animales. Otros, y esto incluye los excrementos del personal y los visitantes, se dejan reposar, se filtran y hacemos crecer en lo resultante las algas; las algas alimentan a las gambas y las gambas alimentan a los peces. Y el líquido sobrante va a nuestro sistema hidropónico.

- Realmente todo suena muy eficiente, señor Haversford.

- ¡Desde luego, desde luego! Y lo es. Allí - y llevó a Hake a una resistente burbuja de plástico - está nuestro primer invernadero. Entre dentro de esta cámara, así, gracias, y déjeme cerrar la puerta exterior. Ya está. Después de todo, no queremos perder calor.

Dentro de la burbuja hacía un calor agobiante. Hake se desabrochó el botón del cuello, mientras miraba alrededor. Hileras de bandejas con semilleras y plantitas, algunas de ellas ya de unos quince centímetros de alto y con hojas, algunas incluso en flor. No reconoció ninguna de las plantas. Haversford estaba mordisqueando orgullosamente el extremo de un cigarro, mientras miraba como Hake estudiaba el invernadero.

- Aquí no se malgasta energía - fanfarroneó -. ¡Todo es energía solar! Ni una caloría sacada de quemar combustibles fósiles, excepto una miseria para la iluminación. E incluso esperamos, con el tiempo, poder generar eso por nosotros mismos, si podemos lograr la prioridad suficiente como para que nos instalen placas fotovoltaicas.

- Están haciendo ustedes un trabajo excelente - afirmó Hake, contemplando cómo el otro encendía su cigarro. Curiosamente, algunas de las plantas más cercanas parecieron girar en dirección a la llama de su mechero.

- ¡No, no, no! No diga «ustedes», Reverendo, sino «nosotros». ¿Sabe?, usted forma una parte importante de todo esto. Bueno, en esta sección habrá orquídeas, más algunas otras plantas ornamentales tropicales, a las que les gusta el calor y la humedad. Y algunas variantes experimentales... aquí hacemos mucha investigación de plantas híbridas.

- Y supongo que las que no les salen bien se las dan a comer a los conejos y luego éstos sirven de alimento a los animales carnívoros, ¿no?

- ¿Qué? ¿Conejos? ¡Vaya, esa es una idea excelente, Reverendo Hake! Haré que nuestros técnicos se pongan a estudiarla enseguida. ¿Lo ve?, ¡ya sabía yo que usted nos iba a ser de gran ayuda! Y, ahora, creo que ya es hora de que nos reunamos con los otros para esa comida...

Los «otros» eran siete personas: dos jefes de departamento de la AFI y cinco directores más como Hake. No se le grabaron la mayoría de los nombres y no había visto nunca a la mayoría de ellos. A uno lo reconoció: el negro casi calvo era miembro de la Asociación de Propietarios de Casas. Pero, ¿quién era el otro negro, más joven, con el pelo recogido en trenzas y el rosario moruno en las manos? ¿Y la chica tan jovencita con el cabello rubio tan largo? ¿Y cuántos de ellos asistían a aquella reunión porque estaban a sueldo de la Agencia?

Haversford ocupó su lugar a la cabecera de la larga mesa, que estaba cubierta con un mantel de lino sobre el que habían servilletas, también de lino, y un servicio de mesa de buen cristal y cubertería de plata. En cada lugar había un bol con fruta fresca.

- De nuestros propios árboles frutales en Carolina del Sur - indicó Haversford... Pero lo que a Hake le interesaba era lo que había debajo del bol: era un sobre que contenía un cheque a su nombre. Cuando atisbó la cantidad por la que estaba extendido notó como una corriente que le recorría el cuerpo. No habían bromeado.

La comida fue a base de carnes frías y ensaladas, y cuando hubo concluido y sirvieron el café, Haversford golpeó la jarra del agua con una cucharilla.

- Quiero darles las gracias a todos por haber venido, a pesar de haber sido avisados con tan poca antelación - dijo -. Sólo hay dos temas en el orden del día de esta reunión especial. El primero es dar la bienvenida a nuestro nuevo directivo, el Reverendo Hake, aunque me doy cuenta de que todos lo han recibido ya como uno más de ustedes. El segundo es discutir la propuesta del Comité de Relaciones Públicas, referente a los monos tití. Señora de Padua, si me hace el favor...

La mujer de aspecto atlético y cabello oscuro que estaba a su izquierda se alzó y fue hasta una mesa lateral. Levantó la tela que cubría una jaula alta, metió la mano dentro y sacó un monito de sedoso pelo.

- Como muchos de ustedes recordarán - prosiguió Haversford -, en nuestra última reunión hablamos de los planes para incrementar las exportaciones de algunas de nuestras categorías de animalitos domésticos, los monos tití incluidos, a base de seleccionar a un grupo de jóvenes que vayan al extranjero y regalen especímenes a otros chicos de los países que visiten. Esperando obtener su aprobación - misteriosamente hizo un guiño en dirección a Hake -, se ha preparado un programa: el grupo de niños será escogido en las escuelas locales, según las recomendaciones de sus profesores. Pasarán tres semanas en el extranjero, viajando por Francia, Dinamarca y Alemania y, durante ese tiempo, regalarán veintidós parejas de monos tití a escuelas y agrupaciones juveniles en nueve ciudades. La señora de Padua tiene un itinerario detallado, además del presupuesto del viaje, y está más que dispuesta a responder a cualquier pregunta que quieran hacerle. Y al mando de ese grupo... y espero que usted acepte, estará nuestro buen Reverendo Hake.

- ¿Cómo?

Haversford asintió con la cabeza, todo él una sonrisa.

- Sí, así es Reverendo - canturreó -. Naturalmente, hay para usted un adecuado estipendio, que ya se ha incluido en el presupuesto. Sé que es toda una imposición por nuestra parte, pero...

- Pero... pero no puedo, señor Haversford. Quiero decir que tengo obligaciones hacia mi congregación...

- Desde luego que sí. Eso lo tenemos muy en cuenta. Pero, si acepta la palabra de un viejo cascarrabias, le diré que pienso que su congregación podrá pasarse sin usted ese breve período de tiempo. ¿Qué les parece si pasamos a la votación?

Los síes fueron unánimes; sólo faltó el de Hake, que no pudo recuperarse de su asombro a tiempo para votar. ¿Así que un «viejo cascarrabias»? ¿Acaso tenía elección? Si se refería al viejo cascarrabias de la Lo-Wate Bottling Company, desde luego que no la tenía.

- No me dijeron que tuviera que ir a Alemania - comentó. Pero nadie le escuchaba.

IV

Los chicos eran treinta y uno y llenaban toda la sección amarillo - izquierda del avión, sentados en hileras de dos y cuatro. Las azafatas de la Lufthansa se movían por los pasillos, arriba y abajo, mirando si los cinturones de seguridad estaban abrochados y había bolsas para el mareo en el bolsillo de cada respaldo. Horny Hake y Alys Brant, su codirectora del viaje, las acompañaban.

- Eres realmente muy bueno para ocuparte de críos - le dijo Alys admirativa, mientras daba caricias a dos o tres cabecitas desconocidas al azar -. Me gustaría poder tener tan buenas relaciones con ellos como tú.

Luego, se retiró a su asiento en la parte delantera del compartimiento, dejando a Hake preguntándose el motivo por el que una mujer que reconocía que no sabía muy bien cómo tratar a los niños, había hecho todo tipo de maniobras para lograr el puesto de codirectora de un viaje infantil. Por desgracia, creía saber cuál era la respuesta a esa pregunta. Para cuando se hubo sentado en su lugar y el reactor estuvo en vuelo, ya se había hecho a la idea de que aquél iba a ser un viaje muy comprometido.

Utilizaría un viejo truco de su juventud: contar las horas que faltaban, hasta que todo hubiera concluido. Diecinueve días. Eso representaba 456 horas, e incluyendo el tiempo del viaje por tierra desde Long Branch y el regreso allí, digamos que 470 horas. Había salido de la rectoría, miró su reloj, casi unas cinco horas antes, así que ya había superado casi la centésima parte de aquella prueba. En una media hora sería ya la noventa parte y, para cuando llegasen a su hotel en Francfort, ya habría pasado una cuarentava parte, quizá algo más. Así que...

- ¿Padre Hake?

Parpadeó y apartó la vista de la ventanilla.

- La señora Brant le está haciendo señas, padre Hake - le susurró la azafata, con su dorado cabello acariciándole la mejilla -. Si quiere puede levantarse de su asiento e ir hasta donde está ella.

Al principio del pasillo, Alys ya estaba en pie, con la mano en el hombro de un chico de doce años, sonriendo con simpatía en dirección a él.

- Se trata de Jimmy Kenkel - le dijo en tono confidencial -. Se volvió hacia atrás y le pegó un puñetazo en la nariz a este chico, Martin. Supongo que si se lo pide a la azafata, ella podrá traer un poco de hielo.

La nariz de Martin soltaba sangre. Los pasajeros normales que habían tenido la desgracia de que les dieran asientos en la sección amarillo - izquierda, altos y bien vestidos hombres de negocios alemanes y escrutadores turistas japoneses, susurraban entre ellos. Hake sacó su pañuelo y lo apretó contra la nariz del chico, equilibrándose contra el ángulo de subida del avión, de unos treinta grados, y tratando al tiempo de llamar la atención de la azafata. Para cuando volvió la vista, Alys había desaparecido, y para cuando la azafata trajo hielo, la sangre había dejado de manar. Y para cuando se hubo apagado el letrero de «abróchense los cinturones», Martin ya se había vengado, vertiendo el vaso de hielo semifundido por sobre la cabeza de Jimmy.

Ya era más que suficiente, así que Hake dio la espalda a sus pupilos y se fue hacia el bar del centro del aparato, a buscar un trago.

- ¿Dos mentes y una sola idea, Horny? - preguntó alegremente Alys, interrumpiendo la conversación que mantenía con un delgado hombre de uniforme, que tenía enhiestos bigotes dorados.

Hake la miró con disgusto.

- Si te interesa, te diré que el chico ya está bien. Aunque sólo Dios sabe lo que estarán haciendo, ahora que ya pueden quitarse los cinturones y levantarse.

- Como ya te he dicho, nuestras mentes funcionan al unísono. Justamente le estaba diciendo a Heinrich si podría dejar encendido el letrero de los cinturones, sólo en nuestro compartimiento.

- Ja, eso sería bueno. Pero imposible - el hombre tendió la mano -. Heinrich Scholl, padre. Soy el sobrecargo.

- No soy un sacerdote, sólo un ministro unitario - dijo disgustado Hake; pero aceptó un whisky con agua, invitación del sobrecargo. Los niños todavía no se habían dado cuenta de que ya los habían liberado del asiento, y las azafatas pasaban entre ellos, dándoles coca - colas y naranjadas y paquetes de juegos y lectura. Hake comenzó a relajarse. Había volado decenas de miles de kilómetros antes de cumplir los diez años de edad, y casi nada desde entonces. Nunca había acabado de entender cuál era el verdadero tamaño de los enormes reactores intercontinentales, que llevaban a más de un millar de personas en el interior de aquella gran salchicha de acero que zumbaba a través del océano -. No sé por qué los mantienen... me refiero a estos reactores. ¡Vaya un derroche de energía!

- ¿Derroche? - repitió educadamente el sobrecargo -. Pero eso no es cierto, señor Hake. Debemos mantenerlos en vuelo, aunque sólo sea para el correo. Así que, ¿por qué no llenarlos con pasajeros?

- Pero con tan escasas reservas de energía... - comenzó a decir, pensando en los días sin calefacción en Long Branch y las toneladas de combustible fósil que estaba quemando cada uno de aquellos enormes motores de las alas.

- Le aseguro que todo ha sido cuidadosamente calculado, señor Hake - le explicó amablemente el sobrecargo -. El transporte aéreo es un servicio vital. Llevamos valiosos suministros médicos, valijas diplomáticas, todo tipo de materiales estratégicamente vitales. Este mismo aparato llevó vacunas contra el sarampión desde Colonia a Nueva Guinea, déjeme pensar... el año pasado. ¿O fue el año anterior?

¿Y desde entonces?, se preguntó Hake. Pero lo único que comentó fue:

- Estoy de acuerdo en eso. Pero, ¿para qué tantos aviones? Quiero decir, ¿por qué tiene que tener cualquier país, por pequeño y sin importancia que sea, su propia línea de bandera?

- ¿Pequeño y sin importancia? - se indignó el sobrecargo, temblándole el mostacho.

- Oh, naturalmente no me refiero a la Lufthansa. Me refiero a esas otras líneas de países pequeños de los que uno casi nunca ha oído hablar. Los veo entrando en los corredores de aproximación, por encima de Long Branch: aerolíneas africanas, aerolíneas latinoamericanas y Dios sabe qué otras aerolíneas. Por ejemplo, ¿no podrían los Estados Unidos usar los vuelos de la Aeroflot, o de Air France, en lugar de emplear para todos los vuelos sus propios aviones?

Alys se echó a reír, al tiempo que adelantaba su vaso para que se lo volbiesen a llenar.

- ¡Oh, Horny! ¿Y dejarles que hicieran lo que se les ocurriese con nuestro correo, mientras estaban sobre el Atlántico? ¡Eres tan inocente!

El sobrecargo asintió con un rígido movimiento de la cabeza y dijo:

- Ha sido muy interesante el hablar con usted, señor Hake. Me perdonará, pero ahora debo atender a mis deberes: tenemos que empezar a servir la comida.

- Y también tú deberías atender a los tuyos, ¿no crees? - dijo Alys, mirando por encima del hombro de él. Una decena de los chicos hacían cola para los servicios y algunos de

ellos empezaban a pelearse otra vez -. Después de todo, las peleas entre chico y chico son una cosa de hombres, ¿no es así?

Resultó que las peleas entre chico y chica también lo eran, descubrió más tarde Hake; como también otras de las cosas, aún más molestas, que él siempre había considerado pertenecientes al mundo femenino, cuando la pequeña Brenda se acercó a él y le susurró al oído:

- Reverendo Hake, tengo problemas con mi higiene personal.

Él se inclinó hacia ella, tratando de no verter los contenidos de la bandeja de la medio deglutida comida.

- ¿Como?

- Mi amigo está aquí - insistió ella, ruborizándose.

- ¿De que amigo me estás hablando? - inquirió, y entonces se le acercó Alys para susurrarle al oído:

- La pobre niñita quiere un trozo de papel higiénico para su limpieza íntima - le dijo -. Dile que vaya a los lavabos, que hay allí.

- Está en los lavabos, Brenda - repitió él.

La chica asintió con la cabeza.

- Algunas de las otras niñas lo llaman «su amigo». Yo lo llamo «mi higiene personal», porque eso es lo que indica en la bolsa que hay en el lavabo de la escuela.

- Pues aquí también tienes que ir al lavabo - le explicó Hake, dándole una tímida palmada en el hombro. Luego le preguntó a Alys -. ¿Por qué me lo ha venido a decir a mí?

- Porque tú eres su padre sustitutivo, claro. Yo, en cambio, sólo soy una especie de chica mayor - le contestó ella, con simpatía -. Bueno, éste va a ser un viaje muy largo. Voy a ver si puedo dormir un poco.

- Yo también - asintió esperanzadamente Hake, entregándole la bandeja a una azafata que ya no parecía tan sonriente.

Su esperanza nunca llegó a materializarse. Durante las cinco horas de vuelo Hake y las azafatas se dedicaron a contener la insurrección. Por lo menos, pensó Hake hacia el final del vuelo, estoy empezando a conocer y reconocer a algunos de ellos: Jimmy, Martin y Brenda; la negrita Heidi y la pequeña y rubia Tiffany; Michael, Mickey y Mike; el enorme, tan tranquilo y parecido a un Buda, Sam Wang, que tenía doce años; las tres chicas mayores, todas ellas de ese lugar tan escrupulosamente religioso, Ocean Grove: las tres se parecían asombrosamente, con sus cabellos cortados en cuña y su pintura de ojos y labios que en casa no les hubieran dejado usar; una se llamaba Grace, la otra Pru, y la más baja, más fuerte y más malintencionada de todas se llamaba Demeter. Ella era la que les daba azotes en el culo a los niños más pequeños cuando se perseguían unos a otros, para pegarse, por encima de los asientos de los pasajeros adultos. Demeter y Grace se chivaron a las azafatas de Lufthansa cuando tres de los chicos mayores estaban fumando en un lavabo. Demeter y Pru sobornaban a los más pequeños con las bolsas de juego del avión para que se estuvieran quietos. ¡Y que maravilloso hubiera sido todo si las tres chicas de Ocean Grove hubieran estado haciendo todo esto para ayudar a Hake, en lugar de preparar el ambiente para sus propias diabluras: compartir bebidas alcohólicas con los pasajeros en el salón de primera clase, concertar pecaminosas citas con los tripulantes...! Y, durante todo este infierno, Alys durmió como un bebé, con la cabeza sobre el hombro del oficial del ejército turco que estaba sentado junto a ella. En cambio, ni Hake ni las azafatas descansaron un momento.

Once horas transcurridas, cuatrocientas cincuenta y nueve que sufrir. Iba a ser un viaje muy largo.

Llegaron al inmenso edificio del aeropuerto de Francfort, lleno de ecos, a las dos de la madrugada; hora local. En la peor de todas las horas posibles: debido a la diferencia horaria, los chicos no estaban demasiado dispuestos a irse a la cama; pero tendrían que

estar en pie y regalando monos tití en una Kinderhalle a las nueve de la mañana siguiente. Hake mantuvo a los niños alineados en fila india en uno de los pasillos mientras Alys, bostezando con delicadeza, los distribuía por habitaciones.

De algún modo, Hake logró llevarlos a través de controles de pasaportes y aduanas hasta el vestíbulo principal. Naturalmente, no había asientos libres, pero, sin saber muy bien cómo, logró evitar que se matasen los unos a los otros durante la hora larga que tardó en llegar el autocar de alquiler. El chofer, muy furioso explicó en rugiente alemán que llevaba dos horas esperándolos fuera, en el aparcamiento. Quién sabe cómo los llevó hasta el hotel, uno nuevo y reluciente, donde les dieron habitaciones en las que, más o menos cada uno se encontró con su equipaje.

- Te he puesto con Mickey y Sam Wong - le dijo Alys, dándole una llave -. Sam ronca y la madre de Mickey dice que se mea en la cama si no se le lleva por lo menos un par de veces al lavabo durante la noche. Así que tú verás... de todos modos, ya he acabado de meterlos en sus cuartos, así que me voy a la cama, que ha sido un día muy largo. Ah, por cierto, he tenido que coger una habitación más: no hubiera sido justo con los chicos obligar a ninguno de ellos a dormir en la misma habitación que yo. Soy muy nerviosa y no les habría dejado dormir.

La vio entrar, contoneándose, en uno de los ascensores transparentes con forma de gota, luego suspiró, acabó de firmar las tarjetas de registro, contó los pasaportes y subió a su propia habitación.

Encontró tan acogedora la cama, que se permitió el lujo de quedarse un rato tendido, con las manos tras la cabeza, disfrutando con la idea de que iba a dormir, antes de empezar a hacerlo. Los ronquidos de Sam Wang se fundían con el zumbido del aire acondicionado y el lejano estruendo del televisor de alguien, al otro extremo del pasillo. Al menos su virtud no corría peligro; bueno, no tanto su virtud como su sentido de la moralidad profesional. Ir haciendo el amor con Alys por los hoteles europeos podría haberle resultado tremendamente atractivo, si él no fuera su consejero matrimonial. Pero, si ella no iba buscando eso, ¿por qué estaba allí? No tenía la menor duda de que tras todo aquello estaba la mano de la Lo-Wate Bottling Company, o como quiera que se llamase aquel antro de espías camuflado. Pero, exactamente, ¿qué era todo aquello tras lo que estaba su mano? Si mandaban a un nuevo agente en misión a Europa, ¿no deberían decirle a ese agente, al menos, cuál era su misión? ¿Acaso los titís eran correos de información secretos? ¿Iría a aparecer Cascarrabias, con una gabardina con el cuello subido y un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos? ¿Aparecería una noche de lluvia, surgiendo de algún portal oscuro para entregarle los documentos? Y, si era así, ¿de qué tratarían esos papeles? Le parecía un modo muy estúpido de llevar una misión secreta.

No le cabía duda de que, a su debido tiempo, todo le sería revelado. Descruzó las manos, se giró sobre un costado, hundió la cabeza en la almohada, cerró los ojos...

Y los volvió a abrir.

Se había olvidado de llevar a Mickey al lavabo.

Hubiera resultado muy fácil hacer ver que se había olvidado, pero cuando confían en ti, confían en ti. Hake se obligó a salir de la cama, metió los brazos en su batín y llevó casi a rastras al chico de diez años al lavabo. Con más dificultades lo apartó del bidé y lo llevó al mueble sanitario más adecuado. Logró que su gran esfuerzo se viera coronado por el éxito, llevando al niño, aún sin despertarse, de vuelta a la cama... cuando el teléfono se puso a sonar estridentemente.

Hake maldijo y lo agarró. Una voz rechinó en su oído:

- ¿Dónde infiernos están mis monos tití?

- ¿Tití? ¿Quién habla? - preguntó Hake en un ronco susurro; los ronquidos de Sam Wang se habían interrumpido y Mickey se agitaba, resentido, en su cama.

- Yosper Medina. Mejor será que baje, Hake, y comience a explicarme dónde están los monos. Le espero junto a los ascensores - y colgó.

Irritado, Hake llevó la ropa que se había quitado hasta el lavabo y volvió a ponérsela. Mientras se peinaba, hizo una mueca a su reflejo en el espejo: aquel saludable rostro de deportista tenía ahora bolsas bajo los ojos... ¡y el viaje acababa de empezar! Salió de la habitación tan silenciosamente como pudo y esperó a que la burbuja transparente subiera a recogerle.

En el vestíbulo del hotel le esperaba un hombre alto y delgado de barba blanca y calvo, mordisqueando una pipa de caña de maíz,

- ¿Hake? ¿Cómo puede usted explicar todo este lío? ¿Qué quiere decir con eso de que no sabe de qué le estoy hablando? Con usted venían veintidós pares de monos tití de la variedad Golden Lion, ¿dónde están? ¿Mis chicos han puesto Francfort patas arriba, tratando de encontrarlos!

- ¿Quién es usted?

- ¿Es que no me escucha, amigo? Soy Medina, de la oficina de París de la AFI. Éstos son mis ayudantes - señaló a cuatro hombres agrupados en derredor de las cabinas telefónicas, dos de ellos agarrados a aparatos -: Sven, Dieter, Carlos y Mario. Se supone que tenemos que ayudarle en este viaje.

- Desde luego, me vendría bien algo de ayuda - dijo Hake con gran énfasis, comenzando a sentirse algo más amistoso -. Esos chicos...

- ¿Chicos? ¡Oh, no, Hake, nosotros no tenemos nada que ver con chicos! Nosotros cuidaremos de sus monos tití, si es que nos dice donde están, pero no queremos saber nada de los chicos. Así que, si tiene la bondad de... ¿Qué sucede, Dieter?

Uno de los hombres se estaba acercando, con una amplia sonrisa.

- Yosper - dijo, pronunciando el nombre con fuerte acento alemán - ... esos monos, los he encontrado. En el Zookontrolle, y están bien.

- ¡Ah! - Medina chupó la pipa y luego sonrió amablemente y ofreció su mano en saludo -. Bueno, en este caso, Hake... no vale la pena que perdamos el tiempo aquí, ¿no le parece? Échese un buen sueño, y ya nos veremos mañana, a la hora del desayuno.

Échese un buen sueño... Para cuando el ascensor transparente lo devolvió a su piso ya casi se había dormido de pie, pero se obligó a llevar a Mickey de nuevo al lavabo. Luego dejó caer su ropa al suelo y se derrumbó en la cama, apagando la lamparilla de la mesita.

Pero, aun a través de los ojos cerrados pudo darse cuenta de que la luz no se había apagado. Cuando los abrió comprendió el motivo: era pleno día.

¡Diecinueve días en la romántica Europa! Era bueno que ni siquiera antes de empezar hubiera creído que las cosas le irían bien, pensó Hake; al menos se evitaba la desilusión. Catedrales, museos, bellos paisajes fluviales, castillos... Vieron la catedral de Colonia por las ventanillas del autocar; el Rin era una raya gris - verdosa entre la sucia neblina. En Copenhague toda una tarde de asueto tuvo que ser eliminada, porque el parque de atracciones Tivoli estaba cerrado por reformas, eufemismo para explicar la reconstrucción necesaria tras haber sido volado a bombazos por algunos independentistas testarudos de Frisia... Y esto podría haber sido bueno, pues necesitaban una tarde de descanso, de no ser porque tal anulación representó pasar otras seis horas extra haciendo de pastor del rebaño de niños. En Oslo una huelga de maestros había provocado el cierre de las escuelas y obligó a los pupilos de Hake a presentar los monitos a un alcalde de ojos enrojecidos, que salía cinco minutos de la sala en la que llevaba toda la noche negociando un final a la huelga.

Tras aquella primera noche en Francfort, cuando había ido a la habitación de Alys para llamar a su puerta y despertarla, y se había encontrado frente a la misma las recién limpiadas botas del oficial turco, Hake había dejado de esperar que ella se dedicase a dar

el asalto a su virtud religiosa. No lo necesitaba, pues tenía multitud de otros objetivos. Y si sufría hambre y sed de carne clerical, lo disimulaba muy bien. Pasó más tiempo con el viejo, calvo y cegato Yosper Medina que con Hake. Aunque, para ser veraz, tenía que reconocer que pasaba más tiempo con él que con ningún otro... especialmente, más que con los niños.

Yosper era un verdadero enigma: dado que pertenecía al departamento de relaciones públicas en Europa de la AFI, le parecía tan claro como el día que tenía que ser un agente secreto; pero no le había pasado ningún plano, ni comunicado instrucciones secretas. Cuando Hake mencionó el nombre «Cascarrabias» en su presencia, el otro se había echado a reír y preguntado:

- ¿Un cascarrabias? ¿Eso es lo que cree que soy? Pues déjeme decirle, amiguito, que soy exactamente como usted será dentro de cuarenta años... sólo que algo mejor - añadió con aire virtuoso -, porque yo acepto al Señor como mi salvador... mientras que usted no.

La verdad era que siempre estaban allí, él y sus cuatro silenciosos ayudantes. Los monos titís recibían sus uvas y sus gusanos de manzana cada cuatro horas y, cuando el sol lo permitía, pasaban alguna tarde al aire libre; eran cepillados, aseados y despiojados. Los monitos tenían muchos cuidadores.

Los niños sólo tenían a Horny Hake.

Para cuando llegaron a Copenhague, Hake creía haberse enfrentado a todos los males heredados por el género humano por culpa de Adán y Eva; especialmente cortes y arañazos, toses y estornudos, desmayos y fiebres. (126 horas transcurridas, 344 por soportar... ya más de la cuarta parte.) Al llegar a Oslo, casi todo eran fiebres y estornudos. No era nada grave, pero mantenían a Hake despierto casi todas las noches, para asegurarse de que no se convertían en algo preocupante. Alys dormía muy tranquila hasta el desayuno, explicando que su larga experiencia como consejero familiar lo convertía en mucho más idóneo que ella para enfrentarse con las alarmas nocturnas. Tanto era así que, realmente, no había motivo alguno para que la despertasen a ella... «Sólo serviría para molestarte más, Hake.» Y, naturalmente, los sirvientes de los titís tampoco aceptaban ser mezclados en aquello. Sus vidas eran cada día más confortables, al ir disminuyendo, a cada nueva etapa, el número de animalillos peludos a su cargo. No obstante, seguían negándose de plano a tener nada que ver con los niños: sólo se les había contratado para cuidarse de una especie de primate subhumano, no de dos.

Sven y Dieter, Mario y Carlos... ¿Por qué tenía siempre problemas para diferenciarlos? Eran de distinta altura, peso y colorido. Seguramente eso tenía que ver con el modo en que llevaban cortado el cabello, todos ellos a lo sopera, como Enrique V de Inglaterra, y sus ropas, que siempre eran las mismas: chaquetas azul pálido y pantalones azul oscuro. Pero era algo más que eso: todos ellos parecían pensar y hablar del mismo modo. Hake tenía la impresión de que siempre era la misma persona, hablando unas veces con acento alemán, otras con acento español, pero todas las lenguas movidas por una misma mente:

- Yosperr dice que irse a cama prrnto, mañana el vuelo es a las seis de la madrrugada - con acento alemán, o, con acento español -: Yosper aconseja que los niños no beban de esta agua, pues el mes pasado los terroristas de la OLP llenaron el depósito con ácido.

Hake sospechaba que la única mente tras todas las lenguas era la de Yosper.

Y todo aquello tenía sentido, encajaba perfectamente, si en realidad eran disciplinados agentes en la nómina de Animalitos y Flores Internacionales, alias Lo-Wate, alias las tropas de choque de la guerra no declarada. Pero, ¿lo eran? Hake no tenía ninguna certidumbre: no se producía ninguna ausencia inexplicada a su trabajo, no realizaban reuniones secretas, ni siquiera intercambiaban entre ellos miradas de reojo, cargadas de significado, o dejaban frases por concluir. Si eran espías, ¿cuándo demonios iban a empezar a espiar?

En más de una ocasión Hake había tomado la decisión de ir a hablar sin tapujos con Yosper. Pedirle que le contara la verdad, fuera la que fuese. Pero al final nunca lo había hecho, limitándose a lanzarle indirectas. Y Yosper nunca respondía a ellas. Y no es que no fuera hablador; le encantaba charlar: nunca se cansaba de explicarles a Hake y Alys los modos y maneras en que las ciudades por las que pasaban a la carrera eran inferiores a sus equivalentes estadounidenses... Descontando, claro está, aquel lugar especial en el que uno podía disfrutar del ocasional amorgasbord aceptable o un jágertopf que se podía comer. Y nunca cesaba de informarles de las razones por las que los unitarios no podían ser propiamente llamados religiosos; Yosper era de la Iglesia de Dios, dos veces nacido, dos veces salvado y sublimemente seguro de que llegaría un día en el que estaría sentado junto al Trono, mientras que Hake, Alys y muchos billones de otros estarían penando por sus terribles errores en un lugar mucho más espantoso.

Pero nunca hablaba de nada que tuviera que ver con el espionaje.

Y tampoco ayudaba en nada con los niños.

Y, de ambas negativas, la que más le costaba a Hake sobrellevar era la segunda.

Para el hito que señalaba el transcurso de las tres cuartas partes del tiempo, se hallaban en Munich. Los estornudos de los niños estaban alcanzando un crescendo, y el mismo Hake comenzaba a notar los efectos de la tensión. Estaba mucho más exhausto de lo que se había notado en todo el tiempo desde que había abandonado la silla de ruedas; y no se sentía nada feliz por el modo en que se estaban comportando sus intestinos. Pero tuvo una alegría inesperada: Yosper había llegado a un acuerdo con una escuela americana de Munich para que se ocupasen todo un fin de semana de los niños, así que los mayores quedaban liberados durante ese tiempo.

Hake pensó que aún se lo habría pasado mejor de no ser porque le parecía que alguien había rellenado sus tripas, hasta sobrepasar la carga máxima autorizada, con chiles picantes y variantes en vinagreta pasadas de fecha. No se sentía con ánimos para ir de visita a la ciudad. Pero, de todos modos... ¡habían pasado trescientas sesenta horas y sólo quedaban ciento diez! ¡Y sin críos hasta el lunes por la mañana!

La pensión donde se alojaban resultó estar en el piso más alto de un mugriento edificio de oficinas en una callecita lateral junto a la intersección de dos grandes avenidas. Desde fuera no tenía demasiado buen aspecto, pero estaba limpia y para Hake, que lleva quince días calculando con resentimiento los costes energéticos del combustible de reactor, los ascensores de alta velocidad y las saunas de los hoteles, representó una liberación, bien recibida, del malgasto de energía. No le importó que las habitaciones se agolpasen alrededor de un patio de luces, ni que no hubiera botones para llevar el equipaje. Ni siquiera le importó tener que llevar las maletas de Alys además de las suyas... «Realmente lo lamento, Hake, pero la verdad es que no me siento con fuerzas para llevarlas.» No se atrevió a decirle que él aún tenía menos.

La cena no era gran cosa, cocinada por el dueño y servida por su esposa. Para sorpresa de Hake, Alys acudió a la mesa. Era evidente que se había quedado ya sin oficiales turcos, copilotos de la SAS y empleados de Informaciones noruegos. Pasó la tarde en su habitación pero se presentó, pálida pero grácil, para ocupar la cabecera de la mesa. Cuando se llevaba la cuchara a la boca fue interrumpida por Yosper, que golpeaba un vaso con su tenedor.

- Yosper siempre bendice la mesa - dijo Sven... o quizá Dieter, con un gruñido.

- Naturalmente - intervino Yosper, también resoplando y, luego, inclinando la cabeza -: ¡Oh, Señor! Tus humildes siervos te dan las gracias por tu bondad al entregarnos estos alimentos que vamos a comer. Bendícelos para que los utilicemos en lograr tus sagrados fines y haz que sintamos adecuada gratitud por tu generosidad. Amén.

Cuando las cinco caras cejjuntas se alzaron y suavizaron, Mario... o tal vez Carlos, dijo:

- Es una buena costumbre bendecir la mesa, ¿no? Es como lo que decía Pascal: si cuando uno reza hay un Dios que escucha, le complace. Y si no, ¿qué hay de malo en ello?

- No seas irreverente - le regañó, sin demasiada aspereza, Yosper -. Pascal era tan charlatán. Uno no tiene que obedecer los mandamientos de Dios sólo para salvar su piel. Tiene que obedecerlos porque sabe que Dios existe, como queda demostrado por el milagro diario de la vida.

Alys tosió y cambió de tema:

- ¿Sabes, Horny? No he estado inactiva todo el día - dijo con dulzura, pasándole un par de diarios y una revista -, He encontrado esto en mi habitación. Los he mirado y he marcado todos los puntos que te pueden interesar.

Yosper miró por encima de su sopa, que no comía.

- ¿Y cómo sabes lo que le interesa?

- ¡Oh! - dijo ella con el rostro iluminado -. Es una especie de labor de investigación que he estado haciendo para él. Está muy interesado en lo que llama la creciente degradación de la calidad de la vida... ya sabes, todas esas cosas que siempre nos fastidian la existencia... ¿Sucede algo malo Horny?

- No - respondió él y, después, con mayor firmeza -. Sigue hablando. Es que estaba pensando en otra cosa.

En lo que estaba pensando era en que si Yosper informaba de aquello a Cascarrabias, seguro que en el informe diría que estaba haciendo algunas investigaciones no autorizadas. Pero inmediatamente había pensado: ¿y por qué no? No le habían prohibido ser curioso. Y una de las cosas por las que sentía curiosidad era por ver el modo en que iba a reaccionar Yosper.

Pero resultó que no reaccionó en modo alguno. Se quitó la servilleta del regazo, la dejó caer sobre la mesa y alejó con un gesto el plato que la propietaria le traía del aparador de caoba.

- ¿Sabéis? - explicó -. No creo que ésta sea la comida que me pide el cuerpo. ¿Qué te parece Dieter, probamos en el Hofbrauhaus?

- Buena idea, Yosper - dijo Dieter, entusiasta... ¿o sería Carlos? Aunque todos asintieron, Yosper hizo una pausa.

- ¿Qué me decís vosotros dos? - preguntó -. Después de todo, tenéis la noche libre.

- ¿Qué hay en esa cervecería? - inquirió Alys.

Inclinó la cabeza hacia ella y, con su calvicie y su barba, Hake pensó que cada día se parecía más a un mono tití:

- Es uno de los grandes puntos turísticos de Munich. Unas salchichas increíbles, grandes tanques de cerveza... ¡y schweinfleisch! Cerdo, sonrosado y blanco, con esas coles rojas y los buñuelos de patata, y con toda esa salsa espesa...

Alys dejó caer la cuchara:

- Perdonadme - gimió, y huyó.

Yosper miró a Hake.

- ¿Qué es lo que le sucede? - le interrogó.

- No creo que se sienta bien. En realidad, yo tampoco me siento demasiado bien. Id vosotros, Yosper. Creo que no voy a cenar y me meteré pronto en la cama...

Al menos no le dolían las tripas. Agradecido por esto, cerró su puerta con la cadenita y abrió la prensa que Alys le había entregado: un Times de Londres, un Daily American, el diario publicado en Roma, de dos días atrás, y un ejemplar de la edición internacional del Newsweek. Además del material de lectura, tenía un tesoro propio: dos botellas individuales de whisky sour, ésas de combinado que dan en los aviones, que había pedido para beberse en uno de los muchos vuelos y que luego no había tenido tiempo de consumir. Decían que el whisky era bueno para la gripe; ¿por qué no lo iba a ser en combinado?

Se los metió en el estómago y, sorprendentemente, allí se quedaron. Le hicieron sentirse, bueno... mejor no, pero al menos diferente; el sabor del whisky alteraba la sensación de malestar del catarro, o lo que fuese. Y el cambio era bien recibido.

Ojeó las noticias, más por sentido del deber que por puro interés:

Los impuestos sobre el hidrógeno líquido iban a ser aumentados en un 50 por ciento «para financiar las investigaciones destinadas a lograr que los Estados Unidos fueran autosuficientes en sus necesidades energéticas en un plazo de treinta años». El loco lanzador de bombas incendiarias que atacaba a las mujeres de Chicago que usaban ropa provocativa, había sido atrapado y había declarado que había recibido el mandato de Dios de purificar la Tierra. La compañía International Harvester había entregado su diez milésimo carro de combate pesado, Modelo XII, directamente desde la línea de montaje al terreno de desguace de la ONU en Detroit. El Presidente había declarado que la producción de estas bazas para la negociación era insuficiente con vistas a la próxima Conferencia sobre Desarme y había propuesto la emisión de unos bonos de deuda especial para financiar 5.000 aviones de combate avanzados, que serían construidos y desguazados en los siguientes cinco años. (También mencionó que los impuestos sobre la renta deberían ser aumentados para pagar esos bonos.) Habían tenido que ser apagados los receptores de microondas en Tejas, debido al excesivo daño que estaban causando en el cinturón de Van Allen; y, como resultado, la costa de Louisiana estaba sufriendo su tormenta primaveral de nieve más dura jamás recordada y la mayor parte de Oklahoma, Tejas y Nuevo Méjico se habían quedado sin energía.

Una semana normal en los Estados Unidos. Alys también había marcado noticias europeas, pero Hake no se sentía con ánimos para leerlas. Había visto la suficiente suciedad y pobreza en los pasados quince días como para llegar a la conclusión de que los europeos no vivían mejor que la gente de Long Branch, New Jersey, al menos en lo que a calidad de vida se refería.

Y, además, la calidad de su propia vida no parecía encontrarse en muy buen momento. Quizá los whiskies sours habían sido un error.

Mareado, se levantó y se miró al espejo.

Realmente se sentía enfermo. Y el sentirse así le alarmó hasta un grado que no podría comprender un hombre que se hubiera sentido bien toda su vida. Se contempló la lengua (razonablemente sonrosada), los ojos (considerándolo todo, realmente no estaban muy enrojecidos), y deseó tener algo con lo que tomarse la temperatura.

Quizá lo único que necesitaba era un poco más de sueño y, eso seguro, muchísimo más ejercicio. No había podido llevar las pesas en el equipaje. Estudió su abdomen, buscándose barriga; sus dorsales, por si se veía grasa. Nada... aún. Pero se había perdido el footing de dos semanas y una docena de clases de judo por culpa del viaje y, ¿cuánto tiempo más podría seguir así sin pagar las consecuencias? Tomó la decisión de, por lo menos, tratar de atrapar a una de las chicas de Ocean Grove para que jugase con él una partida de ping - pong a la mañana siguiente.

Pero a la mañana siguiente no se encontraba en condiciones de jugar a nada, aun sin contar que era domingo y las chicas estaban todavía en la escuela americana con los demás... o quizá creando el caos en alguna desafortunada iglesia.

Se bañó, se afeitó, se vistió y, con paso incierto, salió de la pensión en busca de una farmacia. En las siguientes tres manzanas pasó ante dos, ambas cerradas, pero en las que al menos encontró el nombre que necesitaba saber. Le pidió perdón a un anciano que tomaba el sol en el escalón de una portería y le dijo:

- Bitte, wo bist eine Apotheke?

Tuvo que repetirlo dos veces antes de que le diera una respuesta, y las palabras que escuchó no le fueron de mucha ayuda. Pero sí el dedo que apuntaba.

La farmacéutica era una joven que llevaba su cabello rojo en moñitos. No hablaba ni inglés, ni hebreo, ni ninguna de las variantes del árabe en que podía expresarse Hake. Si los kibbutzim no hubieran sido tan estrictos en sus costumbres, al menos hubiera aprendido algo de yiddish con el que intentar ahora comunicarse con ella. Pero, en su infancia, le habían enseñado a ser ingenioso así que, después de haber fracasado en todos esos idiomas, se le ocurrió toser con gran énfasis y estornudar dramáticamente, tapándose la boca con la mano y luego hacer un gesto de mimo como quien bebe de una botella.

- Ja, ja - gritó la farmacéutica, comprendiendo súbitamente, y cogió algo que había en un estante.

Lloroso, Hake atisbó en la etiqueta. Naturalmente estaba en alemán.

Lo de Antihistamin-Effekt le parecía bastante comprensible. Pero, ¿qué era un Hustentherapeutikum? Los nombres de los ingredientes le resultaron más fáciles de leer: la ciencia es un lenguaje universal, y añadiendo algunas letras o eliminando otras consiguió imaginarse algunas de las cosas que había dentro de la botella. El problema era que Hake no era un farmacéutico y, ¿exactamente para qué enfermedades era recomendable tomar Natriumcitrat y Ammoniumchlorid? En lo referente a la dosificación se encontraba en terreno más sólido: Erwachsene tenía que significar «para adultos», aunque sólo fuera porque en la columna siguiente se leía Kinder, y 1-2 Teelöffel alle 3-4 Stunden parecía indicar claramente una o dos cucharaditas, cada tres o cuatro horas.

Mientras estaba dudando, entró en la farmacia una mujer alta, con un gran sombrero de tela flexible, y comenzó a estudiar cuidadosamente el mostrador de los cosméticos. Hake probó, tres o cuatro veces, con el resto de su vocabulario alemán, y entonces fue donde la recién llegada, para solicitar su ayuda:

- Bitte, gnaedige Frau - empezó -. ¿Sprechen sie English?

Ella se volvió para mirarle.

El rostro que había bajo aquel enorme sombrero era uno que él había visto, por última vez, en una cocina de Maryland.

- Pague a la farmacéutica, Hake - le dijo -. Y vámonos a un lugar en el que podamos hablar.

Si las farmacias parecían cerrar los domingos, estaba claro que los bares no. Encontraron uno con terraza en la acera, en donde se notaba más frío del que Hake hubiera deseado, pero en donde, al menos, estaban alejados de la otra gente, y la mujer pidió para ambos grandes copas con áspera cerveza de Berlín y un poco de jarabe de frambuesa en el fondo de cada una. Hake se tomó lo que supuso que sería un trago de 2-Teelöffel del Hustentherapeutikum y lo hizo bajar con cerveza. El frío le resultaba agradable en el paladar. El sabor ya no tanto. No era lo que su cuerpo le pedía y sintió como aumentaba la presión en sus tripas. Notó como si tuviera necesidad de eructar, pero temía intentarlo. Al fin dijo:

- ¿Sabe, jovencita? Podría hacer que la detuvieran.

- Aquí no, Hake.

- Supongo que el secuestro es un crimen para el que existe extradición.

- ¿Un crimen? Pero, Hake, ¿presentó usted una denuncia? ¡No!

- No hay un período de prescripción para un crimen como el rapto.

- Oh, mierda, Hake; basta ya de hablar como un abogado. No le pega. Hablemos de realidades, como el motivo por el cual no fue a ver a la poli. ¿Ha pensado en las razones por las que no lo hizo?

- Sé cuál fue la razón... yo... bueno, no sabía dónde tenía que denunciarles.

- Lo que significa - dijo ella amargamente -, que usted ya se había liado con los agentes secretos y sabía que no debía meter en eso a la poli normal. ¿No? Y tenía miedo de decírselo a los agentes secretos porque no sabía lo que podía pasar entonces.

Él mantuvo la boca cerrada. No quería reconocer ante ella que, simplemente, no había sabido cómo entrar en contacto con la Agencia, hasta que había pasado tanto tiempo que ya no le había parecido adecuado. También se daba cuenta de que, en realidad, no debería decirle nada a aquella mujer. Ni siquiera debería estar hablando con ella... ¿Quién sabía si aquel camarero, que distraídamente estaba dando patadas a un trozo de papel, o aquella quinceañera con el minipantalón que pasaba en bicicleta, no iban a informar a alguien de aquel encuentro?

En otras circunstancias le hubiera gustado mucho estar un rato con ella. Ya fuera con mono o con aquel primaveral vestido floreado, era una mujer estupenda. Al menos era tan alta como Hake, lo sería más si llevase zapatos de tacón alto, y era más delgada de lo que a él le hubiera gustado... si es que, en alguno de sus encuentros, hubiera importado en algún momento que ella fuera bella o no. Resultaba intrigante en más de un aspecto. Por ejemplo, qué anticuado se veía el que llevara un viejo anillo de oro de matrimonio... No podía recordar la última ocasión en la que había visto uno de aquellos anillos.

- No tengo mucho tiempo - dijo ella, con aire severo -, y hay muchas cosas que le debo decir. ¿Sabe?, comprobamos sus datos, y es usted una persona decente: es usted bueno, idealista, y si se encontrase un gato o perro abandonados les buscaría una casa. Trabaja noventa horas en un empleo espantoso por la paga de un esclavo. Así que, ¿cómo consiguieron convertirle en un asesino?

- ¡Asesino!

- Bueno, ¿usted qué nombre le daría? Ellos lo son, Hake, y usted sólo acaba de empezar con ellos. ¿Quién sabe lo que le harán hacer? Cuando aceptó este trabajo ya debía saber lo que significaba.

Le resultaba imposible admitirle a aquella mujer joven, guapa y muy irritada, que no sólo no sabía lo que aquel trabajo significaba, sino que además aún no había logrado averiguar en qué consistía exactamente. Así que dijo, con la lengua espesa:

- Tengo mi propia moral, amiga mía.

- Sí que la tiene. Y, sin embargo, está haciendo cosas con las que yo sé que usted sabe que la está violando. ¿Por qué?

Se dio cuenta, con alivio, que la pregunta era puramente retórica y que ella misma iba a contestarla. Le estaba resultando muy difícil mantener aquella conversación. Trató de concentrarse en lo que ella decía, a pesar de la creciente evidencia, que notaba en el estómago, de que estaba peor de lo que había pensado.

- ¿Por qué? - prosiguió ella con aire fúnebre -. ¡Dios mío, el tiempo que he pasado tratando de contestarme a eso! ¿Qué es lo que cambia a la gente como usted? ¿El dinero? No, usted no puede ambicionar dinero o no sería ¡cielo santo!, un religioso. ¿El patriotismo? ¡Si ni siquiera nació usted en los Estados Unidos! ¿Quizá alguna psicosis, porque usted ha sido un impedido la mayor parte de su vida y las chicas ni se le acercaban?

- Las chicas - intervino Hake con gran dignidad -, estuvieron muy a menudo más que dispuestas a pasar por alto mis limitaciones físicas.

- No me cuente ahora la historia de sus amoríos juveniles, Hake. Sé que tampoco ha sido por eso. O no debería serlo, también comprobamos sus datos a ese respecto. Así que, ¿qué es lo que nos queda? ¿Por qué da usted un giro de ciento ochenta grados y pasa de ser un absoluto desprendido, que ayuda a cualquiera que se le acerca de la mejor manera que puede, a ser un agente secreto hijo de puta, dedicado a crear problemas y a extender la miseria? ¡Sólo hay una respuesta! Hake, ¿qué es lo que sabe usted acerca del hipnotismo?

- ¿El hipnotismo?

- No deja de repetir todo lo que le digo y eso, como sabe muy bien, no es responder. Sí, he dicho hipnotismo. Y, por si no lo sabe, añadiré que presenta usted todos los síntomas de haber sido sometido a hipnosis: lógica de trance, tolerancia de las

incongruencias, incluso analgesia. O, al menos, analgesia del alma: le dolería saber en lo que anda usted metido, si no hubiera algo que se lo impide. Incluso paranoia hipnótica: capta usted pistas que no advertiría una persona que no estuviera en trance. ¡Usted captó pistas de nosotros, después de que lo raptásemos y por eso no nos denunció!

- ¡Oh, vamos! ¡Nadie me ha hipnotizado!

- En lo que a eso se refiere, ¿cómo lo sabe? ¿Y si le hubieran dado una orden poshipnótica de olvidarlo todo al respecto?

Él negó con la cabeza, obstinadamente.

- ¡Ah, claro! - resopló ella -. ¡Usted lo sabría, justo porque es usted! ¿No? Pero, si no lo hipnotizaron, ¿cómo explica usted el que se haya unido a esa gente?

No puedo, pensó él, pero lo que dijo en voz alta fue:

- No tengo porque explicarle nada a usted. Ni siquiera sé nada de usted... excepto que se llama Lee y está casada.

Ella le contempló, muy pensativa, con los ojos atisbados por debajo del borde de su gran sombrero. Hake no podía ver muy bien los ojos de ella, y esto le desconcertaba. Bueno, todo acerca de ella le desconcertaba.

- Tengo que ir al lavabo - dijo. No se encontraba nada bien y, sentado en la terraza de aquel frío y barato café... Munich tenía algún tipo de huelga de basureros y las aceras estaban repletas de la maloliente basura de varios días, lo cual no le hacía sentirse mejor.

Cuando regresó, el camarero había traído una nueva ronda de Berlinerweissen y Lee se había quitado el sombrero. Se la veía mucho más joven y hermosa sin él, pero también más desamparada. En las circunstancias adecuadas, le hubiera parecido terriblemente atractiva, pero no se daban esas circunstancias. Hake se dio cuenta con un cierto temor, de que se había acabado la primera cerveza. El jarabe del fondo había agredido tanto su paladar que ansiaba la astringencia de la nueva, pero su estómago estaba dándole claras indicaciones de que no iba a soportar nuevos insultos sin tomar drásticas medidas.

- En cuanto a quién soy yo, Hake - dijo ella, soñadora -. Ya he descubierto mi identidad secreta ante usted, ¿no es así? De modo que le diré que me llamo Leota Pauket. Fui una estudiante matriculada en... no importa dónde. En cualquier caso, dejé los estudios. Mi tesis de graduación no fue aprobada y eso fue lo que empezó todo esto.

- Espero que me aclarará de qué me está hablando.

- Ya lo creo que le voy a aclarar las cosas, Hake. Quizá más de lo que usted desee. - Dio un largo sorbo a la segunda cerveza, con la mirada perdida en la calle llena de basura -. Soy una utilitarista; en la universidad era miembro del Club Jeremy Bentham. Ya sabe; aquello de «lo mejor posible, para el mayor número posible». Era un pequeño club, sólo tenía seis miembros, pero estábamos más unidos que los propios hermanos. Desde que me metí en esto he tenido que tratar con gente poco recomendable, Hake. Hay gente mala en el otro lado, tan mala como la de su bando, y no siempre he podido escoger a mis aliados. Pero en los tiempos de la universidad era un buen grupo, todos estudiantes brillantes, todos de Económicas o Sociología. Todos ellos gente de primera. La catedrática que me aconsejaba en la tesis también era increíble; fue ella quien me sugirió el tema: Covariantes y correlativos: un examen de las relaciones entre la degradación de los estándares no monetarios de los factores de vida y el decrecimiento de las tensiones internacionales. Ella me ayudó...

- ¡Hey! - Hake se irguió en el asiento -. ¿Me puede conseguir una copia de esa tesis?

- ¿De mi tesis? ¡No sea estúpido, Hake! Ya le he dicho que nunca la terminé. Sin embargo... - añadió, pareciendo complacida -. Tengo el borrador en alguna parte. Supongo que le podría conseguir una copia si realmente desea leerla.

- Claro. ¡Ya lo creo que quiero! Yo mismo he estado tratando de encontrar ese tipo de información.

- Hum - ella tomó otro sorbito de cerveza, estudiándole por encima del ancho borde de la copa -. Quizá, después de todo, aún haya esperanzas para usted. En cualquier caso,

ella fue la que nos puso en la pista de sus amigos, los agentes secretos; nos dijo que era imposible que todas esas cosas hubieran sucedido por azar. Tenía que haber gato encerrado. Y, cuanto más escarbaba, más segura estaba de que ella tenía razón. Entonces la despidieron: recibía su salario de una ayuda gubernamental a la universidad, y la ayuda fue cancelada. Y el hombre que la sustituyó como mentor de mi tesis rechazó el tema en que estaba trabajando. Y la universidad nos recomendó que disolviéramos nuestro Club. Así lo hicimos, en público... y pasamos a la clandestinidad. Eso fue - contó con los dedos - ...uno, dos..., hace tres años.

Hake asintió con la cabeza, contemplando los dedos.

- No fue difícil comprobar nuestros datos, acerca del modo en que los Estados Unidos estaban realizando, deliberadamente, sabotajes en otras naciones. Ni siquiera nos resultó difícil averiguar qué organización lo estaba haciendo... teníamos apoyo. Entonces surgió la cuestión de qué debíamos hacer con lo que habíamos descubierto. Pensamos en hacerlo público: en la televisión, la prensa, por todos los medios. Pero nos decidimos en contra de eso; ¿qué hubiéramos logrado? Una noticia sensacional que hubiera durado diez días en las primeras páginas y que luego todo el mundo olvidaría. El simple hecho de que la prensa los denunciase legitimaría lo que esa gente está haciendo... Usted ha estado en Washington y ha visto la estatua a los Mártires de Watergate. Así que decidimos combatir el fuego con el fuego... ¡Hake! ¿Qué le sucede?

Él señalaba al anillo de ella:

- Ahora recuerdo dónde la vi por primera vez: ¡usted era la señora aquella que se metió conmigo en el autobús!

- Bueno, pues claro que lo era. Ya le he dicho que teníamos que comprobar los datos acerca de usted.

- Pero, ¿cómo sabía dónde me iba a encontrar?

Ella no parecía muy a gusto:

- Ya le he explicado que tenemos apoyo.

- ¿Qué clase de apoyo? - le estaba resultando cada vez más difícil seguir la conversación, e incluso permanecer sentado en la silla.

- Eso no le importa. No me pregunte más sobre eso, ya le he dicho que estoy tratando de aclararle... ¡Hake! ¿Pero qué es lo que le pasa?

Se dio cuenta que estaba en el suelo y la miraba desde abajo.

- Creo que me voy a desmayar - le explicó, y luego lo hizo.

Lo que sucedió luego no le resultó nada claro a Hake; se despertaba por breves instantes y se desmayaba de nuevo. En una ocasión se vio en una habitación que no reconoció, con Leota y un hombre que le era desconocido, con barba y aspecto oriental, ambos inclinados sobre él. Y hablaban acerca de su estado:

- ¡Pero si no eres médico, Subirama! ¡Está demasiado enfermo para esas tonterías tuyas!

- Chist, Leota, sólo es algo para quitarle el dolor; un poco de acupuntura. Le hará bajar la fiebre...

- No creo en la acupuntura - dijo Hake, pero entonces se dio cuenta de que era mucho tiempo después y que se hallaba en otro lugar, en lo que parecía ser un avión - ambulancia militar, acompañado por una negra con uniforme de enfermera que lo miraba interrogativa.

- Esto no es acupuntura, cariño - le dijo ella para tranquilizarlo -, es sólo una inyección que hará que te sientas mejor...

Y cuando se despertó de nuevo estaba en un verdadero hospital. Y tenía que encontrarse de vuelta en New Jersey, porque el doctor que le estaba tomando el pulso era Sam Cousins, cuya hija se había casado en la iglesia de Hake. Tenía la garganta dolorosamente deshidratada. Graznó:

- ¿Qué... qué pasó, Sam?

El doctor le dejó la muñeca y pareció complacido.

- Ya estás otra vez con nosotros, Horny. Me alegro. Enfermero, déle un vaso de agua.

Mientras Hake se bebía ansiosamente los tres sorbitos permitidos, el doctor le explicó:

- Has estado bastante enfermo, ¿sabes? Vale, ya es suficiente agua por ahora. Podrás beber un poco más en un minuto.

Hake siguió el vaso con mirada sedienta.

- ¿Qué es lo que me ha pasado?

- Bueno, ése es el problema, Horny. Se trata de algún tipo nuevo de virus. Todos los niños lo cogieron, y también Alys. Pero a los niños no les hace mucho efecto, ni tampoco a las personas muy mayores. A los que realmente tumba es a los que se encuentran en lo mejor de la vida, como tú - se alzó -. Volveré dentro de un rato, Horny, y te mandaremos a casa en un día o dos. Pero, por ahora - añadió, volviéndose hacia el enfermero -, nada de visitas.

- Sí, doctor - dijo el enfermero, cerrando la puerta tras de él y volviéndose a Hake, que entonces vio quien estaba allí, vestido con aquel blanco uniforme.

Casi no le sorprendió.

- Hola, Cascarrabias - dijo.

- No tan alto - ordenó el agente secreto -. No hay micrófonos en esta habitación, pero, ¿quién sabe quién puede pasar por ese pasillo?

Tomó unos diarios de la mesilla.

- Sólo quería darte esto y que supieras que pienso en ti. Tendremos una nueva misión para ti, tan pronto como estés totalmente restablecido.

- ¿Una nueva misión? ¡Joder, Cascarrabias, si ni siquiera he llevado a cabo la primera! ¿Para qué darme otra misión, si eché a perder la primera poniéndome enfermo?

El agente secreto sonrió y abrió los periódicos. Varios artículos estaban marcados con círculos rojos:

UN NUEVO VIRUS CORTA EN UN 40%

LA PRODUCCIÓN DE LAS FÁBRICAS SUECAS

decía el New York Times, y:

LOS DANESSES COGEN LA GRIPE;

LOS ALEMANES TOSEN

añadía el Daily News, sobre una foto de largas hileras de hombres esperando para meterse en un lavabo público en Francfort.

- ¿Qué es lo que te hace creer que la has echado a perder? - preguntó Cascarrabias.

FIN

GUERRA TIBIA

I

Todo sacerdote tiene alguien con quien confesarse, un rabino tiene a otro rabino e incluso un ministro protestante tiene a algún superior en la jerarquía eclesiástica. H. Hornswell Hake no tenía a nadie así. Él era un unitario y estaba tan solo como lo está, en sus responsabilidades de mando, el capitán de un buque. La idea de dar a conocer sus problemas en Beacon Street le hubiese parecido ridícula, si hubiera llegado a ocurrírsele. Y así, sin una esposa o amante habitual, sin padres o familiares cercanos, no estando metido en ningún tipo de terapia psicoanalítica y sin tener siquiera (y de esto se daba cuenta con una cierta preocupación) verdaderos amigos íntimos, no había nadie con quien pudiera hablar.

Y tenía deseos de hablar... ¡Dios, las ganas que tenía de hablar! No es fácil para un hombre descubrir que ha infectado a medio continente. Era algo que le desgarraba la mente. El diario de su propia vida no era algo que tuviera totalmente claro, pero conocía perfectamente algunas partes del mismo. De lo que más seguro estaba era de que su objetivo en este mundo no era enfermar a la gente, sino curarla. Mientras hacía footing, se ejercitaba gimnásticamente o trabajaba con las pesas, no dejaba de pensar en ello: en alemanes y daneses con los ojos enrojecidos y estornudando. Tumbado, se veía como un agente transmisor de enfermedades a escala continental. Y pasaba mucho tiempo tumbado: la enfermedad que Hake había diseminado por la Europa Occidental era algo que en la Agencia llamaban una variedad Tres X, lo que significaba que tenía un índice de recaídas tan alto que el enfermo medio podía contar con tener tres rebrotes de la fiebre, las toses y los dolores. Hake había recibido los mejores cuidados médicos y, a pesar de ello, había sufrido cinco recaídas. Pasó más de un mes antes de que estuviera de nuevo en condiciones de efectuar sus tareas.

Y eso no significaba que hubiera permanecido sin hacer nada, o que se encontrase solo. Cuando tenía un nuevo brote, Alys Brant, Jessie Tunman y media docena más se congregaban a su alrededor, con sopas calientes y atenciones; cuando estaba en pie y en condiciones, Jessie aparecía con cuestiones acerca de la colecta para la moqueta y la siguiente reunión presupuestaria; su director del programa juvenil con planes para el siguiente festival benéfico, el Espectáculo Mágico del Verano, y preocupaciones acerca de qué quinceañeros estaban tomando qué drogas; y Alys Brant llegaba con su propia e incomparable personalidad. Alys sólo había sufrido la más leve de las infecciones de la enfermedad, pero eso había bastado para infundirle una fuerte simpatía hacia Hake y sus reiteradas recaídas, y aquélla era más simpatía de la que Hake creía poder soportar. Así que la mantenía alejada, enviándola a hacer trabajos de investigación en la biblioteca y, para cuando se sintió lo bastante bien como para volver a la iglesia a dar un sermón dominical, ya había decidido lo que quería hacer: como muchos otros ministros religiosos antes que él, iba a tratar de desentrañar sus propios problemas exponiéndoselos a su congregación. Quizá no lo hubiera intentado durante las épocas normales del año religioso, pero en verano los servicios eran muy informales y, habitualmente, sólo asistían a ellos un par de docenas de los miembros más devotos de la congregación.

El tiempo se había tornado muy cálido. Hake caminó muy lentamente hacia la iglesia antes del servicio, andando pausadamente para evitar empezar a sudar o jadear: no deseaba respirar más de aquel aire tan cargado del que le resultase necesario, y con aquel tiempo o hacía sus carreras al alba, cuando aún hacía fresco, o dejaba totalmente de correr. Giró la llave de la puerta de la iglesia y abrió las hojas de par en par.

Era una iglesia vieja y pequeña, pero era la iglesia de Hake. Su ánimo se elevó mientras entraba, estudiaba la gastada moqueta y alineaba las hileras de placas con los nombres que aguardaban la llegada de los miembros de la congregación. La pintura estaba volviendo a desconcharse en el techo. Hake frunció el ceño. La Agencia había sido muy generosa en suministrarle lujos para su propio uso: el generador eléctrico eólico, el nuevo mobiliario de oficina, grifería para el cuarto de baño que funcionaba a la perfección, incluso una renovación de la cocina, a pesar de que Hake, como buen solterón, casi nunca se preparaba una verdadera comida. Ya era hora de que también dedicasen un poco de dinero a la iglesia. Por lo menos, el suficiente para dar una nueva capa de pintura, y quizá para una nueva moqueta, y así poder dejar ya de hacer aquellas molestas colectas. La próxima vez que hablase con Cascarrabias... pero, ¿cuándo sería eso? Y quizá... quizá tras el sermón que se disponía a dar ya no volviera a recibir regalos de él. Tal vez fuera una pena, pero siempre sería mejor que vivir con aquel sentimiento de culpabilidad.

- Como la mayoría de vosotros sabéis - comenzó -, estuve varias semanas en Europa el mes pasado, y esto me ha hecho ponerme a pensar en lo que sucede en el mundo. Y no me gusta buena parte de las cosas que he pensado. Miro al mundo, y veo en él una especie de loca carrera en la que el modo de ganar no es correr más deprisa que tu contrincante, sino ponerle la zancadilla. No es una guerra, no. Pero tampoco es la paz, y es algo que está degradando la calidad de la vida de todos, tanto de nosotros como del resto del mundo.

Sólo había unas treinta y cinco personas en la iglesia, sentadas en el suelo en la posición del loto, reclinadas en las colchonetas o correcta y rígidamente sentadas en los bancos que había a los lados de la sala. Todos le estaban escuchando con gran atención... o, si no estaban atentos, al menos mostraban esa educada expresión de aceptación pasiva que había visto desde el púlpito la mayor parte de los domingos por la mañana de su vida.

- Buena parte de lo que sucede es económico - prosiguió -, pues jugamos unos y otros con nuestras respectivas divisas, atacando a la libra esterlina y especulando con el marco alemán, inundando de oro el mercado cuando se reblandece el dólar y comprándolo para acumularlo cuando son los rusos, los sudafricanos o los hindúes los que empiezan a venderlo. Buena parte es mercantil: vendemos trigo por menos de lo que cuesta cultivarlo a países que nos mandan aparatos de televisión a menor precio de lo que cuesta fabricarlos. Y buena parte... - dudó, mirando las palabras que había escrito, como buscando en ellas el valor para ir más allá de ellas -...es psicológico. Censuramos a los españoles porque no les dan la libertad a los vascos, y recriminamos al resto del mundo su interferencia en nuestro propio modo de ocuparnos de los navajos.

Ahora, los ojos se tornaban vidriosos, como había sabido que iba a suceder, pero testarudamente siguió recitando estadísticas y explicando políticas. Incluso Ted Brant, que estaba recostado en una colchoneta, con las rodillas en alto, el brazo posesivamente en tomo a los hombros de Alys, la otra mano descansando en la pierna de Sue-Ellen, ya no parecía hostil, sino meramente aburrido, mientras que Alys asentía con la cabeza a cada nuevo punto de la perorata. En realidad no era que mostrase su acuerdo, sólo estaba dando cuenta de su aceptación del uso que estaba haciendo Hake de la información que ella le había conseguido. Él siguió con su catálogo: ayuda a los traidores, apoyo a los disidentes, interferencia de las emisiones de radio y televisión, el pase a otros de la polución propia...

- Esas chimeneas de mil metros de altura - afirmó -, se deshacen de nuestra polución, pero sólo a base de lanzarla lo bastante alta como para que luego caiga sobre Londres o Copenhague.

Allen Haversford ya no tenía los ojos vidriosos. El director de Animalitos y Flores Internacionales estaba escuchándole con una atención total, si bien sin mostrar estar a favor o en contra. Y, sorprendentemente, también Jessie Tunman estaba muy atenta.

Hake resumió la moral de su sermón:

- Así pues, he llegado a creer - dijo - que no es bastante no estar en guerra. Se necesita algo más. Se necesita tolerancia y amor por el prójimo. Tenemos que aceptar que aquellos que no están de acuerdo con nosotros quizá estén equivocados, pero no son unos malvados. Tenemos que aceptar la diversidad y promocionar la individualidad. Tenemos que abandonar la suspicacia como sistema de vida, y olvidarnos ya sea de dar el primer golpe, o de vengarnos después de haberlo recibido. Y tenemos que hallar dentro de nosotros mismos las soluciones a los problemas que creamos, en lugar de tratar de hacer que nuestra situación sea algo mejor a base de hacer que la de otro sea algo peor. Y ahora - concluyó -, Ellie Fratkin y Bill Meecham nos deleitarán con uno de sus encantadores duetos para piano y violonchelo.

Sonaron las notas de Schubert, o quizá fueran de Kabalevsky, pues no sabía dónde había metido la nota que había tomado al respecto, y cuando tocaban Bill y Ellie todas las

partituras sonaban iguales. Hake se sentó en el borde del estrado y contempló a su congregación. Si se podía decir que tenía una familia, aquélla era su familia. Los conocía por dentro y por fuera... sobre todo por dentro, pues, por ejemplo, sabía que su tío adoptivo Phil no sólo era el Inspector de Hacienda de fría y acerada mirada, sino también aquel amable e hiposo borracho que, durante una de las estancias de Hake en el hospital, cuando era niño, se había presentado con el regalo de una muñeca de esas que incluso se hacen pipí encima, porque en el momento de ir a comprarle un regalo al hijo adoptivo de su hermana se había olvidado de su sexo. Y el bonachón Teddy Cantrell, sentado como un Buda y moviéndose al ritmo de la música, siempre sería para él el lloroso candidato al suicidio que había prendido fuego al estudio de Hake con una pistola de bengalas, cuando trató de quitarse allí mismo la vida, después de que su esposa lo abandonase. Una de las veces que su esposa lo había abandonado. Y los dos Tonys, los homosexuales, la pareja más estable y más digna de toda la iglesia, que permanecían hombro contra hombro, apoyados en una de las paredes, habían derramado entre lágrimas todo lo que llevaban dentro de sus corazones, mientras le pedían consejo antes de decidirse a hacer pública su relación. ¿A cuántos de ellos les había logrado interesar con lo que acababa de decir? Cuando empezaron a servir el café y los feligreses hicieron corrillos, escuchó sus comentarios:

- Realmente muy elevado - dijo el Tony más alto, y el otro, más joven y regordete, añadió:

- Siempre haces que me sienta bien, Horny.

- Desearía que fueras igual de sincero respecto a otras cosas, Horny - comentó Jessie Tunman.

Y Elinor Fratkin siseó a su oído en el momento en qué pudo encontrarlo a solas:

- ¡Estoy realmente avergonzada, Horny! ¿Cómo crees que voy a poder calmar a William, después de que te has olvidado de decir que lo que hemos estado tocando era una transcripción suya de algunas partituras de Bach?

- Me encantó el modo en que lo ensamblaste todo - le dijo Alys Brant, acercándose mucho a él, sin que por eso Ted, que ostensiblemente miraba en otra dirección, le soltase la mano -. ¿Cuándo vamos a ir a Nueva York a finalizar la investigación?

- Nos has dado muchas cosas en que pensar - afirmó Teddy Cantrell. Y, justo tras él, apareció Allen Haversford, con los ojos velados; tras apretar rígidamente la mano de Hake, le espetó:

- Desde luego que sí, y querría hablar con usted de esto, largo y tendido; pero no es éste el momento más adecuado.

¿Sonaba aquello a amenaza? ¿O al menos a advertencia? Para bien o para mal, casi fue la única prueba que tuvo de que alguien le había escuchado. Regresó a su casa, pasó el día remoloneando, archivando sermones y preparando informes para la reunión del lunes de la asociación parroquial, miró un rato la televisión y decidió irse pronto a la cama; y cuando tiró de la cadena del retrete esa noche, este le habló con la voz de Cascarrabias.

La esencia de la comedia es el derrumbamiento incongruente de las propias expectativas. Hake veía cómo su vida estaba dando un giro hacia lo cómico. Secuestrado por una chica que había tratado de seducirlo para que se fuera con ella a un retrete. ¡Qué divertido! El que hubieran usado auténticas armas no lo hacía menos divertido, sólo convertía aquel humor en puro humor negro. ¿Y hacer temblar a la economía de Europa Occidental a base de estornudos? ¿Qué podía haber más divertido que aquello? Y ahora, que un retrete le diera órdenes, como en una mala película de agentes secretos... ¡Aquello era hilarante! Al menos se lo parecería, cuando lograra controlar los latidos de su corazón.

Si uno estudiaba detenidamente aquel mueble sanitario no veía nada especialmente raro en él: cuadrado, sólido y casi mayestático en su reluciente cerámica color azul,

parecía un artilugio admirablemente pensado para alejar de uno los subproductos excretados con la máxima decencia y rapidez que cupiera desear. Y nada más. De hecho, era justamente aquello, pero también era algo más. La parte inferior del depósito de agua tenía un grosor de diez centímetros. Fuera lo que fuese lo que hubiera dentro, estaba oculto por una capa de cerámica herméticamente cerrada, sin ranuras, pero de una rejilla metálica del tamaño de la palma de una mano que había bajo ese depósito surgía la conocida voz. La cadenita del retrete era de duro plástico negro, artísticamente acabado en mate. No parecía que pudiera estar preparada para reconocer las huellas digitales de Hake... pero lo estaba. Hake experimentó, fascinado: si tiraba de ella agarrándola sólo con la palma de la mano, o con un par de dedos formando una uve, no pasaba nada (excepto que funcionaba el mecanismo y corría el agua). Pero si apoyaba la yema de alguno de sus dedos, como invitaba a hacer el diseño anatómico de la perilla, establecía contacto con el mismísimo Cascarrabias.

Y sólo eran sus huellas dactilares las que podían lograrlo. Lo demostró cuando la complaciente (pero un tanto desconcertada) Jessie Tunman aceptó, a la mañana siguiente, entrar en el nuevo retrete engañada por su treta:

- ¿Quieres hacer el favor de tirar de la cadena, Jessie? Quiero saber si se puede escuchar el ruido del agua desde afuera.

Ella lo hizo, sonriendo escéptica y un tanto nerviosa, y él no pudo escuchar ni el sonido del agua ni el de la voz grabada de Cascarrabias. Sólo oyó la voz de la propia Jessie:

- Vamos mejorando nuestra situación, ¿eh, Horny? - y luego, literalmente huyendo -. Y ahora será mejor que vuelva a la correspondencia.

No era totalmente cierto, eso Hake lo entendía perfectamente, que su vida se estuviera convirtiendo en algo divertido, porque ya llevaba algún tiempo siendo divertida. No hubiera sobrevivido a aquellas terribles décadas en la silla de ruedas si no hubiera sabido encontrarle el lado humorístico. Un fogoso jovencito inválido, amorosamente atendido por las hermosas chicas que los tipos guapos siempre andaban deseando, un entrenador del equipo de fútbol que ni siquiera podía caminar a lo largo del campo, un líder religioso al que ni por un momento le había cabido en la cabeza la posibilidad de que existiese un dios sobrenatural... o de ningún otro tipo, un consejero espiritual que atendía a los pecados y tentaciones de trescientos feligreses, sin haber tenido jamás la oportunidad de experimentar nada de aquello por sí mismo. ¡Oh, sí, era divertido! Tan divertido que uno tenía que reírse de ello, para no echarse a llorar. Tan divertido como lo que le estaba sucediendo ahora a su vida. El que un retrete le hablase era algo ridículo, pero también lo eran la mayor parte de las cosas que habían sucedido en la vida de Hake.

Lo que el retrete le había dicho había sido:

- ¡Horny, si no estás solo, vuelve a tirar inmediatamente de la cadena!

Hubo una corta pausa, presumiblemente mientras el retrete concluía que no iban a volver a tirar inmediatamente de su cadena, y luego la voz de Cascarrabias añadió, con tono más amistoso:

- Después de todo, viejo amigo, podrías haber tenido algunas costumbres peculiares de las que no nos hubiésemos enterado. Caso de que así sea, las practicas en el retrete del otro cuarto de baño. En éste, cuando tires de la cadena recibirás los mensajes que te haya mandado en el ínterin. Hazlo por lo menos tres veces al día: cuando te levantes, hacia el mediodía y antes de irte a la cama. Si no hay ningún mensaje, o cuando se hayan acabado si los hay, escucharás un pitido de cuatro cuatro cero haches. Eso significa que puedes contestar, o dejarme un mensaje si tienes algo que decirme.

Hubo una pausa pero, como Hake no escuchó ningún zumbido de 440 hertzios, supuso que Cascarrabias estaba pensando en lo siguiente que iba a decir. Cuando el retrete volvió a hablar, lo hizo con voz tensa y clara:

- Así que ahí van tus instrucciones, Hake. En primer lugar, sigue recuperando fuerzas. En segundo, preséntate mañana por la tarde en AFI para que te hagan un reconocimiento

físico... Tú ve allí, que ellos ya saben lo que tienen que hacer. En tercer lugar, tira de la cadena tres veces al día. Lo necesites o no. Y, ¡ah, sí!, ese sermón fue una jugada inteligente, pero no te pases de la raya. Está muy bien que tu congregación crea que eres un liberal de esos con la cabeza llena de pájaros, pero no vayas tan lejos que acabes por creértelo tú mismo. Estamos muy contentos contigo en este momento, Hake. Hay un buen informe en el dossier para tu promoción. No lo eches a perder.

El retrete zumbó y volvió a ser un simple retrete.

Yendo hacia Eatontown al día siguiente, Hake investigó en el interior de su mente y sólo halló un vacío allá donde debería haber estado su sentido moral. Cascarrabias estaba totalmente convencido de que su causa era justa y de que sus órdenes serían obedecidas sin rechistar. ¿Era posible que tuviera razón? ¡Pero desde luego no podía ser justo hacer que enfermase gente que no había causado ningún daño! Desde luego, un hombre como Cascarrabias no podía mostrarse tan seguro de sí mismo y, a pesar de ello, estar tan equivocado como a él le parecía. Claro que, desde luego... había demasiados «desde luego», y Hake no estaba totalmente seguro de ninguno de ellos. ¿Cómo era posible que todos los demás seres del mundo estuvieran absolutamente convencidos de estar en posesión de la verdad, cuando ninguno de ellos estaba de acuerdo con los demás y, sobre todo, cuando a Hake no le parecía estar en posesión de ninguna certeza? ¿Acaso la solución estaría en preocuparse únicamente de los propios intereses?

Los intereses propios de Hake parecían quedar cubiertos obedeciendo a Cascarrabias, que podía saltarse las leyes y hacer que su efecto no cayese sobre los demás, que podía facilitar nuevos lavabos, que era capaz de equilibrar los presupuestos de quienes le servían. No tenía duda alguna de que, si seguía con Cascarrabias, iba a obtener algunos beneficios notables. Quizá no tuviese que viajar en un maloliente y opresivo taxi de gasógeno como aquél, cuando debiera ir a alguna parte. Un coche eléctrico, uno de sistema inercial, incluso quizá un Buick de gasolina como el que llevaba la persona que le había metido inicialmente en todo aquello... cualquiera de esos vehículos estaba a su alcance.

En AFI no vio a Allen Haversford, sino sólo a una guapa y joven enfermera que tomó sus datos vitales, le dio la espalda mientras se desnudaba y se ponía una bata de algodón, le hizo radiografías de todo el cuerpo, le puso tres indoloras inyecciones neumáticas (¿para qué? ¿Qué plaga iba a difundir ahora, y dónde?), le demostró con la mirada que estaba bien y lo confirmó firmando un informe del que le dio una fotocopia para que se la guardase, antes de decirle que ya podía marcharse. Después de que le hubo estrechado la mano y cuando ya iba camino de la salida, Hake se dio cuenta de algo: estaba muy excitado sexualmente. Y le habían invitado a hacer algo al respecto y él había declinado la invitación.

Dado que tantas de las mujeres con las que se relacionaba eran para él una especie protegida, que no debía tocarse, y visto que había pasado buena parte de su vida bajo circunstancias en las que el sexo era sólo algo abstracto, Hake se daba perfecta cuenta de que lo era todo, menos un ligón. Ningún otro hombre de New Jersey habría salido de aquella consulta sin probar a ligar, sobre todo vistos los ánimos que le habían dado para intentarlo. Era preciso que pensase en aquello. Borró de su mente todo pensamiento sobre la reunión de aquella tarde con la administración de la escuela, cruzó la Carretera 35 y pidió una cerveza en el bar de un motel que tenía aire acondicionado.

Se dijo a sí mismo que todo formaba parte del mismo paquete. ¿Quién infiernos se creía ser, una especie de santo? ¿Por qué no podía tener algunos vicios? ¿Por qué andaba huyendo de Alys Brant y por qué no podía dejar que Cascarrabias le hiciera la vida un poco más fácil?

Se tomó otra cerveza y después una más. Dado que estaba en perfecto estado de salud, tres cervezas no lo emborracharon, pero sí le hicieron perder el sentido del tiempo.

Cuando se decidió a volver para investigar si aquella joven y hermosa enfermera estaba tan interesada como le había parecido, descubrió que ya eran más de las siete y que las puertas estaban cerradas; y no sólo se había saltado la reunión de la escuela, sino que ni siquiera tenía tiempo para pasar por casa, para el tirón de la cadena del mediodía, antes de ir al Espectáculo Mágico del Verano. Mala cosa, pensó Hake, mientras salía a la carretera y llamaba un taxi, pero mañana sería otro día y todo seguiría en su sitio.

El Espectáculo Mágico del Verano era el gran acontecimiento del año para captar fondos con destino a la iglesia. Tenía lugar en un viejo cine de un aparcamiento de carretera cercano a Long Branch. En los días de la energía abundante, el cine había atraído gente de las casas del centro de la ciudad, chicos con las chicas con que salían, jóvenes parejas de casados con sus hijos, jubilados que trataban de matar un día más. Ahora que el flujo estaba volviendo a las ciudades, se habían acabado las gentes que usaban las carreteras para ir a divertirse. El cine malvivía a base de reposiciones de películas famosas, a dólar por cabeza, y programando de vez en cuando un concierto. Ninguna otra cosa atraía la suficiente concurrencia como para poder pagar los costes de mantener el local abierto. La verdad era que lo otro tampoco alcanzaba casi, así que al propietario le encantaba alquilar el local, una noche al año, a la Iglesia Unitaria.

Hake entró en el momento en que el mago, Art el Increíble, estaba preparando sus aparatos.

Alys Brant vio a Hake llegar por el pasillo y agitó los dedos de una mano. Era lo único que podía mover: estaba atada a uno de los aparatos de Art, ensayando para ser «la mujer cortada en dos», y sus manos estaban cruzadas firmemente sobre su pecho para tenerlas lo más lejos posible de la girante y chirriante sierra circular que parecía estar segando su cintura. Cuando Art el Increíble vio a quién estaba saludando, paró la sierra, la alzó apartándola y comenzó a soltar a su ayudante.

- Hola, Horny - dijo -. Ayúdame a meter estos trastos detrás del escenario.

Art tenía el físico de un mago, o al menos de lo que se supone que es un mago: más de un metro noventa de alto y sólo unos sesenta kilos de peso, la cara delgada y los ojos penetrantes. Llevaba el cabello al estilo del General Custer, lacio y flotante, y se dejaba la barba y el bigote; parecía un delgado demonio escandinavo y había practicado para tener una voz que fuera aún más profunda que la de Mefistófeles. Delgado como un palo, era tremendamente fuerte. El aparato pesaba tanto como un piano y, a pesar de que iba sobre ruedas, Hake estaba resoplando para cuando lo hubieron ocultado tras el telón, mientras que Art, asombrosamente, ni siquiera sudaba.

- No me gusta tener que hacer estas cosas yo solo, Horny - comentó, agarrando el artefacto por un extremo y tirando de él unos cuantos centímetros más hacia atrás -. Bueno, supongo que ya estoy preparado.

Alys regresó, muy atractiva con su transparente disfraz de esclava del harén: una blusita y pantalones bombachos de seda artificial.

- Esa sierra siempre me da ganas de hacer pis - dijo confidencialmente. No llevaba sujetador bajo la blusa transparente, como pudo ver Hake... y, desde luego, seguro que en la parte de abajo tampoco llevaba nada, si bien, dada la forma en que le cubrían las gasas, resultaba difícil comprobarlo. Descubrió que aquello le resultaba a un tiempo excitante y molesto. Sus glándulas aún no se habían acabado de resignar a no haber tenido suerte con la enfermera, y cuando Alys comenzó, admirativamente, a reseguir sus pectorales con una mano y su latissimus dorsi con la otra, se agitaron con nuevas esperanzas. ¡Las señales que transmitía aquella mujer eran enloquecedoramente contradictorias! Hake formó frases en su mente, tales como: «Si estás tan loca por este cuerpo, querida, ¿dónde te metiste cuando estuvimos en Europa?» Pero, en justicia, tuvo que admitir que las señales que él le había devuelto habían sido igualmente oscuras y contradictorias, porque sus impulsos y sus reparos le tenían confundido. Escapó cuando el cine empezó a llenarse, ayudado por el hecho de que entre los primeros en llegar se

encontraban los otros tres componentes de la familia de Alys: Ted Brant parecía contrariado, Walter Sturgis preocupado y Sue-Ellen, reprobadora. Hake ocupó un asiento en la primera fila, tan alejado de ellos como le resultó posible. Hubiera sido mejor el sentarse cerca, con aire natural, para calmar suspicacias. Pero no se sentía con ánimos.

El espectáculo de Art el Increíble incluía todos los números estándar que Hake recordaba en cualquier otro espectáculo de magia que antes hubiera visto, desde las bolas que desaparecían hasta las palomas vivas que sacaba de la boca de Alys, después de haberla partido en dos. La mitad del auditorio eran niños... y la otra mitad adultos dispuestos a volver a ser niños durante una noche... y se lo tragaron todo. Como siempre. Seis mil dólares de las entradas que irían a parar a los fondos de la iglesia, la gente pasándose bien...

Hake decidió relajarse y divertirse.

Y, por consiguiente, quedó desprevenido; así que, cuando Art el Increíble comenzó a pedir voluntarios de entre el público para realizar su número más grande y final, Hake se dejó llevar con la marea.

- Y ahora - retumbó el vozarrón del mago -, para llevar a cabo una última demostración del increíble arte de Art el Increíble, voy a intentar llevar a cabo una experiencia de hipnotismo. Aquí tengo a treinta voluntarios, elegidos al azar. Les ruego, señoras y señores, que le digan al distinguido público si han ensayado ustedes, se les ha explicado o les han instruido sobre lo que va a suceder aquí...

Las treinta cabezas negaron con un gesto; la de Hake como las demás.

- Entonces, quiero que todos ustedes dejen caer sus cabezas hacia delante, hasta que la barbilla les toque el pecho. Cierren los ojos. Están comenzando a sentir sueño. Tienen los ojos cerrados y sienten mucho sueño. Voy a contar al revés desde cinco, y cuando diga cero estarán ustedes dormidos: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

Hake no estaba seguro de sentirse con sueño, pero le parecía estar bastante a gusto. Oyó ruidos de movimiento en el escenario y vio por un párpado entreabierto cómo Art dirigía silenciosamente a media docena de voluntarios de vuelta al público; evidentemente habían levantado la cabeza y mostraban que estaban despiertos.

- Bien, ahora el resto de ustedes - retumbó Art -, mantengan los ojos cerrados, pero alcen la cabeza. No abran los ojos hasta que yo diga «ábranos». Y en ese momento se darán cuenta de lo que está sucediendo, pero no lo recordarán luego, cuando bajen de este escenario. ¡Ahora, ábranos!

Si así era como se sentía uno cuando estaba hipnotizado, pensó Hake, entonces no era muy diferente a como se notaba el resto de su vida. No se sentía cambiado, pero se encontró a sí mismo alzando obedientemente un brazo, luego poniéndose en cuclillas y más tarde realizando unos pasos de baile. Era tan fácil hacerlo como oponerse y romper la obediencia, así que, ¿por qué no hacerlo? Sólo cuando Art comenzó a formar parejas, hombre y mujer, para iniciar un vals, notó Hake que desfallecía: aquello le parecía algo amenazador; dio un traspie y Art le hizo una seña para que saliera del escenario. De los treinta iniciales, sólo seis personas siguieron hasta el final. Por algún motivo, a Hake no le sorprendió que una de ellas fuera Alys.

En la fiesta que hubo luego, Art el Increíble estaba barajando cartas para hacerles algunos trucos con los naipes a unos niños. Hake, con una copa en la mano, se acercó a él.

- Nunca antes me habían hipnotizado - empezó, tratando aún de analizar sus propios sentimientos al respecto.

- Tampoco ahora - dijo Art, dando un golpecito al mazo y dejando caer los cuatro ases en las manos de una niña de diez años.

- ¿No? Pero... pero si me encontré haciendo cosas, sin que tuviera un verdadero control sobre lo que hacía.

- ¿Sí? - Art abrió el mazo en abanico, mostrando las 52 cartas perfectamente ordenadas por palos y números, tras lo que se las guardó -. No sé qué decirte. He hecho ese espectáculo un centenar de veces; si consigo que suficiente gente suba, un par de ellos harán cualquier cosa que les diga... a los demás los pierdo.

Desde detrás de Hake, Jessie Tunman exclamó triunfalmente:

- ¡Entonces, es un simple truco!

- Si tú lo dices, Jessie... - Art el Increíble sonrió como un tigre tras su rubia máscara de cabello -. Pero supongo que lo que quieres decir es que, cuando yo lo hago, es un simple truco, mientras que cuando lo hace algún otro es una ciencia, ¿no es así?

- El fenómeno del hipnotismo está perfectamente clasificado en la literatura psicológica - dijo ella muy envarada -. Llega un momento en el que mostrarse escéptico sólo indica una carencia de deseos de aceptar las pruebas, Art.

- Ahora me hablarás de los platillos volantes - dijo él. Ya habían tenido antes esta discusión -. Y me vas a decir que, con todos los avistamientos de los que tenemos noticia, sólo un lerdo lleno de prejuicios afirmaría que no existen, ¿no?

- No. No iba a decir tal cosa, Art. No es de mi incumbencia lo que creas o dejes de creer. Pero hay cosas que tu tan cacareado racionalismo no puede explicar. Los estudiosos de los OVNIs ya pasaron por todo esto en los sesenta. Un tipo decía que los OVNIs eran globos meteorológicos, otro que meteoritos. La gente decía cualquier estupidez que se le ocurría, en lugar de aceptar la realidad de la existencia de visitantes de algún otro lugar del Universo... nubes de polvo, el planeta Venus, incluso gas de los pantanos. ¡Y nadie se atrevía a enfrentarse con los hechos puros y simples!

- ¿Y qué hechos son éstos, Jessie querida? - inquirió con suavidad Art.

- ¡Me exasperas! - resopló ella.

- No, de veras. Quiero saberlos.

- No te creo - afirmó ella - pero es algo bien simple... hay una ley que se inventó Sherlock Holmes: «Después de que hayas eliminado lo imposible, la explicación que resta, por improbable que parezca, debe ser correcta». Quizá prefieras creer que cincuenta mil observadores responsables están locos o son unos mentirosos. Para mí, tal cosa es imposible.

Hake dejó su copa.

- Es un tema muy interesante - dijo, y se escapó. No quería entrar en aquella discusión y, de todos modos, la fiesta estaba empezando a mostrar signos de ir a acabarse. Una familia que vivía en Elberon le ofreció llevarle hasta la casa parroquial, de modo que se metió como pudo en la parte de atrás de su coche inercial de dos puertas, con un niño de tres años durmiendo sobre sus rodillas y la rueda motriz cosquilleando las plantas de los pies desde debajo de las tablas del suelo del coche.

Cuando entró en su dormitorio oyó un ruido en el baño. El retrete estaba emitiendo un débil sonido gimoteante, al tiempo que soltaba un chorrito de agua. Suponiendo correctamente que estaba exigiéndole atención, tiró de la cadena inmediatamente.

- ¡No te muevas de ahí, Hake! - ladró enseguida una voz. Pasó un momento y luego la misma voz, la voz de Cascarrabias, con una pequeña diferencia de matiz que le hizo darse cuenta de que ya no era una grabación, sino el hombre hablando en directo, masculló:

- ¿Qué infiernos pasa, Hake? ¡No has hecho la conexión para tu mensaje del mediodía!

- Lo lamento, Cascarrabias, pero es que estaba muy atareado.

- ¡Nunca más vuelvas a estar tan atareado que no puedas cumplir con tus obligaciones, Hake! No lo olvides. Bien, quiero tenerte mañana en Nueva York, a las dos de la tarde.

- Pero... tengo obligaciones...

- No. Ya no las tienes. Llama para excusarte. Apunta esta dirección y no faltes. - Cascarrabias deletreó el nombre de lo que sonaba b una agencia de contratación de actores en la Cuarenta Oeste y luego cortó.

Pensativamente, Hake utilizó el retrete para su otro empleo y luego se alzó de hombros. Como le había pasado con Art el Increíble, le parecía tan fácil obedecer aquella orden como rebelarse contra ella. Se puso el pijama y un batín y fue hasta su oficina, para buscar el número de teléfono de Alys.

Para su sorpresa, la luz estaba encendida. Jessie Tunman estaba a allí, escribiendo rápidamente en su bloc de taquigrafía.

- Oh, hola Horny. No quería molestarte.

- No me molestas. Tranquila. - Buscó el número de los Brant - Sturgis y apretó los botones adecuados. Le contestaron inmediatamente, y era Alys.

- Hola, Alys. Habla Horny Hake. Me acabo de dar cuenta de que mañana tengo el día libre. Sé que no te aviso con demasiado tiempo, pero ¿te gustaría hacer esas comprobaciones en la biblioteca, conmigo? ¿Puedes? Excelente, Alys. Sí, estaré dispuesto a las nueve, gracias.

Colgó lentamente, complacido con su astucia: al usar a Alys como cobertura, nadie pensaría que iba a la ciudad por alguna razón oculta; como mucho, pensarían que no ocultaba en lo más mínimo su razón oculta. Benevolentemente, le dijo a Jessie:

- ¿Cómo es que trabajas hasta tan tarde?

- Simplemente quería tomar nota de algunas cosas que tengo que hacer mañana, Horny. Y, para ser sincera, ahora que tenemos aire acondicionado y todo lo demás... bueno, me gusta estar aquí. En mi habitación hace demasiado calor.

Jessie vivía en lo que había sido un motel playero, ahora más o menos reconvertido en una casa de miniapartamentos. La única ventaja clara que tenía era que resultaba barato.

- Perdona, Horny, no querría meterme en lo que no me importa, pero no he podido evitar escucharte. ¿Vas a ir mañana a la biblioteca? ¿A Nueva York?

- Sí. Me he estado prometiendo a mí mismo, desde hace un par de meses, ir un día... y acabo de decidirme.

- ¿Puedo ir con vosotros? Hay... - dudó -. Sé que tú no crees en estas cosas, Horny, pero ha aparecido nuevo material sobre los OVNIs, y me gustaría leerlo. ¡No os molestaré nada!

Hake contestó:

- Bueno, desde luego me encantaría llevarte, Jessie, pero el coche no es mío.

- Oh, estoy segura de que a Alys no le importará. De hecho - añadió maliciosamente -, apuesto que le encantará tener a una carabina, ¿sabes?, para que Ted y Walter no se sientan molestos. ¡Es maravilloso, Horny! Me voy a casa ahora mismo para poder levantarme pronto y ocuparme de todo, antes de que nos marchemos.

Resultó que a Alys no le importaba, o al menos eso es lo que dijo, y durante todo el camino a Nueva York Jessie Tunman permaneció muy tiesa y contenta en el asiento de la parte de atrás del pequeño coche a gasógeno. Era un viaje de dos horas, con el triciclo casi parándose mientras subían las largas rampas a los puentes y las pocas colinas; pero en llano marchaba animosamente, y en las bajadas casi despegaba del suelo. Mientras zumbaban rampa abajo hacia el Túnel Lincoln, con Alys culebreando por entre los autobuses articulados y los enormes camiones semirremolques, que avanzaban lentamente, Hake se alegró de casi haber llegado, rogando al Cielo por que su suerte se mantuviese durante algunos minutos.

Había hecho un calor húmedo durante todo el camino, y el túnel era una verdadera cámara de gas.

- Subid las ventanillas - jadeó Alys.

No sirvió de nada: para cuando salieron al aire libre, aunque fuera el aire libre del centro de Manhattan, la cabeza de Hake martilleaba y la conducción de Alys se había hecho aún más irregular. Fueron hasta el Village, metieron el triciclo en el garaje de aparcamiento que rodeaba el arco de la Plaza Washington y fueron caminando hacia la biblioteca. Hacía un calor infernal.

Aquel día estaba desarrollándose un drama en la ciudad de Nueva York; mientras se vestía con la televisión puesta, Hake había visto imágenes de un camionero de Great Kills que estaba inclinado sobre la manga de vaciado del camión cisterna de gasolina que llevaba, con un soplete encendido en la mano, teniendo como rehén al Rockefeller Center, para exigir la devolución de Staten Island al estado de New Jersey. Rodeado por tiradores expertos de la policía, que no se atrevían a disparar, atontado por los vapores de gas que se escapaban de la válvula abierta, el hombre había estado arengando a veinte personas horrorizadas, escuchado también por millones que le contemplaban desde la seguridad de sus hogares, gracias a los micrófonos parabólicos de las emisoras. Respirando con jadeos el cálido aire, lleno de polución, sintiendo cómo el asfalto caliente se le quedaba pegado a las suelas, evitando las cagadas de los perros y otras masas de suciedad menos identificables, Hake comprendió por qué el hombre había enloquecido, y por qué cada año un millar de habitantes de la ciudad violaban, asesinaban, se tiraban por las ventanas o se pegaban fuego; era un ambiente como para volver loco a cualquiera, sobre todo con un tiempo como aquél.

Y cuando hubieron atravesado las dobles puertas giratorias de la biblioteca, se encontraron en medio de una dulce y seca primavera. ¡Una sala de la altura de cinco pisos y con un sistema perfecto de aire acondicionado! «Cerdos malgastadores de energía», susurró Hake, pero Alys ya le había puesto la mano sobre el brazo.

- No es sólo para la gente, querido Horny. Es para todos los ordenadores que tienen aquí dentro: se estropearían si no mantuviesen climáticas adecuadas. Vamos, hemos de firmar allí y nos asignarán un terminal.

La biblioteca les dio más que eso: les dio una habitación para ellos solos, con tres de sus paredes de cristal, que daba al vestíbulo de cinco pisos de altura por el otro costado, con sillas confortables, una mesa, ceniceros, un termo con agua helada... y aquello que la convertía en realmente útil: un terminal de ordenador. Alys acompañó a Jessie Tunman a su propio cubículo, algunas puertas más allá por el pasillo, luego regresó y cerró la puerta.

- Ahora sí que te tengo, Horny - dijo, acariciándole la mejilla con la palma de la mano. Luego pasó a su lado y se sentó frente al terminal. Con mano experta tecleó su número de identificación, tomado de la ficha que les habían entregado en el mostrador de la bibliotecaria y una serie de códigos -. Para empezar he ordenado una búsqueda en los índices de citas, Horny, de acuerdo con tres cualesquiera de seis o más frases específicas. Tendrás que decirme qué frases quieres que sean. ¿Sabías que eres un hombre muy atractivo, Horny?

Cuando iba a preguntarle qué había querido decir con la primera parte de su disertación, Hake perdió el hilo al tratar de asimilar la aseveración final.

- Alys - dijo -, trata de recordar que soy tu consejero matrimonial, además de, espero, tu amigo.

- Oh, lo recuerdo, Horny, lo recuerdo. Ahora, veamos, el tipo de frases que le demos al ordenador ha de basarse en los temas que te interesen. Como, por ejemplo - tecleó en la consola -, las cosas de las que hablaste en tu sermón. Así:

En la pantalla del terminal aparecieron estas palabras:

1. Huelgas importantes.
2. Plagas animales y vegetales exóticas.
3. Manipulaciones monetarias.

- ¿Lo has entendido? - le preguntó -. ¿Qué más?

- Te podría responder mejor si supiera lo que estás haciendo.

- Perdona, Horny, creía habértelo explicado. Una vez le demos seis u ocho temas, el ordenador selecciona algunas fuentes básicas de cada uno de ellos... por ejemplo, un artículo de diario acerca de la huelga de autobuses en Londres, o la de la policía en Nueva York, y otro acerca de esa vegetación acuática de la que tú me hablaste, etcétera. Luego empieza a buscar obras que citen fuentes de cualquiera de esos tres temas. Si encuentra que alguien ha escrito un libro que incluya material sobre tres al menos de los temas que a ti te interesan, hay muchas posibilidades de que ese libro te interese, ¿no es así? Es curioso, cuando estuvimos en Europa, el modo en que te portabas, siendo el papaíto de todos aquellos mocosos, me volvía totalmente frígida hacia ti. ¿No te diste cuenta?

Medio riéndose, y la mitad de esa risa era para tratar de ocultar su azaramiento, Hake le contestó:

- Dediquémonos a una cosa cada vez, ¿vale? También estoy interesado en modas que impiden que la gente pueda trabajar. ¿Cómo escribirías eso? - Estaba pensando en los hula-hops, claro. Y cuando hallaron una frase genérica para eso, y para el terrorismo, y para las ciudades sucias, y para vender los productos más baratos de lo que eran, y para el esquilmado de los recursos naturales, y dos o tres cosas más, Alys apretó el código «ejecución» y contemplaron cómo la pantalla generaba títulos, rápida como una cremallera que se abre y se cierra, disponiéndolos línea tras línea a lo largo de la pantalla:

AAF, Estudios de los acontecimientos mundiales, monografía, Ofic. Edit. del Gob. de los EE.UU.

AAAS, Simposio del cambio social. Actas de la Acad. Americ. de Ciencias Avanzadas.

Aar und das schrecklichkeit von Erde, Der von E. T. Orflndemeister, München.

Abandonando toda razón, por William Reichsleder, Dominical New York Times Mag., XCIV, 22, 83-88.

Abusando del medio ambiente, por C. Franklin Monscutter, N.Y.

Acá y allá, mis memorias...

- No nos sirve - dijo Alys inclinándose hacia adelante y apretando el botón que detuvo la carrera de títulos por la pantalla -. A este paso podemos quedarnos aquí hasta el invierno y aún no haber acabado con las aes. Me gustan los hombres muy masculinos, y por eso a veces no soporto a Walter y Ted... son tan buenos y educados...

- ¡Alys, maldita sea!

- Bueno, sólo quiero que lo sepas. De modo que esto es lo que vamos a hacer. En primer lugar eliminaré todas las posibilidades en lenguas extranjeras; es algo que ya tenía que haberseme ocurrido antes. Luego, lo prepararé para que busque citas de cinco categorías en lugar de tres. ¿Qué te parece eso?

- Tú eres la experta - contestó Hake -. Pero, ¿qué pasaría si lo programases para todas? Quiero decir para las nueve categorías.

- ¿Por qué no? - ella tecleó rápidamente y se recostó en el asiento. No sucedió nada.

- ¿No deberías dar la orden para que empiece?

- Ya se la he dado, Horny. Está revisando quizá un millón de obras por segundo, buscando alguna que contenga todas las cosas que tú buscas. No puede haber muchas, ¿sabes? Ahora te muestras muy diferente de como eras cuando estuvimos en Europa.

- Mierda - dijo él, sin apartar la mirada de la pantalla. Pero esto no le resultó muy gratificante. Permanecieron un ratito así sentados, pero en la pantalla no hubo ni un parpadeo.

- Tengo un amigo - dijo Alys pensativa - que tiene un apartamento no muy lejos de aquí. Tengo una llave de la puerta. Siempre hay algo en la nevera, o quizá pueda comprar algo, algún tipo de ensalada preparada y una botella de vino...

- No tengo apetito. Escucha, supongamos que encontramos algo; ¿qué tengo que hacer: leer todo el libro aquí, en la pantalla?

- Si así lo prefieres puedes hacerlo, Horny. O, si quieres un ejemplar para llevarte a casa, hay un botón selector en ese aparato negro de ahí que puede hacerte una copia en microficha. O puedes pedir el libro propiamente dicho por el sistema de interbibliotecas. Habitualmente se tarda una semana en recibirlo. Realmente estoy muy decepcionada.

- Bueno - afirmó él -, no es que no me gustes, Alys, pero...

Ella se echó a reír, afectuosamente.

- ¡Oh, Horny! Me refería a que de esta manera no estamos logrando nada. Mira, voy a recortar la búsqueda a seis temas y veremos si nos da un número de fuentes que resulte manejable...

Y así fue: seis libros, unos quince artículos de diarios y revistas y, ¡bingo!, una disertación de una candidatura a la licenciatura en Ciencias Políticas titulada Los mecanismos del poder oculto, una conferencia en la John Hopkins sobre Las fuerzas externas en el desarrollo nacional, y tres o cuatro tesis y monografías, todas ellas justo sobre lo que Hake quería.

- Lo que realmente necesito - dijo, contemplando el montón de microfichas que se iban acumulando - es tener uno de estos ordenadores. Voy a pasar un año leyendo todo esto.

Alys se echó hacia atrás, se estiró y bostezó graciosamente, tapándose la boca con el dorso de la mano. Hake apartó la vista de su blusa de campesina de muy abierto escote con puntillas blancas y se acordó de mirar su reloj. Tenía que ir a la cita de Cascarrabias en cuarenta y cinco minutos y, ¿cómo se iba a deshacer de Alys? Era muy bueno tener que hacerse esa pregunta por obligación, porque eso le evitaba tener que recapacitar sobre si realmente deseaba deshacerse de ella o no: en realidad, aquello de una ensalada, vino y un apartamento sonaba realmente apetitoso...

- ¡Oh, infiernos! - dijo Alys de mal humor, bajando los brazos -. Ahí está Jessie.

Hake se puso en pie de un salto.

- Entra, entra - dijo, asombrando a Jessie por su cordialidad -. Alys ha estado enseñándome cómo se hace funcionar este aparato y, debo decirlo, ha sido realmente maravilloso. ¿Qué tal te ha ido a ti, Jessie? ¿Necesitas alguna ayuda? Estoy seguro de que Alys puede echarte una mano. En lo que a mí se refiere, tengo que hacer un par de recados. ¿Qué os parece si vuelvo a encontrarme con vosotras aquí en... veamos, a las tres y media? De este modo podríamos evitar lo peor de la hora punta...

El edificio tenía cincuenta pisos de altura y estaba en una manzana de otros más pequeños; el ascensor era de los de alta velocidad y no traqueteaba; en la placa de la puerta de la oficina decía:

SESKYN-PORTEROUS

AGENTES TEATRALES

«ESTAS PUERTAS SE ABREN A LAS PUERTAS DEL MAÑANA»

La sala de espera tenía asientos para veinte personas. Todos estaban ocupados. Una docena de otros candidatos a estrellas del mañana estaban en pie, hermosas bailarinas y barbudos cantantes folk, nerviosos comediantes y, al menos, unas diez personas que no parecían en absoluto actores. Hake no tuvo que esperar. Le llevaron inmediatamente a un despacho con enormes ventanales, en donde se encontraba Cascarrabias, sentado tras un pequeño y desnudo escritorio con la parte superior de cristal. Tenía las manos cruzadas a la espalda.

Se alzó y le estrechó la mano en silencio, moviendo la cabeza negativamente mientras Hake le decía hola.

- Un momento - le pidió, caminando hasta las ventanas y conectando un extraño y pequeño artefacto zumbador que traqueteaba irregularmente contra ellas, y poniendo luego en marcha una radio que había tras el escritorio. Lo bastante alto como para ser apenas oído por sobre la música clásica de rock, continuó: - Eres puntual y ésa es una

buena cualidad. Me han enviado tu examen físico y es excelente; estás en tan buenas condiciones como jamás en tu vida. Ahora, dime, ¿estás preparado para otra misión?

- Bueno - se asombró Hake -, realmente no sé...

- Claro que no sabes, aún no te he explicado nada. Deja antes que te lea algo.

Abrió con llave uno de los cajones del escritorio y sacó una única hoja de papel que había dentro de una carpeta sellada.

- Sujeto: H. Hornswell Hake - leyó -, blablablá, estado físico excelente, blablá, aquí lo tenemos: el sujeto ha demostrado una muy encomiable iniciativa y muchos recursos. Se le ha calificado como superior en el desempeño de sus deberes, y será recomendado para una promoción en la primera oportunidad que se presente.

Dejó caer la hoja en la papelería metálica y la contempló mientras repentinamente estallaba en llamas y se consumía. Removiendo las cenizas, preguntó:

- ¿Qué me dices a eso, Hake?

- Supongo que debo darte las gracias. ¿Qué significa eso de una promoción?

- Justo lo que dice. Tú haces un buen trabajo, nosotros te recompensamos. Así de simple. ¿Hay algo que desees?

- Bueno... una nueva moqueta para la iglesia - dijo Hake, recordando -. Quizá un coche pequeñito. Y, ¡ah, sí!, querría tener mi propio terminal de ordenador si no es demasiado pedir...

- Olvídate del ordenador - le dijo Cascarrabias -. Al menos por ahora. El coche, de acuerdo. La moqueta, desde luego. - Tomó nota en la palma de su mano. Estirando el cuello para ver, Hake observó que tenía toda la palma de su mano izquierda cubierta por anotaciones crípticas -. De todos modos no vas a necesitar nada de eso por el momento: la iglesia la vas a cerrar para el resto del verano, a partir de la semana que viene.

No lo dijo como quien pregunta algo, lo sabía.

- Me cuidaré de que la moqueta esté instalada antes de la reapertura, y tendrás tu coche... bueno, lo eliges tú mismo, el que quieras. Yo ya me ocuparé de las cuestiones financieras. Pero justo ahora te vas a ir de vacaciones a un rancho turístico.

- ¿Sí? ¿Y por qué?

- Porque te lo acaban de conceder, como uno de los requisitos que has de cumplir para llevar a cabo correctamente tu ministerio - le explicó Cascarrabias -. De hecho, no vas a estar holgazaneando por la piscina y tratando de ligar con las divorciadas de vacaciones. Es el entrenamiento básico que necesitas para llevar a cabo futuras misiones. Te encantará, al fin y al cabo eres un chalado de esos a los que les gusta estar en forma. Te presentarás en Fuerte Stockton, en Tejas, una semana después del próximo lunes. Para estar allí tres semanas. Llévate tejanos, pantalones cortos, ropa de montaña, llévate todo aquello que creas necesitar para disimular, pero te aseguro que no vas a necesitar demasiado ni las corbatas ni los zapatos para baile. ¿Alguna pregunta?

- Bueno...

Cascarrabias se puso en pie.

- Es bueno que no tengas ninguna pregunta - afirmó -, porque dentro de dos minutos tienes otra cita. Atento al correo para tus billetes o informaciones sobre el viaje... y cuando te enteres de que has ganado esas vacaciones, no te olvides de parecer sorprendido. Entre tanto... ¿Qué infiernos sucede?

Se oyó un apagado retumbar, como de trueno, más allá de las ventanas, que traquetearon a un ritmo más sombrío que el que les imponían los zumbadores que estaban colocados en su base. Cascarrabias se levantó de un salto para ver, con Hake justo tras él. Al este y al norte, a una docena de manzanas de distancia, pequeñas cosas ennegrecidas estaban volando por los aires, seguidas por una gruesa nube de humo negro festoneada de llamas.

- ¡Cristo! - exclamó Hake. Algunas de aquellas cosas negras parecían cuerpos humanos.

Cascarrabias lo miró con los ojos entrecerrados y luego se relajó. Apartó la mano de la solapa, adonde la había llevado súbitamente, y dijo:

- ¿V es contra qué estamos luchando? Apuesto a que ése era el tío del camión de gasolina. Era uno de esos Irredentistas de la New Dorp. Y, ¿sabes?, lo que lo puso en marcha fue el dinero de Madrid. Esos hijos de puta recibirán su merecido cuando el escarabajo de los frutales que ha desarrollado Haversford se les meta en... Bueno, eso no importa. Límitate a recordar lo que acabas de ver: hará más por mantener tu moral que cincuenta discursos bajo los alambres.

¿Irredentistas de la New Dorp? ¿Escarabajos de los frutales en España? ¿Bajo el alambre? Pero, antes de que Hake pudiera inquirir, acerca de cualquiera de aquellas cosas que tanto le confundían, ya estaba de nuevo en la sala de espera, abriéndose camino por entre las actrices debutantes y los bailarines de claqué, con todas las preguntas por responder y especialmente la más acuciante de todas: ¿Qué era lo que había llevado al camionero a hacer aquello?

II

Cuando Hake bajó del reactor de crucero en Fuerte Stockton, el calor lo envolvió al instante. Ya estaba cubierto de sudor antes de llegar al pie de la escalerilla y jadeó mientras caminaba los veinte metros desde el avión hasta la abertura de la verja marcada «Puerta 1» (no había Puerta 2). Lo recibió una joven negra (de raza negra, que no de color, pues era más bien de un tono chocolate dorado). No hubo ningún intercambio de señales secretas de reconocimiento. Claramente, a ella le habían dado una foto de él, y quizá también las huellas dactilares, el código genético y las impresiones retinianas.

También estaba el hecho de que nadie más que él había bajado del reactor.

El caso es que ella se le acercó directamente y le dijo:

- Tú eres Hornswell Hake y yo soy Deena Fairless. Vamos al avión. - Él la siguió sin rechistar. Ella no le preguntó si tenía que recoger algún equipaje que hubiera facturado; sabía que no. Le habían dado instrucciones para que únicamente llevase con él su neceser y artículos personales que no sobrepasasen los cuatro kilogramos, y suponía que habría obedecido. Fairless le señaló el lado del pasajero de lo que parecía uno de los carritos eléctricos que antes se usaban en los campos de golf, y luego se metió en el lado del conductor y lo puso en marcha antes de que Hake se hubiese acabado de acomodar. No tenía techo. El camino hasta el final de la pista auxiliar, en donde les esperaba un pequeño aparato, sólo duró un par de minutos, pero fue suficiente para que Hake empezara a temer una insolación. Siguió a la mujer hacia arriba, por una escalerilla retráctil, hasta el interior de lo que reconoció como algún tipo de viejo avión militar; no sabía lo bastante del tema como para estar seguro de qué modelo se trataba o cuál era su función, pero le parecía uno de aquellos aparatos artillados de despegue vertical que habían sido tan populares en misiones antiguerrilleras en las antiguas guerras en las junglas.

La guía de Hake resultó ser también el piloto. Comprobó el cinturón de seguridad de su pasajero, habló brevemente por la radio, hizo un chequeo de treinta segundos siguiendo una lista impresa, y lanzó el aparato en una ascensión vertical para la que no empleó en lo más mínimo la pista de despegue. Era un despegue de pura fuerza bruta en un aparato de pura fuerza bruta, y Hake estaba seguro de que el combustible gastado en elevarlos por los aires hubiera bastado para mantener caliente su rectoría durante todo un invierno.

Se fijó en que estaban volando hacia el sur y el oeste... Deena Fairless no se lo dijo, pero él podía calcular bastante bien su posición por la situación del sol. Volaban bajo, justo por debajo de los tres mil metros, y las corrientes térmicas que salían de las mesetas creaban turbulencias. Fairless no hablaba, al menos no con Hake. Hacía algunos comentarios casi inaudibles por la radio y, aunque no oía lo hablado, lo suponía lo suficientemente importante como para evitar todo intento de conversación anodina. Sólo

mientras estaban comenzando a subir para pasar por sobre las cimas de una sierra, ella se inclinó hacia él y le preguntó:

- ¿Tienes muchos empastes en la dentadura, Hake?

- No. No demasiados.

- Afortunado - comentó ella, mirando por sobre las cimas.

Allá había algo que mirar. No podía identificarlo, ni siquiera estaba seguro de estar viendo lo que veía. Parecía ser como los haces, delgados como lápices, de unos reflectores que se encendiesen y apagasen, teñidos de color: uno rojo, otros dos verdeazulados. Eran muy tenues excepto en algunos puntos altos, donde ensartaban algunos jirones de cirroestratos, y aun allí sólo existían como impresiones de décimas de segundo. Cuando coronaban la cumbre vio lo que le pareció una superficie inclinada, como un entramado de alambre de gallinero, descendiendo por la otra ladera. Pero sólo pudo dar una ojeada y ya estaban cayendo hacia una pequeña pista de aterrizaje, de superficie negra, cercana a un grupo de edificios. Pintadas en el techo de un almacén bajo y largo se veían las palabras RANCHO HAS-TA-VA. Vio lo que parecía ser una hilera de poco confortables miniapartamentos de motel, un corral en el que una manada de caballos estaba pastando en un extremo, algunos establos. Los caballos ni siquiera alzaron la vista cuando el avión aulló descendiendo hasta detenerse sobre la pista, que era la única indicación visible de que aquel lugar pudiera ser otra cosa que un intento de atracción turística fracasado y ya en decadencia.

- Bienvenido a tu nuevo hogar - dijo Deena Fairless, soltándose el cinturón y cerrando conmutadores -. Esto te va a gustar.

A Hake no le gustó aquello, pero tampoco le disgustó; no tenía ni tiempo ni energía para una emoción así. Levantarse a las 4,45 de la madrugada, correr medio kilómetro antes del desayuno, por entre los soportes del tendido del campo de alambres que había visto allá arriba. Diez minutos para el lavabo y luego otra vez fuera. A veces para una hora de instrucción de combate cuerpo a cuerpo, derribándose los unos a los otros sobre montones de arena o matojos de hierba... La hierba era más blanda, pero a veces entre ella se ocultaba una serpiente. Otras veces para gimnasia sueca. Y otras para prácticas de submarinismo: limpieza de la máscara, arrancarse la máscara unos a otros... Ésos eran buenos momentos, pues dadas las restricciones sobre el uso del agua que había en el lugar, las prácticas de submarinismo eran las únicas ocasiones en las que lograban darse un verdadero baño; aunque siempre había un pero: con aquellas restricciones en el consumo del agua, la de la piscina nunca se cambiaba.

Luego, algo sedentario para darles media hora de descanso: aprender a usar equipo de interceptación de comunicaciones, aprender lo que había que hacer cuando eran los otros los que le interceptaban las comunicaciones a uno. Cómo hacer reparaciones en el equipo. Charlas político-patrióticas, una y otra vez. Luego la comida, nada menos que veinte minutos para comer. Y más cosas. Y más y más. Hake había metido una docena de microfichas entre sus «efectos personales», pero nunca supo si había por allí un lector, porque jamás tuvo tiempo para preguntarlo.

Los compañeros de Hake eran tres docenas de personas, la mayoría de nuevos reclutas como él, pero también algunos veteranos que estaban siendo reciclados para nuevos destinos. Era una verdadera muestra de toda la humanidad: chicos hispanos quinceañeros, una deslumbrante rubia californiana de piernas interminables, dos viejos profesores negros, una monja. Todos compartían el mismo dormitorio, colocado al lado de una duna, bajo los alambres. De algún modo, todos soportaban aquel infierno. La única cosa que parecían tener en común era que tenían poco en común... exceptuando, claro está, el motivo de su presencia allí. Si Hake hubiera dado una mirada por el interior de un autobús que hubiese cogido una mañana y los hubiera visto a todos allí, lo habría considerado el pasaje absolutamente normal de un autobús en los Estados Unidos.

Variaban: unos se iban, otros llegaban. La rubia de San Diego fue la primera en marcharse, con gran disgusto para Hake; pero uno o dos días después llegó una morena de Nueva Orleans, así como dos señoras japonesas de mediana edad de Hawaii. Los únicos que no cambiaban eran los instructores: un chico con una sola pierna que enseñaba vigilancia y eliminación de interceptaciones, una mujer pequeña experta en lucha cuerpo a cuerpo y gimnasia, Deena Fairless para submarinismo y reparación de instrumental y todos ellos, por turnos, para las charlas político - patrióticas. En los primeros diez días bajo los alambres Hake nunca hizo dos veces la misma cosa, y nunca llegó al final de una jornada sin caer, instantáneamente, en un sueño exhausto, sin que se lo impidiera el hambre, el dolor, los picores o el ocasional canturreo enloquecido de los alambres que había encima.

Al final, había resultado que no se había quedado en el rancho Has-Ta-Va más tiempo del necesario para meterle en una camioneta, que había recorrido, dando tumbos, un kilómetro bajo las antenas receptoras de energía que había contemplado desde el aire. Para cuando le habían dejado en destino y le habían dos mudas de ropa interior, diez pares de calcetines y las botas más recias que jamás hubieran calzado sus pies, ya se había dado cuenta de dónde estaba y por qué estaba allí. La base de entrenamiento se encontraba bajo el receptor de microondas que suministraba electricidad a la mayor parte de tres estados.

La energía llegaba del espacio. A treinta y cinco mil kilómetros de altura, justo encima del ecuador, en una órbita geosincrónica, colgaba un generador magnetohidrodinámico, sorbiendo energía eléctrica del plasma, transmutándola en microondas, bombeándola hacia abajo, hasta la red Ok-Tex-Mex. El problema de una órbita «estacionaria» es que sólo puede serlo en algún lugar directamente encima del ecuador, así que la antena receptora debía estar inclinada hacia el sur. Claro que, a 30° de latitud norte, la inclinación no tenía que ser demasiado grande. Y, como valioso efecto secundario, resultaba que todo el terreno que había bajo aquellos alambres era, si no inmune, al menos sí muy resistente a la inspección aérea o por satélite. Parte del mismo era empleado para que pastase ganado, normal o bien los híbridos con tres quintas partes de búfalo, que sobrevivían mejor y ganaban peso más deprisa, aunque uno tenía que acostumbrarse al sabor dulzón y fuerte de su carne. Otra parte era empleada, al menos a veces, para plantar cosechas irrigadas, soja, alfalfa o algo similar (aunque no este año, con las reservas de agua decreciendo). Y otra parte más era usada por la gente de Cascarrabias, para los fines que habían llevado a Hake allí. La Ok-Tex-Mex no era la única enorme antena receptora que captaba la energía MHD para que funcionasen las tostadoras y se encendiesen las luces de las casas de los Estados Unidos: SCALAZ, en el Río Gila, aún manejaba más energía. Otras tres o cuatro eran del mismo tamaño y la nueva en el Golfo de México, frente a Cabo Sable, era muchísimo más grande (cuando no la hacía pedazos alguna tormenta tropical). Pero la Ok-Tex-Mex estaba muy lejos de cualquier otra cosa que no fuera algún que otro rancho. En aquella parte de Tejas, al sur de la cuenca pérmica, nunca había habido demasiadas cosas sobre el suelo como para que atrajesen a nadie; y lo que había habido debajo del suelo hacía ya tiempo que había sido extraído y quemado en los motores de los coches estadounidenses.

Una vez que uno se acostumbraba a un par de cosas, estar bajo los alambres no era tan malo. El canturreo de quince kilómetros cuadrados de antenas, cuando el viento soplabá, resultaba desconcertante. Los postes que sostenían la red siempre se le ponían a uno por delante. Y estaba el pequeño problema causado por la energía de microondas en sí. El ganado que pastaba bajo la red era engordado para la matanza, no para criar... y había dudas acerca del tipo de descendencia que podría haber tenido. ¿Y respecto a la gente que había en el campamento? Al parecer, ése era un tema sobre el que nadie quería hablar.

El transmisor satélite estaba constantemente enfocado sobre un reflector angulado, situado en el centro de la superficie de la antena receptora. Más del noventa y nueve por ciento de las ocasiones permanecía enfocado allí, o no más lejos de allí de lo que podía aceptar la antena receptora. La densidad de energía media del haz era confortablemente baja. Por desgracia, no siempre se mantenía en la media, porque intervenían factores atmosféricos. Las capas del aire podían interrelacionarse, formando lentes. Si enfocaban en un sentido, el haz se desparramaba por una superficie mayor de la que la antena receptora admitía y se perdía parte de la energía. Si enfocaba en el otro, aumentaba la densidad de la energía, y era entonces cuando empezaba a importar el llevar empastes o no. Un haz denso le provocaba a uno el más espantoso dolor de muelas que se pudiera imaginar. Para este problema la dirección del campamento ofrecía aspirinas o, si se deseaba, una inmediata extracción a lo bruto... y nada más. Lo bueno de aquello era que en pocas ocasiones las peores alteraciones del haz duraban más de una hora o dos. Lo que ya era bastante para enloquecer por un tiempo al que sufría aquellos dolores de muelas... y no suficiente para interferir con su entrenamiento.

Lo que aún quedaba de la fragilidad de la convalecencia de Hake desapareció, sudando en las carreras, los ejercicios gimnásticos y el combate cuerpo a cuerpo, que era una disciplina ecléctica que parecía incluir el judo, la savate, el boxeo convencional y los golpes más sucios de las peleas barriobajeras. Eso no le iba mal. Hake no poseía aquel fuerte cuerpo masculino desde hacía tanto tiempo como para estar acostumbrado a él, así que cuando lanzó por los aires a la guapa de Luisiana y derribó a uno de los profesores, consiguiendo ponerle la rodilla en el cuello, dos segundos después de que ambos le hubieran saltado encima por la espalda, se sintió ronronear de placer. También había clases acerca de cómo fabricar explosivos a base de vaselina y otros ingredientes que se podían comprar en cualquier droguería, y otras sobre cómo utilizar la Caja Azul y la Caja Negra para introducirse en las redes de telecomunicaciones. Éstas tampoco le parecían mal. La tecnología le resultaba fascinante como alumno inconcluso de las enseñanzas del MIT que él era, sobre todo después de estar años sin pensar en aquellas cosas. Le entrenaron en el uso de una gran selección de cámaras electrónicas y micrófonos, y cada uno de los alumnos tenía su turno para utilizar los aparatos para espiar a sus compañeros. Lo más divertido fue cuando la monja logró una grabación, con el telescopio de espionaje, de uno de los quinceañeros masturbándose detrás de unos matorrales. Hake se sintió muy impresionado. No por la habilidad técnica de la monja, sino por la energía del interfecto, llamado Tigrito. Después de un día de instrucción, a Hake no le restaban energías para pensar en el sexo. (Al menos eso le sucedía durante la primera semana; claro que Tigrito ya llevaba allí cuatro.) Hake sólo pensaba en el sexo, o dejaba que su mente vagase en otra dirección que no fuera recordar que tenía que escupir en su máscara de submarinismo antes de ponérsela o memorizar la lista de las partes del micrófono-telescopio, durante las clases de indoctrinación. Tumbados sobre la escasa hierba, con el sol cayendo a plomo por entre los alambres de encima, escuchaban a Deena, o a Fortnum, o al Capitán Patapalo, sermoneándoles interminablemente sobre el motivo de su estancia allí:

- Los Estados Unidos están amenazados como jamás antes lo habían estado en toda su historia - Patapalo tamborileaba con los dedos de una mano sobre su extendido miembro artificial, mientras las palabras surgían de su boca como si él mismo no fuera más que un magnetofón -. Amenazados por un mundo en el que nuestras legítimas fuerzas defensivas están atadas de pies y manos por los acuerdos internacionales y la burocracia. ¿Alguna pregunta? Vale.

No había preguntas. Existían otros puntos de vista, desde luego, pero Hake no sentía la necesidad de airearlos y, además, Mary Jean se había tendido frente a él, con las manos cruzadas tras la cabeza, y le gustaba lo que estaba viendo. Otra charla:

- Según la Constitución y las leyes de nuestro país - el que ahora hablaba era el viejo Fortnum, que permanecía en pie mientras les arengaba e insistía en que ellos mantuvieran una postura de atención -, se nos ha encargado asegurar para nosotros y nuestra descendencia las bendiciones de la democracia, y debemos hacerlo manteniendo a nuestra nación fuerte y segura. ¿Alguna pregunta?

Tampoco había preguntas para Fortnum. Era el único de los instructores que tenía la costumbre de imponer trabajos extra por cualquier falta, y llamar la atención sobre uno mismo acostumbraba a considerarlo una falta.

Deena Fairless era la única que, como conferenciante, lograba mantener la atención de Hake. Para empezar, ni se sentaba ni permanecía quieta, sino que caminaba entre ellos, despertándolos a veces con el pie, cuando el calor de la digestión comenzaba a adormilarlos uno tras otro; además, hablaba de cosas interesantes:

- Por orden presidencial estamos limitados a efectuar operaciones secretas, no letales y únicamente en suelo extranjero. Recordad las tres condiciones: secretas, no letales, en el extranjero. Ahora, si no hay preguntas... - apenas si hacía una pausa, porque tampoco para ella había preguntas -, voy a explicaros algunas de las cosas que habéis visto por aquí.

Y así fue como Hake se enteró de que el entrenamiento de agentes secretos era una de las varias funciones de aquel complejo. Había una instalación de investigación subterránea, excavada en las profundidades de la ladera, a algunos kilómetros de distancia. Y era de allí de donde salían las gafas de infrarrojos y los botes de goma espuma. Había un lugar al que, eufemísticamente, se le denominaba «de obtención de información». Ninguno de ellos debía, jamás, acercarse por allí. Aunque no era muy probable que ni siquiera lo intentasen, porque siempre estaba vigilado por patrullas con enormes perros guardianes. Deena Fairless no les explicó de quién se obtenía allí la información, pero los estudiantes tenían su propia opinión al respecto, y si alguno de ellos era capturado por los del Otro Lado, suponían que acabarían en algún local «de obtención de información» situado en algún otro punto de la superficie de la Tierra. Incluso había un pequeño grupo de escritores creativos (ellos eran los que, en realidad, ocupaban las instalaciones del Rancho Has-Ta-Va propiamente dicho), encargados de confeccionar los textos de propaganda psicológica.

Y, cuando Dios quería demostrarles su infinita bondad, se les permitía ver películas. Vieron los más famosos éxitos pasados de la Agencia: las operaciones de falsificación de moneda que provocaron la bancarrota del Banco de Inglaterra y las bajadas artificiales de precios que habían provocado la quiebra de diez mil cultivadores de arroz indios, filipinos e indochinos. Se les dio a entender que aquello era sólo una pequeña parte de las acciones realizadas con éxito por la Agencia. Les mostraban las que habían dejado de ser secretas, aquellas en las que el Otro Lado, o más a menudo los Otros Lados, sabían lo que había sucedido. Había proyectos mucho más importantes que jamás habían sido detectados. Y se daban cuenta, porque se lo recalcaban día tras día, con insistencia incansable, de que aquello era el Proyecto Óptimo: lograr hacer algo que debilitase alguna parte del resto del mundo, Estados Unidos excluidos, sin que jamás fuera descubierto.

Y, naturalmente, al mismo tiempo los Otros Lados estaban haciéndole a los Estados Unidos todo lo que podían. Las plantas acuáticas que estaban saturando hasta el estrangulamiento todos los ríos de corriente lenta en el Noreste; la revuelta del «¡Infiernos, no! ¡No pagaré las tasas de recogida de basuras!» de los inquilinos de las casas de Florida; las huelgas salvajes del campo en California y las de trabajo lento de los camioneros, que, conjuntamente, habían hecho que las frutas y verduras frescas se estuvieran pudriendo en los campos y los almacenes, mientras que los consumidores pagaban el triple de su precio por las conservas vegetales... A todo ello se le había seguido la pista hasta llegar a su origen: la intervención extranjera, que jugaba al mismo

juego que la Agencia, pero desde el otro lado del tablero. Y seguían en ello: aun bajo la antena de microondas, a pesar de lo poco que sabía del Sudoeste, en el que nunca antes había estado, Hake podía darse cuenta de que la escasa hierba estaba agostándose y muriendo. Según decían, el Otro Lado estaba de nuevo robando nubes, lanzando vapor de bromuro sobre los grandes cúmulos que flotaban sobre el Pacífico y confiscando su lluvia antes de que tuviera la oportunidad de llegar a América.

Quizá las microfichas de Hake pudieran haberle dicho cuándo había empezado el juego, si hubiera tenido tiempo de leerlas. El caso era que, por muy lejos que atisbase en el futuro, no podía divisar cuándo acabaría todo aquello.

Incluso en el sudoeste de Tejas hacía frío a las dos de la madrugada. Un frío sorprendente, doloroso. Por encima, las diez mil estrellas de Tejas hacían guiños a través de los alambres gimoteantes, y el viento del norte que tañía la antena receptora también congelaba a Hake. Y congelaba a Tigrito y a Mary Jean y a la hermana Florian y a las dos señoras hawaianas; todos ellos lo pasaban peor que Hake, que al menos se había criado en New Jersey. Deena Fairless parecía bastante a gusto, pero al fin y al cabo era ella quien los había sacado violentamente de la cama a medianoche para aquel ejercicio de entrenamiento. Ella había tenido tiempo para prepararse para aquella marcha nocturna, poniéndose incluso, Hake casi lo habría jurado, calcetines gruesos de lana y ropa interior termógena.

Mary Jean, apoyada contra el mismo pilar triangular que Hake, se movió sinuosamente hasta él. No suponía que fuese por afecto: ella estaba muy lejos de su Luisiana y lo que andaba buscando era tan sólo un poco de calor. No obstante, lanzó una mirada hacia Deena, que dijo:

- Permaneced despiertos, eso es todo.

Pero el problema de Hake no era que tuviese sueño. Su problema era que, cuando Deena había llegado hasta él con su linterna y le había retorcido el dedo gordo de un pie para despertarlo, había destrozado uno de los mejores sueños eróticos del que tuviera reciente memoria. Y aún no había logrado salir del todo de aquel sueño. Desde luego, Mary Jean no olía como una chica de ensueño, sino más bien como una chica muy real que había sudado de lo lindo y no se había bañado lo suficiente... Pero alguna sinapsis, célula o proceso en su cerebro identificaba, sin posibilidad de error, un yin para su yang, y la persona real que dormitaba contra su hombro se fundió con la persona soñada que había tenido que abandonar de tan mala gana.

- ¡He dicho que sigáis despiertos!

- Lo siento, Deena - se excusó Mary Jean, colocándose en una postura más alerta -. ¿Cuándo nos vamos a poner en marcha?

- Cuando lo tengamos claro.

- ¿Y cuándo lo tendremos claro?

- Cuando el Tigre vuelva y nos diga que todo está bien.

Deena dudó, y al fin dijo:

- Moveos un poco si lo preferís, pero mantened las voces bajas.

Estaban en un arroyo que daba un giro pronunciado justo delante de ellos; muy bien a cubierto de que les viesan, y los alambres que resonaban por encima eran una buena tapadera en lo que al sonido respectaba. En aquel punto la antena estaba al menos a unos veinte metros por encima de sus cabezas, pero Hake la podía ver como un parpadeante encaje de telas de araña escarlatas, débil pero visible, mientras reflejaba los impulsos de los reflectores de radar de las esquinas. De hecho, resultaba asombroso lo mucho que podía ver a la luz de las estrellas, ahora que sus ojos habían tenido dos horas para adaptarse. Deena Fairless había desenroscado lo que parecía un gran tubo de pasta de dientes, con la cabeza inclinada en profunda concentración, y luego lo había apretado para ponerse en un dedo un poco del contenido.

- ¿Qué es eso? - preguntó Beth Hwa, que estaba sentada con las piernas cruzadas y la espina dorsal tiesa y en tensión.

- Esto es lo que le vamos a meter por el culo a una vaca - le contestó Deena. Se produjo el tipo de silencio que sigue a un chiste que no le hace gracia a nadie, hasta que Deena prosiguió -. No es broma. Éste es nuestro trabajo de esta noche. Vamos a ir hasta donde está la manada de los híbridos en tres quintas partes, buscaremos a las novillas y las untaremos con un poco de esto en sus, digamos, partes íntimas. Y no me refiero a sus anos, sino a sus vaginas. Pero si no podéis distinguir una cosa de la otra, entonces tendréis que untarles ambas cosas.

El silencio se prolongó, pero cambió de especie: ahora era el silencio que rodea a un grupo de personas que se preguntan si no será que alguien está gastando una broma muy pesada, y de la que ellos son la víctima.

Deena lanzó una risita.

- Es un ensayo - explicó -. Simula una operación real de la que tal vez, o tal vez no, oigáis hablar de nuevo antes de marcharos de aquí.

- ¡Vaya operación! - resopló la hermana Florian.

- Oh, tú vas a quedar excusada de esa parte - le dijo Deena -. Tú vas a ser nuestro centinela.

- No necesito que me excusen de nada - dijo airadamente la monja -. Sólo estoy comentando que no me gusta esto.

Una piedrecita cayó por la ladera del arroyo, seguida por Tigrito, que regresaba de su patrulla de reconocimiento.

- No he visto por ninguna parte a los vaqueros - informó -. Hey, tío, déjame un poco de ese calor.

Se sentó pegado a Mary Jean, por el otro lado, y la rodeó con un brazo.

- ¿Y qué hay de la manada? ¿La has encontrado?

- Oh, claro, tía. Tranquilos y dormiditos, más o menos a un par de kilómetros.

- Entonces vamos. Tú también, Tigre. En pie, Mary Jean, y, des de este momento, nada de charla. Tigre en cabeza y yo en la cola. Cuando divisemos la manada nos paramos y cada uno de vosotros coge un puñado de esta pasta y comienza a untar.

- ¿Y cómo sabremos que es una novilla? De hecho, ¿qué es una novilla?

- Si no sabéis distinguir las, entonces untáis a todos los bichos. En marcha, Tigre. Poneos todos las gafas.

A través de las gafas de infrarrojos Hake vio el paisaje transformado. Había calor residual en la ladera de la colina, así que caminaban por encima de rocas que brillaban apagadamente; Tigrito, delante de todos, era unas manos y una cabeza brillante moviéndose en derredor de un torso mucho más oscuro, y el alambre de encima era un tachonado de puntos brillantes que oscurecían las estrellas. Ni siquiera podía ver a través los haces de láser rojos y verdeazulados, y cuando apartó la vista del alambre le llevó un tiempo volver a acostumbrarse a la relativa oscuridad. Era una larga y fatigosa escalada colina arriba, y luego otra marcha aún más dura ladera abajo. Allí, la parte superior de una cima había sido rebajada para que no molestase a la antena receptora, y el alambre no estaba más que a unos tres metros sobre el suelo. Todos caminaron sobre el montículo con la cabeza gacha o encorvados, y no se irguieron hasta que estuvieron resbalando hacia abajo por la masa de tierra suelta que las máquinas aplanadoras habían vertido por el otro lado. Decían que tocar la antena receptora no le mataba a uno. Pero nadie quería comprobarlo.

Los híbridos con tres octavas partes de búfalo y cinco octavos de vacuno estaban descansando apaciblemente en la parte baja de la ladera, nada interesados en los humanos que se arrastraban hacia ellos. Aquellos híbridos eran criados tanto por su estupidez como carne y su leche, y sus criadores habían tenido mucho éxito en las tres características buscadas. Lo que más les gustaba comer era la flor de la yuca, y por esto,

según le habían dicho a Hake, también se llamaba a la yuca «hierba del búfalo». Con esa dieta engordaban hasta alcanzar el tamaño de matadero en tres años.

Deena reunió a sus soldados y, cuando la rodearon, les fue poniendo una sustancia pegajosa y oleaginosa en cada palma, haciéndoles luego una seña en dirección a la manada. Fueron bajando cuidadosamente por la superficie resbaladiza e inestable. Hake resbaló y se cayó, y, mientras se recuperaba, oyó a Tigrito gemir:

- ¡Hey, tío! ¡Tú no estabas antes aquí!

Una brillante luz se reflejó en las gafas infrarrojas... Era la linterna de Deena, que iluminó a un hombre con tejanos y sombrero Stetson que apuntaba a Tigrito con un arma de fuego.

- ¡Te cacé! - se regodeó el hombre -. Estáis detenidos, todos vosotros. ¡Manos arriba!

Una rabia ciega llenó la mente de Hake. ¡El muy bastardo tenía un arma! Si Hake tuviera otra... No acabó de formular el pensamiento, pero su dedo ya se estaba curvando sobre un inexistente gatillo. Y no era el único que pensaba así: sin dejar de gemir y quejarse, Tigrito se estaba acercando lentamente al hombre y, tras el vaquero, la hermana Florian le estaba echando las manos al cuello silenciosamente. Pero no lo bastante; el hombre medio la oyó y comenzó a girarse cuando Tigrito se lanzó contra él, derribándolo al suelo. El arma salió volando y el brazo de Tigrito se alzó y cayó.

Y todo terminó. Tigrito se puso de rodillas, aferrando aún el pedrusco que había cogido para darle con él al cráneo del hombre.

- ¿He matado a este jodido tío? - preguntó.

Deena se inclinó hacia él, iluminándolo con la linterna.

- No, al menos aún no, fiero. De acuerdo, vamos a lo nuestro. Hermana, quédate aquí y dale una ojeada. ¡Los demás, a por esas vacas!

Lo que más recordaría luego Hake de aquel incidente era un hecho asombroso: había deseado matar al vaquero. Si le hubieran interrogado, teóricamente, sobre aquella posible situación antes de encontrarse metido en ella, habría negado enfáticamente que tal cosa fuera a suceder. ¡Vaya idea tan ridícula! No tenía razón alguna, no tenía nada en contra de aquel hombre. Y en el incidente no había realmente nada en juego. ¡Desde luego, él no era ningún asesino! Pero, cuando llegó el momento, supo que si hubiera tenido un arma, hubiese apretado el gatillo.

En realidad el hombre no había muerto. Se habían dedicado a su cómoda tarea de embadurnar aquello bajo las colas de los animales, y luego habían hecho turnos para llevar al hombre, todavía inconsciente, el largo camino que había bajo el alambre hasta sus barracones. Por lo que Hake sabía, seguía con vida; al menos estaba vivo cuando el camión del Has-Ta-Va se lo había llevado, con una buena conmoción y posiblemente con fractura de cráneo, pero respirando. Los seis se habían mirado unos a otros una vez dentro de su barracón, con las manos, caras y ropa manchadas de pintura verde... no había sido hasta llegar al campamento iluminado cuando habían descubierto lo que Deena les había extendido en las palmas. Cuando Hake se derrumbó en la cama, para dormir los cuarenta y cinco minutos que quedaban hasta el toque de diana, pensó en que aquel asunto podía traer cola. Y también pensó que ya sabía qué era lo que le había parecido tan raro en las expresiones de sus camaradas: todos ellos habían estado a punto de sonreír abiertamente.

Pero por la mañana, cuando Fortnum los hizo formar a la luz previa a la aurora, no se dijo ni palabra de aquel incidente. Corrieron el par de kilómetros, engulleron su desayuno, pasaron su horita en el recorrido de obstáculos y se presentaron para la clase de Deena sobre interferencia de ordenadores. Tras diez minutos de preguntas sobre la nomenclatura y características de la máquina, Hake ya no pudo aguantar más:

- Deena - preguntó -. ¿Cómo está ese tipo?

Ella hizo una pausa entre «bit» y «byte» y le contempló pensativamente.

- Se pondrá bien - le contestó al fin.

- ¿Estamos metidos en un lío?

- Siempre estaréis metidos en un lío hasta que no os vayáis de este lugar - afirmó ella -.

Pero no en ningún lío especial con el que no pueda enfrentarse la Agencia. Estas cosas ya han sucedido otras veces.

Todo el grupo sabía lo que había pasado, y uno de los que no habían participado en el incidente alzó la mano.

- Deena, por favor, ¿qué demonios era lo que estabais haciendo anoche?

Deena miró su reloj.

- Bueno... os diré lo que vamos a hacer. Patapalo se ha marchado con el avión. Fortnum ha ido a buscar suministros. Y yo tengo que hacer un informe. Así que voy a dejaros solitos durante, veamos, noventa minutos. Pero como no es bueno que perdáis el tiempo, os voy a poner dos trabajos, con premios para los vencedores. En primer lugar, veamos si podéis descubrir qué ejercicio era el que hicimos anoche. En segundo lugar, quiero que cada uno de vosotros piense en un proyecto para la Agencia. Serán juzgados según su originalidad, posibilidades prácticas y efectividad, y para que estéis seguros de que el juicio será imparcial, dejaré que sea Fortnum el que los juzgue.

- ¿Y cómo podemos descubrir de qué iba el ejercicio? - preguntó Beth Hwa.

- Ése es vuestro problema - dijo amistosamente Deena.

- ¿Y cuáles serán los premios? - inquirió Hake.

- Muy fácil: el vencedor en cada una de las categorías será el único no castigado con trabajo extra. Hasta luego; os quedan ochenta y ocho minutos.

Nunca se habían quedado solos antes de la mitad del día, y no estaban muy seguros de cómo enfrentarse con esa novedad. Una docena de miembros del grupo fueron vagando, hasta llegar al borde de la piscina de submarinismo, Hake incluido, así como la mayoría de los seis que habían participado en el ejercicio. No tenía nada que ver con los problemas a resolver; era más bien una forma de tratar de quitarse los residuos de pintura, así como un modo de despertar esa parte de sus cerebros que, falta de sueño, no deseaba otra cosa que arrastrarse hasta el barracón dormitorio. Se desnudaron hasta quedarse con la ropa interior, válida para todo, y se remojaron en el agua tibia y estancada.

Luego comenzaron a preguntarse sobre todo aquello.

- Quizá estábamos practicando cómo inmovilizar, no sé muy bien, caballería o algo así.

Con algo como drogas somníferas.

- ¡Mierda, tío! ¿De qué caballería hablas?

- Bueno... quizá caballos de carreras. A veces te dan un anestésico mediante un enema, ¿no?

- O quizá fuera algún tipo de veneno, para matar los suministros de carne de alguien.

- ¡Vamos, Beth! ¿Crees que la Agencia iba a mandar a su gente por ahí para darles masajes en el culo a diez o veinte millones de vacas? Espera un momento... Quizá el trabajo real no se haría con pintura sino, qué sé yo... tal vez con miel. Y eso atraería a las moscas, y ellas traerían enfermedades...

Ideas descabelladas. El grupo parecía generar un montón de ellas. Tendidos bajo el sol, con sólo por encima el alambre que no daba sombra, el cerebro de Hake no estaba a la altura de la tarea de discernir si alguna de aquellas ideas era más descabellada o no de lo que ya sabía que había llevado a cabo la Agencia. Sentada a su lado, Mary Jean se inclinó hacia él y le susurró al oído:

- ¿Tienes alguna idea mejor? - Él negó con la cabeza -. Entonces, quizá deberíamos empezar a pensar en la otra tarea, quiero decir, empezar a pensar en un verdadero trabajo. Espera un momento, tengo un papel.

Mientras ella estaba buscando en su bolso, Hake se recostó y cerró los ojos, dejando que la charla le entrase por un oído y le saliese por el otro. Algunas de las cosas que habían imaginado como explicaciones para la misión de la noche anterior podían servir, pensaba, como proyectos válidos. Seguían en ello con muchas ganas... como si cada uno de ellos se lo hubiera tomado como un reto personal. ¿Cómo se habían vuelto todos tan belicosos?

- ...algún tipo de ácido irritante, para hacer que salgan en estampida...

- ...estreñirlos hasta que se hinchen y mueran...

- ...les huele mal a los machos. ¡Hey, quizá a los toros no les guste la pintura verde!

- No, espera un momento, Tigrito. Míralo desde otro punto de vista. Imagina que se tratara de algún tipo de producto químico que interfiriese en el coito. Quizá provocase que el toro perdiese, esto, su erección.

La hawaiana se irguió, sentada muy tiesa.

- ¡Tengo una idea mejor! - gritó -. ¿Para qué malgastarlo en los toros? Voy a probar con esto para la otra tarea: algún tipo de producto químico que, dándoselo a las mujeres, no sé, quizá poniéndoselo en la comida, las esterilice, o haga que no sean atractivas para los hombres.

- Quizá no tuviera que ser un producto químico, Beth - intervino el profesor negro -. Se le puede dar un soborno a la industria de la moda, para que vuelvan a imponer el miriñaque o la maxifalda, una cosa así.

- ¡O mejor aún! ¿Por qué no iniciar un movimiento de vuelta a la religión? Hacer que todas las mujeres se metan monjas.

El profesor dijo, pensativamente:

- ¿Sabéis? Esto ya pasó en cierta ocasión, allá en la Edad Media. Tanta gente profesaba el voto de castidad, que los reyes franceses llegaron a estar preocupados por la caída del índice de la natalidad. Sólo que llevaría bastante tiempo para que resultase efectivo: pasarían veinte o treinta años antes de que empezase a ser importante y ¿quién sabe cómo sería el mundo entonces? ¡Ah!... hola, hermana, precisamente estábamos hablando de monjas...

La hermana Florian se sentó; parecía muy complacida consigo misma.

- He oído de lo que estabais hablando - su rostro, habitualmente severo, aparecía conspicuamente divertido.

- De acuerdo, hermana - dijo Tigrito -. ¿Qué pasa? ¿Has imaginado lo que tratábamos de hacer anoche?

- No - dijo ella alegremente -. No lo he imaginado. Lo he averiguado. Todos os marchasteis y me dejasteis sola con el ordenador, así que le di la orden de abrir las memorias y le pedí que me buscara todos los proyectos de la Agencia relacionados con las áreas genitales de los grandes mamíferos.

- ¡Vamos, hermana! ¿Cómo has podido hacer tal cosa?

- Bueno, preparé un esquema para los genitales de los grandes mamíferos, los agentes biológicos o químicos, los proyectos de la Agencia...

- ¡No, no! Me refiero a la orden de abrir las memorias.

Ella sonrió abiertamente.

- Me he fijado en cómo lo hace ella, Tigrito. Teclea la fecha del mes más dos y luego su segundo apellido. Y se abren las memorias. Así que estuve un tiempo investigando y llegué a la gonorrea equina.

- ¿La gonorrea equina?

- Hubo una epidemia de eso en América, allá en los años setenta. Ahora hay una nueva cepa que es infecciosa para todos los mamíferos grandes y que, además, es resistente a los antibióticos. Creo que lo que algunos de nosotros vamos a hacer, en algún momento, es infectar a las vacas destinadas a criar, para que ellas infecten a los toros sementales, de modo que así nos carguemos una buena parte de algún programa

de crianza de ganado. En algún lugar. Yo opino que en Argentina. ¿O tal vez será en Inglaterra o Australia? Podría ser en cualquier parte. De todos modos - añadió -, lo escribí todo, lo sellé con el reloj marcador y lo dejé sobre la mesa de Deena, así que ya sabéis.

Cruzó las manos sobre su regazo y dedicó a todos una sonrisa.

Pero Hake ya no estaba escuchándola. Una cadena de asociaciones de ideas se había formado en su mente. Monjas. Conventos. Gente afluyendo en gran número a las órdenes religiosas. Un movimiento de vuelta a la religión. Comenzó a escribir rápidamente con el trocito de lápiz que le había dado Mary Jean: «Líderes religiosos como Sun Myung Moon, gurus hindúes, musulmanes negros y otros similares han apartado a un número significativo de personas de la fuerza laboral de los Estados Unidos. Propuesta: que se identifiquen y evalúen los líderes religiosos carismáticos. Aquellos que puedan resultar efectivos pueden ser subvencionados o...».

Recogió sus pies justo a tiempo para que no se los pisase Tigrito cuando, caminando con prisa alrededor de la piscina de buceo, se detuvo frente a él. El joven le dedicó una sonrisa a Mary Jean.

- Hey, empecemos de nuevo donde lo paramos - dijo, dejándose caer entre los dos. Instintivamente, Hake le hizo sitio, mientras el chico agarraba a Mary Jane entre sus brazos.

- Mira lo que haces - le dijo irritado Hake.

- ¡Hey, tío! Lo he mirado, llevo mucho tiempo mirándolo, y ahora ya estoy preparado para tocarlo y apretarlo... ¡Joder, tía!

Se desplomó sobre Hake cuando el codo de Mary Jean, tras un recorrido de no más de veinte centímetros, le dio justo debajo de las costillas. Hake le apartó de un empujón.

- ¡Que te den por culo, Tigrito! - exclamó Mary Jean.

- Lo mismo digo - añadió Hake. El chico le lanzó una mirada asesina, luego se puso en pie de un salto y se le acercó con los brazos tendidos en posición de ataque.

- Si la chica me dice que me vaya a tomar por culo, está en su derecho - afirmó -. Pero tú no tienes por qué meterte en esto, malparido.

Hake también se había puesto en pie, con sus brazos respondiendo automáticamente al ponerse en posición de defensa; pero dio un paso hacia atrás, indeciso. Se dijo que, en realidad, aquélla no era su pelea. Si acaso, era de Mary Jean, que podía cuidarse de sí misma tan bien como cualquier otro.

- Además eres un jodido cobarde - se burló Tigrito, al tiempo que fintaba una patada hacia la tripa de Hake.

Hake tenía un gran respeto por Tigrito como luchador, y había perdido una docena de enfrentamientos con él en el ritual del combate cuerpo a cuerpo que practicaban en el campo de entrenamiento. Pero en aquel momento la parte de su cerebro que evaluaba y sopesaba no estaba funcionando. Cuando subió el pie de Tigrito, Hake dio un paso hacia un lado y lo agarró; pero mientras Tigrito se desplomaba hacia atrás agarró los brazos de Hake y lo impulsó por encima de su cabeza; Hake se revolvió en pleno aire y le dio un rodillazo al chico en la mandíbula. En diez segundos todo había acabado, con Hake arrodillado sobre el pecho de Tigrito y levantándole la cabeza para estrellársela contra el duro cemento.

- ¡Santo cielo! - surgió de detrás la voz de Deena -. Se os deja solos unos minutos y, ¿qué es con lo que una se encuentra? ¡Quieto ahí, asesino! Se acabó la pelea. Todos estáis en la lista de los trabajos de castigo para esta noche.

Cuando finalmente llegó a su cama, hacia medianoche, Hake estaba tan exhausto que ya no podía dormirse. Dio vueltas en la cama un rato y luego se tambaleó hasta la letrina para escribir las postales obligatorias. Una para Jessie Tunman, con un cañón del Río Pecos:

Me lo estoy pasando muy bien, descanso mucho. Hasta pronto. Una para que la colgasen en el tablero de anuncios de la iglesia: Os echo mucho de menos a todos, pero regresaré lleno de energía para iniciar el año eclesiástico. Ésta era de un rebaño de híbridos, con un vaquero en helicóptero conduciéndolo. Se suponía que cada uno de ellos debía enviar tres postales por semana, pero Hake había luchado contra esta disposición y había logrado una reducción del número. Él no tenía tres personas a las que enviar postales. Aparte de la iglesia, no tenía a nadie.

Arrastrándose de vuelta a la cama, se preguntó qué habría pensado la congregación de su belicoso ministro, si lo hubiera visto aquel día, peleándose con un chico barriobajero. Al menos a Alys le habría encantado. Y sería muy agradable tener a Alys encantada, al menos en ciertos momentos, pensó, dándose la vuelta irritado y escuchando perfectamente los ronquiditos de Mary Jean, dos literas más allá. Empezó a contar: llevaba bajo el alambre once días. Le parecían muchos más. No era exactamente la misma persona que había llegado en vuelo desde Newark. No estaba seguro de qué persona era exactamente, pero, desde luego, el antiguo reverendo Hake no se hubiera peleado por causa de una mujer.

Y llegaron y pasaron el día duodécimo, el decimotercero y el decimocuarto, y todo lo que había más allá del estado de Tejas fue escapando más y más de sus pensamientos. La gente que le importaba era Deena y Tigrito y Beth Hwa y la hermana Florian y Patapalo y Mary Jean, sobre todo Mary Jean. El decimoquinto día se besaron tras el barracón dormitorio. No hubo conversación: simplemente la siguió al otro lado del edificio y cuando ella se giró los brazos de él estaban rodeándola, y durante tres o cuatro minutos sus lenguas estuvieron enloquecidas en la boca del otro; entonces la soltó y ella siguió su camino y él el suyo. El decimosexto día todo el equipo fue dedicado a rociar con defoliante los pastos de los híbridos: los animales recortaban tanto las plantas de yuca que de tanto en tanto tenían que matar las plantas no comestibles para que la yuca tuviera posibilidades de volver a crecer. Para cuando regresaron, Hake había resuelto su problema sexual y también lo había resuelto Mary Jean. Devorando como lobos la cena, aquella noche estuvieron muy juntos en el banco de la mesa, tocándose. Deena parecía divertida. La hermana Florian, tolerante. Tigrito, hosco. Y Beth Hwa, aquella silenciosa mujer de mediana edad, esposa de un comerciante en aguacates de Hilo, paró a Mary Jean cuando ésta salía del comedor y le entregó algo. Mary Jean se lo enseñó a Hake, sonriendo; era un pastillero.

- Por si nos quedásemos cortos - le explicó.

El resto de las tres semanas comenzó a parecerles más atractivo.

Pero el decimoséptimo día Fortnum les dijo que el Comité de Vigilancia del Congreso iba a venir para su inspección anual y que sería mejor que todos tuvieran buen aspecto, así que esa noche todo cambió. Patapalo les dio las buenas noches con la noticia de que, al día siguiente, tendría una misión especial para ellos. Y por la mañana se la explicó:

- Esto no es, repito, no es una misión de entrenamiento - canturreó -. Es real. Se os va a dar equipo completo para una estancia prolongada al aire libre y toda la promoción va a participar. Cinco de vosotros irán por avión a Del Rio. Al resto lo llevarán en camión al Parque Nacional de Big Bend. Vamos a llevar a cabo una cacería de espaldas mojadas.

- ¿De espaldas mojadas?

- ¡Sí, infiernos, Tigrito! Deberías saber lo que es un espalda mojada. Son demasiados los mejicanos que vienen ilegalmente a este país y nos quitan nuestros trabajos, ¿entendido? Y somos nosotros los que tenemos que detenerlos.

- Un momento - interrumpió Hake -. Tenía entendido que la orden presidencial limitaba nuestras acciones al exterior de los Estados Unidos.

- Mierda, muchacho. Ellos vienen del exterior de los Estados Unidos, ¿no es así? Si sigues diciendo cosas como ésa no vas a progresar mucho en la Agencia. Y ahora escuchadme todos: vamos a ir hasta la frontera y nos vamos a hacer amigos de los

espaldas mojadas, esos mejicanos que entran ilegalmente en nuestro país. Luego vamos a seguir su pista hacia atrás y descubrir por dónde vienen y a seguirla hacia adelante y ver adónde van. Si alguno de vosotros hace bien las cosas, es posible que lo envíen a St. Louis y Chicago o incluso a New York para descubrir adónde van allí. No vamos a efectuar ninguna acción directa en contra de ellos, eso es cosa de los de Inmigración. Nos vamos a limitar a localizarlos y a conseguir las pruebas. Es un buen trabajo, así que no lo estropeéis.

Diez minutos para hacer el equipaje. Se miraron unos a otros, y Tigrito anunció que iba a ir hasta Chicago aunque tuviera que matar para conseguirlo, y la hermana Florian dijo que sospechaba que todo aquello era simplemente un plan para quitárselos de encima mientras el Comité inspeccionaba la instalación, y Hake y Mary trataron de calcular las posibilidades de que los metieran en el mismo camión. O avión. Pero, tal como resultaron las cosas, Hake nunca pudo descubrir las maravillas de la vida de los espaldas mojadas en las grandes ciudades. Justo cuando los camiones estaban a punto de partir, le separaron del resto y le ordenaron que fuese a la oficina del director de entrenamientos, y allí, sentado en la silla de enea en el porche del segundo piso del edificio principal, estaba Cascarrabias, hablando por un teléfono a prueba de escuchas.

- No esperaba verte aquí - dijo Hake.

- Claro que no - comentó Cascarrabias, colgando el teléfono -. Vas a volver a Europa.

- ¿Sí? ¿Y por qué? ¿Qué tienes para que propague esta vez, la lepra?

Cascarrabias lo miró pensativamente.

- ¿La lepra? Oh, no, Hake. Eso no sería una buena idea. Es difícil infectar a alguien con la lepra. Y el período de incubación es demasiado largo. El trabajo que hiciste el mes pasado, ése sí que fue bueno. ¿Sabías que el absentismo laboral en Alemania subió en un ochenta por ciento durante ese mes? Y naturalmente, nuestros laboratorios acaban de anunciar que han conseguido dar un gran paso adelante en la inmunización contra esa enfermedad. Tenemos suficiente fármaco, en este momento, como para sesenta millones de dosis de vacuna. Vamos a venderlas por todo el mundo y conseguiremos un buen fajo de billetes para equilibrar nuestra balanza de pagos. Pero, en cualquier caso, ésa sólo fue tu primera misión, Hake. Realmente no se podía esperar que hicieras algo por propia iniciativa. No. Pero ahora creemos que ya estás preparado para entrar en primera división, y realmente me gustó mucho tu propuesta sobre lo de las religiones.

A Hake le costó un instante recordar el proyecto que había estado pergeñando junto a la piscina de submarinismo, justo antes de su pelea con Tigrito. Lo había entregado y no se había vuelto a hablar de ello.

- No... no pensaba que nadie le hubiera hecho caso.

- Pues sí. ¡Infiernos, Hake! Es una idea fascinante. Si pudiéramos hallar un Sun Myung Moon europeo, o incluso algún buen líder mesiánico... bueno, pues íbamos a apoyarlo hasta las últimas consecuencias. En Europa están apareciendo nuevas sectas, pero lo realmente importante es hallar a alguien con el bastante carisma personal como para hacer una buena tarea de proselitismo. ¿Tienes alguna idea acerca del tipo de persona que deberíamos buscar?

- Bueno... la verdad - respondió Hake, animándose -, es que seguí pensando en ello. Sería bueno hallar a alguien que tuviera un atractivo especial para los obreros industriales. O para los mineros.

- ¡Ésa es la idea justa, Hake!

- Naturalmente, necesitaré algún equipo de investigación, para estudiar las religiones que se dedican a hacer proselitismo.

- Seguro que te gustaría hacerlo, Hake, pero no ahora. No tienes tiempo. Debes estar en la autopista dentro de dos horas para coger un autobús. Luego volarás hasta Capri.

- ¿Capri? ¿Qué demonios se me ha perdido a mí en Capri?

- Eso es lo que dicen las órdenes - le explicó Cascarrabias -. Allí te recibirá alguien. Cuando llegues te explicarán por qué es ése el sitio al que tienes que ir.

- ¡Pero... mis libros para investigar, los voy a necesitar! Y ropa. No voy vestido correctamente para un viaje a Italia.

- Ya se han ocupado de la ropa, Hake. Hay alguien en Long Branch haciéndote una maleta. Hemos... bueno, hemos preparado una carta con tu firma para dársela a tu ama de llaves. La ropa te estará esperando cuando llegues allí.

- ¡Pero mi iglesia, mi comunidad, me espera de vuelta la próxima semana! ¿Y qué hay del resto del cursillo de entrenamiento que tenía que hacer aquí?

- Probablemente estés de vuelta dentro de una semana - le informó Cascarrabias -. En lo que se refiere a tu cursillo... bueno, pues acabas de aprobarlo.

III

En autobús hasta Odessa; en avión de hélice hasta Dallas-Fort Worth; en reactor a Roma, con noventa minutos de correr arriba y abajo por las dependencias del aeropuerto para recoger su maleta; el reactor al aeropuerto de Capodochino; en monorraíl hasta la bahía; en vehículo de colchón de aire hasta Capri. Hake había abandonado el Rancho Has-Ta-Va a las dos de la tarde. Catorce horas y ocho husos horarios más tarde estaba rebotando a través de la bahía, a lo que la hora local decía que era mediodía pero que su reloj corporal interior no podía lograr identificar. De lo que sí estaba seguro era de que estaba muy, muy cansado, y muy a punto de marearse. No había esperado que un viaje en hovercraft fuera tan agitado. Cada cima de ola golpeaba ligeramente contra la parte inferior del vehículo, y su malestar de estómago no se alivió al descender a tierra, pues la terminal del aparato hedía a pescado en descomposición.

Tal como le prometieron, le estaban esperando. Una joven con una camisa de encaje negra y unos tejanos de terciopelo también negro, con las perneras recortadas, se abrió camino a empujones entre los que se ofrecían como guías y los vendedores de recuerdos de Capri y le dijo:

- ¿Padre Hake? ¿Sí? Deme el ticket para recoger su maleta, por favor. Espéreme en el aparcamiento.

A Hake le parecía familiar, pero en aquella condición precaria en que estaba no podía identificarla. Cuando llegó al aparcamiento iba en un scooter eléctrico de tres ruedas, sin ninguna clase de capota, por lo que cualquier intento de conversación era ahogado por el ruido del tráfico. Capri era muy caluroso. Húmedo y caluroso, y neblinoso; el hedor a podrido era de decenas de millares de pescaditos, del tamaño de un dedo, que flotaban con la tripa al aire en la bahía o quedaban varados en la arena, y que no lograron dejar atrás en todo el camino, a lo largo de una carretera cortada por un precipicio. Luego, en lo alto de un farallón, se encontraron con un hotel de estuco rosa, y dejó de oler a pescado para oler más bien a aceite.

La mujer precedió a Hake a través del vestíbulo hasta llegar a un ascensor, que los llevó hasta el quinto piso. Una pareja de chinos estaba justamente saliendo de una habitación situada frente al ascensor y, evidentemente, tenían problemas con la cerradura. La chica saltó a ayudarlos, cerró la puerta, dio un empujoncito para comprobar que estuviera bien cerrada y les devolvió la llave mientras le daban las gracias; luego metió a Hake en la habitación de al lado.

- Descanse un poco, padre Hake - le aconsejó ella -. Vendré a buscarle por la mañana.

Hake se encontró en una habitación que, más o menos, tenía el tamaño del porche de su casa parroquial en Long Branch: lo bastante larga para que hubieran hecho dos habitaciones con ella y con un balcón que se extendía hacia el sol italiano, para hacerla aún más espaciosa. ¡Cerdos malgastadores! Era mucho más lujosa que todo aquello a lo que siempre había estado acostumbrado Hake. Notó un vago cosquilleo en el lugar en que antes había tenido su conciencia social, al tiempo que otra parte de su mente le decía

que, en realidad, en lo que tendría que estar pensando era en la cuestión de las religiones proselitistas. Pero también descubrió que no le resultaba difícil autoconvencerse de que, tras dos semanas bajo el alambre, uno se merecía algo de confort. Se quitó los zapatos, los tiró a un lado y exploró la habitación.

La cama era ovalada y estaba cubierta de terciopelo rojo adornado con borlas. Cuando Hake se sentó en el borde para frotarse los doloridos pies, no ofreció resistencia alguna a su trasero. ¡Era una cama de agua! Acabó con su trasero aproximadamente a la altura de los tobillos y una dura madera bajo la parte posterior de las rodillas, y las olas que volvían da otro extremo del colchón le estuvieron moviendo arriba y abajo durante unos minutos. Junto a la cama se hallaba lo que parecía el panel de instrumentos de un aeroplano con botones, manecillas, controles y reóstatos. Algunas de las funciones estaban bien claras: el sol era para la luz, las figuras estilizadas de un mayordomo y una camarera eran para llamar al servicio, el control remoto para el televisor. Otros no se dejaban desentrañar por la investigación de Hake, pero ya habría tiempo para aquello. Encendió la televisión y se recostó en la ondulante cama, que notaba agradablemente fría bajo su cuerpo, tras el tórrido viaje desde el hoverpuerto.

En ese momento se apagaron las luces y la televisión.

No era sólo cosa de su habitación. También se había apagado el signo luminoso del hotel, una pantalla de cristal líquido que estaba sobre la piscina refractante; y también el dorado panel luminoso que había en el techo de su balcón, que ni a mediodía se apagaba. Era un corte de corriente.

Dado que los cortes de corriente eran un hecho familiar en su vida cotidiana, Hake comenzó inmediatamente a catalogar los problemas que aquello le iba a ocasionar. La falta de calefacción no era ningún problema, la falta de luces de lectura... bueno, aparte el hecho de que era pleno día, de todos modos se caía de sueño. ¿La falta de aire acondicionado? Quizá eso fuera un problema. Abrió los ventanales que daban al balcón, por si acaso. Los ascensores, la televisión y los teléfonos no eran algo que le afectase en ese instante.

Así que, en realidad, no tenía problema alguno. Aquello le parecía como un verdadero regalo del cielo para recuperar el sueño perdido. Se quitó la ropa, apartó el cubrecama de terciopelo y la delgada manta de verano y, al cabo de un instante, ya estaba inconsciente sobre el colchón, tembloroso y deliciosamente frío.

Se despertó con el sonido de una irritada voz gritándole en italiano y al momento descubrió que el frío ya no le era delicioso.

Era plena noche. Las luces estaban encendidas, tanto en su habitación como fuera. La voz salía de su aparato de televisión, que se había puesto en marcha al tiempo que las luces y el aire acondicionado. La brisa exterior se había tomado fresca, y el acondicionador de aire aún refrescaba más el ambiente. De hecho, se estaba congelando. Tanteó el control del televisor para bajar el volumen y la voz del italiano del spot publicitario, que parecía estar muy irritado porque su mujer había puesto queso de la marca equivocada en su pasta, disminuyó hasta convertirse en un airado susurro.

Hake estuvo calculando con su reloj, porque naturalmente el que había junto a la cama no le servía de nada, y llegó a la conclusión de que había dormido mientras las manecillas daban un giro total a la esfera y un poquito más. Parecían ser las dos de la madrugada, hora local. No se sentía descansado, pero estaba despierto y, lo que era peor, temblando de frío. Consiguió apagar el acondicionador de aire y cerrar las ventanas, tras lo que volvió a subirse a la cama, envolviéndose con la delgada manta y el poco flexible cubrecamas. No era suficiente: el agua que tenía debajo chupaba todo el calor, y no había demasiado en aquella habitación. Aquello no era sorprendente, ¿quién iba a esperar necesitar calefacción en Capri, en pleno verano? Se dijo que pronto su calor corporal

haría que la cama le resultase confortable, y para distraerse trató de descifrar lo que estaba sucediendo en la pantalla del televisor.

Parecía estar mostrando una serie ininterrumpida de comerciales: queso, vino, luego un coche deportivo, después la lotería nacional, un desodorante, un afrodisíaco (o quizá sólo fuera un perfume, pero el bulto en la parte delantera de los pantalones del apuesto modelo masculino resultaba claramente explícito), para seguir con lo que parecía un anuncio de propaganda gubernamental. Mostraba a un joven italiano, claramente pasado por efecto de las drogas. Una triste voz en off de barítono, suspiraba: «Ecco, ragazzo, perché fare così?» El joven se alzaba de hombros y reía como un tonto. La escena se fundía para pasar a las enormes cavas de una bodega. En el gran subterráneo, unos toneles de vino rodaban majestuosamente cayendo de una cinta transportadora, mientras en el extremo más lejano del local se veía un muelle de carga, con un camión que aguardaba, vacío. El ojo de la cámara hacía un zoom hasta centrarse en una horquilla transportadora abandonada, sola en medio de la cava.

Hake no podía entender la dolorida voz en italiano, que seguía hablando en off, pero el mensaje resultaba muy claro: el conductor de la horquilla no estaba en su puesto, el vino no estaba siendo cargado en el camión. La deducción de que el conductor ausente era el chico pasota le fue confirmada al instante, cuando la escena pasó a la mañana siguiente. El joven, arrepentido y ya libre del influjo de las drogas, se hallaba con la cabeza gacha frente a un hombre de cabello cano que llevaba una carpeta con clip en las manos. Hake reconoció inmediatamente al hombre: era el mismo, o su doble. Lo había visto un centenar de veces en la televisión estadounidense, jugueteando con sus gafas sobre su escritorio, mientras vendía cualquier cosa, desde neutralizadores de la acidez estomacal hasta un ungüento para las hemorroides. Para cuando se acabó el comercial, el pródigo conductor de la horquilla había recuperado el retraso, los camiones habían sido cargados y emprendían la marcha, y la cinta transportadora seguía llevando su interminable hilera de barriles. Marihuana sí; PCP no, dijo el amistoso barítono, al tiempo que el mismo mensaje aparecía escrito en la pantalla.

Resultaba interesante, pero Hake seguía helado. Su calor corporal no era suficiente como para enfrentarse a las exigencias impuestas por un refrigerante consistente en mil doscientos litros de agua fría.

Todavía se sentía exhausto, pero aceptó el hecho de que no iba a poder retomar el sueño si no hacía algo al respecto. Se levantó y se vistió. Poco a poco fue sintiéndose menos frío, pero no menos somnoliento. Y cada vez que se recostaba en la cama, a pesar de interponer la ropa, el cubrecama y la manta, podía notar cómo su calor era absorbido por el agua.

No había manera.

Encendió la luz y abrió trabajosamente los ojos. La pequeña bolsa que había traído desde debajo del alambre contenía un suéter, pero dado que ni el suéter ni él mismo habían recibido un buen lavado desde la última vez que lo había llevado puesto, no se sentía muy ansioso de volver a ponérselo. Y en la maleta que el subordinado de Cascarrabias le había preparado en Long Branch no había nada que le fuera de utilidad. De hecho, casi no había nada en ella que pudiera usar. Sin duda la culpa era del propio Hake, por no haberse deshecho de la ropa que ya no le venía bien: el enviado de la Agencia la había llenado con tanto vestuario adecuado para Capri como había hallado en los armarios de Hake, pero desgraciadamente no sabía que sus medidas habían cambiado: los pantalones cortos, las camisetas deportivas y las chaquetas informales que le habían servido cuando era un alfeñique que sólo pesaba 58 kilos y no podía levantarse de su silla de ruedas, no le servían ya, mientras que las pocas ropas más nuevas no eran nada cálidas.

Sin embargo, en tanto que permanecía de pie y se movía sentía el calor suficiente. Y, visto que estaba despierto, podía dedicarse a hacer algo útil.

Entre otras cosas que había traído de debajo del alambre estaban sus microfichas... enmohecidas, con los ángulos ajados, pero sin duda utilizables si conseguía encontrar algo con lo que leerlas. ¿Habría un lector de fichas en el aparato de televisión?

Lo había. Desgraciadamente, las instrucciones barnizadas en la parte superior del aparato estaban en italiano, aunque el mecanismo parecía bastante simple. También descubrió que el aparato de televisión era muchísimo más sofisticado que nada que hubiese hallado en Long Branch. Por ejemplo, tenía algo que era descrito como Solo per persone mature film interattivi. Parecía tener un control manual, pero no logró nada... hasta que descubrió que tenía que alimentar el tragaperras que había a un lado. La rendija era del tamaño exacto para una moneda de cinquanta lire nuove, e inmediatamente que hubo insertado la pieza desapareció la imagen del canal televisivo, para ser reemplazada por la de una muchacha oriental, extraordinariamente guapa, que se hallaba reclinada en la pose de la Maja Desnuda.

Técnicamente, aquel mecanismo era asombroso. A base de tanteos, aciertos y equivocaciones, Hake descubrió que el mando manual le dejaba dar una ojeada a todo un catálogo de bellezas desnudas y también de hombres, que otra de las funciones de control le permitía girar a la figura y efectuar un zoom de alguna parte específica deseada y que incluso podía llevar dos figuras una al lado de la otra y manipularlas en la posición deseada. Cuando estaba tratando de descubrir si la imagen llegaba a mostrar en verdadero contacto, o si bien se limitaba a efectuar una sobreimpresión fotográfica, se le acabó el tiempo de la moneda y la pantalla se apagó.

Aquello había sido interesante. También había sido algo perturbador. Hake se puso en pie y exploró el resto de las comodidades que le ofrecía la habitación. Bajo el televisor había algo llamado Servizio, que resultó ser una pequeña nevera y un bar repleto de whisky, vino, zumo de frutas y cerveza. Pensó por un momento en emborracharse lo bastante como para conseguir un cierto calorillo alcohólico y así poder dormir; pero si hacía eso, se exponería a coger una neumonía. No obstante, no era tan mala idea tomarse una cerveza. Llevándola en la mano, fue a estudiar el cuarto de baño. Descubrió que, si se deseaba, la tapa del retrete podía vibrar. Y el agua de la ducha podía salir en torbellino para dar masaje; también lo podía hacer, como descubrió, el chorrillo del bidet. Tras una puertecilla que había junto a la puerta se encontraba una alacena con una cafetera y un calentador de panecillos, y cuando se sentó al borde del siempre gélido colchón para tomarse una taza de café caliente, su pie topó con algo y descubrió que también se podía hacer que la cama vibrase rítmicamente, apretando aquel botón. Era una habitación realmente llena de ideas.

Sin embargo, no era una habitación para estar solo en ella: todo urgía a estar en compañía y Hake no la tenía.

Lo que era aún peor, una de las chicas de la televisión le había recordado a Mary Jean. Soñadoramente, comenzó a pensar en Mary como un posible sujeto para uno de esos films interattivi y luego pensó en Alys y en Leota, hasta que se dio cuenta de que tenía un problema con el que la mayoría de los hombres se enfrentan, buena parte de ellos muy a menudo; aunque Hake, que había crecido en una silla de ruedas, había aprendido a sublimar aquel problema y a reprimirlo. Pero el nuevo Hake, el Hake musculoso de las pesas y las carreras de tres kilómetros, el Hake preparado para la acción debajo del alambre... ese Hake era una persona distinta, que quería una solución distinta, y no había ninguna a la vista.

Echó el resto del café al retrete, se puso la ropa y salió de la habitación.

El largo y silencioso pasillo estaba vacío, con las luces bajas por motivos de economía. Notaba un olor húmedo, mohoso, que no recordaba de antes, y vio una gran mancha semicircular de agua que rodeaba la puerta de la pareja china. que tampoco había visto antes. La dirección del hotel no parecía tener un control muy bueno de la situación.

¿Habría alguien en el vestíbulo del hotel? ¿Quizá una cafetería abierta toda la noche, en la que hallar algo de comer?

El vestíbulo también estaba en silencio y con las luces bajas, pero logró despertar lo suficiente al portero de noche como para que le diese cambio y, en las máquinas tragaperras, logró unas barras de dulce, un Daily American, el diario editado en Roma, e incluso otro diario, éste en lengua árabe, que publicaban en Nápoles.

Recordándose a sí mismo que no estaba en Capri en un viaje de placer, sacó la manta y el cobertor de la cama y se pasó la siguiente hora tendido en el suelo, leyendo y comiendo los dulces. Al cabo de una hora más volvió a hacer el viaje de descenso al vestíbulo para lograr algo de cambio en monedas de cincuenta liras y, finalmente, se quedó dormido en el suelo y con la luz encendida.

A las diez le despertó el timbre.

Ahora la habitación estaba intolerablemente caliente y los huesos le dolían de dormir en el suelo, pero se levantó y abrió la puerta.

Parecía la chica que había ido a recogerle al hoverpuerto, pero no lo era; era un hombre.

- ¿Mario? - supuso. El chico sonrió.

- Sí, claro, Mario - dijo -. Pero no me reconociste ayer de signorina, ¿verdad? Debemos tratar de no dejarnos ver mucho juntos, ¿entiendes? ¡Hake!... ¿qué locuras has estado haciendo?

- ¿Cómo? ¡Ah!, te refieres al motivo por el que el cuarto está así. Bueno, tuvimos un fallo de corriente. Y casi me muero por congelación en esa cama.

Las cejas de Mario se enarcaron. Puso en marcha el acondicionador de aire y preguntó:

- ¿Y por qué no usaste el calentador del colchón? ¿No sabes que tiene un calentador? ¡Oh, Hake, eres tan ingenuo! Mira, es este mando, lo pones a la temperatura que deseas... a treinta y cinco si lo prefieres, o incluso más.

- ¡Oh, diablos! - Ahora que se lo habían explicado, le parecía obvio. Lo puso a cuarenta grados, prometiéndose al menos una siestecilla calentita. Mientras se erguía, vio que Mario se le acercaba con un trabajado brazalete de filigrana de plata -. ¡Hey! ¿Para qué es eso?

Mario se lo colocó en la muñeca, cerrándolo con un clic.

- Para que puedas disfrutar de esa cama con la compañía que hayas elegido, o sin ninguna compañía - le dijo, de buen humor.

- ¿Es un indicador de las preferencias sexuales del usuario? Nunca había visto uno así.

- Es una costumbre local - le explicó Mario -. Si uno lo lleva puesto indica que no desea que nadie se le aproxime con fines sexuales. ¿Ves?, yo también llevo uno puesto. Sin esto te iban a tener muy entretenido, y quizá eso llegase a interferir con tus obligaciones. Descubrirás que no se usan demasiado en Capri, porque... ¿para qué otra cosa iba a desear uno venir aquí?

- Bueno... - dudó Hake.

- Oh, no te preocupes. ¡Cuando no estés de servicio te lo puedes quitar! Bien, y ahora... ¿Quieres darte una ducha, o al menos vestirte convenientemente?

- Supongo que sí. ¡Ah!, y no he estado perdiendo el tiempo - comentó Hake -. Logré conseguir un par de diarios anoche y estuve buscando artículos sobre religión.

- Muy loable por tu parte, Hake - comentó Mario, consultando su reloj.

- No había demasiado, pero tuve un golpe de suerte. Encontré un editorial en un diario llamado algo así como Corriere Islámico di Napoli, que hablaba de un interesante culto juvenil. Hay un tipo en Taormina...

- Eso es maravilloso, Hake, pero haz el favor de darte una ducha. Tenemos que apresurarnos. Naturalmente querrás un café, ¿no? Entonces podrás contarme todo eso,

pero ahora el taxi está esperando, y mi cuenta de gastos... ¡Bueno, ya sabes cómo están siempre las cosas con las cuentas de gastos!

En realidad, Hake no lo sabía: nunca había tenido una cuenta de gastos de la Agencia; pero si lo que Mario daba a entender era que luego iban a revisar las partidas de su cuenta de gastos... le pareció extraño que tuviesen que tomar un taxi para hacer todo el camino hasta Anacapri, para sentarse a tomar el café matutino en un restaurante al aire libre exactamente igual a otros veinticinco por los que habían pasado de camino allí; y más que luego tomaran otro taxi para hacer todo el camino hasta un restaurante que estaba a una manzana del hotel en que se hospedaba Hake, para hacer allí la comida que, según había insistido Mario, era preciso que iniciaran exactamente a las doce en punto. A Hake le estaba pareciendo que Mario no era un agente demasiado eficiente. De hecho, le parecía todo lo contrario. El Mario que había conocido en Munich y durante todo el resto del viaje de contagio de la gripe había sido discreto y deferente; éste se parecía a un viajante de comercio charlatán, en pleno viaje de negocios.

Y cuando llegó la comida Mario se limitó a picotearla. Obviamente estaba mucho más interesado en las semidesnudas bailarinas del espectáculo del local que en comer. Repartía el tiempo entre mirarlas, mientras se alzaban sus faldas de campesina para mostrar que debajo no llevaban casi nada, y darle codazos a Hake y mirarle muy excitado a la cara. Hake se sentía claramente incómodo. Mario se había comportado de modo bastante similar en el patio de Anacapri, donde las camareras del bar, en bikini, les habían servido sus capuccinos. En ninguno de los dos lugares se había mostrado muy interesado por el culto islámico juvenil que Hake había descubierto en el diario en árabe, y sobre el que se había enterado de más detalles haciéndole algunas preguntas discretas al portero de noche del hotel, que era libanés.

A Hake todo aquello le parecía una espantosa pérdida de tiempo, y las cosas no mejoraron. Tras la comida, que Mario casi ni había probado, éste dijo:

- Bueno, quizá convendría que descansaras esta tarde. Iré a buscarte para la cena. Y entonces planearemos nuestras actividades para mañana.

- ¿Qué actividades? Mira, Mario, yo he venido aquí con una misión específica, y Cascarrabias me dijo que era de la más alta prioridad.

- ¡Ah, Cascarrabias! - dijo Mario al tiempo que se alzaba de hombros displicentemente. Sacó una lima de su bolsillo y empezó a arreglarse las uñas, que ya estaban perfectamente cortadas -. ¿Qué saben en el cuartel general de lo que nos pasa a los agentes que estamos sobre el terreno? Lo estás haciendo muy bien, Hake. No hay ninguna necesidad de que trates de impresionar a la oficina central con tu diligencia. En nuestro oficio es siempre necesario moverse con un conocimiento preciso y de acuerdo con el plan. ¿Con rapidez? Sí, a veces, pero siempre con precaución y precisión.

- Pero...

- ¡Silencio! - Mario hizo un gesto al camarero, que llegó con la nota y se la volvió a llevar junto con una tarjeta de crédito -. Ten la bondad de posponer esta conversación hasta un momento mas oportuno.

Tras decir fríamente esto, dejó caer su servilleta... a Hake le pareció que a propósito, inclinándose luego para recogerla. Se oyó un débil pero claro sonido chisporroteante debajo de la mesa, las luces se apagaron y Mario se irguió, masajeándose los dedos.

Hake se le quedó mirando, boquiabierto.

- ¿Qué diablos has hecho, Mario...?

- ¡Te lo advierto de nuevo, Hake, nada de hablar de esto aquí! ¿Es que no te enseñaron nada en Tejas? - susurró airadamente Mario. Se quedaron en un irritado silencio hasta que regresó el camarero, con la tarjeta en la mano y una expresión de preocupación. Hake no entendía ni palabra de italiano, pero estaba claro lo que decía: debido a aquella inesperada e inoportuna avería eléctrica, el ordenador no podía procesar la tarjeta de crédito.

Mario alzó una mano, con gesto tranquilizador.

- Capisco - dijo -. Fa niente. Ecco... due cento, tre cento, tre centto cinquanta, va bene. Ciao.

- Grazie, tante grazie. Arrivederla - le contestó el camarero, agarrando agradecido el montón de liras.

De camino al hotel. por la atestada calle que recorría la corta distancia que les separaba del mismo, Mario explicó:

- Sí, claro que he sido yo. ¿Por qué crees que elegí esa mesa? Debajo de ella hay un enchufe, para el aspirador de las mujeres de la limpieza. ¿No te han enseñado que poco a poco se llega lejos?

- Y anoche, en el hotel. ¿También fuiste tú quien hizo aquello?

- Claro que lo hice, Hake. Tanto el corte de energía como la inundación. Puse una obstrucción para que no se cerrase aquella puerta y, cuando regresé, dejé abiertos los grifos, justo un chorrito, con un trozo de toalla metido por la cañería de desagüe. ¿Es que no te explicaron este tipo de cosas?

- ¡No, por Cristo! - Hake estuvo un momento pensando en silencio y, ya en las escaleras de entrada al hotel, dijo -. ¿Sabes?, todo esto me parece una pura memez. Sólo estás molestando a la gente, no haces ningún daño significativo.

- ¡Ya veo! ¡Y estas memeces no son dignas de que les dediques tus esfuerzos, señor Superespía Americano! ¡Vaya una pena! Pues resulta que esto es, exactamente, lo que debemos hacer, en pequeña o gran escala. La cerilla encendida en el buzón de correos, el teléfono que se deja descolgado, la palanca de paro de emergencia que se tira en el metro a la hora punta. ¡Cada una de las acciones es diminuta, pero todas juntas se convierten en algo grandioso!

- Pero yo no acabo de ver...

- Pero, pero, pero - le interrumpió Mario -, siempre hay un pero. No tengo tiempo para explicarte estas cosas tan simples, Hake. Hay muchas cosas por hacer. Entra en el hotel, date un baño en la piscina... puedes quitarte el brazalete y entonces verás lo que es bueno. Yo vendré a buscarte para la cena... y quizá tenga una sorpresa para ti. Ahora vete, yo prefiero que no me vean en tu hotel.

Cuando se volvieron a encontrar, el humor de Mario había vuelto a cambiar. Conducía el coche de tres ruedas Fiat Idro por las estrechas calles de Capri como si quisiera vengarse de alguien. Tras unos minutos, Hake le preguntó:

- ¿Es que no vas a decirme por qué estás tan irritado?

- ¿Irritado? ¡No estoy irritado! - restalló Mario por sobre el ruido que hacía el viento. Y luego, pensándose mejor -. Bueno, quizá lo esté; tengo malas noticias: Dieter está en la cárcel.

- Eso es malo - comentó Hake, aunque lo cierto es que aquello no le importaba un pimiento -. ¿Por qué lo han metido?

- ¡Por lo habitual, claro está!... ¡por hacer su trabajo!

Siguió conduciendo en silencio durante unos minutos y luego, sorprendentemente, su rostro se animó. Hake siguió su mirada para tratar de ver el porqué. Estaban pasando junto a un campo de olivos en el que cuadrillas de trabajadores etíopes estaban cortando árboles, amontonándolos y prendiéndoles fuego. El humo flotaba, molesto, sobre la carretera. De todos modos era una tarde calurosa, y la humareda que salía del escape del Fiat se disipaba inmediatamente en la atmósfera. Los trabajadores brillaban por el sudor. Y Mario parecía complacido.

- Al menos algunas cosas funcionan bien - dijo, crípticamente -. Ahora presta atención, que casi hemos llegado.

Su destino resultó ser una trattoria al aire libre, construida al borde de un precipicio. Atravesaron una arcada cubierta de parras, sobre la que se veía un brillante anuncio en

cristal líquido que mostraba lo que parecía ser un campesino de la Roma Clásica al que le estaban frotando la cara con un gran pez. El nombre del lugar era La morte del pescatore. Mario le lanzó las llaves del Fiat al aparcador y abrió camino, por entre mesas y camareros, hasta una terracita que dominaba el farallón.

Y allí, con una amplia sonrisa, estaba sentado Yosper.

- ¡Bien, Hake! - dijo levantándose para estrecharle la mano, dejando la comida que no había dudado en empezar sin esperarles -. Así que nos vemos de nuevo. ¿No te sorprende?

Hake se sentó y se extendió la servilleta sobre las piernas, antes de responder. Cuando vio a Yosper por última vez estaban en Munich, le acompañaban Mario y Dieter y otros dos jóvenes matones. Ninguno de ellos había querido responder, con palabras o hechos, a las múltiples insinuaciones que él les había hecho para saber si trabajaban para la Agencia.

- En realidad no - le respondió al fin.

- Claro que no - aceptó afablemente Yosper -. Sabía que, en Alemania, te diste cuenta de que éramos parte de la banda.

- Entonces, ¿cómo es que no me dijeron nada?

- ¡Oh, vamos, Hake! ¿Es que no te han enseñado nada en Tejas? La información debe suministrarse únicamente cuando es necesario suministrarla... ¡es la doctrina! No había ninguna necesidad de que supieras nada, lo estabas haciendo maravillosamente. Y revelar información siempre está desaconsejado cuando puede poner en peligro una misión. Y esto es algo que pudo haber sucedido: ¿quién sabía cómo hubieras reaccionado, si hubieses sabido lo que estabas haciendo? Lo más importante de aquella misión consistía en que eras un simple siervo del Señor, haciendo el trabajo que Él te había encomendado en Europa. ¿Y qué mejor cobertura podías tener que creértelo tú mismo? - Alzó una mano para impedir que Hake le interrumpiese -. Y además, claro está, aquélla era tan sólo tu primera misión, de entrenamiento. Todos hacemos al principio una a ciegas, eso también está en la doctrina. No ibas a esperar un tratamiento especial, ¿eh, Horny?

- ¿Puede esperar Dieter un tratamiento especial? - inquirió hoscamente Mario.

- Oh, Mario, por favor. Sabes que nos ocuparemos de Dieter en unos días. Dentro de una semana a lo sumo... lo sacaremos de allí. ¿No es eso lo que siempre hacemos?

- No siempre le meten a uno en una cárcel napolitana - insistió acerbamente Mario.

- ¡Ya basta! - Se produjo un incómodo silencio y luego Yosper prosiguió, todo él una sonrisa -. Bueno, yo ya voy muy por delante de los dos. ¿Por qué no pedís? Aquí hacen un pescado excelente. Naturalmente, el pescado no es local.

Tras un momento, Mario comenzó a pedir, metódicamente, los platos más caros del menú. No alzó la vista hacia Yosper, pero el viejo parecía divertido. Hake se conformó con un fritto misto y una ensalada, pues no estaba dispuesto a cargarse el estómago con aquel calor. Cuando el camarero se hubo marchado, preguntó:

- ¿Se puede hablar aquí?

- Ya lo hemos estado haciendo, ¿no? No te preocupes; si alguien nos apunta con un micrófono, Mario nos lo hará saber.

- Entonces, déjame explicarte lo que he estado haciendo respecto a nuestro proyecto. Ya le he dicho a Mario que la pasada noche hallé algunas pistas interesantes en los diarios. He ido a la Biblioteca Americana y he hecho un poco de investigación. Hay muchas cosas que nos sirven. La más interesante es un nuevo culto islámico que predica una vuelta a la pureza, nada de relaciones sexuales con los infieles, cuatro esposas para cada hombre, el divorcio al momento... para los hombres, claro está, y todo lo demás. Exactamente tal como lo decía Mahoma. No está aquí en Capri; principalmente se encuentra en un lugar llamado Taormina, sea donde sea eso, pero también hay otro foco

en una ciudad llamada Benevento y, según el mapa, eso está en las montañas, no muy lejos de Nápoles.

Yosper iba asintiendo con la cabeza, al tiempo que rebañaba la salsa verde con un trozo de pan.

- Sí, eso suena interesante - aceptó.

- ¡Suena exactamente a lo que se supone que yo debo buscar! - le corrigió Hake -. O casi. No estoy totalmente seguro de que Cascarrabias quisiera que me liase con el Islam. Tengo la impresión de que él pensaba, más bien, en algún tipo de secta cristiana fundamentalista... ¿Qué es lo que sucede?

Yosper había dejado el pan y le estaba mirando con ojos que lanzaban chispas.

- ¡No quiero oír blasfemias! - resopló.

- ¿Qué blasfemias? Es la operación a la que me han asignado, Yosper. Mis órdenes dicen...

- ¡Que le den por culo a tus órdenes! No vas a tomar el nombre de Dios en vano. Quédate con tus mahometanos, porque, ¿a quién le importan sus falsos ídolos? ¡Pero no lées a nuestro Redentor!

- Hey, espera un minuto, Yosper. ¿Qué infiernos crees que estoy haciendo aquí?

- ¡Siguiendo órdenes!

- ¿Las órdenes de quién? - preguntó sofocado Hake -. ¿Las tuyas, las de Cascarrabias? ¿O se supone que debo ir haciendo mis propios truquitos de feria, como Mario, haciendo saltar plomos y prendiendo fuego a los buzones?

- Se supone que tienes que hacer lo que te diga el funcionario al mando de la operación, y en este caso ése soy yo.

- Pero esta misión... - Hake se interrumpió cuando apareció el camarero, que traía rodando una mesita en la que había un calentador a alcohol bajo un gran bol cromado. Para cuando el camarero y el maître hubieron terminado de colaborar en la preparación de los fettuccini Alfredo que había pedido Mario. Hake ya había logrado dominarse.

- De acuerdo - dijo -. Vamos a ver qué te parece esto: supongamos que yo encuentre a algún revivalista cristiano dispuesto a predicar la abstinencia sexual, para que así baje la población. Sé que sería una cosa lenta, pero...

- ¿Aquí, en Italia? - se carcajeó Mario.

- Sí, en Italia. O en cualquier otro lugar. Quizá no debería ser la abstinencia, sino el control de nacimientos, o la homosexualidad...

Mario ya no se reía.

- Eso no es divertido - espetó.

- ¡No pretendo ser divertido!

- Entonces - exclamó Mario -, es divertido. Incluso grotesco. No hablo de la homosexualidad, sino de tu actitud, llena de prejuicios y pasada de moda, respecto al amor entre hombres.

Había dejado de comer y la expresión de su rostro era hostil.

Yosper intervino.

- ¡Dejad de pelearos! - ordenó - Comeos lo que habéis pedido.

Y al cabo de un instante, inicio una conversación con Mario en italiano.

Hake comió en silencio, evitando mirar a sus compañeros de mesa. No pareció importarles. Su conversación era, al parecer, sobre la comida, el vino, las modelos que se movían por el restaurante mostrando pieles, joyas y trajes de baño... en realidad hablaban de todo, menos de Hake. Era muy parecido a lo que había sucedido en Alemania y aquello comenzaba a darle mala espina. ¿Qué estaba sucediendo? De nuevo las cosas no parecían concordar: la misión que había parecido de la máxima prioridad, allá en Tejas, no parecía importar un comino en Capri... ¿Qué le harían hacer esta vez?

De hecho ¿qué estaba haciendo en Italia? No pegaba en aquel elegante restaurante, lleno de ricos holgazanes y ricos corrompidos: los ex-jeques del petróleo con sus

albornosces, los negros americanos reyes de la droga, los dueños de las míseras viviendas en que vivían los pobres de Calcuta y las estrellas de cine de la Europa Oriental. Hake nunca había soñado con que hubiese tanto dinero en el mundo. Los fettuccini de Mario costaban tanto como las compras de una semana en el supermercado de Long Branch, y la botella de Château Lafitte con la que los estaba acompañando hubiera representado un considerable pago inicial para el repintado del porche de la casa parroquial. Y no sólo era el dinero: ¡la energía! Ya no era tan sensible al derroche de energía, visto todo el combustible de reactor que llevaba gastado desde que estaba en la Agencia... ¡pero aquello! Sólo el letrero iluminado que había delante del restaurante podría haber mantenido en funcionamiento, durante semanas, su estufa eléctrica. ¡Y ni siquiera era de buen gusto!: la escena móvil del cristal líquido mostraba a un hombre, vestido como un campesino de la Roma Clásica, que o bien estaba tratando de darle un bocado a un enorme pez, o bien estaba tratando de evitar que éste se lo diera en la cara; el pez se movía hacia la cara del hombre, éste la echaba hacia atrás, luego el revés, y así una y otra vez.

Yosper se inclinó hacia él y le preguntó:

- ¿Ya se te ha pasado el mal humor? - No esperó una respuesta -. ¿Sabes? Hay toda una historia detrás de ese cartel.

- Estaba seguro de que tenía que haberla - le respondió Hake.

- ¡Oh, basta ya! Tenemos que trabajar juntos; hagamos que las cosas nos resulten más fáciles.

Hake se alzó de hombros:

- ¿Qué historia es ésa?

- Hum. Bien, resulta que uno de los viejos emperadores romanos acostumbraba a vivir por estos parajes, y daba largos paseos por este acantilado. Un día, un pescador subió desde la playa para regalarle al emperador un pez que acababa de pescar. No resultó ser una buena idea: al emperador le cabreó mucho que le diera un susto al aparecer por el borde del precipicio, así que ordenó a su guardia que le frotasen la cara al pescador con el pez.

- Por lo visto era un maldito hijo de perra - comentó Hake.

- En realidad, eso es lo menos que se podría decir de él: era Tiberio. Fue él quien crucificó a Nuestro Señor, o al menos el que nombró a Poncio Pilatos. Pero no acaba ahí la historia. Parece ser que aquel pescador no era demasiado inteligente, y después de que la guardia le soltase no debía de haber mejorado, pues dijo: «Bueno, al menos me alegro de haber tratado de regalarte el pez, en vez de lo otro que pesqué». Así que Tiberio dijo: «Veamos qué es lo otro que has pescado», y cuando la guardia abrió el saco del pescador encontraron un cangrejo gigante. Y Tiberio hizo que la guardia le diera un masaje facial con aquello y el pescador murió.

- Un sitio agradable - comentó Hake.

- Tiene sus compensaciones - le contestó Yosper, contemplando a dos modelos que mostraban ropa interior -. Espero que las hayas estado disfrutando. ¡Bien! ¿Qué me decís de algo dulce? Aquí hacen unas crêpes suzette sensacionales.

- ¿Y por qué no? - contestó Hake. Pero aquélla no era la verdadera pregunta: la pregunta pertinente era ¿por qué? Y ¿cómo? ¿Cuál era el objetivo de toda aquella charada estúpida, y de dónde salía el dinero?

Teniendo en cuenta los comentarios de Mario respecto a la cuenta de gastos, ¿qué era lo que podía justificar la nota que estaban acumulando allí?

Y continuaron acumulándola... y, según parecía, seguirían así hasta que acabase la noche. Ni Yosper ni Mario parecían interesados lo más mínimo en marcharse. Tras acabar las crêpes, Yosper insistió en un sorbete de limón «para limpiar el paladar». Y luego pasaron a beber en serio.

Hacia la medianoche, los camareros acabaron su turno y fueron reemplazados por camareras, una distinta para servir cada ronda y todas ellas hermosas. Y hubo una especie de espectáculo. Los humoristas le habían resultado aburridos a Hake, sobre todo porque se veían obligados a repetir sus viejos chistes en media docena de idiomas, pero las chicas que hacían strip - tease eran todas hermosas, una verdadera representación de las Naciones Unidas en toda una variedad de colores y genotipos, y también lo eran las modelos, azafatas y prostitutas que seguían paseando por la sala. De modo provisional, Hake decidió que su suposición sobre las inclinaciones de Mario había sido errónea, visto el modo en que prestaba atención cada vez que una chica nueva se acercaba.

Y él no sólo estaba ya hasta la coronilla de seguir en aquel restaurante; también lo estaba de encontrarse junto a Mario. El muchacho se creía obligado a apuntar con el dedo a cada celebridad y personalidad que reconocía:

- Ésa es la chica que hizo de Julieta en el festival de Stratford, el año pasado. Ahí está Muqtab al 'Horash; su padre poseía treinta y cinco concesiones petrolíferas; viene aquí a comprar cosas para su harén, cosas de esas que enseñan las modelos... y de vez en cuando compra a una de las modelos. Ahí está el Presidente de la Cámara de Diputados de Francia...

Aparte de sus viajes, crecientemente frecuentes, al lavabo de caballeros, Hake se sentía condenado a pasar el resto de su vida en aquella alegre y ruidosa sala que ya le producía náuseas, con Mario, al que ya no aguantaba, y especialmente con Yosper, al que no podía soportar más. El hombre no dejaba de hablar, y no era el tipo habitual de pesado, que sigue hablando aunque el otro ponga los ojos en blanco, o los mueva desesperadamente de un lado a otro, buscando una escapatoria. No, Yosper deseaba tener la atención total de su interlocutor, y se preocupaba de obtenerla.

- ¿Qué es lo que sucede, Hake? ¿Te estás quedando dormido? Te estaba diciendo que esto es Italia y el lema nacional es Niente e possibile, ma possiamo tutto. Todo es ilegal, pero si uno tiene el dinero necesario, puede hacer lo que le venga en gana. Es un buen trabajo, ¿no, Mario? ¡Y Dios sabe que nos merecemos...!

¿Qué era lo que se merecía él? ¿Aquel martirio interminable de mover el culo en un butacón de terciopelo, mientras bellas mujeres le iban trayendo bebidas que no deseaba? Hake tenía la misma sensación que en Munich, la convicción de que estaban interpretando un guión en cuya redacción él no había intervenido. En Alemania la sensación había sido incierta y sólo la había tenido ocasionalmente, hasta que aquella chica, ¿cuál era su nombre?... ¡Leota!, había aparecido y todo se había tornado muy concreto. Aquí ya le parecía bastante real, pero no comprendía lo que estaba sucediendo.

Yosper había vuelto al tema del emperador Tiberio y cada vez se mostraba más agresivamente discutiendo. Y no era lo que hubiera bebido: se había tomado tres botellas de agua Perrier por cada brandy, según había observado Hake, pero la verdad era que se estaba calentando con el tema, o temas, en discusión:

- Pensándolo bien - declamaba -, el viejo Tiberio tenía razón respecto al pescador. El muy imbécil no tenía ningún derecho a meterse en un área restringida, ¿no es así? Uno no puede ejercer el poder sin que haya algo de disciplina. Y no se puede mantener la disciplina sin un poco de lo que vosotros llamaríais crueldad. ¡Estudad la historia! Especialmente por aquí, que es donde sucedió todo. Cuando los cristianos y los turcos lucharon por esta parte del mundo no se preocupaban por tonterías como eso de la compasión. Si un turco cazaba a un cristiano, lo más probable era que lo pinchase por el culo en una estaca aguzada puesta junto al timón, para que le hiciera compañía al timonel. Y si los cristianos atrapaban a un turco, lo mismo. Y, ¿sabéis una cosa?, ¡esos pobres desgraciados, empalados, acostumbraban a bromear y reír con el timonel mientras estaban agonizando! Eso es lo que yo llamo moral...

Mario se puso en pie, tambaleante.

- Perdonadme - dijo, dirigiéndose hacia el lavabo de caballeros. Yosper se puso a reír.

- Buen chico - comentó -, pero de vez en cuando tiene alguna dificultad para enfrentarse con la realidad. Es un síntoma de estos tiempos: a todos nos han enseñado que es malo hacerle daño a alguien, y no digamos matarlo. Si quieres saber mi opinión, eso es lo que tiene de malo el mundo actual.

- Lo que tiene de malo el mundo esta noche - dijo desesperadamente Hake -, es que ya estoy realmente aburrido de este lugar. ¿No podemos marcharnos?

Yosper asintió con la cabeza aprobadoramente, y luego hizo una seña para pedir otra ronda.

- Eres impaciente - afirmó -. Y eso es lo mismo que ansioso, que es una buena cualidad. Pero tienes aún mucho que aprender. Has de aprender, Hake, que muchas veces lo mejor que puedes hacer es sentarte y esperar. Siempre hay una razón, ¿sabes? Quizá no la sepamos, pero existe.

- ¿Estás hablando de Dios o de Cascarrabias?

- De ambos, Hake. Y aún más, de lo que estoy hablando es del deber. Mi familia siempre ha cumplido con su deber, y de esto es de lo que estoy más orgulloso. Hemos dado lo que nos correspondía. ¿Sabías que a mi padre lo gasearon en Verdún? Lo quemaron por dentro. Le costó luego doce años cumplir con mi madre, para que yo pudiera nacer; pero al fin lo logró. ¡Vaya si estoy orgulloso de papá! No, escúchame, Hake, lo que estoy diciendo es importante. Estoy hablando del deber. Esto significa que, si a uno se lo piden, ha de entregar lo que le corresponde. Y quizá eso signifique que le metan a uno una espada corta romana en las tripas, o la flecha de un arco largo inglés en Crecy. Plomo fundido. Trampas con estacas de bambú. Lanzallamas... Te asombraría la mucha grasa que sale de un cuerpo humano. Cuando abrieron las puertas de los refugios después del bombardeo incendiario en Dresde, el suelo estaba cubierto por tres centímetros de sebo.

- O quizá - resopló Hake -, signifique estar sentado en un bar de lujo en la isla de Capri, escuchando a alguien que hace todo lo posible por alterarle el estómago.

Yosper hizo una mueca aprobadora.

- Ya lo has cazado. Es el deber: uno hace lo que le mandan.

Se calló, mientras la camarera les servía su nueva ronda. Tras ella había otra chica, delgada y bronceada, que se ataviaba con un surtido de joyas de moda y bien poco más.

- ¿Hablan inglés? - inquirió, y al ver que Yosper asentía con la cabeza les dio a cada uno una tarjeta, tras lo que les mostró anillos, pendientes, broches y brazaletes; luego se retiró con una sonrisa, dejando un reguero de perfume.

- Spalducci's Botheca - leyó Yosper en la tarjeta -. Esos lugares son antros del diablo, pero tengo que admitir que esa chica parece salida de un sitio mejor, menos infernal. ¡Oh, no soy uno de esos fanáticos religiosos, Hake, yo puedo comprender las tentaciones de la carne! ¿Acaso nuestro mismo Señor no tuvo que estar en lo alto de aquella montaña, mientras el Diablo le ofrecía todos los tesoros de la Tierra? Y Él se sintió tentado, y...

Se interrumpió. Se sentó muy rígido, mirando por entre las mesas. Mario estaba apresurándose hacia ellos, subiéndose la cremallera mientras llegaba, con el rostro agitado. Tan pronto como estuvo a distancia de grito dijo algo en italiano, al tiempo que se golpeaba su brazalete de plata; Yosper le hizo una seca pregunta en el mismo idioma, y ambos corrieron hacia las puertas.

Hake se quedó allí sentado, contemplándolos marcharse. Cuando se hubieron perdido de vista dio la vuelta a la tarjeta. En la parte trasera había un mensaje escrito a lápiz:

Encontrémonos

Gruta Azul

Mañana a las 8 de la mañana.

Era lo menos que se había esperado cuando vio que la modelo era la chica de Munich, Leota.

No fue sino hasta las tres de la madrugada cuando llegó por fin a su hotel, con Yosper y Mario sentados en silencio y cara hosca junto a él, negándose a contestar sus preguntas, ordenándole secamente que se quedase tranquilo hasta que lo llamasen. Pero no necesitaba esas respuestas, al menos no las necesitaba de ellos.

Y no se quedó tranquilo. Puso el despertador y, a las seis, ya estaba camino del muelle.

Las únicas palabras con que contaba Hake para comentar sus intenciones eran Gruta Azul y quanto costa. Tendrían que bastarle. No tuvo problemas para hallar el muelle adecuado: todos los muelles eran adecuados, pues mirase donde mirase había carteles en todos los idiomas, urgiendo a los turistas a visitar la Gruta Azul. La dificultad estaba en el tiempo, que era húmedo y gris, y la hora del día, que era demasiado matutina para que el propietario normal de botes de Capri estuviera ya dispuesto a recibir a algún turista como cliente. Las grandes lanchas turísticas aún estaban vacías y cubiertas con lonas. Más allá, en la punta del muelle, estaban los botes más pequeños propulsados por la energía cinética almacenada en ruedas inerciales; unos pocos tenían gente trabajando a su alrededor, pero ninguno de ellos parecía estar a punto de ponerse en marcha. Si el signore quería esperar una hora... si el signore se dignara a contener su impaciencia hasta que empezaran a llegar los autocares con turistas... Pero Hake no se atrevía a esperar. Si Leota quería verle en privado, se habría marchado para cuando empezase a haber multitudes.

Le costó tiempo y paciencia, pero Sergio sugirió que quizá Emmanuelle, quien pensó que Francesco podría ayudarle, quien envió a Hake a hablar con Luigi, y al final de la lista estaba Ugo, que acababa de quitar el freno de su rueda. Y salieron a la mar.

El bote, con forma de diamante, resonó a lo largo de la costa, con la espuma que lamía las bases de las rocas sólo a unos centenares de metros a su izquierda. La plana rueda inercial que estaba en el centro no sólo era la fuente de energía para la hélice, sino que también servía a modo de giróscopo, aminorando parte de los movimientos de las olas. Eso no era tan bueno como podía parecer en un principio, como Hake descubrió en cuanto las primeras salpicaduras comenzaron a saltar por encima de la proa. Para cuando giraron en dirección a las altas rocas que rodeaban la gruta, estaba empapado por el agua salada y bastante manchado por la gran cantidad de petróleo que flotaba sobre las olas.

Ugo le explicó, con signos y gestos, que la única entrada estaba en el mar y que ahora tenían que atracar el bote a una boya y pasar a la canoa de goma que llevaban arrastrando detrás.

- No, Ugo, no tan deprisa - dijo Hake, y comenzó a hacer sus propios signos y gestos.

Cuando el botero se dio cuenta de lo que Hake deseaba, estalló en un acceso de furia napolitana: Hake no entendía ni una palabra de italiano, pero comprendía perfectamente ambas premisas y la conclusión de su silogismo. Premisa principal: el ritmo de las olas y la apreciación de las corrientes en la entrada de la caverna requerían hasta el último ápice de la habilidad y entrenamiento de un marinero genial, como era su caso. Premisa secundaria: estaba claro que aquel turista no tenía siquiera la habilidad de hacer navegar un barquito de papel en una bañera. Conclusión: lo mejor que podía salir de aquella loca proposición era que él perdiese el pago de su trabajo, la propina y una muy valiosa canoa de goma. Lo peor era que le condenasen por asesinato a sangre fría. Así que aquello quedaba fuera de toda discusión. Pero el dinero habló. Hake lo arregló con el botero para que le dejase volver una hora después y se metió en la canoa de goma.

La canoa apenas si tenía calado, y por tanto apenas si servía para su propósito. Hake no tenía habilidad en aquello, así que entrar en la caverna se convirtió en una cuestión de fuerza bruta y tozudez. En una cornisa rocosa casi inexistente que había junto a la caverna dos delgados jóvenes estaban tostado sus ya morenos cuerpos, y la pelea de Hake con la mar tuvo lugar ante sus divertidos e interesados ojos. Justo bajo ellos una

poderosa pero pequeña lancha fuera borda a hidrógeno estaba golpeando contra sus amarras. Hake hubiera deseado poder tomar prestada aquella lancha, pero no sabía cómo. En cualquier caso ya no había vuelta atrás. Los bordes rocosos de la baja entrada de la caverna parecían amenazadoramente cortantes. Tratando de evitar un pinchazo, Hake casi perdió un remo. Al recuperarlo, calculó mal la llegada de una ola y se golpeó un lado del cráneo contra el bajo techo de la gruta. Pero entonces ya estaba dentro... y se halló flotando en el espacio.

Desde el exterior, la gruta no parecía ni azul ni invitadora, pero desde dentro era increíble. El sol que penetraba por la pequeña entrada pasaba por una ruta submarina. Para cuando iluminaba el interior de la caverna, todas las frecuencias cálidas habían quedado atrapadas bajo el agua y lo que brillaba dentro de la caverna era puro celeste. Más aún, toda la luz estaba bajo la superficie. Unas manchas de petróleo marcaban la línea divisoria entre el aire y el agua, pero donde no había petróleo no parecía haber nada bajo el nivel de la canoa de Hake: estaba flotando en el espacio azul, boca abajo, desorientado... y encantado.

También estaba solo.

Eso no le resultó una sorpresa en sí mismo; era aún demasiado pronto para las barcas de los excursionistas, pero ya eran más de las ocho. Hallar una embarcación y las discusiones con su dueño le habían llevado más de lo previsto. ¿Dónde estaba Leota?

Una hilera de burbujas que se acercaba desde la entrada de la gruta le respondió. Bajo ellas había una forma pálida y fluctuante que podía haber sido un pez grande, pero que comenzó a parecerse a una sirena y acabó siendo Leota, con bombonas de aire sujetas a la espalda y gafas y respirador en la cara. Subió a través de la brillante agua y salió a la superficie a unos metros de distancia. Se quitó las gafas y el respirador, y se quedó allí colgada por un momento, contemplándolo, antes de nadar para agarrarse al borde de la canoa.

- Hola, Hake - jadeó, con su voz diminuta en el enorme espacio húmedo.

Hake la miró desde arriba, casi azarado. Aparte de las correas de las bombonas de aire, la chica vestía bien poco... la mínima, llamaban a aquello: un retazo diminuto y brillante que cubría lo que había debajo de su ombligo, sostenido por delgados cordones, y nada encima.

- ¡Sube, vamos! - dijo él.

- Te mojaré y te mancharé de petróleo.

- ¡Entra, entra! - Él se inclinó hacia estribor mientras ella subía por babor, y consiguieron que estuviera a bordo sin volcar el bote. Se miraron en silencio, antes de que él preguntase:

- ¿Qué es lo que haces en Italia?

Ella echó su cabello hacia atrás y se limpió petróleo de la cara.

- Al menos estoy haciendo mejores cosas que tú. Nunca pensé que te metieras en asuntos de drogas.

- ¿Drogas? - Se extrañó pero, mientras hacía esta pregunta, sabía que no dudaba de lo que ella le decía.

- Así es, Hake. En eso es en lo que anda metida tu gente. Estoy dispuesta a creer - le concedió - que tú no lo sabías, pues me parece que éste no es tu estilo. Pero así son las cosas.

Se volvió por un momento hacia la entrada de la cueva.

- Tengo diez minutos, no más - le explicó -. Luego tú te quedas aquí un rato y yo me iré. No trates de seguirme, Hake. Tengo amigos que...

- ¡Oh, por todos los santos! Veamos, primero lo primero: ¿estás segura acerca de las drogas?

- Absolutamente segura - le contestó ella -. Ayer los policías italianos le echaron el guante a uno de vuestros chicos. Lo cazaron en aquella galería de Nápoles, con un saquito lleno de fotocopias de las instrucciones para hacer polvo de ángel.

- ¡Nunca he oído hablar de esa cosa!

- También lo llaman PCP. Es una droga vieja, que vuelve a surgir cada veinte años o así... cuando aparece una nueva generación que no sabe los efectos que tiene. Una o dos dosis te pueden hacer un revoltillo con los sesos para siempre. Lo malo es que es la cosa más fácil del mundo de hacer. Si tiene las instrucciones, cualquier chico de bachillerato puede prepararlo en la cocina de mamá. Y vuestro chico les estaba vendiendo la receta a los ragazzi de Nápoles... hasta que uno de ellos lo denunció a la pasma.

Estaban derivando hasta cerca de la pared de la caverna. Torpemente, Hake remó para llevar el bote a unos metros de allí, mientras Leota le miraba divertida.

- No quiero llamarte mentirosa - le dijo testarudo -, pero no creo que el, bueno, grupo en el que estoy quisiera hacer algo así. ¿Cómo sabes que ese chico trabajaba para nosotros?

- Oh, lo sé. ¿Quién crees que les dio el aviso a los de narcóticos italianos para que pusieran a un chico de gancho en esa galería? ¿Quieres todos los detalles? - Se recostó hacia atrás, sobre sus botellas de aire, y recitó:

- Dietrich Nederkoorn nació en un pequeño pueblo de pescadores en Holanda, desertó del Ejército holandés hace tres años, ha trabajado desde entonces para tu gente en un asunto sucio tras otro. Tendrá unos veinticinco años. Marica. Con el pelo cortado a lo Beatle, ojos azules, cabello negro, pecas, estatura media.

- Ajá - admitió lentamente Hake -. Le conocí en Alemania. Pero, ¿para qué íbamos a querer hacer una cosa así?

- Esto es lo que llevo preguntándote desde el principio, Hake. No me refiero a por qué ellos iban a querer hacerlo, sino por qué lo ibas a querer hacer tú. Seguro, para los gorilas con los que trabajas es una bicoca. Da unos grandes resultados para lo poco que cuesta. Es como un mordisco a la manzana de la sabiduría del árbol del bien y del mal del Paraíso. Una vez uno lo ha empezado, se acelera por sí mismo. En estos momentos deben correr un millar de esas circulares por Italia. Si Nederkoorn no fuera tan tonto, no estaría ahora en la cárcel, pues el proceso ya estaba totalmente en marcha. No hay modo alguno en que los de narcóticos italianos, ni cualquier otra fuerza, puedan parar todos esos folletos y las copias que se están haciendo. Y así se va al diablo toda otra generación de chicos italianos. Millares de ellos, quizá millones, van a ir a trabajar completamente pasados por algo que se tomaron hace un par de semanas... y eso si aparecen en el trabajo. Es todo un éxito, Hake. El gobierno ha lanzado un programa total de lucha contra la droga: asambleas en las escuelas, anuncios en la televisión, los astros del rock haciendo giras por el país para hacer campaña en contra... ¡Para lo que va a servir todo eso! - exclamó amargamente -. ¿Qué clase de ser humano hace una cosa así?

- Me gustaría poder contestarte a eso - dijo disgustado Hake.

Bueno, en parte podría habérselo contestado. La obsesión que llevaba a Mario y a los otros a perpetrar sus pequeños hostigamientos con abrebotellas e inundaciones en miniatura era suficiente para explicar el motivo por el que Dieter no había podido parar en lo de la droga. Pero... - La verdad es que tampoco sé lo que estoy haciendo yo en todo esto. Lo único que he hecho es esperar sentado.

Ella le observó.

- ¿Es que no lo sabes? ¡Diablos, Hake, te han traído aquí para que me delates a ellos!

- ¡Jamás dije una palabra...!

- No, Hake - aceptó ella, sin ira en la voz -. Estoy segura de que no has dicho nada; no estaría aquí si no lo creyese. Eres tonto, pero no un traidor. Claro que no has tenido que hablar; tu chivato ya ha hablado por ti.

- ¿Y qué demonios es un chivato?

- Lo llevas puesto en este mismo momento, Hake. - Señaló el brazalete de plata -. Funciona de modo similar a un detector de mentiras. Lo único que tuvieron que hacer es aguardar hasta que marcaste boing en el chivato y entonces ver quién era la causante. Que era yo, claro. Sabían que andaba cerca, pues tenían idea de que yo estaba trabajando en uno de tres o cuatro lugares de Capri, y lo único que tuvieron que hacer es plantarte en cada uno de ellos hasta que yo aparecí. ¡Oh, Hake! - exclamó, incluso sonriendo - ¡No pongas esa cara de culpa! Me tenían que descubrir tarde o temprano.

Hake contempló al traidor que llevaba en la muñeca, estaba brillando con frialdad azul a la difusa luz.

- Lo lamento - dijo.

- Vale. Bueno, escucha. No pueden hacerme mucho: estoy en territorio italiano y no he vulnerado las leyes de aquí... o al menos no demasiado. Además, les ayudé a atrapar a Nederkoorn.

- Creo que mi expresión no es tan culpable como estúpida - dijo Hake -. ¿Qué harás ahora?

La cara de ella se tornó opaca.

- Tanto no me fío de ti, Hake. - y luego añadió -. La verdad es que no tengo muchas opciones: aquí me han descubierto y, por el momento, estoy desenmascarada. Me iré a otro lugar, hay otros que se quedarán y proseguirán... - Dudó, miró su reloj y prosiguió, con más rapidez -. Y por eso quería verte: ¿quieres unirme a nosotros?

- ¿A quiénes?

- ¡A los buenos! Podrías reparar muchos errores, si te decidieses a afrontar tu parte de responsabilidad.

Hake dio una palmada al agua, salpicando a la chica y sobresaltándola.

- ¡Maldita sea, Leota! - exclamó furioso -. ¿Y cómo sé que vuestras estúpidas payasadas son mejores que las de ellos? ¡Todo esto es repugnante!

- ¡Entonces, no hagas que aún lo sea más! Vamos, Hake, no espero que caigas rendido en mis brazos en este mismo momento; quiero que te lo pienses. Tengo que irme, pero te daré tiempo... hasta mañana. Por la mañana llamaré a tu hotel. Muy temprano. Estoy segura de que tienen pinchado tu teléfono, así que no digas nada. Límitate a decir aló: una vez para decir sí, dos para decir no, tres para quizá... - y añadió irritada: - que es justamente todo lo que espero de ti: un quizá. Luego ya entraré en contacto contigo de algún modo. Y Hake, no intentes tenderme una trampa ni nada por el estilo. No estoy sola y hay gente en mi bando que juega mucho más duro que yo.

Tomó su mascarilla, pero hizo una pausa antes de colocársela.

- A menos que ya estés dispuesto a contestarme ahora... - inquirió.

Él no respondió, porque desde la boca de la caverna llegó un sonido como el de una pequeña pistola detonadora disparando rápidamente. Ambos se volvieron. El pequeño fuera borda movido a hidrógeno entró saltando y luego se lanzó como una flecha hacia ellos, pareciendo suspendido en el espacio azul.

Hake aferró un remo. No conocía a los dos hombres que se les acercaban, pero lo más probable era que trabajasen para Yosper.

- ¡Lárgate de aquí, Leota! - gritó -. Trataré de entretenerlos...

Pero ella estaba agitando la cabeza.

- Oh, Hake - dijo con tono de pena -. No son de los tuyos... No, son algo mucho peor.

Hake tenía el remo ante él como una lanza, pero resultaba claro que no le iba a ser de mucha utilidad. Aquellos dos no eran ningunos hombretones y, desde luego, no vestían como para impresionar. Como Leota, ambos usaban mínima; a diferencia de Leota, ambos empuñaban armas. El que estaba al motor, una pistola; el otro, lo que parecía ser una carabina automática, apuntada directamente a Hake. Era obvio que eran los dos que

estaban holgazaneando en aquel repecho del exterior lo que es más... tenían un aspecto familiar, como de alguien que uno ha visto antes, y se parecían mucho el uno al otro.

- Baja el remo, Horny - dijo Leota -. Y o no quería que esto sucediese, puedes estar seguro.

Los dos hombres no sólo se parecían: eran casi idénticos. Tenían que ser gemelos: pequeños cuerpos oscuros, de no más de metro sesenta, largo y liso cabello negro, ojos negros. Desde debajo de las lonas, Hake los podía ver sentados en los sillines anamórficos de cada lado de la tartamudeante fuera borda, con Leota tendida a través. Dos ricos caballeros del Oriente Próximo disfrutando del Mediterráneo en compañía de una chica hermosa: no había nada en aquel cuadro que pudiera llamar la atención de nadie. Pudo oír al primero de los barquitos de turistas llegando con el gemido de sus dos ruedas inerciales, pero uno de los dos tenía el pie sobre el cuello de Hake.

- Tranquilo, soplapollas - le dijo, con una sonrisa convencional -. No trates de sentarte, sólo conseguirías que toda esa buena gente muriese.

- Haz lo que te digan, Horny - le advirtió Leota. Él no contestó... ¿Cómo iba a hacerlo con un pie en el cuello? Y, además, ¿había algo que decir?

Rebotaron sobre las suaves olas durante unos veinte minutos o más. Luego la ametralladora que era el motor fue disparando más lenta, uno de los hombres vendó los ojos de Hake, le dieron una patada entre los omoplatos, lo sacaron de debajo de las lonas y le obligaron a subir por una escalera de gato. Oyó cómo una puerta se cerraba tras de él y uno de los hombres le dijo:

- Ya puedes quitarte la venda. Y siéntate.

Hake se quitó el trapo que le cubría los ojos y parpadeó. Estaba en una sala de techo bajo, con literas a cada extremo y un arcón acolchado contra una pared, bajo un ojo de buey cubierto por un portillo metálico cerrado con llave. Apenas si cabían los tres a la vez. Se sentó sobre el arcón, no tanto porque se lo hubieran dicho, sino porque era el mejor modo de establecer una distancia entre ellos y él. Pero uno de ellos tomó sillas plegables de debajo de una litera y las colocó a ambos lados, enfrente de él.

Entonces recordó dónde los había visto antes, o mejor dónde había visto a uno de ellos:

- ¡En Munich! Pensé que era usted un doctor...

- Sí, Hake, era yo. Soy Subirama Reddi - dijo el de la izquierda -, y éste es mi hermano Rama. Puedes distinguirnos porque yo soy zurdo y mi hermano diestro. Nos resulta útil. Además, Rama tiene una cicatriz sobre el ojo izquierdo, ¿la ves? Se la hizo un americano en Pekín, y eso le dio muy mal carácter.

- ¡Oh, no, no tengo mal carácter! - afirmó Rama -. Nos llevaremos bien, Hake, muy bien... siempre que hagas exactamente lo que te digamos. De lo contrario...

Se alzó de hombros, con una expresión que estaba entre la sonrisa y la mueca. Hablaban en perfecto inglés, coloquial y rápido, aunque a veces sonara algo extraño. Y no era que no tuvieran acento: lo tenían, pero Hake no sabía identificarlo. Le parecían británicos, pero pensó que a un británico le hubieran sonado a estadounidenses... como si provinieran de algún lugar situado en mitad del Atlántico, o quizá se hubieran educado en Yale. Sus voces eran altas y puras como las de los primeros tenores de un coro infantil, aunque lo que estaban diciendo no tenía nada de infantil.

- Lo que tienes que hacer - proseguía Rama Reddi - es hablarnos enseguida y con todo detalle de lo que sepas de las operaciones de tu Agencia y darnos la lista de todos los agentes con los que hayas trabajado.

Hake se dio cuenta de que no iba a pasar un rato agradable. ¡Y todo esto era estúpido, porque sabía tan pocas cosas! Se volvió hacia Rama y empezó a decirle:

- No hay mucho que pueda contar...

La siguiente palabra le fue arrancada de la boca cuando el puño de Subirama le golpeó la oreja. Hake se volvió, ciego de ira, hacia él, y entonces el puño de Rama le golpeó en el otro costado. Ahora quedaba claro por qué les era útil el emplear cada uno una mano.

Subirama echó su silla hacia atrás unos centímetros, y pasó la pistola que empuñaba de su mano libre a la que usaba normalmente. Habló con urgencia a su hermano, que asintió con la cabeza y tomó una cuerda. Mientras Rama Reddi ataba las manos de Hake, Subirama dijo:

- Vosotros los yanquis siempre confiáis mucho en vuestro tamaño y corpulencia. En realidad, no creo que pudierais ganarnos a ninguno de los dos en una lucha cuerpo a cuerpo, y desde luego no podrías nada contra los dos. Pero creo que eres capaz de intentar algo que nos obligaría a matarte, así que vamos a evitarte esa tentación.

Esperó hasta que su hermano hubo asegurado las manos de Hake y luego le clavó el puño en el estómago.

- Ahora - dijo en tono coloquial -, empezaremos con los nombres de las personas con las que, hasta el momento, has entrado en contacto aquí en Italia.

Antes de que hubieran terminado con él, Hake les había contado todo lo que le preguntaron. No intentó resistirse, tras los primeros minutos. Si se limitaban a golpearle, quizá pudiera sobrevivir e incluso recuperarse. Pero le dejaron bien claro que si seguía callado eso le costaría primero las uñas, luego los ojos y después la vida, en ese orden. Les dio nombres que ni él creía recordar. Los de los cuatro ayudantes de Yosper. Cada uno de los miembros de su clase allá bajo el alambre. Incluso les dio una descripción física de la mujer que le había acompañado a su primera entrevista, en la Lo-Wate Bottling Co., y del pastor de ovejas que le había llevado en su vehículo hasta el autobús del aeropuerto. No podía discernir qué partes de la información eran las que les interesaban. Cuando algún nombre o acontecimiento les llevaba a solicitarle más información, no lograba entender el motivo de ello. ¿Por qué les interesaría la esposa de un granjero que tenía una plantación de aguacates en Hilo? Pero lo cierto es que le interrogaron incesantemente sobre Beth Hwa. Les dijo todo lo que sabía, algunas de las cosas las llegó a repetir cinco veces. Luego le dejaron descansar. Hake no creía que fuera por consideración hacia él: más bien le parecía que ya debían de dolerles los puños.

Se dijo a sí mismo que hubiera resistido más, si hubiera tenido algo por lo que resistir. Pero la charla con Leota le había vuelto a dejar confundido: en primer lugar, ¿por qué estaba trabajando para la Agencia? ¿Por qué había abandonado una vida personalmente satisfactoria y socialmente útil como ministro religioso en New Jersey, para meterse en aquellos juegos desesperados de adolescentes? Se tendió en una de las literas, hambriento y exhausto, sintiendo dolor y mareos. No creía que le fuera a ser posible dormir, por lo mucho que le martilleaba la cabeza. Pero se despertó con Leota sentada en la litera junto a él, y entonces se dio cuenta de que, después de todo, se había quedado dormido.

- Esto son aspirinas; tómatelas.

La apartó y se alzó, con la cabeza atronándole terriblemente.

- ¡Piérdete! - resopló -. Esto es el truco del policía bueno y el policía malo, ¿no? Ya lo he visto en la televisión.

- ¡Oh, Hake, eres tan ignorante! Esos chicos son malos, lo bastante malos como para matarte, y lo más probable es que lo hagan. Y yo soy buena... básicamente buena - se corrigió, tendiendo las pastillas. Le aguantó la cabeza por detrás con uno de sus brazos mientras bebía el agua para tragarlas, y luego dijo: - Tienes un aspecto lamentable.

No le contestó; siguió sentado al borde de la cama por un instante, luego fue tambaleándose hasta el pequeño lavabo y cerró la puerta tras él. En el espejo se le veía aún peor de lo que se sentía. Tenía la cara tumefacta desde la barbilla hasta el nacimiento del cabello: sus ojos estaban hinchados, por lo que no podía acabar de

abrirlos, y le zumbaban los oídos. Se salpicó con agua fría, pero cuando trató de secarse la cara con la toalla le dolió. Movi6 los m6sculos de los labios y las mejillas, en plan experimental. Podía hablar y quizá también pudiera masticar, pero iba a pasar bastante tiempo antes de que pudiera disfrutar con ello.

Cuando sali6, Leota se habia ido, pero reapareci6 al cabo de un momento con una bandeja. Cerr6 la puerta tras entrar y Hake oy6 c6mo alguien echaba la llave desde fuera.

- Tus amigos se est6n cuidando mucho de m6 - dijo amargamente.

- ¡Oh, Hake! No son amigos m6os, ya te dije que yo no quise que sucediera esto. - Dej6 la bandeja y se sent6 junto a 6l -. Te he tra6do un poco de sopa. Despu6s de que hayas comido, te pondr6 una bolsa de hielo en la cara.

No pod6a forzarse a darle las gracias. En lugar de hacerlo gruñ6, y dej6 que le diera unas cucharadas de la espesa sopa. El movimiento del barco le ech6 la mitad por encima, as6 que le quit6 la cuchara y el bol para tomarla 6l. La sopa era minestrone; solamente estaba tibia, pero no era mala; adem6s, estaba muerto de hambre. Vac6 el bol mientras ella hablaba:

- ¡Yo no soy responsable de lo que hacen los Reddi! Desde luego, a veces trabajamos juntos, pero ellos son mercenarios. Y matan. Hacen todo aquello por lo que les pagan. Y a m6 me dan miedo.

- ¿Y qu6 les has encargado que me hagan a m6?

- ¡No he sido yo, Hake! Nosotros no les hemos pagado esta vez; trabajan para... - dud6 echando una ojeada hacia la puerta y al cabo dijo -. No importa para qui6n est6n trabajando.

Pero sobre su cadera desnuda, bajo la corta bata playera de toalla, su dedo escribi6 la palabra Argentina.

- Tu propia gente los ha contratado de vez en cuando. Esta vez han sido otros... ¿Qu6 importa? Pero cuando mi grupo necesita ayuda, a veces nos la dan. Si no se hubieran ocupado del guardaespaldas de tu amigo Dieter, nunca lo hubieran arrestado. As6 que, con su ayuda, he impedido que tu grupo siguiera asesinando a chicos.

- ¿Y c6mo se ocuparon ellos del guardaespaldas?

Ella se alz6 de hombros.

- Tambi6n era un mercenario. ¿A qui6n le importa?

- Eso es algo que dices a menudo. A m6 me importa.

- Bueno, la verdad es que a m6 tambi6n me importa - dijo ella tristemente -. Pero, ¿qu6 es peor, Horny? ¿Qu6 clase de gente es la que difunde una droga asesina?

6l tom6 la bolsa de hielo que ella le ofrec6a y se la aplic6 con mucho cuidado en la barbilla. Su cabeza segu6a martilleando, pero a un ritmo m6s lento, menos demoledor.

- Bueno - dijo -. Aceptar6 que en ambos bandos hay culpa. S6lo por curiosidad, ¿qu6 era lo que t6 cre6as que iba a pasar all6 en la gruta?

- Cre6a que te 6bamos a reclutar para nuestro bando - le contest6 ella, muy simplemente -. Y no te r6as.

- ¡Dios m6o! ¿Es que crees que tengo algo de qu6 re6r?

- Bueno, pues as6 son las cosas. Yo quer6a hablar contigo y se supon6a que los Reddi ten6an que limitarse a permanecer fuera y avisarme si llegaba tu gente o ayudarme si, y perdona que lo pensase, Horny, tratabas de capturarme o alguna cosa as6...

- Hum - Hake, pensativamente, se pas6 la bolsa de hielo de la mejilla derecha a la izquierda. Lo que ella dec6a ten6a sentido, pero no alteraba el hecho de que hab6an pasado tres horas golpe6ndole y de que ahora lo manten6an cautivo, con unas posibilidades futuras que no pod6an ser calificadas de demasiado brillantes. Al fin dijo con resentimiento:

- Ahora ya s6 lo que siente el espectador inocente al que atrapan en una de estas situaciones.

- ¡Inocente! - Leota cerró la boca con fuerza como para no dejar salir las siguientes palabras y luego, más cuidadosamente, añadió: - Yo no diría que seas exactamente un espectador inocente, Horny.

- ¡Bueno, de acuerdo, he cometido algunos errores!

Ella agitó la cabeza, como con pena.

- Realmente no sabes lo que está sucediendo, ¿no? ¿Te crees que todo esto ha sucedido por puro azar?

- ¿No ha sido así?

- ¡Tan al azar como la trayectoria de un proyectil dirigido! Tu gente va directa a la yugular, cada vez.

- No... eso es ridículo, Leota. He estado bastante tiempo con ellos como para haberlo visto. Son la gente más incompetente, falta de eficiencia que...

- ¡Ojalá tuvieras razón!

- ¡La tengo! Para empezar, a mí me eligieron por puro azar. Sin motivo alguno.

- Lo que significa que tú no sabes la razón de que te eligieran, pero puedes creerme si te digo que seguro que tenían un motivo. Probablemente te tuvieron vigilado durante meses, antes de dar el primer paso. Alguien te descubrió y consideró que eras potencialmente aceptable...

- ¡Imposible! ¿Quién iba a ser?

- No lo sé. Pero alguien debió ser; sé cómo trabajan. Primero comprobaron tu ficha, luego efectuaron toda una investigación en tu propio ambiente. Debiste de parecerles bien, pero tenían que estar seguros, así que te llamaron para una entrevista. Tú podías haberlos mandado al infierno, pero...

- ¡No! ¡No pude! Estaba en la reserva del Ejército; simplemente me hubieran llamado a filas.

- ¡Oh, sí! ¡Sí que hubieras podido, Horny! Siempre les podrías haber dicho que no... ver lo que hubieran hecho. ¿Qué te crees, que te hubieran llevado a juicio? Pero el caso es que no lo hiciste, de modo que pasaste la primera prueba y ellos te soltaron un poco de pasta y te asignaron una misión (de camelo) para probarte. ¡No me mires de ese modo, Horny, así es como fue! Cualquiera niño de dos años la hubiera podido cumplir y posiblemente mejor que tú. El caso es que la llevaste a cabo y también pasaste esa prueba, y luego, cuando descubriste de qué iba todo, pasaste una nueva prueba... pues no dijiste nada sobre lo que están haciendo.

- ¡No podía!

La mujer apartó la vista.

- Bueno, no. No podías, Horny, porque aunque lo hubieras intentado, probablemente no habrías logrado llegar con vida a hablar con un periodista; alguien se hubiera asegurado de eso. Pero el caso es que tú no lo sabías, Horny, y ni siquiera lo intentaste, de forma que superaste otra prueba. Siguiente estadio: te envían al campo de entrenamiento y pasas el cursillo con todos los honores. Te mandan aquí a que me descubras... No vuelvas a decirme que no sabías lo que estabas haciendo, porque si hubieras pensado un poco podrías haberlo descubierto; hay coincidencias que no pueden ser tales coincidencias. Y, en cuanto me viste, tendrías que haber sospechado.

- Pero en ese momento ya era demasiado tarde.

Hubo una larga pausa.

- Ajá - aceptó ella, y se echó a llorar. Al fin, pudo decir: - Es demasiado, demasiado tarde.

Tardó un tiempo en captar el significado de sus palabras.

Cuando Leota lo hubo dejado otra vez solo, Hake se sentó al borde de la litera, con la vista clavada en el cubrecamas de terciopelo rojo de la litera superior del otro lado del camarote. No lo veía: su mente, todo su cuerpo, estaba en posición de pausa. Casi era un

estado de parálisis. En todos los años pasados en la silla de ruedas jamás había tenido tan poco control sobre su propio destino como en aquel momento.

Si es que alguna vez había tenido algo de control sobre su destino. Todo lo que Leota le había dicho sonaba a cierto. Había ido a remolque, por un camino que no creía que pudiera ser de su propia elección. Pasivo, obediente, incluso cooperativo: el cómplice voluntario de una gente a la que despreciaba, haciendo cosas que le repugnaban. Hake no estaba muy seguro de quién era en realidad: no podía reconocerse en el matón que había disfrutado en su pelea con Tigrito.

En el pequeño camarote el ambiente era espeso y criminalmente cálido y, con todos los ojos de buey cerrados, no entraba ni gota de aire. Por lo menos le dolía menos su maltratada cabeza. Incluso le resultaba soportable el dolor: las aspirinas que le había dado Leota habían hecho efecto. O lo que sucedía era que sus dolores habían disminuido en su nivel consciente, ante las implicaciones de lo que ella le había dicho. Hake tuvo entonces la idea de que quizá aquel lugar cálido y maloliente fuera el último que fuese a ver en su vida, así que se dedicó a estudiarlo. Aquella idea no le resultaba aterradora, pero sí paralizante. De nuevo no podía ver ningún agarradero por donde poder asir su propia vida, nada que pudiera hacer para cambiar el estado de las cosas.

Cuando Leota se había marchado, en respuesta a tres secos golpes que habían sonado en la puerta, había recogido el bol, la cuchara e incluso la bolsa de hielo y se los había llevado. Si le hubiera dejado aunque fuese un simple cuchillo de mesa... pero no tenía nada así. No había nada utilizable en el cuarto.

Se secó el sudor de la cara, se puso en pie, se quitó la camisa, tiró los zapatos a un rincón y, a pesar de todo, siguió asándose. Ni siquiera podía decir si era de día o de noche. La paliza y el interrogatorio le habían parecido interminables, pero en realidad debían de haber durado una hora o dos; el corto sueño podía haber sido sólo de unos minutos, pero también podría haber durado mucho más. No entraba luz alguna por los cierres herméticos que cubrían los ojos de buey. Por no saber, ni siquiera sabía si el pequeño buque estaba viajando o sólo se movía mecido por las olas anclado en algún puerto.

Lanzó sus pantalones sobre una de las literas del otro lado y se tendió. En la total impotencia de su situación había algo que casi resultaba satisfactorio. Como no había nada que pudiera hacer, tenía permitido no hacer nada. Incluso se fue apagando el tamborileo en su cabeza; lo sensibilizado de su cara y el dolor de su tripa eran ya los únicos fenómenos que observaba. Mientras dormitaba, con un brazo tras la cabeza, casi se sentía en paz, y le divirtió comprobar que la impotencia no se extendía a la totalidad de su persona.

Durante todo el tiempo que había estado hablando con Leota, una parte de él había tenido muy en cuenta el torneado de sus morenas piernas y el suave aroma femenino que le llegaba de ella. Aún podía olerlo y esto, unido quizá al suave balanceo del barco y quizá a algún rasgo no identificado de la personalidad del nuevo Hake, le hacían tener unos grandes deseos de hacer el amor. Y cuando, al cabo de un tiempo, Leota volvió llevando una nueva bolsa con hielo, una aspirina y agua, después de que cerró la puerta tras de sí y se sentó al borde de la litera, él tendió la mano para asirla. Asombrada, ella dijo:

- Heeeeeyyyy... - y luego, apartando los labios de los de él -. Al menos espera a que deje el vaso.

Fue como el hacer el amor en sueños: fácil, sin prisas y con seguridad, y ni siquiera le sorprendió comprobar que ella estaba tan deseosa como él.

Cuando se hubieron separado, él resiguió el suave borde del hueso que sobresalía de su cadera izquierda con los dedos y dijo:

- ¿Sabes? Realmente no esperaba esto, pero estoy muy contento de que haya sucedido.

Sus ojos estaban a sólo unos centímetros y ella miró cuidadosamente en los de él, luego le besó, agitó la cabeza, se sentó y miró su reloj.

- Tómate la aspirina - dijo -, y luego vamos a hablar. Me quedan veinticinco minutos para tratar de convencerte.

- ¿De qué tienes que convencerme? - preguntó, mientras se tomaba obedientemente la pastilla.

- De que te conviertas en un agente doble, Horny - contestó ella.

Él se deslizó hasta el borde de la litera y se sentó a su lado. Pensativo, le rozó el desnudo hombro con los labios.

- ¡Oh, sí! - aceptó -. Volvemos a mi problema.

- En realidad es un problema común a los dos, Horny. Pero la oferta es la siguiente: si aceptas trabajar con ellos, te dejarán marchar. Tienen un plan, van a pedir un rescate por ti... cambiarte por alguien que la Agencia tiene oculto en Tejas. No me preguntes de quién se trata; no lo sé.

- No sé si la Agencia dará mucho valor a mi cabeza - dijo dubitativo.

- Bueno, para ser franca, te diré que los gemelos no creen que le den mucho valor, así que aceptarán que les regateen a la baja... Naturalmente, siempre que tú aceptes su plan; de lo contrario, no hay trato para ti. Y quizá tampoco para mí - añadió -. Si... deciden eliminarte, no creo que quieran dejarme ir por ahí, siendo una testigo potencial para un juicio por asesinato.

Aquella era una noción nueva que, además, a Hake le resultaba desagradablemente molesta. Puso su brazo alrededor de la cintura, húmeda y cálida, de ella, pero Leona no cedió.

- Así que tenemos que hablar, Horny. Supongo que no tendrás ningún problema de tipo moral, pues no creo que desees seguir siendo fiel a un grupo de locos destructivos. No sólo está la cuestión del PCP, o lo de sobornar a la mitad de los disc-jockeys de Europa para que pongan música pasota alabando las drogas, o falsificar la libra esterlina, o interferir en las redes de los ordenadores de todos los demás países. O extender enfermedades, o plagas de insectos, o hierbas alergénicas, o...

- No sabía nada de esa música dedicada a las drogas - intervino Hake -. ¿Y qué es lo que hacen con los ordenadores?

- Los interfieren constantemente, Hake. ¿Cómo crees que se financian? O, hablando del tema - añadió honestamente -, ¿cómo crees que me financio yo? No estoy diciéndote con ello que me agrade el modo en que trabaja mi bando. Ellos te espían a ti, y yo también te espío. Ellos te engañan, y yo también te engaño.

- Me gusta más el modo en que lo haces tú - observó él -. ¿Qué quieres decir con que me espías? ¿Fue así como averiguaste que iba a hacer aquella primera visita a la Agencia?

- Desde luego. No tenemos los recursos con los que cuenta la Agencia - dijo amargamente -, pero hacemos todo lo que podemos. Tengo una vieja compañera de escuela que... no, no te importa saber quién es. No tenemos más tiempo: tengo que convencerte para que te pases a nuestro lado.

- ¡Oh! - exclamó Hake -. Pensaba que te habías dado cuenta... ya me he pasado.

Ella lo miró.

- ¿Estás seguro?

- ¿Seguro? - Se echó a reír. - De lo único que estoy seguro es de que estoy harto de que me utilicen. Pero estoy dispuesto a intentarlo a tu manera.

Ella lo estudió detenidamente durante unos instantes y luego agitó la cabeza.

- De acuerdo. Ahora confiemos en que los Reddi no cambien de opinión. Y... - miró su reloj -, aún tenemos veinte minutos.

Él trató de atraerla hacia sí, pero no había entendido lo que ella había querido indicar, por lo que otra vez se le resistió.

- Espera, Horny. Ahora ya debo hacerte esa pregunta.

- ¿Qué pregunta?

- La que te dije que un día te haría: ¿por qué has hecho todo lo que has hecho?

- Creí que ya lo habíamos hablado - dijo él, un tanto molesto -. No lo sé.

- Pero quizá yo sí lo sepa. Tengo una teoría, y no te rías...

De lo que menos tenía él ganas era de reír.

- Tendré que empezar por el principio: ¿qué es lo que sabes de hipnotismo?

Hake apartó la mano del cuerpo de ella y dijo:

- Leota, no soy un hombre impaciente, pero si tienes algo que decirme, lo mejor será que vayas directamente al grano.

- Bueno, pues el grano es éste: actúas como si estuvieras hipnotizado. ¿Comprendes lo que quiero decir? Sea lo que sea lo que cualquiera te diga, tú lo haces. Eres muy sugestionable, justo como quien se halla en un estado de trance hipnótico.

- ¡Oh, mierda! - él estaba exasperado -. ¡No me pueden hipnotizar para hacer cosas que en mi estado normal no hubiera hecho!... ¡y eso está más que comprobado! Todo el mundo lo sabe.

- ¿Todo el mundo lo sabe? ¿Y cómo lo sabes tú? ¿Has hecho algún estudio sobre el hipnotismo?

- No, pero...

- No, pero desde luego actúas como si lo supieras todo sobre el tema. No me vengas con lugares comunes, Horny. Piensa un poco en ello.

- Bueno... - pensó por un momento y luego añadió, con cautela: - Admitiré que no acabo de comprender del todo lo que he estado haciendo en el último par de meses. Me he interrogado mucho al respecto. Acepto cualquier cosa que me sugieran, enseguida y sin poner objeciones... como tú muy bien señalas.

- No es una crítica, Horny. Sino todo lo contrario. Si estabas hipnotizado, no hay nada que tú puedas hacer para oponerte.

Él la miró:

- ¿Estás segura de todo esto que estás diciéndome?

- Bueno, no mucho - admitió ella -, pero tiene sentido, ¿no? ¿Hay otro modo en que explicarlo? Ni siquiera se puede atribuir a un acto reflejo de patriotismo... Cuando yo te dije que no me denunciaras, también me obedeciste.

Él alzó la vista, mirándola con un espasmo de esperanza.

- ¡Pero... eso fue en contra de la Agencia!

Leota agitó la cabeza.

- ¡Hombres! Vuestro peor enemigo es el ego masculino. Preferirías creer que eres un hijo de mala madre por tu propio albedrío que una marioneta manipulada. Pero resulta que ése es un signo muy claro del estado de trance. Se le llama «la tolerancia de las incongruencias». Y quiere decir que uno actúa como si cosas mutuamente en conflicto fueran ambas buenas o representasen la verdad.

- ¡Eso es imposible! - protestó él -. ¡No han podido hipnotizarme sin que yo me acuerde de nada!

- ¿Y cómo lo sabes?

- No lo sé, pero...

- Podrían haberte implantado una sugerencia post - hipnótica para que lo olvidases todo - le dijo ella -. O quizá ni lo supiste desde el principio. Quizá te suministraron una droga, o te colocaron una cinta magnetofónica bajo la almohada. No lo sé; de lo único que estoy segura...

La interrumpió el ruido de la cerradura de la puerta al ser abierta. El Reddi que tenía la cicatriz sobre la ceja los miraba, con una mano apoyada sobre la funda de una pistola. Sonrió.

- Ah, veo que estás haciendo grandes progresos, cariño - observó mientras Leota tomaba apresuradamente su bata de playa y se tapaba con ella.

- Hemos hecho un trato - le contestó ella, fríamente -. Ahora os toca a vosotros preparar un acuerdo para el canje.

- Ya veo - dijo él, estudiándolos con aire divertido -. Sí, quizá se pueda hacer algo. Cuando vuelva mi hermano podremos seguir hablando de esto. Pero, ¿cómo sabemos que el reverendo Hake mantendrá la palabra que nos dé?

Ni Leota ni Hake le respondieron; no había ninguna respuesta obvia que dar.

- Sí, es una dificultad. Bueno, había pensado que quizá te apeteciese subir a cubierta, querida..., aunque posiblemente prefieras quedarte aquí.

Sonrió y la suya fue una sonrisa que casi era amistosa, como le asombró descubrir a Hake. O al menos tolerante. Luego salió y cerró la puerta tras de sí.

Hake y Leota se miraron el uno al otro.

- Esto... - inquirió Hake -, respecto a lo que ha dicho, ¿cómo crees que van a asegurarse de que cumplo con mi parte del trato?

- No tengo ni idea, Horny, pero sí sé que probablemente será de un modo que no te gustará. Lo más fácil sería matándote si no lo haces. Si la Agencia puede ponerte a alguien que llegue hasta ti en el momento en que les interese, y yo también puedo hacerlo, entonces no veo por qué los Reddi no van a poderlo hacer. O quizá podrían optar por algo realmente peor.

- ¿Como qué?

- Lo peor que se te pueda ocurrir. O mucho peor aún, lo peor que se les pueda ocurrir a ellos. ¿Hacerte adicto a una droga? ¿Infectarte con una enfermedad mortal contra la que sólo ellos tengan el remedio y tengas que írselo pidiendo? No lo sé, pero ya se les ocurrirá algo - dijo ella muy irritada.

El futuro empezó a resultar algo dudoso para Hake.

- Pero quizá no sea tan malo - añadió, tratando de animarlo un poco -. De todos modos no hay nada que tú puedas hacer en contra, ¿verdad? Y, sea lo que sea, siempre será mejor que el aparecer flotando junto a los muelles de la Bahía de Nápoles.

- ¿Nápoles? Pensaba que estábamos en Capri, ¿para qué hemos venido a Nápoles?

- Tendrás que preguntárselo a ellos. Lo último que vi fue que estábamos atracados en algún muelle industrial, cerca de los astilleros. Si escuchas podrás oír los trenes en las vías del muelle.

Escuchó, volviendo a poner el brazo alrededor de su talle, pero no pudo oír nada que lograra identificar.

- Bueno - dijo al fin -, como parece que todavía nos queda algo de tiempo...

- Espera un instante, Horny - ella seguía escuchando, con expresión de asombro. Se oía un rápido golpear de pies en cubierta, y luego algo que casi fue un chapoteo.

Se incorporó y se puso la bata.

- Está pasando algo - anunció, y entreabrió la puerta - Fuera no se veía a nadie -. Voy a echar una ojeada; será mejor que te quedes aquí.

- No. Yo voy también.

- Entonces quédate detrás.

Cruzó hasta la puerta de acceso a la cubierta, que estaba totalmente abierta, y miró en derredor. Hake se puso tras ella y miró por encima de su hombro. Estaban amarrados a unas viejas pilastras de madera, junto a un muelle. Un agua grasienta lamía la madera y, más allá del muelle, se veían unos inmensos tanques bulbosos. Era por la noche, pero los tanques estaban brillantemente iluminados, y Hake vio varias figuras que se movían cautelosamente por entre ellos. No había ni rastro de ninguno de los Reddi.

- ¡Oh, diablos! - susurró ella -. Parece que los chicos de tu bando vienen a rescatarte. O, lo que es más probable, a cazarnos a los Reddi y a mí. Rama debe de haberlos visto y se ha largado.

- ¿Y qué es lo que puede pasarte a ti? - inquirió Hake.

- Nada bueno - afirmó ella -. Voy a largarme de aquí, Hake. Tú te quedas; todo te irá bien. Si puedes, entreténlos un poco.

Corrió hasta un camarote y volvió de nuevo atándose apresuradamente los depósitos de aire.

- ¡Espera! - protestó él -. ¡Quiero volver a verte!

Ella hizo una pausa momentánea, mientras le miraba.

- ¡Oh, Horny! - exclamó -. ¡Eres tan tontamente ingenuo!

Le dio un beso rápido y fuerte y se metió en el agua por la borda más alejada del muelle. Minutos más tarde, cuando el primero de los hombres que se acercaba hubo llegado a la corta plancha que subía al barco, Hake salió a cubierta con las manos en alto.

- ¡Soy yo! - gritó -. ¡Gracias a Dios que habéis llegado! Se han escapado por allí todos, no hace más de cinco minutos... Si os dais prisa aún podréis atraparlos.

Y señaló muelle abajo, al punto que le pareció más oscuro y menos probable.

IV

Yosper se lo estaba pasando de maravilla. Se hizo con el mando del pequeño buque como un corsario de antaño, envió a su tripulación pirata en todas direcciones y él se dedicó a pasear arriba y abajo por el puente. No se olvidó de los requisitos de la conquista: halló tres botellas de Piper-Heidsieck convenientemente frías en un camarote de popa y las compartió con Hake, mientras supervisaban la búsqueda.

La persecución en tierra no dio resultados. Dietrich, recién salido de la cárcel napolitana, informó de que no había nadie a la vista; había pagado a los matones contratados y los había enviado a casa, pues las presas se habían escapado. Me alegra, pensó Hake; al menos me alegra por uno de los tres. Pero los brillantes y viejos ojos de Yosper estaban clavados en él.

- No pongas esa cara tan feliz - le dijo -. Tienes muchas cosas que explicar. ¿Sabes lo que hemos tenido que hacer para sacarte de esto? Primero debíamos saber dónde estabas... tuvimos que encontrar al barquero y luego a un testigo de uno de los barquitos turísticos que van a la gruta. Más tarde tuvimos que mandar un mensaje a Washington para que un satélite espía hiciera una foto con la que identificar este barco. Y luego tuvimos que contratar a media docena de matones para venir por ti.

- Lamento haberos causado tantos problemas.

- ¡Ya lo creo! ¡Dietz! Ve abajo y échale una mano a Mario para registrar el barco; después lo celebraremos todos juntos.

Hake no le estaba escuchando; estaba haciendo cálculos. Lo peor de deberle la vida a alguien era que se hacía difícil mostrarse desagradable con él. Pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Una semana? Bueno, por lo menos durante dos o tres días. El caso era que, por muchas ganas que tuviera de enviar a Yosper al infierno, ahora no podía hacerlo. El hombre era un imbécil arrogante y estaba demostrándolo a las claras:

-... ya me lo puedes devolver...

Hake volvió a la realidad.

- ¿Perdón?

- Te decía que ya podías devolverme el brazalete - repitió Yosper, señalando la pieza de plata que llevaba Hake en la muñeca -. Ya no necesitamos que sigas llevándolo; sirvió para su función. Sabíamos que irías a verla, después de que se nos escapara en el Pescatore, así que te tuvimos vigilado con eso; no podías hacer unos metros sin que supiésemos dónde estabas. Pero lo de la barca fue una sorpresa, y para cuando pudimos seguirte ya estabas más allá del radio de acción de nuestros detectores.

En silencio, Hake se quitó el brazalete y se lo entregó, al tiempo que Mario y Dieter salían de la bodega. El italiano llevaba una caja metálica plana y ambos parecían preocupados.

Yosper se puso en pie de un salto.

- Está desactivada - le dijo Mario, jadeando. Se la entregó a Yosper, que la aceptó con mucho cuidado.

- Ajá - dijo -. Habría hecho volar este barco sin problemas y luego... - Atisbó hacia los enormes depósitos, que se hallaban sólo a unos metros de allí, y a Hake le asombró ver que el viejo empezaba a sonreír -. ¡Cincuenta mil toneladas de hidrógeno líquido! - Dejó escapar el aire de los pulmones -. ¡Vaya una explosión que hubiera sido! ¿Ves ahora con qué clase de gente se mezcla tu amiguita, Hake?

- Además, son listos - intervino Dieter -. Ésa es de las nuestras.

Yosper frunció el ceño y luego agitó la cabeza.

- Son un par de tipos retorcidos, y tienes razón... si los italianos hubieran hallado trozos de la bomba, encima nos hubieran echado la culpa. ¡En qué lío nos hubiéramos visto metidos! Debieron conseguirla cuando estuvieron trabajando en aquel asunto del mar del Norte.

Hake se incorporó en el asiento.

- ¡Hey! ¿Quiere eso decir que han trabajado para nosotros?

- Ya no trabajan para nosotros. Se toman su trabajo demasiado en serio, Hake. Asesinar está fuera de lo que nos permite nuestro reglamento - dijo con aire virtuoso -, excepto en circunstancias excepcionales. Pero a ellos les gusta. Tienes suerte de seguir con vida. Si los contratas y no quieres que haya asesinatos, te cobran un recargo, ¿te lo hubieras podido imaginar?

- No os comprendo - exclamó Hake.

- ¿Por qué, porque usamos mercenarios? ¡A ver si despiertas ya, chico! No confundas los medios con los fines. Estamos haciendo lo que es justo. Los Reddi son tan sólo unas herramientas que empleamos cuando resulta necesario. Uno no le pregunta a un arma si cree en la democracia, lo único que quiere de ella es que dispare cuando se aprieta el gatillo. - Le entregó la bomba de nuevo a Mario; luego siguió, severo y magistral. - Eso era algo que entendíamos en los viejos tiempos. No os culpo porque hoy en día estéis hechos un lío... ¿Cómo vais a poder dar todo lo que tenéis dentro, si se os dice que nunca debéis lanzar una bomba o disparar un cohete, pegarle un tiro en la rodilla a un enemigo o volar un puente? Pero ésas son las reglas y nosotros no las hemos hecho. Tan sólo nos limitamos a cumplir lo que nos ordenan... y empleamos lo que tenemos a mano.

Hake se recostó, dejando que las palabras le entraran por un oído y le salieran por el otro. La moral de Yosper no era un asunto que le concerniese, se dijo. Tenía otras preocupaciones y no estaba muy seguro de cómo iba a enfrentarse a ellas, o qué era lo que iba a resultar de aquella situación. Se encontró estudiando a Mario y a Dieter, que estaban sentados escuchando embelesados al viejo. Justo como si nunca antes hubieran oído aquellas cosas, aunque las hubieran escuchado mil veces. Era muy extraño que todo el mundo al que conocía: Yosper, Dieter, Mario, Leota, incluso Jessie Tunman, hasta los Reddi, todos estaban muy seguros del papel que tenían que jugar en el mundo y de lo justo que era continuar desempeñándolo.

Mientras que él no estaba seguro de nada.

Y Yosper seguía hablando:

- ...en los viejos tiempos en las Naciones Unidas, ¡vaya una mierda! ¡Sabíamos quién era cada cual! Y también sabíamos cómo ocuparnos de ellos. ¡Metías a un encargado de negocios rumano en la cama con un chico negro, luego le enseñabas las fotos y hacía lo que querías! O lograbas que el encargado soviético del gabinete de cifra se convirtiera en un adicto a la heroína y luego lo tenías cogido con el suministro. Si queréis saber mi opinión, el mundo era entonces mucho más simple, y mejor. Entonces estábamos haciendo el trabajo del Señor y lo sabíamos. Claro está, aún seguimos en ello, pero a veces... - parpadeó -. Te aburre escucharme, ¿no es así, chico? Esos moretones de la cara no deben de estar haciéndote ningún bien, y además debes de estar hambriento.

Dietz, tú deshazte de esa cosa - señaló a la bomba - y tú, Mario, trae el coche. Se ha acabado el champagne y ya es hora de comer.

Todas las preguntas que había en la cabeza de Hake querían ser la más importante y no dejaban de chocar entre ellas mientras trataban de ocupar el lugar central. Por ejemplo, ¿cuán en serio debía de tomarse su trato con los Reddi de cambiar de chaqueta? La verdad era que no lo habían soltado, su gente le había rescatado. Pero quizá aún tuvieran sus métodos para obligarle a cooperar. Y antes de que hubiera acabado con esa pregunta, y desde luego sin haberla podido responder, ya había otra: ¿había logrado realmente escapar Leota? ¿Y dónde estaba ahora? Y ésta a su vez fue apartada por: ¿qué pasaba ahora con su proyecto sobre las religiones? ¿Qué pasaba, cielos, con su propia iglesia? ¿Cómo se las estarían arreglando sin él? ¿Qué había de verdad en aquella loca conjetura de Leota acerca de que le hubieran hipnotizado? Y de nuevo, ¿estaría Leota a salvo?

La ventaja de una cabeza llena de ideas no formuladas del todo y preguntas sin respuesta era que eso le tenía distraído de la cháchara interminable de Yosper. Que prosiguió mientras se movían por entre las grandes esferas de doble pared que contenían el hidrógeno, se hizo más fuerte cuando acortaron por entre los martilleantes compresores que mantenían el hidrógeno líquido, hizo una pequeña pausa cuando se hallaron junto a las inmensas salidas de aire caliente que escupían calor residual al ya cálido cielo napolitano, pues había el riesgo de que alguno de los no demasiado alerta guardianes les oyese, y se reanudó a todo tren dentro del Cadillac que Mario conducía, deportivamente, a lo largo del barrio portuario, subiendo por una maraña de empinadas callejuelas, hasta llegar al aparcamiento de un enorme hotel que había en la cima del Vomero.

Le dieron a Hake veinte minutos para limpiarse un poco, ponerse agua en los moretones y mudarse con ropa limpia de las maletas que Mario, amablemente, le había traído desde Capri, tras lo que hubo una repetición de la noche en el restaurante, La morte del pescatore.

De nuevo tenían la mejor mesa del local. Miraba sobre la bahía, con el cráter del Vesubio iluminado por reflectores rojos, blancos y verdes.

Yosper estaba diciendo:

- ¡Ternera, Hake, ternera! Si no quieres pescado, escoge ternera; es la única clase de carne que entienden los italianos, pero ésa la entienden bien.

Hacía ya rato que había pasado el efecto de las pastillas que le había dado Leota, y notaba la mandíbula y la tripa como si una manada de ganado le hubiera pasado en estampida por encima. Estaba exhausto... había sido un verdadero shock el descubrir, cuando llegaron al hotel, que sólo eran las nueve de la noche... Y le parecía que le estaba subiendo la fiebre. Pero de lo que estaba más harto era del sonido de la voz de Yosper. El viejo había iniciado una larga discusión con el camarero acerca de la cantidad de queso parmesano que debía entrar en la composición de sus Scallopine a la Vomero cordon bleu, y con el somelier acerca de si el Lacrima Cristi realmente provenía de las viñas del Monte Vesuvio, o era algo que el bottigliere había combinado esa misma tarde, empleando pieles de uva y ácido clorhídrico.

Hake pidió al azar, deseando sobre todas las cosas acabar con aquello e irse a la cama... Y, tan pronto como le resultara posible, volver a Long Branch, New Jersey. Y cuando Yosper trató de aconsejarle una especialidad de la casa, resopló:

- ¡Cualquier cosa! ¡No me importa! ¡Yo no he venido a Italia a gastar el dinero de los contribuyentes en bacanales!

Yosper le lanzó una mirada de advertencia y ordenó al camarero que se retirara. Cuando lo hubo hecho, el viejo dijo:

- Hay dos cosas que debes recordar, Hake. La primera, que no tienes que hablar de que trabajas para el Gobierno cuando alguien que no conozcas te esté escuchando. La

segunda, que esto no les cuesta ni un centavo a los contribuyentes. Al menos, no a los nuestros. Dieter, ¿a quién le vamos a cargar esta cuenta?

- Iba a emplear mi tarjeta Barclay - dijo el holandés - Así que le irá a parar a la KLM.

Yosper asintió, sonriendo.

- Se lo cargamos a esa compañía aérea, que a su vez lo carga a una cuenta especial que resulta ser los fondos no sometidos a auditorías que emplean los agentes secretos holandeses. No hay modo de que puedan seguir la pista hasta nosotros. Veamos, en Capri creo que usamos la tarjeta de crédito del Banco di Milano, que a través del sindicato hidroeléctrico italiano va a parar al servicio secreto de su Fuerza Aérea. Si sabes cómo manejar los ordenadores lo puedes tener todo... ¡y el enemigo lo paga! Así que come a gusto, chico; cada lira que gastes se la quitas al otro bando.

Hizo una pausa y le dijo a Dieter:

- Eso me hace recordar algo... ¿Quieres ver cómo anda el otro asunto?

El muchacho asintió y se marchó, mientras el camarero llegaba con la ensalada y los entremeses.

Masticar el crujiente apio y el palmito resultó toda una tortura para Hake. Parecía tener la mitad de las muelas sueltas y la mandíbula le protestaba a cada esfuerzo. Comió hoscamente, mirando al otro lado de la bahía. Con las iluminaciones festivas de los barcos de crucero atracados en los muelles, los coches que pasaban por el barrio del puerto y las lejanas casas del Portici y la Torre del Greco, todo se veía al mismo tiempo hermoso y terrible... Terrible por tanta energía malgastada. No sabía cómo autorizaban aquello, ni cómo no acababa de hundir la economía italiana. Desde luego, las granjas y los pueblecitos agrícolas estaban sujetos a unas restricciones mucho más estrictas que nada de lo que se sufriera en New Jersey, eso lo sabía. Pero tal cosa hacía que aquel despilfarro resultase aún más inmoral. Había algo que olía mucho a podrido en aquel mundo en el que vivía. Y si los que tenían que eliminar el mal olor eran todos como Yosper, ¿qué esperanza había siquiera de sobrevivir? El viejo estaba de nuevo pontificando sobre la religión. Estaba diciendo que Dios había planeado para este mundo que los justos prosperasen y dominasen, y las palabras chocaron contra las ideas que había en el interior de Hake, provocando en él aún mayor confusión. Luego le sobresaltó una frase de Yosper y preguntó:

- ¿Qué es lo que dices?

- Tendrías que prestarle más atención - le dijo acusadoramente Mario -. Yosper es un gran hombre y además te ha salvado la vida.

El viejo dio unas palmadas tolerantes en el brazo de Mario.

- Decía que no estoy de acuerdo con Darwin.

Hake se atragantó; era exactamente como si hubiera dicho que creía que la Tierra era plana.

- Pero... pero justamente acabas de decir que crees que los más aptos deberían sobrevivir.

- He dicho los justos, Hake, pero estoy de acuerdo en que son la misma cosa. Dios nos da la fuerza para hacer Su voluntad. Pero eso no tiene nada que ver con tu Darwin; él va contra la Biblia, así que está equivocado. Y - añadió, animándose -, si contemplas la totalidad del cuadro con los ojos de la comprensión, verás que también va en contra de la ciencia. De la verdadera ciencia, Hake. De la ciencia del sentido común. Lo de Darwin no tiene ni pies ni cabeza, chico. ¡En nombre del cielo, muchacho, límitate a abrir los ojos a este maravilloso mundo en el que vivimos! Anguilas eléctricas. Colibríes. Semillas en el desierto que son lo suficientemente listas como para no prestarle atención a un simple chaparrón, pero que brotan en cuanto hay una buena lluvia de verdad... ¿Y vas a decirme que todo esto sucedió por azar? ¡No, muchacho!, tu señor Darwin no da pie con bola. Mira a tu propio ojo: tu señor Darwin dice que algún bicho de hace mil millones de años empezó con algunas escamas en su piel que respondían a la luz., ¿tengo razón? Y yo,

¿tengo que creerme que durante todos esos años se limitó a estar intentando convertir esas escamas en algo con lo que leer un libro o contemplar la pantalla de un televisor y acabó logrando los músculos y nervios más maravillosos que jamás se hayan empleado para ver, llorar y aumentar imágenes y...? ¡Pero vaya, si vuestros científicos ni siquiera pueden fabricar una máquina tan sofisticada como el ojo humano! ¿Y quieres que me crea que todo esto sucedió por casualidad, empezando a partir de las escamas de un pescado? ¡Eso es una locura tan grande como...! Un momento.

Dieter había regresado, seguido por un camarero que llevaba un teléfono. Mientras enchufaban la clavija, el muchacho holandés susurró algo al oído de Yosper.

- Hum, hum - gruñó éste; parecía satisfecho -. Bueno, dejemos correr ese tema, que está poniendo nervioso a nuestro amigo. Creo que el vino ya se ha aireado bastante, digámosle al camarero que nos lo sirva.

Hake agitó la cabeza incrédulamente. Pero, ¿de qué servía aquello? Estaba llegando su pollo al marsala; esperó impaciente que el camarero se lo deshuesase y limpiase junto a la mesa, y luego se lo comió con rapidez.

- No quiero postre - dijo tras haber acabado mientras los otros aún estaban disfrutando de la parte principal de sus comidas -. Creo que me iré a la cama.

- Seguro - le dijo hospitalariamente Yosper -. Has tenido un día duro. No obstante, aclaremos lo de mañana. Tienes un vuelo a las ocho de la mañana al Leonardo da Vinci. Cuando llegues allí, ve al depósito en Roma, el lugar donde recogiste tu ropa en el viaje hacia aquí; allí te entregarán todos los documentos y billetes que necesites. Creo que tomarás el vuelo de las dos de la tarde a Nueva York... Mañana por la noche dormirás de nuevo en tu propia cama... Pero ya te lo aclararán todo. Di que te despierten a las seis; Mario te recogerá a las seis y media para llevarte al aeropuerto.

- Haré que te suban un café antes de que nos marchemos - le dijo amablemente Mario -. Si quieres algo más antes del vuelo podremos tomarlo después del chequeo en Capodichino.

Hake escuchaba y se removía nervioso. Sus instintos deseaban decir algo que su boca se mostraba remisa a pronunciar. Finalmente logró articular:

- En cualquier caso, gracias. A todos. Creo que me habéis sacado de un buen aprieto.

- No fue más que lo que te merecías, muchacho. Nos has sido de una gran ayuda. Tu amiga la loca y ese par eran una gran molestia, y ahora ya nos hemos ocupado de ellos.

- ¡Pero si se escaparon!

- Los mellizos lo lograron, sí. Pero eso no es tan malo, Hake. Son una pareja muy desagradable y atraparlos es como cazar serpientes de cascabel con una red. Además, mi querido amigo, no tengo nada personal contra ellos. No quería castigarlos; uno no quiere castigar a una bomba, simplemente se limita a asegurarse de que no estalle.

Todos le sonreían, Yosper aún comiendo y los muchachos recostados en sus sillas y dándose la mano. Hake esperó a que llegase el golpe para el que se estaba preparando, pero no llegó. Así que dijo con voz ronca:

- La chica también se escapó.

- No fue muy lejos - dijo placenteramente Yosper.

- ¿De qué estás hablando?

Yosper suspiró.

- Bueno, veamos lo que podemos averiguar - dijo, y tomó el teléfono. Habló unos segundos en un idioma que Hake no entendía y luego colgó, con una sonrisa de oreja a oreja -. Exactamente se encuentra en la Regina Coeli. Estará una buena temporada fuera de la circulación.

- ¿En la cárcel? ¿Por qué? ¡Aquí no ha cometido ningún delito!

Yosper movió la cabeza mientras se reía a carcajadas.

- Cometió el peor de los delitos. Mira, su pequeña banda de aficionados hace lo mismo que nosotros, sólo que no tan bien. Estaba trabajando con identidad y créditos falsos.

Pero una vez la descubrimos en el Pescatore y el bueno de Mario puso patas arriba su habitación... bueno, pues supimos lo que estaba utilizando. El resto fue fácil: nos cargamos su crédito. Logró llegar hasta Roma, y allí la atraparon por utilizar tarjetas de crédito falsas. Ahora está en bancarrota, Hake. La subastarán para pagar sus deudas. Pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a molestarnos.

Veinticuatro horas más tarde Hake salió de un taxi en el lado del Trastevere del Ponte Sant Angelo. No había perdido el tiempo en Roma. Había empleado tanto el entrenamiento que le habían dado bajo el alambre como las habilidades prácticas que había descubierto en los últimos días. Del depósito de seguridad de la Agencia en Roma había obtenido un nuevo pasaporte y su billete de regreso a los Estados Unidos, así como algunas piezas del equipo estándar que había requisado al momento; entre ellas, las tintas y papeles para cambiar su billete, así como las tarjetas con las que financiar algunas actividades fuera de programa. El resto del día lo había empleado averiguando lo que necesitaba. Dejó su bastón y su bolsa en la acera, bajo el enorme pastel que era la Tumba de Adriano, y pagó cuidadosamente al conductor, añadiendo monedas según el volumen y el tono: Cuando las palabras se fueron apagando y el tono llegó al barítono, se dio la vuelta, tomó sus cosas y cruzó hasta al parapeto que había junto al puente. En aquel punto el Tíber era un arroyo que hacía suaves meandros, entre orillas llenas de césped, aquí ensanchándose en un estanque, allí volviéndose estrecho y rápido. No parecía artificial; se diría que hubiera estado allí siempre.

- Siete pescatore? - Hake no se había dado cuenta de que se le acercaba un policía romano -. Pesce - repitió el hombre, imitando una caña y su sedal con su porra eléctrica -. ¿Pesca, usted pesca? ¿Tiene permiso?

- Oh - exclamó Hake, comprendiéndole al fin -. No, no voy a pescar. No pescar, sólo mirar. Mirar. Voyeur.

- Ah, paura! - dijo el policía con simpatía, tocando el hombro de Hake antes de alejarse.

Éste se recostó descuidadamente en la balaustra, dándole tiempo de perderse de vista. Tenía razón en lo que le había estado comentando: había pescadores en el Ponte Sant' Angelo, que hacían colgar sus anzuelos hasta el río que fluía bajo el puente, incluso a aquella hora. Y, en el río propiamente dicho, mujeres mayores con botas de goma hasta las caderas estaban rebuscando algo en los bajos. Hake no podía ver si estaban pescando algo, pero les deseaba suerte, porque servían para apartar la atención de él.

Caminó rápidamente veinte metros por el puente y allí, tal como el mapa decía, había un disco metálico incrustado en la acera. Usando el bastón como palanca, levantó la tapa y atisbó hacia dentro. Estaba totalmente a oscuras y hedía. Esto también era de esperar, aunque no le resultase nada atractivo. Dejó caer la bolsa y la oyó golpear cemento a algunos metros por debajo; lo siguió, bajando por una resbaladiza escalerilla de metal y dejando caer de nuevo tras él la tapa de la cloaca.

Tan pronto como la hubo cerrado el hedor se hizo abominable y la ausencia de luz total.

Estaba en la mayor y más antigua de las cloacas de Roma. ¿Que estaba polucionado el Tíber? Va bene. Se le hacía un techo por encima, que cumpliera con su función. Y ahora el río, de hecho, era una cloaca que fluía bajo un terreno ajardinado, convertido en un parque, que contaba con su propio río artificial que corría a todo lo largo, para justificar los mapas y los puentes. Se mejoraba la eliminación de los desperdicios y se mantenía el atractivo estético. Y la cloaca massima nuova fluía sin problemas hasta el mar.

¿Sin problemas? Quizá, pero resultaba preocupante. El mal olor era, por lo menos, de una magnitud muy superior a cualquier otra cosa que Hake hubiera experimentado en su vida. Apresuradamente tanteó en el cemento para encontrar su bolsa, localizó la cuerda de apertura y tiró de ella. Se oyó un sonido silbante, como cuando se pincha un neumático, y el saco se desplegó. En diez segundos habían surgido la proa y la popa y se

había alargado hasta ser como un kayak, la canoa esquimal. Tanteó para orientarse y encontró lo que andaba buscando: dentro del hueco para el remero había una bolsa de plástico que contenía una linterna, un remo doblado y una máscara respiratoria.

Cuando Hake se hubo colocado la máscara hizo la primera inspiración profunda que se permitía desde que entrara por el agujero de la calle. Era soportable, pero apenas. Era como encontrarse dentro de un matadero descuidado, mientras que antes había sido como ser una de las reses degolladas.

Encendió la linterna y miró a su alrededor. El agua del Tíber no tenía tan mal aspecto. Flotaban cosas en ella y el hedor era innegable, pero en realidad sólo parecía fría y húmeda... hasta que mantuvo la luz con el brazo lo más extendido posible desde el borde de la acera de la cloaca y vio la iridiscencia oleaginoso. El techo era metálico, con una simple capa de yeso, que ya se había pelado en la mayor parte de los sitios. Bajo el mismo el río corría más de lo que parecía. Cuando Hake se encontró dentro del kayak descubrió que remar resultaba más trabajoso de lo que había supuesto.

Se dio cuenta de que hubiera sido más inteligente haber bajado río arriba de su destino, en lugar de río abajo. Pero no había sido lo bastante inteligente. Cada palada le llevaba un metro adelante y, mientras alzaba el remo para clavarlo de nuevo, la corriente le echaba un palmo hacia atrás. La necesidad de cambiar de lado de vez en cuando complicaba aún más las cosas, y además tenía que ir con cuidado: no quería que el agua de la cloaca salpicase el interior del kayak, sobre todo porque el mal olor le hubiera convertido en sospechoso allá donde se dirigía. Aun así no pudo evitar que le cayeran encima algunas gotas. Al cabo de un minuto había empezado a sudar, y no más de dos o tres minutos después jadeaba tratando de respirar. Si la teoría de Leota sobre el hipnotismo era acertada, ahora le vendría bien un poco de aquel estado de trance, pensó amargamente. Cualquier cosa... lo que fuese con tal de apartar su mente de aquel hedor, y el calor, y la fatiga que estaba empezando a hacer arder a sus ya doloridos músculos.

Había esperado emplear unos diez minutos en remar los cuatrocientos metros por el Tíber subterráneo. Le costó media hora, y para cuando encontró el lugar que buscaba estaba agotado. Mal olor o no, se arrancó la mascarilla para darle más aire a sus pulmones.

Pero había llegado. Estaba bajo el gran pabellón que habían edificado encima del río, destinado a la música y al baile. Y, si su información era correcta, Leota debía de hallarse en algún lugar de allá arriba.

Había un cerrojo en la puerta, pero de nuevo quedó demostrado lo válido de su entrenamiento bajo el alambre. Lo abrió en un minuto, emergiendo a un pozo vertical de cemento con una escalerilla metálica. Tras subir seis cortos niveles se halló ante una puerta y, abriéndola con rapidez, la atravesó.

Estaba en una cámara redonda, muy grande, en lo que parecía el anfiteatro de un aula de cirugía. En el centro había una especie de foso, como de una sala de conciertos preparada para un espectáculo de música pop. Estaba rodeado por hileras de bancos, circulares y en pendiente ascendente. Y, por alguna razón, parecía recordarle algo, a pesar de no serle familiar. Distribuidas por el foso se veían tarimas de madera cubiertas de tela, como las que los domadores de leones emplean para hacer sus números, pero no estaban ocupadas. Había ido justo de tiempo, pero la subasta todavía no había comenzado. Unas pocas docenas de personas estaban paseando por el foso; otras estaban sentadas en los bancos de encima. Unos camareros de smoking y camareras con cortas faldas de cóctel pasaban entre ellas llevando bandejas con vasos de vino y naranjada, y nadie se había fijado en él cuando había entrado. Tomó un vaso al azar y descubrió el falso recuerdo que había estado tratando de entrar en su mente: aquel lugar era exactamente tal como se había imaginado que debía haber sido el teatro Globe de Shakespeare. Una mujer de vestido largo y corsé se le acercó.

- ¿Una carta, signore? - Tomó el programa y le dio las gracias; luego, cuando le pareció que esperaba algo más, también le dio una propina de cien liras. Le estaba mirando de un modo raro, así que él se apartó como si necesitase urgentemente un lugar en el que dejar el vaso.

La mitad de la gente que había en el local parecían hombres y mujeres de negocios occidentales. Los otros vestían albornoces, algunos deshikis, y Hake captó frases en viejos y familiares idiomas. No hizo ninguna pausa para escuchar. Se sentía fuera de lugar y estaba ansioso por evitar llamar la atención. Unas gafas de sol cubrían sus ojos aún amoratados, pero las señales en la cara eran visibles y se daba cuenta de que llevaba con él un débil olor a cloaca. Además era más joven que la mayoría de los demás hombres y estaba vestido mucho menos lujosamente. Pero cuando observó con más detenimiento cambió de idea: no sería fácil destacar en aquel grupo, por lo dispares que eran unos de otros. No todos los jeques eran árabes y probablemente no todos eran jeques. Hake reconoció a beduinos y turcos, así como a los familiares pakistaníes y libaneses de su juventud. Algunos de ellos eran negros, de facciones más anchas y chatas... Quizá sudaneses, quizá nada de eso. O cualquier cosa que tuviera dinero. Ésa era la característica que los unificaba a todos. Ya llevasen un albornoz o una camisa deportiva de cuello abierto o, como la mujer que le espetó algo en francés cuando Hake tropezó con ella, un traje de seda. Algunos de ellos iban peor vestidos que Hake, pero había en ellos un aire que decía que, si iban así vestidos, era porque les daba la gana; y todos tenían el aspecto de ser personas que compraban lo que les gustaba.

Hake tendió la mano hacia otro vaso, asegurándose en esta ocasión de que era vino, y no zumo de naranja, lo que contenía, tras lo cual se retiró al borde del foso para estudiar la carta. No era exactamente un programa, sino más bien un catálogo. Una cubierta de suave papel mate cubría una lista de cuatro páginas, perfectamente fotocopiada, que reseñaba los quince endeudados criminales del crédito que iban a ser vendidos en aquella velada. Había tomado un ejemplar en italiano del catálogo, lo cual quizá explicase por qué la que se lo había dado le había mirado de aquel modo. El nombre de Leota no estaba en la lista. Bueno, naturalmente no debía estar. Buscó cuidadosamente y decidió que Joanna Sailtops, signorina di 26 anni, degli Stati Uniti, L 2.265.000, tenía que ser ella. Y si la cifra de más de dos millones representaba su precio de venta, estaría perfectamente dentro de los límites de las tarjetas de crédito que había falsificado.

No había nada en la lista que le pareciese de ayuda; en el interior de la portada había un escrito repetido en ocho idiomas, como el francés, el alemán y el japonés, pero también el inglés y el árabe. En todos decía lo mismo y era una descripción de las condiciones de la venta. Todas aquellas personas se habían reconocido culpables de fraude en el crédito y habían aceptado prestar un servicio en pago de su deuda, en lugar de cumplir una condena de cárcel. Las cantidades recibidas en la venta serían empleadas para pagar las pérdidas causadas y los gastos judiciales; se deducía un porcentaje para cubrir los gastos de la subasta. Cada persona estaba totalmente garantizada contra cualquier daño permanente. Cada una de ellas había sido sometida a un completo examen médico aquella misma tarde y sus fichas serían guardadas; un examen similar sería efectuado al final del período de servicio. Y si la persona había sufrido algún daño permanente tenía derecho a poner una demanda por perjuicios, así como a iniciar una querrela criminal contra el comprador. No era una esclavitud total, aceptó Hake, pero, no obstante, se le parecía mucho... ¡Demasiado!

Alzó la vista; estaba pasando algo. Los posibles clientes que se habían sentado estaban dejando los bancos y descendiendo al foso, y al cabo de un momento vio el motivo. Unos empleados con el mismo smoking que los camareros estaban haciendo entrar una procesión de personas que vestían delgadas capas y los minimi. Los sujetos para subastar. Y la quinta en entrar fue Leota.

La vestimenta que le había parecido un tanto extremada pero altamente atractiva en la gruta, aquí le parecía tremendamente escasa. Aunque estuviese cubierta por la apretada pero casi transparente capa. Y no le gustó el modo en que la miraban los otros clientes... No todos la estaban estudiando a ella, seguro, pero incluso el hecho de que los otros catorce artículos de mercancía estuvieran llamando la atención, algunos mucho más que Leota, le parecía realmente repugnante. Se abrió camino entre una de las camareras con su traje de cóctel y un pequeño y oscuro hombre con kepi y traje con pantalón corto para llegar hasta ella. Sus ojos se desorbitaron.

- ¡Hake! ¡Lárgate de aquí inmediatamente!

El negó con la cabeza.

- Voy a liberarte. Pagaré tu factura...

- ¡Que te den por culo! - siseó ella, echando una mirada en derredor. En la plataforma más cercana a la de ella, uno de los empleados estaba mostrando los músculos de un quinceañero campesino con el torso cubierto de tatuajes. Sólo les estaba mirando el árabe de pantalón corto. El hecho de que Leota tuviera allí a un amigo la hacía más interesante, descubrió airado Hake. Ella se le acercó y le susurró:

- Tú no te puedes permitir esto. Y a mí no me va a suceder nada. Si quieres hacer algo para ayudar, recuerda todo lo que hablamos en el barco.

- Lo recuerdo. Pero voy a comprar tu libertad, Leota. Tengo... los medios.

- ¡Idiota! ¡Usa una tarjeta de crédito falsificada y te encontrarás también tú aquí arriba! ¿Cómo puedes ser tan estúpido, Horny? Si saliera de aquí contigo, ¿cuánto tiempo crees que tardarían en ir tras de mí tus amigos?

Mientras él trataba de pensar una respuesta, ella añadió:

- Sólo van a ser unos treinta días o así. Pujan por contratos por día y yo debería lograr un precio de seiscientas mil o setecientas mil liras diarias. - Miró al saudí, que se estaba acercando, estudiando la forma de su cuerpo bajo la capa -. ¡Y ahora esfúmate...! Te... agradezco que lo hayas intentado, Horny, pero no necesito tu ayuda. Estaré mucho más segura si algún fabricante de pasta me lleva a su casa por un tiempo, hasta que las cosas se hayan calmado.

- Perdóneme - dijo el saudí educadamente, pasando junto a Hake para estudiar el rostro de Leota.

Hake se sintió temblar. La idea de que vendieran a Leota a... a lo que en realidad era una forma de prostitución... como si fuera una quinceañera campesina a la que un chulo obliga a hacer la calle cuando la encuentra perdida en la gran ciudad... aquello le puso todos los nervios de punta, excitándolo de un modo que jamás hubiera imaginado. Se daba cuenta de un extraño cosquilleo en el bajo vientre. No era algo figurativo, sino muy real, como si sus testículos estuvieran respondiendo a una amenaza a su masculinidad tratando de hundirse hasta desaparecer. Y, al mismo tiempo, era consciente de un fuerte deseo de darle un buen puñetazo al árabe.

Y todo aquello le resultaba a Hake tan asombroso como poco placentero, porque jamás había pensado en sí mismo como un defensor de las damas. Eres un maldito anacronismo, le estaba diciendo una parte de su cerebro, tendrías que estar en la vieja corte de Aquitania. Y otra parte de su mente... o quizá un trozo de Horny Hake que no vivía ni siquiera cerca de su mente, tensó los músculos que movían los tendones que movieron los miembros que le dieron un manotazo al saudí, agarraron a Leota de la mano y la arrastraron a través de la gente que se apartaba a su paso, hacia la salida... La salida en la que uno de los empleados estaba cogiendo un teléfono, mientras otros tres se le acercaban amenazadores. Dos se cogieron de los brazos de Hake, mientras el tercero enarbolaba un puño siseando furiosamente algo en italiano. Desde detrás, algo golpeó el hombro de Hake: giró la cabeza y vio que era el saudí, con sus delgados labios crispados en una mueca bajo la aguileña nariz y el bastón de empuñadura de marfil alzado para golpearle de nuevo. Uno de los empleados se colocó diplomáticamente entre ellos. El

árabe se echó hacia atrás, suspendiendo el ataque ante la posibilidad de verse tocado, al tiempo que declaraba en un inglés con acento de Oxford muy marcado:

- Este... ser vulgar... ha cometido la grave imprudencia... de atacarme.

- ¡No he hecho tal cosa! - El empleado le retorció el brazo, pero Hake prosiguió a gritos: - ¡Miente! ¡Lo más que he hecho ha sido darle un empujón!

- ¡Sugiero - gritó con tono agudo el árabe - que permitamos que las autoridades se ocupen... de este gángster!

Y sólo entonces se dio cuenta Hake de que un par de carabinieri habían aparecido detrás de los empleados. Uno de ellos, al que Hake creía recordar haber visto antes, estaba hablando en italiano, con tono apenado y grandilocuente, mientras los empleados asentían con sus cabezas.

- Dice - le tradujo el otro policía - que ya le ha confesado usted antes ser un pervertido sexual... ¿O lo va a negar ahora? ¡Qué vergüenza!... ¡un voyeur! ¡Y se ha atrevido a colarse aquí!

El cada vez más disminuido yo racional de Hake aún tenía el bastante dominio sobre él como para obligarle a decir, con aire bastante razonable:

- Parece ser que hay un pequeño error - pero, al mismo tiempo, su yo irracional estaba hinchándose contra el cada vez más débil control. Pensativamente, el árabe alzó de nuevo su bastón. De un modo analítico, Hake debería haberse dado cuenta de que no era muy probable que pensase en golpearle. ¿Por qué iba a hacerlo? El derecho estaba a su favor, así como la majestuosidad de la ley. Pero el Hake analítico no tuvo nada que ver en aquello. El Hake glandular, el Hake quijotesco y el Hake aquitano sobrepasaban en número y dominaron al analítico. Se liberó de los brazos del policía. Alarmado, el saudí le golpeó con el bastón mientras su otra mano iba instintivamente a la empuñadura de la daga ceremonial que llevaba al cinto.

Y, eso quedaba fuera de toda cuestión, el árabe jamás la hubiera usado para matar. Y cuando Hake, instintivamente, trató a su vez de agarrar la daga y se la encontró en su asombrada mano, tampoco él la hubiera usado para matar. Pero el Hake reflexivo no sabía lo primero. Ni el árabe, policías y empleados lo segundo: y de repente allí estaba: la imagen perfecta del loco pervertido, acosado y con una hoja desnuda en la mano.

- ¡Oh, Horny! - gimió la voz de Leota -. ¡Tendrías que haberme escuchado!

Y todos cayeron sobre él a la vez y lo derribaron a golpes.

V

- Cuando yo era un chico con muchos huevos como tú - dijo Yosper, haciendo girar el whisky en su vaso mientras esperaban el avión de Hake -, era tan jodidamente estúpido como tú. No, no tan estúpido, pero sí bastante. Podría haberme metido en un buen lío por cualquier pelandusca que se me abriera de patas, lo mismo que tú. Sólo que no lo hice, no señor, porque ya entonces era un chico listo. Pero podría haberme sucedido, ya lo creo.

Y era como si estuvieran representando de nuevo la misma escena. Los escenarios eran un poco diferentes: ahora estaban en el vestíbulo del aeropuerto de Roma en lugar de un restaurante en Vomero, o un club nocturno de Capri, o una pensión de Munich. Pero los actores eran los mismos y estaban interpretando los mismos papeles. Sólo que el único actor secundario, que era Hake, estaba maquillado de un modo distinto: tenía una venda de compresión sobre la oreja izquierda, para proteger los puntos aún tiernos que la sostenían. El resto... los ojos amoratados, la mandíbula hinchada, el modo rígido e inseguro en que se movía... eran el equivalente a una de esas anotaciones en los libretos «algún tiempo más tarde». Pero la obra era toda ella un reestreno, el monólogo de Yosper apoyado por el coro: el valiente Mario, el dulce Dieter, incluso el risueño Carlos, que acababa de llegar volando de Dios sabe dónde para unirse a Yosper y hacer Dios sabe qué.

- ...naturalmente, hay algunos casos en los que yo no metería esa cosa... ni aunque la tuviera prestada. Al menos ahora ya no. Ni siquiera lo hice cuando era tan joven como tú, Hake, y casi igual de estúpido. ¿Te la tirabas?

Hake le lanzó una mirada asesina por entre sus semicerrados párpados. El viejo agitó una mano.

- Supongo que sí, y eso hace que tengas los huevos fuera de su sitio y en el lugar en que deberías tener el cerebro. Es un asunto feo; muy feo, Hake. Pero les ha pasado a hombres mucho mejores que tú, y no te lo voy a tener en cuenta. Así que parece que has salido bien librado, sin contar algunos dolores y moretones, naturalmente. Los polizontes dejaron correr las denuncias, lo cual no está mal. Supongo que pensaron que ya se habían divertido bastante con la paliza que te pegaron camino de la questura. Así que no hay nada en los archivos, y no lo habrá a menos que le hayas arreado al jeque mucho más fuerte de lo que creo que hiciste. Pero lo dudo, porque se ha marchado. Así que no hay denuncia... no hay problema. Los muchachos y yo no diremos nada. ¡Y, chico, eres un tipo de cuidado para una pelea en una taberna! ¡Siete contra uno y te metes de cabeza en ello! Nunca lo hubiera imaginado de ti.

- Para un momento - logró decir inteligiblemente Hake.

Yosper había sido interrumpido, muy desconcertado, en pleno vuelo de su verborrea.

- ¿Cómo?

- Digo que pares un momento, por favor - dijo esto último por quedar bien -. Quiero saber lo que le pasó a Leota.

- Bueno, pues ya no está aquí, Hake. El jeque árabe se largó a su tienda del desierto, en el Sahel o donde sea que la tenga, y naturalmente se la llevó con él para que le dé lo que desee. ¿Sabes? - dijo con aire de científico -, por lo que he oído, esos jeques quieren cosas muy extrañas en cuestión de sexo. Es una pena que no puedas preguntárselo algún día a ella... Sería interesante y, ¿sabes?, quizás aprendieses algo.

- ¡Yosper, maldito seas...!

Alrededor de la mesa los tres jóvenes alteraron mínimamente sus posturas, sin mostrar ni ira ni amenaza, simplemente colocándose en posición de «preparado». Yosper alzó la mano:

- Hake no va a intentar nada. ¿No es así, Hake? No, y no deberías maldecir; a Dios, del que eres ministro, no le va a gustar. Pero Él tiene tanto sentido común como yo, y sabe que estás muy cabreado.

Hizo una pausa, mirando a Hake con unos agudos ojos azules en los que, para su sorpresa, Hake halló algo que sólo podía identificar como compasión.

- Has de superar eso, muchacho - le dijo -. Nunca volverás a verla. Y ahora - añadió, mirando su reloj -, ya casi es la hora. Acabar los tragos y meteremos al señor Hake en el gran pájaro blanco.

Mientras esperaban que realizasen el displicente control de pasaportes, la ira de Hake se iba enfriando. Le dolía todo el cuerpo; eran dos buenas palizas en dos días, pero el dolor interior que le había llevado a la furia estaba comenzando a desaparecer. O estaba cambiando: de la ira a la determinación, de un ciego deseo de golpear a una decisión calculada de planear.

En la puerta de embarque, los tres jóvenes se adelantaron solemnemente para estrechar la mano de Hake. Yosper tuvo la última palabra:

- Eres un buen hombre, Hake. Un poco testarudo, pero eso también es bueno. Voy a escribir una recomendación para ti. Y si alguna vez tengo un trabajo importante en el que puedas colaborar, voy a solicitarte personalmente.

Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, Hake no podía recordar si le había dicho «gracias» o no. No era importante. Lo importante era que Leota tenía razón: lo estaban preparando para trabajos más complicados, y estaba ganándose la confianza de

la Agencia. Mientras el reactor se lanzaba sobre el mar Tirreno y las playas de Ostia quedaban por detrás y abajo, la resolución interior que había en el corazón de Hake se estaba clarificando fríamente. Era bueno que confiaran en él; contar con su confianza significaba tener la posibilidad de traicionar.

FIN

CUAL PLAGA DE LANGOSTA

I

Horny Hake dejó su nuevo triciclo Tata en el aparcamiento, se metió las llaves en el bolsillo e hizo un gesto con la cabeza a los feligreses. Ellos le devolvieron el saludo con diversos grados de sorpresa y asombro. Hake lo entendía: en estos tiempos debía de ser difícil para ellos saber a qué atenerse con su ministro unitario. ¡Estaban pasando tantas cosas!

La Primera Iglesia Unitaria de Long Branch tenía ahora una nueva alfombra, verde y dorada, a lo largo del salón principal, con un dibujo y una textura que se tragaba el vino vertido y ocultaba las quemaduras de los cigarrillos; y su techo ya no tenía goteras. En la casa parroquial, Hake tenía un nuevo terminal de ordenador propio; y el camino que había frente a su porche corría sin impedimento alguno, desde donde llegaba la vista por un lado hasta donde llegaba la vista por el otro, a lo largo de la playa.

Trabajar como espía tenía sus ventajas; pero también tenía sus inconvenientes, y Hake sabía que algunos de éstos los llevaba escritos en la cara.

La parte que no se veía era la peor, pero las marcas de golpes, que sí se veían, provocaban cuchicheos. El mago favorito de Hake, Art el Increíble, dejó de hacer malabarismos con tazas de café en la entrada, para mirar con el ceño fruncido al ministro. Haversford, el de Animalitos y Flores Internacionales, interrumpió su charla de circunstancias con Elinor Fratkin, la pianista de la iglesia, para acercarse a él.

- Tuve un accidente - se apresuró a decir.

- Claro que sí, reverendo Hake - le dijo alegremente Haversford -. ¡Vaya, vaya, debió de ser un feo accidente! Pero no es de esto de lo que quería hablarle. Me temo que no voy a poder quedarme para el servicio, pero quería decirle que la AFI estará muy contenta de facilitarle un abogado.

- ¿Y para qué necesito yo un abogado?

La expresión de Haversford se desdibujó.

- ¡Oh! Nunca se sabe. Si me he anticipado, excúseme, pero, cuando lo necesite, sólo tiene que llamar a mi secretaria y ella le concertará una cita - miró su reloj -. Un día excelente - observó, hizo un gesto con la cabeza y una señal con la mano a su chófer.

Hake se volvió y se encontró cara a cara con Art el Increíble, que le observaba atentamente.

- Tuve un accidente - dijo Hake -. Quizá debiera escribir lo que sucedió, pasarlo por la multcopista y repartirlo.

- Horny - le dijo Art -, ¿no crees que ya eres un poco mayor para convertirte en un buscapleitos? ¿Qué sucedió, alguien te pegó para robarte?

- Algo así. Escucha - le dijo Hake -, ¿por qué no nos vemos uno de estos días? Necesito a alguien que me enseñe a usar mi ordenador.

- Cuando quieras. Ya te llamaré. - Hake asintió y se apresuró a entrar en la iglesia. Se detuvo en su lavabo privado para peinarse y no le gustó lo que vio. No sólo era el ojo negro y los moretones, que aún se veían a pesar de la ayuda de su secretaria con el

maquillaje y gafas oscuras. Era algo mucho peor: era el rostro de un ser humano corrompido y manipulador. Para lo que le pagaban era para diseminar la enfermedad y la miseria. Y no lo hacía mejor el que lo estuviera haciendo al servicio de su patria. No, eso lo hacía peor. Su patria era una parte de sí mismo. Por eso, cuando llegó al púlpito, Hake dejó a un lado el sermón que llevaba preparado y habló desde lo más profundo de su corazón. Y dijo a su asombrada congregación:

- Si uno mete a dos lobos en una jaula no muy grande, luchan ferozmente para lograr el dominio. Los gruñidos, graves y letales. El caminar muy tiesos. El torbellino de resoplidos y fauces que lanzan bocados; y en un momento uno de los dos está por tierra, con la cabeza echada atrás, la garganta y la yugular expuestas para el golpe mortal. Pero no hay muerte. El más débil se ha rendido. El más fuerte ha vencido. La pelea ha terminado.

Había captado su atención, pero parecía haber una corriente subterránea de hostilidad. En la parte de atrás, en el rincón para fumadores de la iglesia, Ted Brant y los Sturgis estaban pasándose un porro arriba y abajo, pero eso no les hacía estar más tranquilos. Sus expresiones tenían aspecto de ser distantes y resentidas y no parecía que Alys estuviera con ellos.

- Si, por otra parte - prosiguió -, encerramos a dos animalitos pacíficos en la misma jaula: una pareja de conejos, o dos apacibles palomas, también hay lucha. Y no es sólo por el dominio, sigue hasta la muerte. Ellos no tienen los armamentos especializados de los predadores para luchar, sino sólo las ineficaces patadas, los bocados, los picotazos y arañazos de las presas. Lleva mucho tiempo el que uno de los dos muera. A menudo, el otro también muere. Y no hay rendición. No saben cómo se hace eso.

Entonces descubrió a Alys Brant, extrañamente sola, sentada en otra parte de la sala. Al menos su rostro mostraba respeto. Quizá incluso interés, pero no creía que fueran sus palabras lo que la hubieran conmovido, sino más bien los recuerdos de la paliza que le habían dado en Italia: las señales aún visibles en la mandíbula, la débil coloración verdosa que quedaba en torno a sus ojos.

- Somos gente pacífica - dijo -: palomas, seres amables. Pero, cuando miramos al mundo en que vivimos, ¿qué es lo que vemos? No vemos guerras y eso es algo que nos regocija. Todos nos sentimos complacidos con el hecho de que ninguna nación esté enviando sus tropas o bombarderos o cohetes nucleares contra otra. Pero, ¿podemos decir que vemos paz? Si lo hacemos, ¿qué es lo que queremos significar con esa palabra? Los titulares de los periódicos no hablan con el lenguaje de la paz. El dólar recibe una paliza del yen. El embargo comercial de los Estados Unidos destroza la economía del Brasil. Si una epidemia cae sobre la Europa Occidental, lo consideramos como si fuera una victoria para nosotros.

Jessie Tunman estaba sentada justo debajo de él, con una expresión irritada y escéptica en sus ojos. Hake dudó; se estaba metiendo en cosas de las que aún no sentía deseos de hablar.

- Odio la guerra - terminó -. Cuando era niño viví una, y fue a la vez aterradora y bestial. Pero hay una cosa buena en la guerra: más pronto o más tarde tiene un final. Pero esta especie de no - guerra no parece tener final. Simplemente, nos estamos picoteando, arañando y dando patadas los unos a los otros, sin que le veamos a esto un término.

Hizo un gesto a la pianista, bajó del púlpito y, llevado por un impulso, siguió caminando hasta salir al cálido día de otoño. Su primera intención había sido tomar una bocanada de aire fresco, pero sus pies le llevaron hacia su Tata. Alzó el domo transparente, se metió dentro, lo bajó y salió del aparcamiento. No quería hablar con su congregación durante el café que se servía tras el acto religioso.

Habría quejas por ello. Lo que era aún peor, habría gente que no se quejaría en voz alta, pero que añadiría esto a la larga lista de cosas que no les agradaba de su ministro. ¡Que se fueran al infierno!, pensó Hake. Necesitaba tiempo para sí mismo.

Era estupendo tener un coche propio. Aunque fuera un pequeño Tata de tres ruedas, a hidrógeno y con capota de burbuja.

Pero no era estupendo que le doliera a uno todo el cuerpo porque le habían dado una paliza en Nápoles, cuando estaba haciendo de espía. O de saboteador. O de lo que fuera que fuese, quizá un gran canalla sin más.

Ahora estaba en medio del campo, dirigiéndose hacia Freehold. No tenía ninguna razón especial para ir a Freehold, así que dio la vuelta. El cálido día estaba nublándose y tendría suerte si llegaba a casa antes de que se pusiese a llover. Pero, aun así, era mejor que oír a Mary Vass quejarse de nuevo por lo de las cortinas. O a Elinor Fratkin, que una vez más estaría furiosa porque no había presentado adecuadamente el interludio musical. No quería oír a ninguno de los miembros de su rebaño. No quería oír hablar de nada. Su tarea era cuidar de sus almas turbadas, pero no tenía a nadie que cuidase de la suya. En ninguno de los problemas que lo turbaban.

Y si hubiera tenido a alguien que le escuchase, ¿cómo se podría haber fiado de él? Reclutado como espía, formaba parte de una conspiración truculenta, en la que jamás quiso verse metido y de la que no veía un buen modo de escapar. Sabía cómo pinchar un teléfono, entrar en una habitación forzando la puerta, envenenar un río y partir una columna vertebral. Pero no sabía a quién dirigirse en busca de ayuda.

La única persona que en algún momento le había explicado el sentido oculto de las cosas era aquella chica, Leota, y, ¿dónde estaba? ¡En el harén de algún jeque del petróleo! Y ella era el único contacto que tenía con el único grupo que en todo el mundo parecía estar a su lado. Fuera cual fuese ese lado. Al menos de Leota estaba seguro: ella estaba a su lado, y la razón por la que estaba seguro de esto era porque, cada vez que pensaba en ella esclavizada por aquel jeque (¿cuál era su nombre?... ¿Hassabou?), cada vez sentía un cosquilleo desagradable en su bajo vientre.

Miró en derredor y descubrió que estaba pasando frente al Centro Médico Monmouth, lo que le recordó que dentro había una cafetería, lo que a su vez le recordó que tenía hambre. También le recordó que dos de sus feligresas eran pacientes del Centro, una en Geriatria y la otra en Maternidad, y que si quedaba en él algo de ministro, tenía que detenerse para verlas.

Bueno, pensó, aún quedaba en él algo de ministro... poco, pero algo. Pospuso su comida y tomó el ascensor hasta la planta de Maternidad. Rachel Neidlinger estaba disponiéndose a dar de mamar al recién nacido, Rocco, y no necesitaba ser reconfortada; pero, dos pisos más abajo, la anciana Gertrude Mengel se sintió dichosa al tener compañía. Hake le dio los adecuados veinte minutos para hablar de sus síntomas y sus esperanzas, pocas de ellas realistas, y cuando se levantaba para marcharse, ella le dijo:

- ¡Reverendo! ¡He recibido una postal de Sylvia!

- ¡Eso es maravilloso, Gertrude! ¿Dónde está?

Las escasas pestañas de la anciana parpadearon para anunciar la proximidad de las lágrimas.

- Creo que vuelve a estar con esos vagos.

Internamente, Hake gimió. A sus setenta y cinco años, Gertrude aún estaba tratando de ser la madre de su hermana de cincuenta y cinco, como lo había intentado desde el momento en que murieron sus padres; y eso era como tratar de empollar un huevo de porcelana, con el inconveniente de que Sylvia ni siquiera se quedaba en el nido para que la empollasen.

- Estoy seguro de que se encontrará perfectamente. ¿No estará tomando otra vez alguna cosa...?

- ¿Y quién puede saberlo? - dijo amargamente Gertrude -. ¡Mire dónde está! ¿Qué clase de sitio es Al Halwani?

Hake estudió la tarjeta, en la que se veía una mezquita con un domo dorado empequeñecido por una torre de televisión de un centenar de metros de alto. Sylvia había

hecho su propia Hégira, o las estaciones del Via Crucis, durante toda su vida, siguiendo su pasión por la contracultura desde el East Village hasta Amsterdam, pasando por Corfú y Nepal. Había empezado tarde y nunca había llegado a ponerse al día. Nunca lo lograría.

- No es un mal lugar, Gertrude - pudo tranquilizarla Hake.

- ¿En un país árabe? ¿Para una chica judía?

- Ya no es una chica, Gertrude. Y, además, hay un montón de gente allí que no son árabes. Durante muchos años fue prácticamente una ciudad fantasma, después de que se acabó el petróleo. Luego fueron allí todo tipo de personas.

Gertrude asintió con un gesto de la cabeza.

- Sí. Ya sé de qué tipo de personas se trata. Vagos - afirmó.

No valía la pena discutir, a pesar de que durante todo el tiempo que le llevó comerse el bocadillo de bacón con lechuga y tomate, en el bar de la planta baja, Hake no dejó de pensar en cosas que podría haberle dicho para tranquilizarla. Pero no lo había hecho, porque no valía la pena: ella no quería oírlas. El resultado de ser un ministro preocupado por su feligresía y de darle a ésta lo mejor de uno en forma de consejos, era que el cincuenta por ciento de las veces no deseaban tales consejos.

No obstante, había hecho el intento y, con esa mitad de su conciencia apaciguada, se enfrentó con la otra mitad; la mitad que estaba preocupada por Leota, el jeque y la Agencia. Ahora que tenía una máquina que estaba pensada para dar respuestas, ¿por qué no empezaba a hacerle preguntas?

Pero necesitaba ayuda. Halló un teléfono en el vestíbulo del hospital y marcó el número de Alys Brant. Uno de sus esposos contestó al primer timbrado.

- Hola, ¿Ted? Soy Horny Hake. Querría saber si Alys podría ayudarme esta tarde a hacer funcionar mi nuevo ordenador... ¿Hola?

Ted le había colgado.

Hake maldijo, irritado y sorprendido. Bueno, pues que se fuera al infierno. Llamó a Art el Increíble y le respondió su contestador automático. Invitó al mago a que se dejase caer al atardecer para jugar con el aparato y se fue al aparcamiento. Allí estaba su Tata, con su burbuja de cristal y su brillante pintura amarilla, soleado en un día nuboso... ¡Oh, todo tenía sus compensaciones!

Pero, mientras se deslizaba bajo la burbuja, vio una nota pegada al volante:

Nuestro trato sigue en pie. Salga inmediatamente de este coche.

No estaba firmada, pero no era necesario: había sido escrita por uno de los hermanos Reddi, los terroristas hindúes de los que aún llevaba en el cuerpo señales de golpes. Permaneció sentado por un momento, paralizado, y al fin le entró en la cabeza que «inmediatamente» quizá quisiera decir «¡inmediatamente!». Salió de debajo de la burbuja y dio unos pasos hacia atrás, mirando en derredor en busca de alguien con quien hablar de aquel problema inesperado.

Se oyó un débil ruido siseante que venía del coche, algo así como el sonido de una joven serpiente de cascabel.

Hake sí que había aprendido algunas cosas bajo el alambre: se dejó caer de plano sobre el suelo de asfalto húmedo. Hubo un estallido de fuego blanco y un chasquido como de un látigo gigante. La astillada burbuja de cristal saltó por los aires; el chasis amarillo del Tata se hendió hacia afuera y comenzó a arder.

No fue una explosión muy grande. El hidrógeno combustible se hallaba principalmente en suspensión metálica sólida, y más que estallar lo que hizo fue arder. Pero fue suficiente para destruir el coche, y desde luego hubiera bastado para destruir también a Hake, si se hubiera hallado en el interior.

Cuando hubo terminado con la policía y con los bomberos, y cuando el de los desguaces hubo venido para llevarse a remolque lo que quedaba de su triciclo, uno de los policías le llevó a casa en su vehículo. No lo necesitaba, pues no estaba herido, pero le satisfizo la oferta y hubiera sido una buena cosa de no ser por la conversación del

polizante, que fue, sobre todo, acerca de lo poco seguros que eran los coches de hidrógeno, en comparación con los buenos quemadores de gasolina de antaño.

- ¿Se han producido muchos, esto, accidentes como el mío?

- No, pero resulta lógico que los haya.

Ante su puerta, Hake le dio las gracias al policía, entró y se dirigió a su dormitorio. Para su sorpresa, encontró allí a Jessie Tunman: sentada en su pequeño despacho personal, que no era el despacho grande que usaba para recibir a los feligreses, frente al terminal del ordenador y poniéndole mala cara al teclado.

- ¡Cuidado con eso! - espetó él.

Ella le miró parpadeante, sorprendida pero muy dueña de sí misma.

- ¿Qué es lo que pasa?

- Mi coche estalló - explicó él -. Ha quedado deshecho.

- Bueno, mandé el cheque para el seguro, así que supongo que tendrán que pagar. ¿Sabe?, esas cosas no son seguras.

- Le doy las gracias, Jessie - dijo él -. Pero hay una cosa que debo decirle: preferiría que no tocara mi ordenador.

Ella empujó la palanca que lo apagaba.

- Desde luego, ha habido muchos cambios por aquí, Horny. El coche que estalla. A usted que le dan una paliza. Todas estas cosas nuevas...

- Y va a haber un cambio más: por favor, no venga a mis habitaciones personales mientras yo no esté en la casa.

Ella se puso en pie, estirando sus delgadas piernas. Era más alta que él, pero parecía tener que alzar la vista para mirarle.

- Realmente, ése es otro de los cambios - dijo ella -. Hace seis meses no me hubiera hablado así.

Comenzó a salir, luego hizo una pausa junto a la puerta.

- Alguien le andaba buscando - le informó -. Un tipo joven, no quiso decirme a qué venía. Volverá más tarde.

- ¿Sabe usted quién era?

- Si supiese quién era - replicó ella -, se lo hubiera dicho, ¿no?

Hake se negó a dejarse atrapar, contestándole tan sólo:

- ¿Me hará el favor de cerrar la puerta?

No tenía ganas de jugar a los juegos de palabras de Jessie. Tenía ganas de jugar con su ordenador. Se quitó la chaqueta y se sentó frente a él, tratando de enterarse de las instrucciones. Bajo el alambre había pasado algún tiempo ante terminales de ordenador, pero era un tipo de terminal diferente y mayormente le habían enseñado a estropearlos, no a utilizarlos para obtener información. No sabía por dónde empezar. Y estaba bastante nervioso: el nada deseado recordatorio de su «trato» con los Reddi, el sabotaje de su coche... y Leota. Ella era la persona con quien necesitaba hablar; lo que es más, ella era la persona con quien ansiaba hablar. Y algo más que hablar.

Hake abandonó el terminal, se desnudó hasta quedar únicamente con su ropa interior, se puso el chándal y se fue a correr por la playa. Como atleta relativamente nuevo que era, le gustaba utilizar sus músculos; y para cuando regresó se sentía mucho más en paz.

Jessie Tunman se había marchado, pero Art el Increíble le estaba esperando en su oficina. Movi6 la cabeza mientras le hablaba:

- ¿En qué infiernos andas metido, Hake? No sólo te dan una paliza, sino que además he oído que te ha estallado el coche.

- Vamos, Art, ¿dónde has oído eso?

- He charlado con mi amigo de la estación de radio. Han hablado de ti en las noticias, Horny. ¿Qué sucedió?

Hake se alzó de hombros.

- Supongo que esos trastos no son seguros.

- ¡Y un infierno no lo son! Hay menos hidrógeno libre en sus depósitos, que gases en los depósitos de gasolina. Tienes que haber hecho algo mal.

- Eso debe de ser - aceptó Hake -. Ven a ver mi ordenador.

Esperaba que eso pararía las preguntas y así fue. Los ojos del mago centellearon cuando vio el aparato, y exclamó:

- ¡Ah! Esto sí que es un ordenador... ¿Sabes usarlo?

- No muy bien. - Art asintió con la cabeza y se sentó frente al teclado. Lo estudió, luego tomó el teléfono que había al lado, marcó el número que tenía impreso en la base, lo colocó sobre su módem y movió el conmutador principal de encendido. No sucedió nada.

Miró sorprendido a Hake.

- ¿Qué es lo que pasa aquí?

- Supongo que está preparado para obedecerme sólo a mí - le explicó Hake -. Espera un momento.

Apretó su pulgar contra la tecla de desbloqueo, tal como le habían enseñado bajo el alambre, e inmediatamente se pudo leer en el tubo catódico: Identidad confirmada. Dispuesto para funcionar.

Art le miró con nuevo respeto.

- Éste es un aparato de mucho cuidado, Horny.

- Lo sería si supiera usarlo. Por ejemplo, ¿cómo podría obtener información acerca de alguien?

- ¿Qué clase de alguien?

- Una chica. Su nombre es Leota Pauket. O Backshir. La última vez que la vi la estaban vendiendo en un mercado de esclavos en Roma.

- Estás llevando una vida muy interesante últimamente - musitó Art.

- Ajá. Pero, ¿cómo puedo averiguar dónde está? ¿O cómo encuentro cualquier otra cosa? En cuanto a ella, no es famosa, sino una chica normal que estudiaba en la Universidad de Minnesota.

- Bueno, podemos organizar una búsqueda. Si conseguimos su expediente escolar, tendremos su número de la Seguridad Social. Y si podemos lograr eso, podemos conseguir todo tipo de información... quizá sobre sus tarjetas de crédito y cosas así... ¿Quieres que lo intente?

- Sí, por favor. - Art asintió con la cabeza y tecleó instrucciones para una búsqueda en el Registro de Estudiantes Universitarios. Al cabo de un momento alzó la cara, sonriendo.

- Ya lo tengo. ¿Quieres saber sus notas? Era buena en psicología e inglés, pero no tanto en ciencias sociales.

- Lo que quiero saber es dónde está.

Art trabajó por un rato y luego se echó hacia atrás, frunciendo el ceño.

- No es mucho - dijo -. Desde luego, tengo su número de la Seguridad Social, pero no hay información sobre su estado de crédito. Naturalmente, si pudiera romper su código...

Hake negó con la cabeza. Bajo el alambre había aprendido cómo hacer cosas así, pero no estaba seguro de querer que Art se enterase de esa parte de su vida.

- Entonces, ¿estamos encallados?

- Bueno, aquí hay algo, en los archivos públicos. Se casó a los diecinueve; se divorció a los veintiuno. La dirección que dan como su residencia permanente me parece que debe de ser la casa de sus padres, en Duluth. Pero hay aquí una nota que dice que la correspondencia que le fue mandada allí fue devuelta.

- Prueba otra cosa - le dijo Hake -. Está también el jeque que la compró en Roma. Debería ser mucho más famoso que ella y su nombre es Hassabou, o algo así.

Art pareció intrigado pero no dijo nada, sino que volvió a encararse con la máquina. Hake fue al baño para cambiarse y miró con el ceño fruncido el retrete. Allí estaba la información que necesitaba, pero no quería pedirla: el retrete era su conexión con la Agencia, a través de un micrófono oculto. Seguro que ellos sabían dónde estaba Leota.

Pero ellos eran la gente a la que no podía preguntárselo, y ya estaba empezando a desanimarse. ¿Cómo podía uno encontrar a una persona como Leota? Por ejemplo, ¿qué nombre debía de estar usando? Una de las cosas que la convertía en tan buena como agente secreto era el que cada vez que la veía era una mujer diferente. Pensó que cada mañana, al despertarse, ella debía decidir quién quería ser: Mata Hari o Doris Day, Helena de Troya o Caperucita Roja. Era una persona que casi no necesitaba del entrenamiento que le habían dado en la resistencia, pues había nacido con todos los dones necesarios para aquello que hacía.

- ¡Horny! ¿Quieres mucha información de ésta?

Hake se subió los pantalones y se apresuró a volver al despachito. Art tenía un aspecto triunfal, mientras la máquina se atareaba en escribir línea tras línea de texto en la pantalla. Hake se sentó junto a él y trató de seguir el ritmo de la escritura, pero le resultó imposible.

- ¿Puedes hacer que vaya más despacio?

- Seguro. Espera, déjame que la haga volver atrás. - Tecleó unas órdenes en la máquina y la pantalla se apagó, empezando de nuevo la escritura -. Usa esta tecla de aquí. Se quedará congelada hasta que la toques de nuevo, y manténla apretada mientras quieras que siga escribiendo. ¿Entendido?

- Entendido. - Hake se sentó inclinado hacia la máquina, tratando de captarlo todo. Había más información de la que realmente podía utilizar. El nombre del jeque era Badawey Al-Nadim Abd Hassabou, y en todo directorio de los ricos y famosos se comentaba algo acerca de él. Se calculaba la riqueza del jeque en más de trescientos millones de dólares, sin incluir en eso las posesiones de su familia. La casa del jeque estaba en Roma, en el Uad Madani, en Beverly Hills, en Edimburgo, en un sitio llamado Abu Magnah o en su yate... dependiendo de la temporada y de los deseos del jeque. Y sus intereses parecían ser los habituales en la gente de su clase: el sexo, el surf y los coches deportivos. La familia del jeque, como la mayoría de las familias de los árabes petroleros, había dejado hacía mucho el Golfo Pérsico, ya no poseía las concesiones petroleras, que ahora no valían nada, sino que tenía su dinero en ranchos ganaderos en Argentina o en propiedades inmobiliarias en Chicago, aunque él no veía la necesidad de perder mucho tiempo en aquellos lugares, cuando los puntos calientes, en cuestiones de sexo, claro, de Europa y California eran tanto más divertidos. El jeque tenía cincuenta y un años, pero se mantenía asombrosamente saludable. Hoscamente, Hake aceptó lo que, al menos en parte, había de cierto en aquella información. Desde luego, el hombre que había conocido en la subasta estaba en muy buena forma.

La información llegaba de las columnas de chismes de los diarios, de informes financieros y de diversos directorios del tipo who's who. En ningún sitio se mencionaba una adquisición del jeque llamada Leota Pauket, claro está. Hake no había esperado que así fuera.

Se recostó en el asiento.

- Ya basta - dijo -. ¿Menciona dónde está ahora? Supongo que aún sigue en Roma.

Art le contestó inmediatamente.

- Veamos, eso nos lo puede decir la información sobre personajes célebres. Un momento.

Tecleó órdenes y la máquina escribió: En la actualidad se halla en Abu Magnah.

- ¿Abu Magnah? - Hake trató de localizar aquel lugar en su mente y no lo logró. Bajó de la estantería el viejo Atlas rojo y busco en él Abu Magnah. No estaba en los mapas. Le costó tres llamadas inquisitivas a otros tantos consulados árabes, una a la Sociedad Geográfica Nacional y otra al departamento de cartografía de la Biblioteca Pública el poder localizarlo. Armado con la longitud y la latitud, Hake marcó cuidadosamente una cruz en el mapa y se echó hacia atrás en el asiento para contemplarla. Justo en medio de

las Tierras Baldías. A cientos de kilómetros de toda otra aglomeración que no fuera un rebaño de ovejas. A Hassabou le gustaba mantener su intimidad.

Hake se puso en pie, pensativo.

- ¿Quieres una taza de té, Art?

El mago miró su reloj.

- Tengo que marcharme enseguida, pero, ¿por qué no? - dudó -. Horny... ¿no querrías decirme qué es todo esto?

- Bueno... se trata de una chica que conozco, Art. Y estoy algo preocupado por ella.

- Entiendo que lo estés.

- ¿Te refieres al hecho de que se encuentre en el harén de ese tipo? Bueno, pues claro - de repente, sonrió -. A veces pienso que, cuando estaba en la silla de ruedas, tenía que haberme casado con alguien como Jessie, aunque naturalmente más joven. Entonces quizá no tendría estos problemas. Pero, háblame de tu vida, Art. ¿Qué tal te van las cosas?

El mago le siguió a la cocina y aceptó una taza de té.

- Bueno, voy a tener tres apariciones en la tele la semana que viene; una de ellas sobre la balanza de pagos.

- ¿La balanza de pagos?

- ¿Es que no sigues las noticias? Todo el mundo que tiene algo de combustible ha estado subiendo los precios. El Presidente ha dicho que tendremos recortes en las raciones antes de Navidad.

- No, no he estado siguiéndolas - admitió Hake -, pero la verdad es que me parece un poco fuera de tu línea habitual.

- Mi línea habitual - afirmó el mago - es la totalidad de los asuntos humanos. Incluyendo los tuyos.

Dio un sorbo a su té.

- ¿Has mirado lo que te di?

- ¿Lo que me diste? ¡Oh! - exclamó Hake, recordando de repente las microfichas y cassettes de audio que llevaban dando vueltas por su bolsa desde hacía semanas -. No, Art, lo siento. No he tenido oportunidad para ello. ¿Necesitas que te las devuelva?

- No; son copias. - El mago se acabó el té -. Quizá tú te preocupes por tu amiga, Horny, pero yo estoy preocupado por ti.

Después de acompañarle hasta la puerta, Hake regresó a su despachito y se quedó mirando hoscamente el terminal del ordenador. Se estaba haciendo tarde. Jessie Tunman llegaría enseguida para tomar las notas de la reunión del Comité de Acción Social, y él aún no había comido.

Claro que aquello no era importante: no tenía apetito. Se encontraba en un callejón sin salida y no sabía qué hacer. Los gemelos hindúes, Subirama y Rama Reddi, no se contentarían con haber volado su coche; querrían obtener algo de él. No sabía qué, ni sabía cómo iba a poder evitar dárselo, visto que claramente tenían métodos eficientes, aunque destructivos, para imponer sus deseos. Y Leota estaba tan lejana como siempre. Si el jeque se había marchado de Italia, entonces, y de acuerdo con las condiciones de su contrato de compra, debía haberla dejado allí. Pero, ¿dónde? Quizá si dejaba que los Reddi se pusieran en contacto con él podrían decirle algo...

Se oyó una llamada en la puerta.

- Entre, Jessie - dijo en voz alta. Luego, como la puerta no se abría, fue él mismo a abrirla.

No era Jessie Tunman, era un joven barbudo, con el cráneo afeitado y un pendiente gay, que le miraba con aire educado.

- ¿Es usted el Reverendo H. Hornswell Hake? Tengo algo para usted.

Hake lo tomó, instintivamente. Era una citación.

El joven hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se dirigió hacia la salida, diciendo, por sobre el hombro:

- Gracias.

- A usted - le dijo Hake a la puerta que se cerraba. ¡Una citación! ¿Y qué era lo que le había dicho Haversford, acerca de que la AFI le conseguiría un abogado en cuanto lo necesitase? Pero, ¿a qué venía todo aquello? ¿De qué se trataba?

Había un modo fácil de enterarse. Hake desdobló el papel y lo leyó:

Citación hecha a petición de:

Sturgis, Sturgis y Brant

en contra de:

H. Hornswell Hake

Para un juicio por los perjuicios acaecidos a consecuencia de la alienación del afecto y pérdida de su consorte Alys Sturgis-Brant.

La coesposa y los maridos de Alys le llevaban ante el tribunal de relaciones domésticas.

En lo que Art había dicho había mucho de verdad, pensó Hake; desde luego, estaba llevando una vida muy interesante.

A las nueve en punto de la siguiente mañana, Hake hizo una llamada urgente a Animalitos y Flores Internacionales, y a las diez y cuarto ya estaba en sus oficinas administrativas de Eatontown. La secretaria había estado esperando su llamada.

Eso no garantizaba el que alguien estuviera esperándole para recibirle. Así que se quedó sentado y muy nervioso, ojeando ejemplares con dos años de antigüedad del American Rifleman y otros de hacía tres años del New Jersey Illustrated. Había estado demasiado preocupado aquella mañana como para correr su par de kilómetros matutinos, y la adrenalina no empleada le hacía estar con los nervios de punta. Tras veinte minutos, la recepcionista habló muy quedo por un micrófono mientras le miraba y, cinco minutos después, se alzó y le acompañó hasta la puerta.

- Haga el favor de ir al Edificio Nueve - le dijo.

- ¿Al invernadero? ¿Para qué va a querer un abogado reunirse conmigo en un invernadero?

- No se lo podría decir, señor - sonrió ella, excusándose, tras lo que cerró la puerta, dejándole fuera.

Bueno, no era un abogado. Era una mujer morena, con los bíceps de un luchador, que aparecían bajo las cortas mangas de su camiseta deportiva. Hake la había visto ya antes, ¿en la reunión del patronato de la AFI?

- Hola, señor Hake, soy Nina de lo Padua - le confirmó ella -. Aún faltan unos minutos. ¿Quiere echar un vistazo por aquí?

- En realidad ando buscando a mi abogado.

- Ahora se ocuparán de usted - afirmó ella.

Él protestó:

- Es que tengo un poco de prisa...

- Por favor, siéntase como en su casa. A la Animalitos y Flores Internacionales le caen muy bien sus patrocinadores, y los valora en lo que valen, de modo que nos encanta cuando emplean algo de su valioso tiempo en enterarse de lo que hacemos. - Le llevó a lo largo de un pasillo muy caluroso, entre hileras de plantas en crecimiento, sin dejar de hablar ni un momento.

No estaba diciéndole nada que él no supiese ya. La AFI era una tapadera; su verdadero negocio eran las armas biológicas. Ninguna de ellas era mortal, o al menos se suponía que no debían serlo. Todas eran molestas y causaban problemas: especies de mosquitos y de parásitos resistentes a los insecticidas; la enfermedad holandesa para atacar a los olivos italianos y españoles; plantas acuáticas perennes y muy resistentes para taponar el curso de los ríos... No, se corrigió Hake, esto era cosa del Otro Bando;

uno las podía ver en todos los cursos acuáticos de los Estados Unidos. Cucarachas gigantes, moscardones nocturnos... Todo lo que cabía imaginar.

De lo Padua le estaba explicando que el subproducto térmico de la cercana planta de energía Jersey Central estaba acelerando el crecimiento de sus tilapia cuando él tendió la mano para examinar una curiosa planta de tallos secos, cubiertos por pelillos diminutos y muy tiesos.

- ¡Hey, no toque eso! - gritó ella.

- ¿Qué es?

Parecía complacida:

- La planta pica - pica. Si uno la toca, parece fibra de vidrio. Pero jamás se puede quitar uno esos pelillos de las ropas, y la única forma en que salen de la piel humana es cuando ésta se cae.

¿Le gustaría encontrarse con esa planta en el jardín en su casa?

- No me gustaría.

- Y lo más bonito del asunto - prosiguió ella - es que es pariente del maíz común.

¿Sabe lo que eso significa? Que cuando uno logra meterla en un campo de maíz, no se la puede matar con herbicidas, a menos que esté dispuesto a matar también al maíz. Se metaboliza de la misma manera en que lo hace el maíz.

Hake la miró con curiosidad.

- ¿Se supone que tiene usted que contarme todas estas cosas secretas?

Ella replicó con aire virtuoso:

- ¿Cómo? ¡No sé de qué me está hablando! La razón por la que la tenemos aquí es para tratar de hallar medidas efectivas contra ella.

Pero el caso es que la había molestado.

- La persona que debe verle tiene que estar a punto de llegar, señor Hake - añadió -. Siéntese. Iré a buscarla.

Se acercó al banco, situado junto a un tanque galvanizado en el que algún tipo de alga estaba compitiendo con alguna clase de planta de las charcas. No era una visión agradable, pero el sonido del agua que corría era muy placentero; y, sin embargo, no deseaba tomar asiento. Había ensayado al menos cincuenta veces lo que quería decirle al abogado, pero siguió ensayándolo un poco más, mientras paseaba por el invernadero. ¡Pérdida de la consorte! ¡Alienación del afecto! Y que eso le sucediese a él, que era el más inocente de los espectadores... Bueno, en lo más profundo de su corazón no era tan inocente, eso había que admitirlo. Al menos, no siempre. Pero a uno no lo podían llevar a juicio por lo que podría haber hecho. ¿No era así? Se halló mirando un macetero con unas flores blancas de aspecto enfermizo, que tenían forma de campana y estaban apuntando a las luces de arriba; al menos eso hacían las que sobrevivían, porque la mayoría estaban agostadas y marchitas. Tomó la que tenía mejor aspecto para colocársela en el ojal de la solapa y miro su reloj. Las once y media.

Le habían estado haciendo perder el tiempo de un modo inexcusable...

- Hola, semental, parece que no puedes dejar de ir por ahí metiéndote en líos de faldas, ¿eh? Reconoció la voz aun antes de haber dado la vuelta, pero no era una voz que esperase escuchar.

- ¡Yosper! ¿Qué infiernos hace usted en New Jersey?

- ¿Qué qué hago? ¡Pues sacarte de los problemas en que te metes, jovencito! - le dijo el espía -. Te juro que, cuanto más me relaciono contigo, menos creo conocerte. ¿Quién es esa tía de ahora?

- Escuche, Yosper...

El hombrecillo alzó las manos.

- Sólo estaba bromeando, Horny. Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya... excepto que, como sabes, siempre puedes contar con la Agencia para sacarte de los líos en los que te hayas metido. Te hemos buscado un buen abogado. Hablarás con él

enseguida, pero como resulta que pasaba por aquí, quise saludarte. - Estudió detenidamente el aspecto de Horny -. Te recuperas bien, ¿eh? Bueno, supongo que ya tendrás ganas de volver a trabajar en una operación, ¿no es así? Y va a haber una realmente importante, muy pronto. La operación para la que te estábamos reservando, chico.

De lo que Hake realmente tenía ganas era de que le olvidasen, al menos por un largo tiempo. Pero no dijo nada de eso, sino:

- ¿Es algo grande?

- Voy a ir yo, personalmente - se limitó a decirle Yosper.

- ¿Y bien?

Hake esperó, pero el hombrecillo negó con la cabeza.

- No te puedo decir mucho más, pero... - le guiñó un ojo -...te gustará el lugar al que iremos. Incluso quizá vuelvas a ver a viejos amigos.

Iba a preguntar si se refería a Leota, pero Yosper se le adelantó:

- No hablo de aquella tía - le dijo apresuradamente -. Olvídala, Hake. Ahora es propiedad privada, y no queremos líos con la persona que es su dueño. No desearás la esclava de tu prójimo, mi buen amigo; es una vieja norma..

- Ése no es mi prójimo.

- ¡Anda con cuidado, Hake! Es un hombre importante. Y, de todos modos, ¿cómo crees que le hicimos retirar las denuncias que había puesto contra ti? Veo que aquí también tienes bastantes problemas, así que lo mejor será sacarte de en medio por un tiempo.

- ¡Este juicio es una locura!

- Oh, no estaba hablando de tu amiguita Alys, chico. Estaba hablando de esos bastardos gemelos hindúes que te han hecho volar el coche.

¡Jesús!, pensó Hake, ¿es que no había nada que aquellos tipos no supiesen?

Yosper prosiguió.

- Son unos malos bichos. Claro está, en lo que se refiere a tu coche, sólo tienes que limitarte a comprar otro. Tienes el mejor seguro que hay. Sólo que no te compres otro de hidrógeno.

- ¿Por qué no? - preguntó Hake, asombrado.

- Por la balanza de pagos.

- Pero... si he oído... quiero decir que el petróleo llega de México y otros sitios así, y que esos países están subiendo los precios...

- A México lo podemos manejar - le dijo Yosper -. Atiende, ¿quieres, chico? Y presta atención a lo que haces. Bueno, ahora tengo que ir a Washington para... bueno, ya sabrás para qué. No hagas esperar a tu abogado.

- ¿Que no le haga esperar? ¡Pero si llevo ya media hora esperándolo yo a él!

- Bueno, pues te verá ahora mismo en la Sala de Juntas. Se llama Stanford. Es un tipo agradable. Pero has de saber que no es uno de los nuestros, así que cuidado con lo que dices.

El abogado era joven y negro, y llevaba en el pulgar los anillos dobles de un matrimonio de grupo. ¡Estupendo!, pensó Hake... ¿Por qué no le habían buscado un abogado que fuera de los de su bando?

- Me llamo Sid Stanford - dijo el otro -. Me han dicho que se trata de un asunto de, esto, relaciones domésticas, así que mi primera pregunta será ésta: ¿qué es lo que yo pinto aquí?

¡Toma ya, aún más estupendo! Hake resopló:

- Lo que pinta usted aquí es lo que yo le diga, porque para eso le pagan. Pues supongo que le gusta estar en la nómina de la AFI, ¿no es así?

Stanford le miró con algo más de respeto.

- No se ofenda, Hake. De todos modos, ¿por qué no me cuenta de qué va todo?

- De esto es de lo que va. - Hake sacó la citación de su bolsillo y la lanzó, deslizándose por sobre la mesa de madera noble, en dirección al abogado, quien la leyó, frunció el ceño, retrocedió y volvió a leer una parte, y luego la dobló cuidadosamente antes de devolvérsela.

- ¿Ha estado tonteando usted con sus feligresas, Hake?

- No. Dígame, ¿he cometido un error al acudir a usted?

- En lo que a eso respecta - le contestó secamente Stanford -, va a tener que llegar usted mismo a sus propias conclusiones. Mi especialidad es el derecho laboral, no las relaciones domésticas. Empecemos todo de nuevo: ¿qué es lo que ha sucedido entre usted y esa Alys Brant?

- ¡Nada, maldita sea! Todos ellos son miembros de mi congregación y estaban pasando por dificultades matrimoniales. Alys quería salirse de ese matrimonio. Yo les aconsejé.

- Según dice esto, usted la aconsejó a ella en, déjeme ver... París, Copenhague, Francfort, Milán, Munich y algún sitio más.

- Ambos éramos acompañantes en un viaje que hizo un grupo de niños a Europa. No dudo de que ella sienta algún interés por mí, Stanford. Cada iglesia tiene alguna mujer como Alys Brant: cuando sus vidas sentimentales les resultan insatisfactorias, ellas se fijan en el ministro. Es una figura paterna. Pero le aseguro que Alys y yo no hemos tenido, ni entonces ni en ningún otro momento, relaciones sexuales.

- No se le acusa de habérsela tirado, Hake. Se le acusa de alienación y pérdida de consorte... lo que significa que, a causa de usted, ya no está con Ted y Walter. ¿Es eso cierto?

Hake dudó.

- Podría... podría ser - confesó.

- Si dice eso en el tribunal - observó el abogado -, el asunto quedará arreglado en cinco minutos: perderá usted.

- ¿Qué es lo que quiere que diga?

- Oh, la verdad, Hake. Pero si es usted culpable, y ésta es la mejor defensa que puede presentar, entonces no tengo una mierda en la que basar mi trabajo.

- No lo comprendo, Stanford. Las mujeres sienten fijaciones por los ministros de sus parroquias. Alys es una joven de buen ver, atractiva, con un montón de ideas románticas en la cabeza.

- ¿Trabaja?

- A veces. Tiene el título de bibliotecaria, y un diploma de psicología. Pero... la verdad es que no hace gran cosa. Sus esposos son ingenieros y su coesposa hace la mayor parte del trabajo doméstico - dudó: en la Iglesia Unitaria no había secretos de confesionario, pero Hake jamás se había atrevido a hablar de las intimidades de quienes acudían a él en busca de consejo. Al fin dijo: - Su familia está bien situada y Alys tiene una especie de capital en un depósito, del que cobra los intereses. Así que le queda mucho tiempo libre.

Stanford asintió:

- Es una combinación muy explosiva.

- Bueno, pero eso no es culpa mía, ¿eh? ¿O es que acaso soy responsable de lo que haya dentro de su mollera?

- No - aceptó el abogado -, no lo es. A menos que hiciera usted algo para influenciarla.

- ¡Pero si ya le he dicho que no lo hice! O, al menos, no he hecho nada importante. Es una mujer atractiva y debo admitir que, en ocasiones, disfruto de su compañía. Pero no creo que acabe usted de comprender lo que significa ser el ministro de una religión; eso lleva implícito una obligación, sobre todo en lo que se refiere a la tarea de aconsejar a los feligreses... Es como si un psicoanalista tuviera relaciones sexuales con una de sus pacientes.

- ¿Y eso nunca sucede? - preguntó Stanford, mientras daba vueltas a su doble anillo del pulgar.

- Bueno, claro que pasa... ¡Un momento! ¿A favor de quién está usted?

- Oh, a favor del suyo, Hake. Me pagan para que esté de su parte. Pero si su única defensa es que usted no iba a subyugar a Alys Brant para que abandone a sus compañeros legales porque es algo que va contra las normas, dudo que logre convencer al juez. - Vio los ojos de Hake clavados en el anillo de su pulgar, tuvo un sobresalto y luego se echó a reír -. ¿Está usted pensando que soy favorable a los matrimonios plurales? Ni lo piense. Ése es mi lado personal, y no tiene nada que ver con mi trabajo como abogado. Vamos a ser concretos: ¿ha visto usted a Alys Brant desde que ella dejó a su familia, o poco antes?

- Ayer por la mañana la vi en la iglesia, sí; pero no hablé con ella. Y no la he visto en privado desde hace... no sé, hará un mes. Ni siquiera supe que los había abandonado hasta anoche.

- Hum - Stanford tomó algunas notas en un bloc con tapas de cuero, empleando una pluma de oro -. Entonces, supone que no es usted la causa próxima.

- Supongo que no lo soy.

- ¡Oh, no era una pregunta! Le estaba diciendo la posición que tomaremos. De acuerdo, Hake. Hablaré con el abogado de esa gente, y veremos lo que sacamos en claro. Estaré en contacto con usted. Una cosa más: ¿le va a perjudicar esto como ministro de su iglesia?

Hake dudó.

- No lo sé.

- Supongo que al menos no le va a ayudar mucho. Bueno, hay una cosa que quiero que haga, hasta que vuelva a hablar con usted, y supongo que ya sabe cuál es.

- ¿Mantenerme alejado de Alys Brant?

- ¡Vaya! - dijo el abogado, sonriendo y extendiendo la mano -. ¿Sabe?, creo que, después de todo, va a ser usted un cliente bastante bueno.

Se supone que el lunes es el domingo del ministro religioso, y Hake sólo tenía unas pocas cosas programadas para hacer. Aun así, las pospuso todas, excepto una reunión para dar consejos a los dos Tonys, los gays, que estaban a punto de decidirse a adoptar un niño y andaban en busca de apoyo. En parte lo hizo porque deseaba darles ese apoyo, pero aún más porque no quería perder su papel de consejero. ¿Le iba a hacer daño en su práctica ministerial aquel juicio? No necesitaba un ordenador para contestar esa pregunta: le iba a borrar del mapa.

Y, sin una iglesia, Hake sólo tenía otra habilidad con la que mantenerse, una habilidad que no quería tener que volver a emplear.

Después de que hubo despedido a los Tonys, que no estaban más cerca de decidirse que antes, pero que al menos ya no sentían tanta ansiedad por su situación, a Hake le quedó libre el resto de la tarde.

No sabía en qué emplearla. Ejercicio, gritaba su cuerpo; no, resolver los problemas, le decía su mente. Pero, ¿con qué problema empezar? El problema de Alys se lo podía dejar al abogado. Para el problema de Leota no se le ocurría ninguna forma de intervención. El problema de los Reddi le parecía bastante insoluble; lo único que podía hacer era apartarse de su camino. Si es que era posible. Se notaba bastante expuesto y mucho más inerte de lo que hubiera deseado. ¿Cómo sabían todos tantas cosas de él?

Ahí había un problema con el que sí se podía enfrentar; cuando había salido del centro de entrenamiento bajo el alambre, no había tenido tiempo de devolver todos sus juguetitos. Equipo de ganzúas, alambre para estrangular, comprobadores de circuitos... Los sacó de la bolsa, los complementó con algunas cosas tomadas de su caja de herramientas, y de nuevo fue el agente secreto perfectamente equipado, con todas las herramientas propias de su tarea de espionaje y contraespionaje. O con la mayoría de

ellas. Y las suficientes para revisar la casa parroquial, de arriba abajo, en busca de micrófonos ocultos.

Para empezar, allí estaba el retrete, contemplándole desde el cuarto de baño. Ni lo tocó. De todos modos, aquello no presentaba problema alguno, sólo tenía que evitar los soliloquios matutinos, mientras se afeitaba, y hablar consigo mismo mientras estaba en la cama. (No era muy habitual que la cama de Hake contuviese alguna otra persona con la que hablar) El teléfono estaría intervenido, claro. O al menos podía estarlo. No había nada en el auricular, así que quizá no estuvieran escuchándole mientras el aparato estaba colgado, pero con los medios de que disponía no podía averiguar si estaba pinchado más allá, en el cable externo. Ni siquiera se molestó en intentarlo: debía asumir que cualquier conversación podía ser escuchada y tener cuidado en no decir nada privado por teléfono.

Pero eso fue todo. Y no fue bastante. Al no poder descubrir nada más, en ninguna otra parte de la casa, se sentó, intrigado. Iba en contra de toda lógica el que la Agencia lo tuviera tan poco vigilado. Y no sólo en aquel momento, sino también en el pasado... Estaba claro que le habían estudiado muy a fondo antes de reclutarlo. Y no sólo era cosa de la Agencia: Leota lo había localizado con gran facilidad; ¿cómo? El caso es que todo lo que había aprendido en la academia no le servía ahora de nada: no halló nada de la Agencia, nada de la gente de Leota, fueran quienes fuesen, nada de los Reddi. Ni siquiera nada sobre un hipotético detective privado que los esposos de Alys Brant pudieran haber puesto tras sus pasos.

Volvió a meter las herramientas en la bolsa, sobre las cintas que le había prometido a Art el Increíble que iba a escuchar muy pronto. También Leota le había hablado sobre hipnotismo, allá en Munich. Era otro rompecabezas, pero resolverlo no le resultaba muy interesante en aquel momento. También excitaba su curiosidad aquel extraño comentario de Yosper acerca del hidrógeno.

Hake sabía de dónde llegaba el hidrógeno... más o menos. Lo traían de algún punto en el Golfo pérsico, o quizá era del Mar Rojo... un sitio que estaba a un par de miles de kilómetros del kibutz en el que había pasado su niñez, una parte del mundo que conocía por sus charlas y por haber leído sobre ella, pero que jamás había visto. En cierta manera, le pareció que podía comprender por qué la Agencia no deseaba emplear hidrógeno líquido. De algún modo, aquello incluso era encomiable por su parte.

Cuando los israelíes habían destruido las reservas de petróleo del Oriente Próximo con sus cargas huecas nucleares, no habían quemado todo el petróleo, pero lo que había quedado sin extraer era altamente radiactivo. Si los hippies de Kuwait, o quienquiera que ahora estuviera generando el hidrógeno, lo hacían a base de quemar ese petróleo, estaban liberando isótopos radioactivos en la atmósfera. Que Hake supiera, nadie lo había dicho jamás en público, pero ahora sabía que eran muchas las cosas que jamás se decían en público. Si había una razón aceptable para esa advertencia, tenía que ser ésa. Porque, ¿qué otra razón podía haber para rechazar un combustible que no hacía daño, en lo más mínimo, al medio ambiente? Y eso en un medio ambiente que uno sólo tenía que mirar por la ventana de su casa para darse cuenta de lo dañado que ya estaba. Y no era que los Estados Unidos no estuvieran importando combustible: los pozos mexicanos y chinos seguían escupiendo diez millones de barriles al día en dirección a las refinerías estadounidenses, a pesar de que sus precios se estaban volviendo exorbitantes. O quizá especialmente porque sus precios se estaban volviendo exorbitantes.

De todos modos, ¿era así como lo estaban haciendo los hippies? Había oído algo, en algún lugar, acerca de que usaban energía solar. El truco consistía en atrapar la energía del sol en espejos o lentes, hervir agua de mar, dividir el H₂O en sus partes componentes, congelar el hidrógeno hasta licuarlo y guardarlo en tanques. Desde luego, la operación era bastante más complicada de lo que parecía al describirla. Para dirigir la luz del sol a una caldera u horno había que poner motores en los espejos, para que siguieran al sol en su recorrido; también significaba tenerlos limpios, y asimismo encontrar un lugar con

mucho sol y mucha agua y cantidad de terreno barato... y un gasoducto, y un puerto de gran calado para poder llevar el hidrógeno líquido allá donde podía ser de utilidad. Pero quizá hubieran resuelto todo aquello.

Y, si así era, ¿por qué no había lugares como ése en los Estados Unidos?

La respuesta era que los había, pero que las leyes económicas eran poco favorables a la construcción de kilómetros cuadrados de espejos. Y, sin embargo... lo que había dicho Yosper tenía que tener algún significado oculto.

Y eso no significaba que Hake fuera a hallarlo... al menos no sin alguna ayuda. Y se estaba cansando de aquella inactividad. Aún había luz, así que llamó para confirmar su visita y pasó lo que quedaba de la tarde en la sauna del Club Náutico de la playa, quitándose el dolor remanente de sus huesos. Veinte largos en el agua, asombrosamente fría, de la piscina, su habitual carrera de cuatro kilómetros, una cena ligera y un brandy, y se sintió físicamente preparado para lo que fuera a suceder. Incluso logró apartar a Alys y el juicio de su mente, liberándola así para poder dedicarla a sus otras preocupaciones. Se sentó frente al terminal del ordenador, lo puso en marcha y dudó sobre qué preguntas hacerle.

Le había dicho todo lo que deseaba saber acerca del jeque que era el amo de Leota Pauket. No respondía a preguntas acerca de la Agencia: a éstas sólo contestaba con un signo de interrogación; sin duda había un modo de que contestara a esas preguntas, pero él no lo conocía. Pensó en pedirle antecedentes jurídicos acerca de casos relacionados con la pérdida de una consorte, pero para aquello ya tenía a un abogado trabajando para él.

¿Qué más quedaba?

Estaba la extraña sugerencia que Leota había hecho en Italia.

La hipnosis. ¿Qué era lo que podía averiguar acerca de la hipnosis?

Recordó lo que Alys había hecho en la biblioteca de Nueva York y se dedicó a interrogar a la memoria sobre textos sencillos acerca de la hipnosis; y comenzó a leerlos y a tomar notas, empezando por el principio.

Si uno le pincha a otro con una aguja, espera que le duela. Si no le duele o dice que no le duele, su comportamiento es contrario a lo esperado. Si uno tiene una mente inquisitiva, trata de comprender por qué se porta de ese modo, y cuando conoce las razones, el comportamiento ya no es contrario; ahora es el que uno espera.

Este proceso de convertir un comportamiento contrario a lo esperado en otro que es el esperado, es el meollo del método científico. Intuitivamente, uno esperaría que las cosas siguieran donde están, pensó Newton; así que, ¿por qué se caían las manzanas? Y de este modo nació la teoría universal de la gravitación. ¿Por qué están veladas estas placas?, se preguntó Becquerel; y de este modo dedujo la existencia de la radiactividad.

Los seres humanos no son tan predecibles como los átomos o las manzanas, pero a pesar de eso, aún hay algunas cosas que esperamos confiados.

Si le clavamos una aguja a John, esperamos que sienta dolor.

Si Harry está atravesando una habitación en la que puede ver claramente que hay un obstáculo, podemos esperar que lo evite, para no tropezar con él.

Si Jacqueline intenta abrir su puño cerrado, esperamos que lo consiga.

Si Wilma no puede recordar el color del cabello de la profesora que tenía en párvulos, esperamos que ese recuerdo siga perdido.

Y si todas esas cosas que esperamos no se cumplen, nos preguntamos el porqué. ¿Es que John es un leproso, Harry un ciego y Jacqueline una parálitica; y acaso le ha enseñado alguien a Wilma una vieja foto en color de su antiguo parvulario? Digamos que no. Digamos, en cambio, que descubrimos que alguien ha sugerido a cada una de esas personas que deben comportarse tal como se ha descrito. Ahora nos encontramos tras la pista de una solución a esos rompecabezas y descubrimos que la solución tiene un nombre: se llama hipnotismo.

Ya hemos llegado al punto Newton - Becquerel. Aún no tenemos una teoría, sólo la observación de que, bajo ciertas circunstancias, ocurren cosas contrarias a lo esperado y que lo hacen muy a menudo. ¡Tan a menudo que acaban siendo lo que esperamos!

Pero existe una teoría. De hecho, según descubrió Hake, hay infinidad de teorías, que van remontándose hasta que llegamos a la presentada por el mismísimo Franz Anton Mesmer en 1775.

Mesmer era médico, y creyó que había encontrado un modo de curar algunos tipos de enfermedades sin necesidad del escalpelo ni la panacea, lo que, considerando el estado de la medicina en aquel entonces, era algo realmente bueno. Se basaba en lo que llamó «magnetismo animal». Si hacía ciertos pases misteriosos con las manos cerca de la cabeza de un paciente y luego le ordenaba que hiciera ciertas cosas, éste las hacía. Incluso aunque fueran cosas bastante extrañas. Incluso si lo que se le decía que hiciese era ponerse bueno. Incluso cuando las cosas eran algo que normalmente uno hubiera considerado imposibles. Podía mandar al sujeto que se pusiera rígido, y hacer que se quedase tan tieso como una tabla. Podía pedirle que no sintiera dolor alguno; entonces podía pellizcarlo, pincharle, incluso quemarle. Y si le preguntaba al sujeto si le hacía daño, éste le contestaba el equivalente, en el francés del siglo XVIII, de: «Anda ya, doctor Mesmer, si todo esto es la mar de divertido».

De esto había informes fiables y la cosa parecía ser objetivamente cierta. Los pacientes decían que era verdad. Los observadores decían que era verdad. El mismo doctor Mesmer decía que era verdad. Y entonces se dedicó a explicar el motivo por el que él creía que era verdad. Dijo que había un fluido magnético... incluso consintió en que lo denominasen «fluido mesmérico», que rodea a todo el mundo, y que el paso de las manos a través de este fluido lo reordena de modo que puede cambiar el estado del magnetismo animal del sujeto, produciendo los efectos descritos.

Ahí es donde cometió su error, pues los científicos se dedicaron a buscar ese fluido. No lo había. No existía. Esto es lo que decidió la Comisión real encargada de estudiar el caso, en 1783.

Vale, de acuerdo, ¿y entonces, qué? La teoría estaba equivocada, pero el proceso seguía funcionando. El neurólogo Charcot dijo que, de algún modo, la «hipnosis», que es como se acabó llamando a aquello, producía cambios neurológicos básicos, que era lo que realmente hacía que aquello funcionase como funcionaba...

Natural, siendo un neurólogo el que lo explicaba. Pero Bernheim no era neurólogo, así que dijo que era simplemente una sugestión, y se dedicó al negocio, aplicándola a sus pacientes. Los insultos, las negaciones y las objeciones volaron entre las escuelas de Nancy y Salpêtrière, y las cosas siguieron así durante más de dos siglos; pero, fuera como fuese que se le llamara, el caso es que aquello lograba lo que Mesmer había dicho que podía lograr. Y más. A la gente le hacían composturas en los dientes bajo la orden hipnótica de no sentir dolor, y se levantaban de la silla del dentista sonrientes y agradecidos. Las mujeres tenían hijos sin ninguna otra clase de anestesia, y charlaban y reían mientras estaban pariendo.

Desde luego, había algunas anomalías.

Cuando la tecnología electrónica empezó a invadir el campo médico, los experimentadores informaron de algunos resultados asombrosos. Si medían el potencial eléctrico de los nervios afectados, sin importar lo muy confortable que dijera el paciente que se sentía, aquellos nervios estaban vibrando por la tensión. Y si hacían que el sujeto llevase a cabo una escritura automática, su boca podría estar diciendo «Esto no me duele», pero su mano escribía «Mentiroso».

Y todo aquello era muy interesante pero, ¿que significaba? A Hake se le estaban quedando los pies fríos. Se puso las zapatillas y fue hasta el baño para prepararse una taza de café instantáneo. Se contempló a sí mismo en el espejo, mientras esperaba que saliera agua caliente por el grifo, dándose cuenta de un modo vago de que las señales de

los golpes se iban borrando, medio escuchando el zumbido del ventilador y el delicado gorgotear del retrete, con la mente llena de hipnotismo. Ahora sabía más de lo que jamás hubiera deseado saber sobre el tema, pero no aquello que andaba buscando. ¿No debería haber estado leyendo Trilby, en lugar de lo que le ofrecía el ordenador? Si la Agencia era un Svengali, tal como Leota había afirmado, ¿acaso se iba a hablar de algo de eso en las informaciones asequibles al público en general?

Regresó al tablero y tecleó una pregunta acerca de si alguna agencia gubernamental empleaba, en los Estados Unidos, el hipnotismo, y cuando apareció la mota luminosa que indicaba posibles segundas opciones, tecleó: Operaciones secretas.

La respuesta era la que había esperado. Un?

Y aquella pregunta seguía sin tener respuesta. Se recostó en su vieja silla giratoria tapizada en plástico, sorbiendo el tibio café y frunciendo el ceño ante las brillantes letras verdes de la pantalla del monitor. Y, con retraso, se dio cuenta de que el agua del retrete aún estaba corriendo. Y no sólo eso, sino que estaba chapoteando y gorgoteando más fuerte que nunca.

- ¡Dios mío! - dijo en voz alta. ¡Cascarrabias! Como siempre, se había olvidado de comprobar si había algún mensaje vespertino para él. Si es que sólo era eso... porque podía ser peor: podría ser que estuvieran controlando su uso del terminal del ordenador, y que estuviera a punto de meterse en problemas que no deseaba.

Pero cuando oprimió con el pulgar sobre la zona de identificación del pulsador de la cisterna del retrete, descubrió que los problemas le llegaban de otra dirección:

- ¡Hake! - gruñó la débil voz grabada de Cascarrabias desde el depósito del agua -. ¡Estás llevando demasiado lejos esa coartada tuya! Antes de que te puedas dar cuenta, esa congregación de paganos a la que llamas tu parroquia va a empezar a preguntarse por qué su ministro está, tan de repente, mostrándose tan preocupado por los asuntos internacionales, así que déjalo correr. Háblales de las oscuras golondrinas y de la santidad de las relaciones interpersonales durante un tiempo, ¿me oyes? Es una orden. ¿Y te acuerdas de lo que se supone que debes decir cuando recibes una orden? ¡Vamos a ver cómo lo dices!

Se oyó un débil zumbido y luego sólo el suave susurro de la cinta que corría, aguardando.

Hake se acordó:

- La comprendo y la obedeceré - dijo, a desgana. Un momento más tarde cesó el sonido de la cinta y el retrete volvió a ser únicamente un retrete.

Recordando esto, Hake lo utilizó, muy pensativo, para el propósito para el que originalmente había sido diseñado. Así que alguien de su congregación había informado sobre su sermón del día anterior a Cascarrabias. Nadie de Animalitos y Flores Internacionales se había quedado al sermón, o al menos nadie a quien él hubiera reconocido. Naturalmente, no tenía por qué haber un chivato, podría haber sido uno de esos excelentes micrófonos, diminutos como un cabello, que había visto bajo el alambre... pegado a un costado del púlpito, metido entre las molduras de la madera, quizá incluso trenzado entre los hilos de la nueva moqueta. O lo que fuese. Le estaban vigilando con atención. Se lavó las manos y volvió a su dormitorio, y entonces Alys Brant dijo:

- Hola, Horny, espero que te alegre verme.

Hake se quedó helado. Alys estaba recostada en su cama, con los pies metidos bajo ella. Se había hecho algo en el cabello, pero eso no la había vuelto menos atractiva. Tenía un aspecto dulce y confiado. ¡Pero, no obstante...!

- ¡Qué infiernos haces aquí?

- Por favor, no te enfades, Horny querido. Necesito un lugar en el que pueda quedarme. Sólo por una noche o dos, hasta que pueda irme a casa de mi tía.

- ¡Alys! - exclamó él -. ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no sabes que Ted y Walter ya me han denunciado por haberte apartado de ellos?

- ¡Oh, esos! - dijo. Se alzó de hombros y se estiró -. Yo atestiguaré en tu favor, Horny. Tú no has tenido nada que ver. Ya me había hecho a la idea de dejarles hace tiempo. Simplemente, necesito ser libre... ¡Santo cielo, si todo esto ya lo sabes! Ya nos oíste quejarnos y discutir y tocar el tema una y otra vez. Así que me largué. He estado viviendo con... un amigo. Pero esa situación también se hizo insostenible, de modo que me vine aquí. No tengo ningún otro lugar al que ir, Horny.

- De eso ni hablar, Alys. He pasado la mañana con un abogado. Me ha dicho que no debería ni verte.

Ella se sentó, bostezando.

- Nadie tiene por qué saberlo. Excepto quizá Jessie, pero ella te es muy leal. ¿Tienes algo que comer, Horny? Llevo horas - caminando y cargando con esas bolsas. - Miró hacia una bolsa de viaje y otra de compras, de plástico, que había colocado cuidadosamente bajo la mesilla del terminal del ordenador -. No es mucho, ¿verdad? Pero son todas mis pertenencias personales.

El monitor aún estaba mostrando las últimas palabras del diálogo. Irritado, Hake se acercó al aparato y lo apagó.

- Ya he visto lo que había en él - le indicó Alys -, y te estuve escuchando en el baño, mientras te preparabas para hacer tus necesidades. Estabas hablando con alguien. Y desde hace ya tiempo tengo ganas de preguntarte en qué estuviste metido con la buena de Leota Pauket. Es algún tipo de trabajo de espionaje, ¿no es así, Horny? ¿Querrías contármelo todo mientras comemos algo?

Él se sentó al borde del sillón que había junto a la cama y la contempló. Aquella mujer estaba llena de sorpresas.

- ¿Cómo es que conoces a Leota Pauket?

- Fui a la escuela con ella. Hacía años que no la veía y de repente, la primavera pasada, me topo con ella en la calle. De hecho fue justo aquí, enfrente de la casa parroquial. Tomamos unas copas y ella quiso saber cómo me iban las cosas. Bueno; justo acabábamos de pasar por una de esas interminables y estúpidas sesiones contigo, así que yo le hablé mucho de ti, y eso pareció fascinarla. Lo quería saber todo acerca de ti. ¿Te acuerdas de aquel tiempo, realmente espantoso, que tuvimos justo antes de marcharnos a Europa con aquellos chicos?

Hake asintió con la cabeza.

- Sí, cuando vinisteis aquí a una de las sesiones de consejos. - No le resultaba muy difícil de recordar; fue la sesión interrumpida por la llegada de la citación de la Agencia.

- Bueno, pues fue entonces cuando sucedió eso.

- No me lo contaste.

- ¡Vaya una cosa, Horny! ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía ni idea de que la conocieses; de hecho, estoy seguro de que no la conocías. Pero luego, en Munich, fue ella quien te trajo de regreso al hotel. Llevaba puesta una peluca, pero seguro que era ella. En cuanto me vio salir del ascensor se marchó. Y luego me llegó una nota suya. Como en una novela de espías: «Por favor, no hables de mí. Te lo explicaré todo cuando nos veamos. Es muy importante». O algo así.

Horny Hake siguió sentado, pensativo, por un instante. Por lo menos aquello explicaba cómo Leota había aparecido en aquel autobús que le llevaba a Washington. Debía de haberse enterado de que lo estaban reclutando para los servicios secretos antes que él mismo.

Pero aquello no cambiaba las realidades presentes.

- A pesar de todo, ahora no tienes nada que hacer aquí, Alys.

- ¿Qué crees que va a suceder si los abogados se enteran de esto? ¡Me han puesto un juicio!

- Entonces tendremos que asegurarnos de que no se enteren, ¿no te parece, Horny? Quiero decir que parece que tú eres muy bueno en eso de guardar secretos. De verdad que me sorprendes, ya lo creo.

Él gimió.

- Alys, te doy mi palabra de que te estás metiendo en algo demasiado grande para ti. ¿Hay algún modo de que pudieras convencerme de que te vas a olvidar de todo esto?

Ella negó con la cabeza:

- Uh, uh.

- ¡Esto no es un juego! ¿Cómo crees que conseguí todos estos moretones? ¡En esto matan a la gente!

- Realmente haces que suene muy interesante, Horny.

- Ésta habitación podría contener algún micrófono oculto, y en este mismo momento podrían estar escuchándonos. Si Cascarrabias se entera de que andas metida en el asunto, no sé lo que podría hacer.

- ¿Cascarrabias? Es un nombre que no había oído nunca antes - se puso en pie -. Vamos a la cocina a preparar algo y luego, mientras comemos, puedes empezar por el principio y contármelo todo. Y te puedes tomar todo el tiempo que necesites. Tenemos toda la noche.

II

Hake se despertó de un sueño profundo, en el que había estado activamente involucrado, y lo hizo en un instante.

En el momento que hubo entre el darse cuenta de que estaba despierto y el abrir los ojos tuvo un destello sinóptico de su memoria. Lo incluía todo. También el haber encontrado a Alys en su habitación, el haber hablado con ella, comido con ella y, por lo que en aquel momento le había parecido una progresión lógica e inexorable, el haberse ido a la cama con ella; e incluso supo inmediatamente qué era lo que le había despertado, o mejor dicho, quién le había despertado.

La figura que estaba de pie junto a su cama, alta, delgada y silenciosa, era Jessie Tunman. Sus ojos centelleaban y estaba agitándole por el hombro, sin proferir sonido alguno. Contempló despectivamente la forma desnuda y dormida de Alys Brant y se retiró hasta la puerta.

Hake se puso la bata y la siguió.

- ¡No tiene ningún derecho a meterse así en mi dormitorio! - susurró salvajemente.

- ¿Lo dice por ella? ¡Ella no me importa! - El centelleo en sus ojos era de triunfo -. Traigo órdenes de Cascarrabias. Vístase y venga a la oficina.

Él se detuvo con el nudo del cinturón de la bata a medio hacer.

- ¿Y qué es lo que sabe usted de Cascarrabias? - inquirió.

- Limítese a hacer lo que le digo. - Jamás le había oído hablar con aquel tono, el de una persona mayor que disfruta cuando ha atrapado al jovencito sabelotodo. Ni se detuvo a explicarse. Se dio la vuelta y se marchó pasillo abajo. Incluso la forma en que caminaba era autocomplaciente.

Naturalmente, pensó él. ¡Jessie era la persona a quien había estado buscando! Para empezar, ella era la que le había espiado antes de que lo reclutasen. Su anterior trabajo había sido como «empleada del gobierno». No había mentido cuando le había facilitado sus informes a la hora de contratarla, lo único que se había reservado era la parte del gobierno para la que había trabajado.

Y no le cabía duda de que lo había estado observando cuidadosamente mientras le pasaba a limpio los sermones y le archivaba la correspondencia, juzgando a partir de datos esotéricos (si ponía paté en el bocadillo o simplemente queso) cuál iba a ser su comportamiento en una misión de campo. ¡No había tenido la más mínima intimidad! Jessie estudiándolo para la Agencia, Alys dando informes sobre él a su vieja amiga de la

escuela, Leota. Para esto, se podía haber pasado la vida metido en el escaparate de unos grandes almacenes.

La forma en que Alys yacía, acurrucada confortablemente en un rincón de la cama, sin exigir más espacio, era exactamente igual a la postura en que la había visto cuando él se había despertado. Sus ojos estaban cerrados y, sin embargo, a Hake no le cabía la menor duda de que, tras esos párpados, estaba totalmente despierta. Duchado y afeitado en menos de cinco minutos, se puso la ropa sin hablar con ella. Era conveniente para ambos mantener la ficción de que seguía dormida. Para ella, porque así no tenía que tomar parte en aquella escena, para él, porque no estaba muy seguro de lo que le quería decir. A menos, no hasta que descubriese qué era lo que Jessie tenía que decirle a él. Y lo más probable era que ni siquiera entonces lo supiera, aunque no tenía la menor duda de que, en cualquier caso, algo tendría que decirle.

En la oficina, Jessie había encendido el calentador, para luchar contra el frío de la mañana de principios del otoño, y había limpiado la mesa que usaban para hacer montajes. Estaba colocando sobre ella un equipo de herramientas y artefactos que Hake había visto antes, pero nunca allí: una cámara instantánea, una caja con varios impresos, botellas de tinta, tampones. Uno de los instructores les había enseñado el uso de todo aquello en el cursillo bajo el alambre. Resultaba extraño pensar que también Jessie debía de haber pasado por allí, desde luego muchos años antes que él.

Ella alzó la vista.

- Parece estar bien para que le haga una foto - observó.

- ¿Va a decirme el porqué?

- Claro que voy a decírselo, Horny. Sólo que ahora quédese quieto un instante. No, ahí no. Apártese de su diploma, no quiero tener que retocar nada que aparezca en la pared para borrarlo... ahí está bien.

La cámara de Jessie cliqueteó y, en un momento, produjo media docena de fotos tamaño pasaporte.

- Se ven los moretones - comentó críticamente -. Pero no se puede evitar, Ahora hágamelas usted a mí. - Miró en derredor en busca de una pared vacía distinta, la halló y le entregó la cámara -. Le engañé, ¿no?

Hake la miró por el ocular y esperó el momento en que su ex presión era más autocomplacida, antes de apretar el botón.

- Bueno - contestó él -, si hubiera usado la cabeza me hubiera dado cuenta de que usted fue quien me reclutó. Ya sabía que antes había trabajado para el gobierno.

Ella recuperó la cámara y suspiró, al tiempo que contemplaba las fotografías:

- ¡Vaya una cultura tan montada alrededor de la juventud, esta en la que vivimos, Horny! Me retiraron hace seis años... Naturalmente, una nunca se retira del todo de la Agencia; eso ya lo descubrirá usted mismo. Pero me pasaron al status de inactiva, exceptuando algunos trabajillos de tanto en cuanto. Como presentar un informe sobre usted. - Mientras hablaba estaba recortando los bordes de las fotografías -. ¿Sabe?, nos han prometido una Era Feliz, cuando demostremos que somos dignos de ella... pero eso parece que cada día está más lejano.

Tristemente rebuscó por entre sobres de impresos. Luego se le iluminó el rostro; no había nada que pudiera agriar permanentemente su estado de ánimo.

- ¡De todos modos, aún hay en mí una buena misión por cumplir! Y la vamos a llevar a cabo.

- ¿Los dos?

- Usted, Horny, y yo... y otros. Ésta es una de las grandes. Recibí órdenes por mensajero especial, a las seis de esta mañana.

Hake, no sin dificultad, mantuvo su tensión por debajo del punto de ebullición. Nada de lo que había dicho aquella mujer le resultaba agradable, sobre todo la idea de hacer algún tipo de misión acompañado por ella. ¡Y estaba tan complacida consigo misma! Tenía

motivos para ello y Hake no estaba lo suficientemente irritado como para hacerla caer de su pedestal. Así que se limitó a decir:

- ¿Y por qué no me lo contó Yosper cuando nos vimos?

- Porque no lo sabía. Yo voy antes en el escalafón que él, ¿sabe? O quizá sea porque la Agencia esté algo preocupada por usted, ¿no le parece? Claro que no se les puede culpar por eso: deja que le citen a un juicio, deja que le vuelen el coche unos terroristas... Oh, lo mejor sería que se largara de aquí mientras pueda, Horny. Para dejar que se enfríen las cosas. A la larga me agradecería este consejo. En este basurero se está usted marchitando sin haber acabado de florecer. Firme aquí - le dijo, entregándole una licencia de conductor de Illinois extendida al nombre de «William E. Penn». Luego le explicó: - Éste es usted, para esta misión. Practique firmando antes unas cuantas veces, y así le saldrán iguales todas las firmas que tiene que hacer.

- ¿Qué es lo que tengo que firmar?

- Todos sus documentos identificatorios, tonto: el pasaporte, su tarjeta de la Seguridad Social, las tarjetas de crédito, los visados para Egipto y Al Halwani. Luego se puede ir a comer. Para cuando haya acabado el desayuno yo ya tendré preparados todos los documentos, los suyos y también los míos. Así que, antes de irse, abra la caja fuerte de la iglesia. No puedo llevarme otra vez todas estas cosas a mi apartamento... y usted no querrá dejarlas por aquí encima, donde todo el mundo las pueda ver, ¿no es así?

Tomando otro grupo de impresos, acabó:

- ¡Y deshágase inmediatamente de esa chica!

Estaba pensando en Al Halwani; ¿no era ése el lugar que había mencionado Gertrude allá en el hospital? Pero aquello último le hizo indignarse. Ella le interrumpió:

- Esto no tiene nada que ver con su vida sexual, o como llame eso que usted lleva tan mal... ¡Son órdenes!

- ¿Y por qué? - quiso saber.

- Para que así pueda tirar de la cadena de su retrete en privado. En este momento ya deben de estar en la cinta las instrucciones para usted.

No tuvo que deshacerse de Alys. No se la veía por parte alguna.

Se aseguró de ello mirando en cada uno de los armarios y detrás de cada puerta, pero lo cierto era que se había largado. Sin duda lo había hecho por la puerta de atrás y, desde luego, no se trataba de una solución definitiva: su equipaje aún seguía allí.

Alys pensaba regresar, y estaba claro que no tenía ninguna duda de que la iba a dejar volver a entrar. Tampoco había tenido ninguna duda la noche anterior, y no se había equivocado. ¿Por qué?, se preguntó, muy molesto consigo mismo, ¿por qué resulta que todo el mundo sabe exactamente lo que quiere de ti y además sabe que tú se lo vas a dar?

No tenía respuesta a aquello. Así que hizo lo que Jessie había querido que hiciera y sabido que haría. Se retiró a su cuarto de baño, colocó su pulgar sobre la palanca y tiró de la cadena.

- Bueno, Hake - dijo Cascarrabias en tono de cascarrabias desde el altavoz oculto bajo la cisterna del retrete - las cosas deben de estar poniéndose calientes ahí en Long Branch, ¿no? De acuerdo, dentro de tres días te marchas. Ya hemos arreglado lo de tu sustituto, que es el mismo tipo que la otra vez, y Jessica Tunman te facilitará los documentos. Toma nota de esto: el viernes vuelas a Egipto con la Tunman. Reconoces la instalación marcada en el plano de Al Halwani. Luego te vas, utilizando un transporte de superficie, a la ciudad de Al Halwani. Una vez allí solicitarás un empleo en la Empresa de los Combustibles de Hidrógeno de Al Halwani, a las 15 horas del 23. Cuando te contraten, empieza a trabajar. Tu habilidad con los idiomas te dará prioridad. Se te contactará allí, con nuevas instrucciones...

Hubo una larga pausa.

- Estoy esperando - dijo la voz grabada.

Hake dijo, rápidamente:

- He entendido la orden y la obedeceré. - La cinta se desconectó sola y hubo silencio en el baño.

Seguía siendo una forma peligrosamente tonta de llevar a cabo el trabajo de una agencia de espionaje, pero sus órdenes eran muy claras.

Al Halwani. Y Leota estaba en Roma.

El día pasó arrastrándose. Su mente estaba al otro lado del océano, pero logró cumplir con todo el carrusel: las sesiones de consejos, las reuniones, atender la correspondencia con Jessie (cuyos ojos brillaban de alegría, con el lápiz escapándosele en un revoloteo cada vez que le tomaba un dictado pero, sin embargo, insistiendo a cada momento en que tenían que continuar llevando a cabo sus tareas habituales, hasta que llegase el momento de partir). Ella se fue a casa pronto.

- Esta mañana me he despertado antes de mi hora habitual, Horny. Necesito recuperar algo de sueño.

Él se puso rápidamente el chándal y corrió su par de kilómetros por la playa, a la luz mortecina del anochecer. Empresa de los Combustibles de Hidrógeno de Al Halwani. La balanza de pagos. ¿Qué clase de pagos se le hacían a Al Halwani? Por el hidrógeno, un pequeño chorrito. El hidrógeno no valía mucho.

Oh, claro, desde luego hubo un tiempo en que un torrente de oro fluía constantemente hacia el Oriente Próximo, incluido Al Halwani, pero esto había sido cuando aún corría el oro negro. Cuando los israelíes habían hecho estallar las bolsas de petróleo e iniciado fuegos que ardían desde cráteres de un kilómetro de diámetro, el petróleo había dejado de correr. No totalmente, pero ahora ya sólo fluía un arroyuelo. Así que los jeques árabes se habían marchado allí donde estaban sus cuentas bancarias suizas; y la fracción de petróleo que había sobrevivido, la que no se había quemado y no había sido dañada por la radiactividad, ahora estaba siendo extraída por quienquiera que permaneciese en el lugar para extraerla... y a veces era gente muy extraña. Y no era bastante como para afectar a la balanza de pagos de nadie.

Y, ¿a quién le pagaría uno? El petróleo había sido la única razón para que hubiera ciudades en lugares como Al Halwani, Abu Dabi y Kuwait. Cuando la razón había desaparecido, las ciudades habían muerto. La gente nómada había vuelto a hacerse nómada. Los edificios seguían allí, y los hoteles y los museos y las salas de conciertos y los hospitales. Pero no había trabajo, ¿no era así? Trató de recordar la postal de Gertrude. No le había sugerido una metrópoli boyante. Unos pocos turistas para mantener los hoteles en un símil de vida. Y, sí, a lo largo de los años, al Golfo pérsico habían ido llegando emigrantes... el tipo de chicos, como la hermana de Gertrude, a los que en otro tiempo hubieran llamado hippies: refugiados políticos, escritores, gente que no tenía trabajos fijos, pero que podía subsistir en cualquier lugar en el que la vida no fuera cara. Al Halwani era un poco como el París de los años veinte y mucho como las islas griegas en los sesenta. En parte era como Greenwich Village, en parte como Height-Ashbury. Y si estaban consiguiendo, de algún modo, sacarse unos pocos dólares a base de fabricar y vender hidrógeno líquido a los países más prósperos, ¿quién podía echarse en cara?

Para cuando trotó de regreso, playa arriba, ya había anochecido. A la luz de las farolas vio a Alys Brant, atisbando con curiosidad el interior de un coche aparcado cerca de su puerta. El coche encendió las luces y se alejó gimiendo cuando él llegaba, y Alys le dio la bienvenida entregándole una bolsa del supermercado.

- ¿Te gusta el pollo a la naranja, Horny? Tienes un wok, ¿no? Si no lo tienes me las arreglaré con una sartén grande.

- Pensaba que no te gustaba cocinar - dijo él.

- Quiero ganarme el alojamiento. - Le cogió la llave de la mano, abrió la puerta y le precedió adentro -. Es sólo por poco tiempo, ¿sabes, Horny? Y te estoy realmente muy agradecida por aguantarme.

Él, en realidad, lo que hubiera debido hacer era sacarla de su vida, de una vez por todas, pero el daño ya estaba hecho; y, de todos modos, en unos días partiría para otra misión. De todos modos... de todos modos... Hake admitió para sí que la idea de que fuera otro quien le hiciese la cena le resultaba muy atractiva. Pospuso toda conversación y se dirigió hacia la ducha. El agua caliente le sentó muy bien. Y el retrete era sólo un retrete, sin nueva confusión que añadir a su vida. Mientras se estaba secando con la toalla, sonó el teléfono. Antes de que lograra llegar hasta él, Alys ya lo había cogido. Irritado, le dijo:

- Contestaré yo.

El que llamaba era Art el Increíble.

- ¿Horny? ¿Qué te parecería salir conmigo en la televisión la noche del sábado?

- ¿En la televisión? ¿Por qué?

- Porque eres una persona interesante, Horny. Es uno de esos programas de entrevistas. Les hablé de tus sermones y la verdad es que no han sacado a muchos ministros unitarios y, de todos modos, siempre están buscando gente que sepa hablar bien. ¿Quieres hacerlo?

- ¡Bueno, tengo que admitir que es una idea excitante! - Entonces Hake recordó la realidad -. Lo que pasa es que no puedo. Esto, uh... creo que tendré que irme fuera.

- ¿Otra vez?

- Sí, ya sé que estoy viajando mucho, pero... lo lamento, Art. ¿Qué tal si, de todos modos, me vuelves a llamar más adelante, por si ha cambiado la situación?

- Seguro - la voz del teléfono dudó -. Horny... si te has metido en algún tipo de lío...

- ¿En qué tipo de lío me podría haber metido? - preguntó Hake, con voz falsamente animosa.

- Bueno, en ninguno. Pero si alguna vez tienes problemas, recuerda que yo estoy a tu lado.

- Gracias, Art - dijo Hake, azorado -. Lo recordaré.

- Ya lo sabes. Y dale recuerdos a Alys Brant.

Hake se vistió rápidamente y le dijo a Alys en cuanto la vio:

- No lo vuelvas a hacer. No contestes a mi teléfono. ¿Es que no sabes lo que me va a pasar por causa tuya?

- Oh, ese estúpido juicio. Lo que pasa es que Ted está irritado, Horny. Ya se enfriará. Y también lo hará la cena, si no vamos a la mesa en seguida. - Ella se sentó sonriente. Sobre la mesa de la cocina había velas y una botella de vino blanco -. ¿No quieres saber lo que he estado haciendo hoy, Horny?

Él cortó el pollo, que estaba en una salsa espesa y pegajosa.

- Supongo que sí.

- Claro que sí. He pasado toda la tarde en una agencia de viajes, mirando folletos de los mares del Sur: ¡Tahití! ¡Bora Bora! ¿No te suenan de maravilla? ¿Qué te parece el pollo?

- Está muy bueno - mintió caballerosamente Hake. Pero, al menos, la verdura del acompañamiento era comestible -. Creí que te ibas a ir con tu tía.

- Oh, ella es tan pesada como Ted y Walter; se pasaría el día diciéndome que tendría que estar con mis esposos. Y no tengo que ir hasta New Haven para oír eso. Pero, al menos, me habré apartado de tu camino antes de que te marches a El Cairo.

Hake dejó caer su tenedor.

- ¿Cómo infiernos sabes que me voy a El Cairo?

- Los billetes estaban en el bolsillo cuando colgué tu americana, querido. ¿Eso es todo lo que vas a comer? No he preparado ningún postre, pero podríamos tomar un poco más de vino...

Hake le dijo, con tensión:

- Esos billetes son de un amigo mío, el bueno de Bill Penn. Estuvimos... juntos en el seminario.

- El pasaporte estaba también en ese bolsillo, cariño, y en él he visto tu foto. - Sonrió como perdonándole, y añadió: - Pero aún no te he dicho las noticias más excitantes... ¿O es que ya las conoces, y por eso te vas a África?

- No sé de qué me estás hablando - le espetó él.

- De Leota, claro. Tuve una idea mientras estaba en la agencia de viajes: la llamé a Roma. No a ella, claro, sino a ese jeque, Hassabou, visto que ella forma parte de lo que podríamos llamar su séquito.

Esto le dejó cortado.

- ¿Hablaste con Leota en Roma?

- ¡Ya no está allí! - canturreó Alys -. ¡Su jeque se la ha llevado a su tienda del desierto! ¡Dios mío, Horny, eso aún suena más romántico que Tahití!

- ¿A qué tienda?

- Bueno, no creo que sea una verdadera tienda. Es un lugar llamado Abu Magnah. No pude hablar con ella, pero desde luego está allí. Está en medio del desierto. Dicen que él va allí pour le sport. Aunque supongo que todos sabemos en qué deporte está interesado... ¡Oh, lo lamento, Horny!

- Olvídalo - le dijo él, amargamente. Se sirvió otro vaso de vino y se quedó mirándolo. Recordaba muy claramente el mapa del Oriente Próximo: El Cairo estaba allí y Al Halwani estaba más abajo, hacia el Golfo, aquí. Y Abu Magnah estaba más o menos a medio camino entre ambos. Volvió a notar la desagradable comezón en su bajo vientre. Coches deportivos, el surf y el sexo, y dos de las tres no debían de ser aficiones fáciles de disfrutar en medio de las Tierras Baldías.

Alys había limpiado la mesa de platos y estaba de pie tras él, con los dedos en los músculos de su espalda.

- Pobre Horny - dijo -. Tan en tensión. ¡Es como si fueras de hierro!

Era muy cierto: podía notar la tensión en sus hombros y brazos, en su pecho e incluso en su abdomen. Todos aquellos músculos que había estado cuidando con cariño, desde los días en que andaba en silla de ruedas, ahora se habían vuelto contra él.

- Yo podría eliminar todo esto - dijo ella suavemente.

- Gracias. Ya tengo bastantes problemas, tal como están las cosas.

- ¡Tonto! No estaba hablando de sexo... - aunque eso también es bueno, siempre. Y no soy lo bastante fuerte como para darte un masaje cuando estás así. - Estaba trabajando los músculos de sus hombros de un modo que le resultaba muy agradable, pero lo dejó -. No, vamos a relajarte, Horny, vamos a relajar cada músculo de tu cuerpo. Vas a estar totalmente relajado, y empezaremos con tus pies. Ya puedes notar cómo los dedos de tus pies están relajados, y...

Se sentó, tieso de un salto.

- ¿Qué infiernos estás haciendo?

- Sólo te estoy relajando, Horny - le dijo ella con dulzura -. Aprendí a hacerlo en la universidad. Realmente no se trata de hipnotismo, sino de una especie de sugestión. ¿Notas relajados los dedos de los pies? Y las plantas de tus pies, también ellas están quedando relajadas, y tus tobillos...

- ¡No quiero ser hipnotizado!

Ella le soltó y de nuevo se sentó ante la mesa.

- De acuerdo, cariño - dijo -. Vamos a probar otra cosa. Quizá lo que tendrías que hacer es hablar de todo ello. Dime qué es lo que te tiene tan tenso.

Hake tragó el resto de su vaso, tendió la mano hacia la botella, pero se contuvo.

- No quiero más vino. Quiero un poco de café.

- Eso aún te va a poner mas tenso, Horny.

- ¡Necesito estar tenso! ¡Y tú te vas a marchar de aquí esta no... mañana por la mañana, a lo más tardar! - añadió.

- Claro que sí. Lo que tú digas, cariño - dijo, mientras ponía agua a calentar para el café -. Bueno, si ésta va a ser la última noche que vamos a pasar juntos hagámosla placentera, ¿vale? ¿Quieres ver los folletos de viaje que he cogido?

- En lo más mínimo - negó él.

- No, el viaje de otra persona nunca le resulta interesante a uno, ¿no es así? - Le sirvió café y se lo trajo. Determinada a seguir con la conversación, preguntó -. ¿Va a venir Art esta noche?

- No.

- Oh. Es buena compañía para ti, Horny. Realmente deberías tener más amigos. - Al ver que no respondía, lo intentó de nuevo -. ¿Crees en la teleportación, Horny?

- ¡Oh, Dios! ¡Ya es bastante oír hablar de eso a Jessie!

- Bueno, es que sucede una cosa curiosa. No dejo de ver a la misma persona por todas partes. Estaba fuera esta mañana, y estaba sentado en un banco del paseo cuando regresé del supermercado, y luego estaba en un coche aparcado justo frente a la casa, mientras te estaba esperando. Y lo curioso es que no pudo hacer todo eso, Horny, no tenía bastante tiempo para ir de un lugar a otro.

- Probablemente no te fijaste bien. No tenías motivos para hacerlo.

- Sí, sí que me fijé. Incluso puedo decirte el aspecto que tenía. Era un hindú, o quizá un pakistaní. Joven, bastante atractivo, en cierto modo...

Hake dejó su café.

- ¿Acaso uno de ellos tenía una cicatriz en la cara?

- Bueno... quizá. No lo observé tan de cerca, pero, sí, creo que sí. ¿Qué es lo que sucede?

- Límitate a relajarte - dijo Horny, poniéndose en pie -. Quiero echar un vistazo por ahí.

Pero no había señales de ninguno de los gemelos Reddi por parte alguna, ni frente a la casa parroquial ni a los lados ni detrás. Hake permaneció en la oscuridad del porche durante largo rato, contemplando todo lo que se movía por la avenida. Coches, algunos chicos de la escuela superior, una pareja de ancianos que avanzaba titubeante hacia su residencia para personas de la tercera edad. Nadie que tuviera aspecto de conspirador.

Cuando regresó al interior de la casa, Alys se hallaba en su despachito privado, con aspecto de no entender nada.

- ¡Horny! ¿Te importaría decirme qué es lo que pasa?

- Siéntate, Alys. Sí, me importa, pero de todos modos te lo voy a decir.

Fue hasta el baño y abrió la ducha, cerrando la puerta tras de sí. De vuelta al despachito se sentó frente a ella.

- Tendrás que hacer una de dos cosas antes que nada, Alys. Tendrás que prometerme que vas a tener la boca cerrada acerca de lo que te voy a contar, o tendrás que irte ahora mismo.

- ¡Oh, Horny! - se asombró ella, obviamente encantada.

- ¡Maldita sea! ¡Te estoy hablando muy en serio!

- ¡Te lo prometo!

- Tú acostumbrabas a dar las clases de arte y deportes en la escuela dominical; ahora puedes ayudarme. Para empezar, lo que viste no era un hombre, eran dos. Son mellizos y son los que hicieron estallar mi coche. No se andan con chiquitas: ellos fueron los que me causaron la mayor parte de los moretones, y si supieran lo que estoy haciendo probablemente aún me darían más palos.

- ¡Horny!

- En segundo lugar - prosiguió -, yo no sabía dónde estaba Leota; pero ahora que lo sé, voy a rescatarla. Sabes que estoy metido en un asunto secreto... bueno, será mejor para

ti que esto sea todo lo que sepas. Pero voy a correr un riesgo e ir de El Cairo a Al Halwani pasando por el sitio ese donde vive el jeque, y voy a sacar a Leota de allí.

- ¡Eres tan ingenuo, Horny! ¿Cómo vas a hacer una cosa así?

- No lo sé, pero lo haré. Quizá incluso lo pueda hacer de un modo legal. Hassabou no tenía derecho a llevársela con él de Italia, eso está claro en el contrato de venta, así que ha violado la ley. De todos modos... lo voy a hacer. Pero tendré que preparar algunos documentos antes de irme, y ahí es donde tú puedes echarme una mano. Yo no tengo mucho talento para esas cosas. Ven conmigo a la otra oficina.

Mientras estaba abriendo la caja fuerte de la iglesia, le dijo por encima del hombro:

- No tienes por qué hacer esto. Sin contar a los Reddi, hay otros riesgos. Podrías tener problemas con... con la gente para la que trabajo.

- ¿Te refieres al gobierno? - dijo ella, asintiendo con la cabeza -. Dime una cosa: ¿acaso tú mismo no te vas a ver en problemas con ellos?

- Quizá sí. Pero voy a llamar por mi retrete y... ¡oh, esa parte no te interesa! Alys, lo que voy a hacer es dejar un mensaje diciendo que me fui pronto porque los Reddi amenazaban mi vida.

Creo que eso puede cubrirme..., aunque la verdad es que no me importa un pimiento.

Había sacado el equipo para falsificar documentos.

- Veamos, tengo que cambiar la fecha del visado egipcio. Llamar a la PanAm y conseguir una plaza para el primer vuelo a El Cairo. ¿Debería cambiar el pasaporte a otro nombre? Quizá tendría que hacerlo, o...

Alys le tomó la mano.

- Horny...

Él la miró, irritado por la interrupción.

- ¿Qué...?

- Llévame contigo.

Se sintió tan asombrado que se olvidó de irritarse.

- ¡Eso es ridículo, Alys!

- No, no lo es.

- Es imposible.

- Tampoco es imposible. Si puedes falsificar documentos para ti, también los puedes falsificar para mí. Y Leota fue amiga mía durante mucho más tiempo de lo que lo ha sido tuya.

- Olvídalo, Alys. Es peligroso.

Se inclinó hacia adelante cariñosamente y colocó su mejilla pegada a la de él.

- y también es muy emocionante, Horny. ¿Sabes de qué has estado hablando? ¡Has estado hablando del sueño secreto de toda mi vida, eso es! De jeques que se llevan raptadas a sus mujeres sobre corceles blancos. ¡De hombres de verdad!

- Lo más probable es que si han de llevarse a alguien lo hagan con un buggy a hidrógeno - resopló él -. Y esos hombres de verdad hacen cosas muy curiosas a sus mujeres de verdad.

- Oh, Horny. - Ella se echó hacia atrás y lo miró con emoción -. Horny, cariño, ¿es posible que creas que no sé manejar a un hombre? Quizá otras cosas no sepa, pero ésa sí, créelo. Así que considéralo todo arreglado. Te echaré una mano con esos documentos... Pero, Horny, tengo que hacerte una aclaración acerca de esa clase que yo daba en la escuela dominical: era Jim Tally quien les enseñaba arte, yo era la instructora de judo. Pero si Jessie Tunman puede falsificar un pasaporte, también puedo hacerlo yo.

III

El piloto egipcio, que ya no era tan joven, se agitó en su asiento, mascullando algo. Estaba señalando hacia el desierto y aunque Horny estaba recordando poco a poco su oxidado árabe, no entendió la mayor parte de lo que decía.

- Usted dedíquese a conducir este aeroplano - le ordenó. Por el modo en que el árabe llevaba el pequeño turborreactor, Hake sospechaba que habría tenido su primer entrenamiento de vuelo en MIGs, dado por instructores soviéticos antes de la guerra del Yom Kippur.

- ¿Qué es lo que está tratando de decirnos? - preguntó Alys a la oreja de Hake. - Éste se alzó de hombros.

- Algo acerca de que el viento es malo. Creo que habla de eso que hay ahí abajo. - Ambos tendieron sus cuellos para mirar hacia abajo. Las Tierras Baldías, desde luego, estaban vacías. Era un desierto rocoso, en el que ni siquiera se veía un rebaño de cabras o las tiendas negras de un campamento beduino. Pero algunas partes del terreno eran de un curioso color, verde amarronado, y estaban extrañamente desenfocadas, como si una neblina oleaginosa cubriese los raquíuticos matorrales.

- Quisiera que este avión tuviera lavabo - dijo Alys. Estaba interpretando de un modo magistral el papel de la turista yanqui aburrída. Hermosa. Elegante con su vestido de tres piezas y pantalones cortos grises y un toque de seda color escarlata al cuello.

Era una vestimenta totalmente inadecuada para las Tierras Baldías, pero por eso mismo totalmente adecuada para alguien que quería dar la impresión de ser una turista que no sabe cómo debe vestirse.

A Horny se le ocurrió que su nervioso aburrimiento quizá no fuese del todo fingido. Era totalmente posible que tuviera sus dudas acerca de lo correcto que había sido para ella embarcarse en aquella aventura egipcia. La noche anterior en el hotel de El Cairo, con ambos aplastados por el jet lag y el cansancio, ella había yacido muy rígida junto a él en la enorme cama doble de la habitación. Cuando él se había movido para tocarla, más por simpatía que por lujuria, ella se había apartado, irritada, de un tirón. Podía comprender sus quejas, pues cuanto más se acercaban a Abu Magnah, más quejas se le ocurrían a él. Lo que había parecido fácil desde medio mundo de distancia iba pareciéndoles más y más difícil de cerca.

- ¿Qué está haciendo ahora ese débil mental? - preguntó ella.

El piloto se había desabrochado el cinturón de seguridad y estaba acercándose, tambaleante, hacia ellos. En árabe egipcio les gritó:

- El oasis estará a la vista dentro de un minuto. ¿Han visto las langostas? - Hake se volvió a mirar por donde habían venido, pero el ángulo del ala le tapaba la vista -. Lo lamento si se lo perdieron - sonrió el piloto -. Ahora abróchense los cinturones, pues si Alá lo quiere vamos a empezar nuestro descenso siguiendo las instrucciones para el aterrizaje.

Regresó ante los controles y un momento después, cuando recuperó el mando manual, el avión inclinó un ala y empezó a girar hacia la izquierda.

Mientras el tren de aterrizaje gruñía y se fijaba en la posición adecuada, Hake tuvo su primera visión de Abu Magnah.

Era mucho más de lo que se esperaba: parecía como el símbolo olímpico de los círculos entrelazados, pero a gran escala... unos discos inmensos de un par de kilómetros de diámetro. Eran círculos de irrigación, y allá donde se interconectaban no había un racimo de tiendas y palmeras, sino una verdadera ciudad. Amplios caminos se abrían por entre los campos labrados de las granjas, casi desprovistos de tráfico.

Hake tenía la idea de que Abu Magnah era un lugar de placer privado del jeque Hassabou, pero era mucho más que eso. Al menos había cincuenta edificios con forma de domo y de un níveo color blanco dispuestos como las manzanas de una ciudad; minaretes y mezquitas en blanco y oro y colores más oscuros, un edificio extenso, parecido a un par de fichas de dominó unidas y con un signo de hotel encima; y allá fuera, en los círculos de irrigación, rodeados por muros, se veían dos o tres palacios de los de cuento de hadas, con jardines y piscinas. El conjunto resultaba encantador. Y parecía bastante nuevo. Había pocos árboles, porque Abu Magnah no era lo bastante antiguo

como para que hubiera árboles, aunque el brillante verde de los plantíos mostraba dónde algún día habría bosquecillos de pinos, y una dispersión de colorido gris verdoso prometía olivares. Al borde de un gran círculo al norte de la ciudad, marrón oscuro, de tierra húmeda sólo ligeramente tachonada por los inicios de algún tipo de cosecha, había una torre rectangular más alta que ninguno de los minarettes. El andamiaje mostraba que aún se hallaba en construcción. Entonces, el aeroplano picó y cambió de dirección, y una pista se alzó para recibirlos.

Pasaron por las poco serias formalidades de aduanas y el piloto estuvo esperándoles en la camioneta del hotel.

- Págüenme ahora, por favor - dijo.

- No; ¿por qué iba a hacerlo? - contestó Hake -. Aún nos tiene que llevar al sur.

- Porque si me pagan aquí con su tarjeta de crédito será en la moneda del jeque, que está ligada al franco suizo. Además, ¿cómo sé que no se van a marchar sin pagarme?

- Bueno... - dijo Hake, molesto, pero Alys Brant se colocó entre ambos.

- Ni hablar de eso - dijo ella con firmeza, y se llevó a tirones a Hake al interior de la camioneta -. Oh, Horny - suspiró, mientras se acomodaba -, siempre dejas que la gente se te imponga. Aunque debes de tener mucho encanto personal porque, de lo contrario, ¿cómo me habría dejado yo convencer para participar en este plan de locos?

Haciendo un esfuerzo, no contestó. Apretó los dientes y miró por la ventanilla de la camioneta. No había mucho tráfico, aparte de ellos; no adelantaron a ningún vehículo más que a una enorme máquina que parecía un quitanieves y que resultó ser un barredor de arena. Pero la amplia ruta estaba peraltada como una autopista. Quizá no fuera muy utilizada, pero estaba claro que, cuando la usaban, los conductores querían ir deprisa. Y mientras pasaban junto a uno de los recintos vallados, el aire caliente trajo, a través de las abiertas ventanillas de la camioneta del hotel, lo que parecía ser el sonido del agua que corría. ¿Una cascada? ¡En medio de las Tierras Baldías!

Una locura, pero una locura formidable. Estaba rodeado por muestras de riqueza y de poder y, ¿quién era él para oponerse a esas demostraciones? Y eso sin contar con ese otro poder formidable para el que trabajaba, un poder con el que, más tarde o más temprano, tendría que vérselas.

- Ahlah wa sahan - dijo el conserje, que iba muy formalmente vestido, cuando llegaron al mostrador, ofreciéndoles una pluma.

- Inshallah - respondió educadamente Hake. Firmó, con un ojo en la firma del pasaporte para asegurarse que la hacía bien, tras lo que los llevaron a su suite. Tenían a tres botones para llevarles las cuatro pequeñas maletas que constituían su equipaje.

- Tengo que hacer algunas compras - le susurró Alys en el ascensor Y luego todos los botones parecieron muy atareados, abriendo y cerrando cortinas, comprobando el funcionamiento de los grifos, chapados en oro, del cuarto de baño, ajustando el aire acondicionado, hasta que Hake le entregó a cada uno de ellos una moneda de cincuenta riyals. Cerró la puerta tras ellos, se quedó pensativo por un instante y luego comenzó a rebuscar por los cajones del escritorio hasta que encontró, primero, un ejemplar del Corán y, luego, lo que andaba buscando: un pequeño volumen, encuadernado en cuero con guardas doradas, que era el listín telefónico de Abu Magnah. La escritura arábiga le resultó fácil de leer, al ir surgiendo en su mente los recuerdos de su niñez a medida que los iba necesitando. Aunque, en realidad, no lo estaba leyendo. No sabía lo que andaba buscando y en lo que pensaba era en lo frágil de sus planes: 1, ir a Abu Magnah; 2, rescatar a Leota; 3, pensar en qué hacer luego. Incluso como simple intención estratégica generalizada carecía de enfoque. Y por lo que se refería a la táctica... ¿dónde empezaba uno el paso 2? Incluso le había parecido allá en Long Branch, que lo único que tendría que hacer era presentarse en la comisaría local de policía y denunciar el secuestro. Pero en aquella ciudad del oasis, feudo de Hassabou y sus parientes, no había ni la más remota esperanza de poder seguir aquel camino.

Alys salió del baño, le sonrió y comenzó a deshacer las maletas: sus cosméticos en hilera en el tocador, sus artículos de aseo en el baño, su ropa en los cajones superiores del armario mayor.

- Si me dejas una de tus tarjetas de crédito - le dijo -, esta tarde me haré con todo lo demás que necesito. Puedes poner tus cosas en el otro armario.

- No te acomodes demasiado - dijo él; vamos a estar aquí tres días a lo sumo.

- Pero mientras estamos aquí, vale la pena estar lo más confortable posible. No te preocupes, Horny, puedo volver a meter todas estas cosas en las maletas en dos minutos... quiero decir, si al fin decides qué es lo que tenemos que hacer, claro.

- Muy bien. - Se alzó y miró por la ventana. A pesar del calor que hacía, las calles estaban llenas de gente, una Liga de las Naciones del mundo árabe. Algunos de ellos podrían ayudarle, ¿no? Un poco de baksheesh, un astuto jugar con las antiguas deudas de sangre... Podía ver a jordanos y yemeníes, incluso a un beréber de los Ait Haddibou, con su albornoz blanco y su turbante. Lo único que tenía que descubrir era cuáles eran los adecuados para entrar en contacto con ellos. Su experiencia previa como espía y saboteador no le era de gran ayuda, pues le había llevado a una especie de convicción, «a lo James Bond», de que en algún punto del camino desde el aeropuerto, o en el vestíbulo del hotel, algún curtido mercader mediterráneo o deferente anamita haría autostop, o le pediría fuego, y resultaría ser un aliado. No había sido así. Estaba solo.

- ¿Qué son estas cosas, Horny? - Alys había acabado de deshacer sus maletas y había empezado con las de él, y estaba mostrándole unas microfichas y cintas magnetofónicas.

- Oh, eso. Me había olvidado de que estaban ahí. - Las había llevado a Texas y luego a Italia después de que Art el Increíble se las hubiera dejado, y nunca las había estudiado. Ahora no parecían poder serle de mucha ayuda.

- Uh, uh. - Ella las puso en uno de los cajones de arriba, lo cerró y se sentó, para mirarle fijamente -. Veamos, no me has dicho qué es lo que vamos a hacer ahora, pero quizá pueda imaginarlo. Dado que se supone que somos turistas, debemos hacer una visita. Debemos estudiar este lugar y ver cómo podemos llegar hasta Leota. En el vestíbulo deben de vender postales y quizá tengan un mapa. Apuesto a que podemos reunir un montón de información, sólo yendo por ahí a ver las vistas. Y luego, por la noche, ya estaremos en disposición de trazar un plan, ¿me equivoco?

Hake estudió su rostro inocente durante un momento; luego sonrió.

- Has dicho justamente lo que yo pensaba - dijo -. Vamos.

En donde se juntaban las dos alas del hotel, el arquitecto había colocado un restaurante giratorio. Comieron aquella noche en esa torre y, mientras el local giraba, Hake podía ver el palacio del jeque, iluminado por focos rosas y azules, bajo el brillante cielo del desierto. Ahora que lo había visto de cerca le parecía más formidable que nunca... Pero quizá, pensó Hake, sólo fuera que estaba muy cansado.

Había sido un día agotador. Alys había encontrado postales y mapas con facilidad. Tras diez minutos desesperantes de hablar con el conserje de visitas en autocar, y ver que ninguna de ellas iba a los sitios que ellos querían, Hake no había hallado el modo de explicar por qué querían ver unos sitios determinados sin descubrir más de lo que deseaba... Habían ido hasta la puerta del hotel y allí habían sido asediados por los taxistas, encantados por la idea de ser contratados para toda una tarde de dar vueltas viendo vistas. Hake había elegido a un armenio musulmán llamado Dicran (que era el que probablemente menos descubriría algo raro en su árabe, que aún estaba practicando), y habían rodado en coche durante unas tres horas. El comentario, hecho sobre el hombro por Dicran, había sido un enorgullecerse de todo lo que él consideraba romántico o extraño: los blancos camellos mughathir que pasaban por el camino, montados por la policía local; las mezquitas para los musulmanes sunitas, chiitas y alauitas; las iglesias para los drusos, derviches y... sí, incluso cristianos. Pero lo que más le había enorgullecido había sido mostrarles el palacio del jeque Hassabou desde la carretera que

pasaba junto a sus muros y hacerles la confidencia, sonriendo, de la existencia de verjas electrificadas en el interior de lo que parecían ser verdes setos que rodeaban el harén. Por no hablar de las alarmas de infrarrojos y los guardas armados en todas las puertas. Había insistido en que visitasen un aipursuq (Hake había estado interrogándose sobre la palabrita durante un rato hasta que, con una carcajada, había reconocido su significado: «supermercado»), para que allí comprasen las granadas, higos y pepinos locales; y después habían hecho una merienda campestre sobre verdadera hierba, justo al otro lado de la carretera, frente al mismo palacio.

Dicran había sido una verdadera mina de información; pero, cuando la unían toda, ¿cuán más cerca estaban de rescatar a Leota? ¿O de trazar un plan?

No mucho.

Pero allá, en público, con el camarero jefe trayéndoles inmensos menús al estilo antiguo, tampoco podían hablar de ello. Y siempre cabía la posibilidad de que se les ocurriese algo. Mientras el camarero se alejaba señorial, Alys se inclinó hacia Hake y le siseó al oído:

- ¡Usa pintura de ojos!

- Eso se llama kohl, Alys. Y no quiere decir que sea marica. Lo necesitan para protegerse los ojos del sol.

- ¿Por la noche? - Ella le hizo un guiño y volvió su atención al menú.

Al menos ella estaba pasárselo bien, especialmente se lo pasaba bien mirando sobre el menú al palacio azul y rosa de Hassabou. Le parecía entonces que le fallaba el aliento. Y no era por miedo, sino por la excitación. Había algo en la idea de ser propiedad de alguien que la emocionaba. Pensó que casi envidiaba a Leota, pero, mientras leía el menú, lo único que dijo fue:

- ¿Crees que la trucha será fresca?

Lo era, y eso que no podía venir de ningún lugar más cercano que los Pirineos. Como también lo era el caviar iraní con el que empezaron, y el vino era un graves de un renombrado château.

Alys pidió con la precisión y arrogancia del turista habitual. Calculando mentalmente el coste de la comida, Hake dio gracias a su Dios, fuera el que fuese, por no tener que pagarlo.

Comprendía al menos una de las razones por las que Yosper y los otros disfrutaban con su trabajo. Era difícil recordar que ser parco era ser virtuoso, cuando uno no tenía que pagar las facturas... cuando, de hecho, con su complicado jugar con programas de ordenador y tarjetas de crédito, cada gasto acababa por ser pagado, involuntariamente, por el enemigo; de modo que cada extravagancia era una nueva bofetada que le daban a la cara.

Vivir como un millonario era una experiencia nueva para Hake, y le resultaba casi inmoralmemente placentera. Pero no era nada, en comparación con el estilo de vida del jeque Hassabou. Abu Magnah no era una posesión suya; pero sí lo era, hasta el último centímetro cuadrado, de su familia. Los palacios de ésta eran la docena de otros que estaban desperdigados en derredor de las áreas irrigadas; pero el suyo era el más grande, el principal, aquel donde estaba la sede del poder. ¡Y qué poder! Donde antes no había sino una charca, embarrada y poco profunda, buena sólo para que bebiesen los camellos, y unos árboles enanos, había creado un mundo.

Los círculos de irrigación que daban vida a Abu Magnah podrían haber sido construidos en cualquier época. Pero nadie, antes de Hassabou, había estado dispuesto a pagar el precio. Bajo las rocas y los matorrales había un océano de agua fósil... algo mala de sabor, sí, pero fría y suficiente para la irrigación, e incluso potable si uno no era demasiado exigente. Lo malo era que estaba a un kilómetro de profundidad, por lo que cada litro llevado a la superficie costaba una pequeña fortuna. ¡Un derroche de energía! Y en una escala más amplia que lo que Hake jamás hubiera soñado. El jeque había

descubierto el antiguo oasis, lo había comprado y había perforado hasta el lago subterráneo para recrear, en plenas Tierras Baldías, aquellos jardines y palacios de Al Halwani en los que había jugado de niño. Lo único que se había necesitado para ello era energía. Y la energía sólo precisaba dinero. El dinero suficiente para comprar su propio generador de plutonio... que pronto sería reemplazado, tal como Dicran les había dicho, por la nueva torre solar que estaban construyendo al norte de la ciudad. Y, una vez se tenía la energía, emplearla para bombear el agua de abajo. Dinero para destilar el agua destinada a beber, y para trazar los círculos de irrigación por los que esa agua correría por el desierto, para que los aspersores circulares pudieran hacer florecer ese desierto. Dinero para traer en camiones el mármol y el acero con que construir sus palacios, para dar subsidios y alojar a los palestinos, saudís y beduinos que trabajaban la tierra en los círculos y hacían funcionar la ciudad, para contratar a sus propios muecines para que cantasen las horas de oración y para alzar los minaretes desde los que lo hacían. Dinero para comprar una mujer que le había apetecido y para sobornar a la policía para que mirase en otra dirección mientras él la raptaba y la traía aquí. ¿Una mujer? Quizá tuviese un centenar. Los guiños y sonrisas lujuriosas de Dicran eran bastantes para un millar.

Y dinero lo había. Durante más de una generación el oro de Occidente había rodado hacia el Próximo Oriente para pagar el petróleo. El petróleo se había convertido en capital. El capital había comprado hoteles y fábricas de automóviles y editoriales y miles de kilómetros de terreno, parte de él terreno edificable en Nueva York y Chicago y Tokio y Londres. E incluso cuando el petróleo había desaparecido, el capital había permanecido y se había ido regenerando, y había seguido llenando sus arcas con dinero. A esto se iba a enfrentar Hake.

Contra todo ello, ¿de qué fuerzas disponía él?

Tenía algunas. Las habilidades, en latrocinios y artes marciales, que había adquirido bajo el alambre. Los códigos y tarjetas que le permitirían aprovisionarse de los fondos secretos de una docena de potencias industriales. Y su propia determinación.

Las fuerzas no estaban equilibradas, pero para su objetivo limitado, rescatar a una única prisionera... quizá fueran suficientes. Eso si era lo bastante buen estrategia como para desplegarlas adecuadamente.

Con todo aquel dinero, ¿acaso no podría conseguir un aliado o dos? ¿Un policía corruptible? ¿Un palestino con parientes aún confinados en la orilla occidental del Jordán? ¿Quizá incluso uno de los guardas de Hassabou?

¿Pero cómo, exactamente, lograba uno eso?

Y sólo le quedaban dos días.

Tomaron el café y el brandy en la terraza del techo, justo en el exterior de la torre giratoria. Eran los únicos que estaban en las mesas situadas alrededor de la piscina y, obviamente, el barman pensaba que estaban locos. El aire nocturno seguía cálido. La arena hacía que la superficie de su mesa estuviera rasposa, a pesar de las muchas veces que le pasasen una servilleta. Pero, al menos, podían hablar libremente.

Alys no estaba de humor para conspirar.

- Ya se te ocurrirá algo, cariño - dijo estirándose de un modo lánguido y atisbando en dirección al oscuro desierto - Y, Horny, ¿no es esto mucho mejor que esa mierda de Long Branch, en New Jersey?

Bueno, en cierto modo así era. En algunas cosas Hake aún era muy inexperto, un jovencito recién nacido de la silla de ruedas. Pero la oscuridad bajo las estrellas del horizonte le parecía menos hermosa que amenazante.

Alys se llevó la copa de balón a los labios y luego la apartó con rapidez.

- ¿Qué sucede? - inquirió Hake.

Ella se estaba riendo:

- Hay cosas en este sitio que son iguales que en Long Branch - anunció -; hay un bicho en mi brandy.

Hake se despertó con la luz de una linterna brillándole en los ojos. Una voz que no había esperado oír le dijo:

- No se mueva, no toque nada.

Una mano palmeó sin miramientos su cuerpo y buscó bajo la almohada. La luz dio la vuelta a la cama e hizo lo mismo con Alys, haciéndole despertarse con sobresalto. Luego la luz se retiró.

Hake no podía ver más allá de ella, pero recordaba la voz.

- Hola, Reddi - dijo - ¿cuál de los dos es usted?

Se encendieron las luces de la pared, revelando al delgado y moreno hombre que les apuntaba con una pistola pequeña y mate.

- Soy el que está muy dispuesto a matarle, Hake. No me gusta tener que seguirle al otro lado del mundo.

- Bueno - comentó Hake -, realmente no quería causarles ningún problema.

Se frotó los ojos y se sentó. Junto a él, Alys estaba despierta pero en silencio; estaba contemplando con gran interés todo aquel entretenimiento, esperando a ver qué surgía del mismo.

La pistola estaba en la mano derecha del hindú y éste tenía una cicatriz sobre su ojo: era Rama Reddi.

- ¿Cómo me ha encontrado, Rama? - preguntó Hake, en tono de conversación.

- No fue difícil imaginar que usted vendría a ver a Leota - le dijo el hindú -. Especialmente visto que se llevó con usted a su vieja compañera de escuela. Llegué al mismo tiempo que usted a El Cairo, y me adelanté hasta aquí con un reactor privado; ya estaba en el aeropuerto cuando usted llegó.

- No le vi - Hake no esperaba una respuesta a esto, y recibió lo que esperaba. Bajó las piernas por sobre el borde de su lado de la cama y dijo: - ¿Le importaría si me levanto y me hago un poco de café antes de que continuemos con esto? Tengo café instantáneo en el baño.

- ¿Sí? ¿Y qué más, Hake? Me resulta más cómodo mantenerlo donde está.

Alys se movió.

- ¿Y suponiendo que una tenga que hacer pis, como me ocurre a mí?

Rama Reddi la estudió por un momento, luego fue al baño. Atisbó en el interior, entró, rebuscó entre el montón de toallas, abrió el botiquín. No abandonó la puerta y la pistola siguió clavada en ellos.

- De acuerdo, señora Alys Brant - le dijo -. Tenga en cuenta que esta pistola no hace ruido, y que no tengo ninguna razón especial para no matarles a los dos, visto que Hake ha decidido no cumplir el acuerdo al que llegó con mi hermano y conmigo.

- ¡Hey, aguarde un momento! - exclamó Hake -. Yo no he roto nuestro acuerdo; y si alguien tiene derecho a estar cabreado, soy yo... ¿por qué tuvieron que volar mi coche?

- Entonces, ¿sigue en pie nuestro acuerdo? ¿Trabajaré con nosotros?

Hake se frotó la barbilla.

- Bueno... ¿Me ayudarán a sacar a Leota del harén?

- Desde luego que no. ¿Es que aún no ha comprendido que mi hermano y yo no somos amateurs ni patriotas? No tenemos ningún cliente que nos pague para hacer eso.

- Yo seré su cliente. Les pagaré con información... Para empezar, les hablaré de la misión en que trabajo ahora. Es algo grande y en ello intervienen al menos veinte agentes de la Agencia...

- Sí, es en Al Halwani y se trata de sabotear la instalación de energía solar - asintió Reddi. Hizo una pausa, observando cuidadosamente a Alys cuando salía del baño. Llevaba un vaso de café instantáneo para Hake, envolviéndolo con una toalla para protegerse del calor. Cuando Reddi estuvo seguro de que no había sorpresas en la toalla, prosiguió -. Tampoco tengo cliente para eso, Hake. No me interesa.

- No sabía que ya estaba informado de eso - dijo Hake, algo hundido - Pero seguro que es muy valioso. Tengo un mapa del sitio, puedo obtener los planos, incluso llevarle conmigo... quizá. Seguro que puede venderle esos secretos a alguien.

El hindú le miró con aire de incredulidad.

- Si desease hacer eso, ¿para qué iba a ir tan lejos? Y sigo sin tener cliente.

De repente, Alys dijo:

- Horny se ha ofrecido a ser su cliente.

- No nos interrumpa, a menos que tenga algo inteligente que decir, señora Brant. ¿Cómo nos iba a pagar?

- Puede sacar dinero del sistema de ordenadores de crédito. Montones de dinero. ¿No es así, Horny?

- Claro que puedo, Reddi. Les daré... ¡cien mil dólares!

Reddi se dirigió a una silla que había junto a la cama y se sentó, el arma descansaba ahora sobre su regazo.

- Al menos, ésta es una idea nueva. Quizá valga la pena discutirla. - Se quedó en silencio durante un momento, luego sacó un sobre de su bolsillo y se lo tiró a Hake.

- Tenga - dijo -, por el momento le hago este favor.

El sobre contenía tres fotografías de una mujer con ropa de harén y un velo cubriéndole el rostro. ¡Era Leota!

Aunque la cosa que Hake más recordaba de Leota era que parecía una mujer distinta cada vez que la veía, ésta era una nueva variedad de esa diferencia. Llevaba puestos brazaletes de oro, un corpiño ajustado y abombados pantalones de gasa y, bajo los mismos, parecía usar unas curiosas medias estampadas de colorines. Dos de las fotos la mostraban saliendo de un enorme y antiguo Rolls Royce quemagasolina; en una de ellas, en furiosa discusión con un chófer negro, con librea y daga al cinto. La tercera, que Hake estudió cuidadosamente, la mostraba sentada a una mesa con otra mujer, y tras ella se veía un ventanal que le era familiar, y que se abría a una vista de tejados.

- ¡Esto es aquí mismo, en el hotel! - exclamó.

Reddi asintió con la cabeza.

- Me resultó muy divertido ver que ella estaba aquí, mientras ustedes la buscaban por toda la ciudad. He hecho esa foto esta tarde. Ella viene aquí a veces a tomar el té.

- ¿Quiere decir que puede salir de allí?

- No por eso es libre - afirmó el hindú -. Siempre la acompaña un guardaespaldas, Hake. Y ese brazalete que lleva en el brazo izquierdo es una radio; gracias a ella la pueden localizar en todo momento y pueden escuchar sus conversaciones. No obstante - prosiguió -, dejé que me viese. Por consiguiente, ella está alerta, para el caso de que yo decidiese ayudarle en esto.

- El precio son cien mil dólares - recordó Hake.

- Oh, eso por lo menos - dijo el hindú, estudiando a Hake. Tras un momento, prosiguió -. Resulta usted asombroso, Hake. Desde lo de Munich se ha vuelto mucho más sofisticado. Aunque se le escapan muchas cosas que resultan obvias. Por ejemplo, cuando llegó volando tuvo que ver la instalación solar que el jeque Hassabou está construyendo aquí, pero no reconoció lo que vio. Y en cambio, está usted usando los recursos de la Agencia, y no en pequeñas cantidades, para sus propios fines. Eso me hace suponer que tiene usted un método para saltarse la seguridad de la red de ordenadores. Tendré que hablar con mi hermano pero... Sí, eso sí que sería una cosa valiosa para nosotros, Hake.

Hake echó una mirada de reojo a Alys y luego eligió cuidadosamente sus palabras:

- Suponiendo que pudiera decirles dónde hallar los programas y las palabras - código y ayudarles a, esto, robarlos.

- ¿No puede darme eso usted mismo?

- No lo tengo, pero sí los tienen Yosper y Cascarrabias, y ellos estarán en Al Halwani.

Reddi acarició el cañón de su pistola con la mano derecha, con aire contemplativo.

- Creo que me está mintiendo - dijo.

- ¡No! ¿Para qué iba a hacer eso? Háblelo con su hermano, podemos hacer un trato.

- Oh, claro que hablaré con él, Hake. Pero ahora quiero que se tiendan ambos boca abajo, sobre la cama.

Los pelillos de la nuca de Hake se pusieron tiesos.

- Escuche, Reddi...

- ¡Ahora!

Hake dejó su vaso de café y, de mala gana, se unió a Alys en la cama. Oyeron a Reddi cruzar la habitación. La luz se apagó. La puerta se abrió y se cerró. Alys se sentó inmediatamente.

- ¿Qué infiernos pretendes al mentirle a ese hombre, Horny? ¿Es que quieres que nos maten?

Hake respiró profundamente, tratando de aceptar el hecho de que ambos seguían con vida.

- Lo que estoy tratando es de evitarlo - explicó -. Piénsalo un poco, Alys. Supónte que les doy las palabras código y les digo que la huella de mi pulgar abre el canal. ¿Qué es lo que supones que sucedería después?

- Bueno... si había hecho un trato con nosotros...

Hake negó con la cabeza.

- Ya no tendría nada más que ganar. Se largaría con las tarjetas y los códigos... y con mi pulgar.

- ¡Horny! ¿Cómo iba a hacer eso?

- Lo haría. Vuelve a dormirte, Alys. Vamos a necesitar estar descansados, porque esto vamos a tener que hacerlo solos.

Pero él durmió mal. Por dos veces se despertó al sonido de sirenas lejanas y lo que sonaba como campanillas de los bomberos y, la segunda vez, le pareció que oía el tamborileo de la lluvia contra los cristales. ¡Lluvia! Naturalmente que no. Aún era de noche y se obligó a mantener los ojos cerrados.

Hasta que Alys le susurró suavemente al oído:

- ¿Horny? Horny, por favor, despiértate y explícame lo que está pasando.

Apenas si brillaba la primera luz del día. Ella señalaba hacia la ventana, que parecía estar cubierta por grandes y aceitosas gotas negras. Las sirenas aún sonaban y también un pitido ululante que parecía una alerta de ataque aéreo. Se levantó y se acercó a la ventana.

Las aceitosas gotas no eran gotas de lluvia. Eran insectos, centenares de ellos, que tamborileaban contra la ventana y caían al pequeño repecho que había debajo. Todas las plantas ornamentales que había en la ventana estaban cubiertas por ellos, las flores invisibles bajo los cuerpos del centenar de insectos que cubrían cada una de ellas, los tallos doblándose hasta la tierra de abajo.

- Langosta - musitó Hake.

- ¡Qué asco! - dijo Alys, fascinada -. ¿Son los mismos bichos sobre los que volamos?

- Supongo que sí. - Ella se hallaba en pie junto a él, estremeciéndose por la emoción.

Mirar a través de la ventana era como hacerlo al interior de uno de esos pisapapeles con copos de nieve, a excepción de que los copos eran verdes y de color marrón oscuro. Ahogaban el desierto con sus cuerpos. Hake podía ver el edificio del otro lado de la calle y, apenas, el minarete que había a algunos centenares de metros. Más allá, nada, sólo los millones y miles de millones de insectos.

Fuera, en los pasillos, los altavoces de música ambiental del hotel estaban murmurando en diversos idiomas. Hake abrió la puerta. Alys escuchó y le dijo:

- Es en francés. Algo acerca de que han captado por el radar la masa central de la plaga... que está dos kilómetros al norte y se aproxima a veinte kilómetros por hora. Pero, si esto no es la masa principal, ¿qué es?

- A mí no me lo preguntes. No había langostas en el kibbutz.

El altavoz carraspeó y comenzó a hablar de nuevo. Esta vez en inglés:

- Señoras y señores, queremos advertirles de la plaga de langosta. No son en ningún modo peligrosas o dañinas para nuestros huéspedes, pero, por su propia comodidad, les rogamos que permanezcan en el interior del hotel. El enjambre principal se halla aproximadamente a unos dos kilómetros de distancia, y llegará aquí en unos veinte o treinta minutos. Lamentamos comunicarles que puede haber algunos retrasos en el servicio, esta mañana, debido a la necesidad de emplear parte del personal en proteger nuestras instalaciones de esos insectos.

- Seguro que hay más de un retraso - dijo Hake, mirando por la ventana. Más allá de los millares que se precipitaban contra los cristales, a través del espeso aire podía ver una turbulenta actividad abajo en las calles. Había mujeres que corrían hacia las granjas, llevando lo que parecían ser trampas de mimbre para peces, redes y rollos de tela metálica contra insectos. Mientras, camiones de bomberos con equipo pesado se abrían camino entre ellas, lentamente. Más lejos, el cielo estaba oscuro. Parecía como si hubiera dos capas de nubes, el color óxido del enjambre abajo y el rojo lavanda del amanecer, más arriba, en los jirones de los cirros.

- ¡Oh, Horny, vamos fuera a verlo!

Hake se apartó de la ventana con un esfuerzo.

- Supongo que podemos hacerlo.

Se vistieron con rapidez y tomaron el ascensor. El vestíbulo estaba lleno de huéspedes que correteaban a una hora mucho más temprana de la que cualquiera de ellos había pensado levantarse.

Para cuando llegaron a la acera el sol estaba por encima del horizonte, un crepúsculo verde - marrón que zumbaba y crujía. La fuente de delante de la puerta ya estaba cubierta por una capa de insectos que se estaban ahogando, y uno de los mozos de las maletas estaba instalando un potente ventilador, para soplar nubes de ellos hacia un saco. Cuando doblaron la esquina, los bichos comenzaron a crujir, aplastados bajo sus suelas. Alys miró en derredor, muy excitada, sin prestar atención a los insectos que chocaban con su cara o quedaban atrapados en su cabello.

- ¡Que emocionante! - dijo ella -. ¿Crees que esto pasa con frecuencia?

- Si así fuera no habría granjas - contestó Hake -. Pero lo que nos importa a nosotros es que se nos acaba el tiempo.

- ¡Horny! ¿No pensarás ir por Leota en medio de esto? Ni siquiera sabemos dónde está.

Desde detrás de ellos, Rama Reddi dijo:

- Está en los jardines del palacio.

Hake giró sobre sus talones.

- ¿Y cómo lo sabe usted?

- Oh - dijo el hindú -, no sólo son sus carceleros los que la pueden localizar electrónicamente. ¿Prefiere usted hablar, o seguir adelante con el proyecto?

Hake dudó.

- ¿Por qué ha cambiado de idea?

- No he cambiado de idea. Son las circunstancias las que han cambiado - Reddi hizo un gesto con un brazo señalando las langostas -. Hay mucha confusión a causa de esto, y aumentan nuestras posibilidades. Pero no prometo nada. Tengo un coche, vamos.

El aire estaba lleno de insectos. Para suplir el descolorido y casi oculto sol, los focos del Land Rover estaban encendidos y sus haces perfilaban dos columnas de cuerpos de insectos frente a ellos. Reddi condujo cuidadosamente por entre los granjeros que corrían

apresurados, rodeando camiones aparcados al borde de la ruta. No era lejos. Cruzaron un puente sobre un río que fluía rápido, con lo que parecía una cascada justo abajo... no, no era una cascada, sino un simple desnivel en el río. Y, más allá del mismo, junto a un campo que antes había sido de cebada y ahora era de insectos verdimarrones, fantasmales figuras estaban dispersas alrededor de grandes ventiladores. Por su vestimenta Hake sabía que eran mujeres; no lo podría haber sabido de otro modo, porque lo que vestían eran ropajes flotantes y el tocado con el pañuelo, el hatta w'aqqal, que estaba pensado para proteger contra la arena del desierto y que servía igualmente contra las langostas. Al otro lado de la carretera, una línea de hombres se estaba alejando de ellas, golpeando las plantas y obligando a las langostas a emprender de nuevo el vuelo. Hake no podía comprender para qué servía aquello, hasta que vio que los insectos en vuelo eran sorbidos por los ventiladores hacia unas cajas de tela metálica. Pero no era sólo por los aspiradores; Hake se dio cuenta de un olor pungente, como de cucaracha: estaban usando feromonas, para atraerlos sexualmente.

Al llegar a la curva Reddi detuvo el coche y apagó los faros.

- ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no vamos en busca de Leota?

- Es la tercera de la hilera esa de ahí detrás - dijo el hindú -. ¿Es que no la ha visto? Claro, pero su brazalete sigue emitiendo y mi aparato la ha localizado. - Miró alrededor, haciendo una mueca -. Sin embargo, hay problemas.

- ¿Qué clase de problemas? - preguntó Hake.

- ¡Los está usted viendo! - hizo un gesto a los hombres que había al otro lado de la carretera -. Ellos también tienen radios. Y es probable que el jeque también ande por ahí. Le encantan las aventuras... ¡Maldita sea!

Miró por el retrovisor, luego saltó del coche y alzó una mano en signo de advertencia.

Una de las mujeres estaba caminando hacia ellos. A la señal de Reddi, se detuvo. Era imposible divisar su rostro, pero Hake supo sin lugar a dudas de quién se trataba.

- Nos ha visto pasar - dijo Reddi -, pero es demasiado peligroso. Lo intentaremos... lo intentaremos de nuevo, más tarde.

- ¡Ni hablar! ¡Ésta es la mejor oportunidad que vamos a tener, Reddi!

- ¡No es ninguna oportunidad! Si no hubiera hombres cerca... pero los hay, y los guardias siempre están a la escucha. Ni siquiera podemos hablar con ella, o nos oirán.

- Podemos quitarle la radio...

y hacer qué? Están por todas partes. Si miran hacia donde - ¿se supone que ella debería estar y no ven a nadie, ¿qué cree que van a hacer, Hake? ¿Decir: «Oh, quizá tengo la vista nublada, debo de haberme equivocado»? No, investigarán. Luego buscarán, y si lo hacen, nos hallarán. Y si la metemos en el coche, aunque no hablemos, oirán el ruido del motor por la radio, y la localizarán con los detectores. No, es imposible. Quizá algo después...

- No creo que vaya a hacerlo después - dijo Hake. Alys le puso la mano sobre el brazo.

- ¿Y por qué no puedo yo ocupar su lugar, señor Reddi?

- ¿Qué? - gritó Hake -. ¿Estás loca? ¡No sabes lo que estás diciendo!

Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla.

- Querido Horny - le dijo -, Leota también es amiga mía. Y, de todos modos... esto suena interesante. Y, mirando las cosas fríamente, la verdad es que los hombres siempre me prefirieron a mí que a Leota, ya en los tiempos en que íbamos al colegio. No creo que al jeque Hassabou le importe mucho el cambio.

Saltó del coche. El hindú miró a Hake y luego la siguió. Hake empezó a ir tras ellos, pero se detuvo: todo se le había escapado ya de las manos; si decía algo, le oirían por la radio y los atraparían a todos. Forzó la vista por entre la neblina de langostas y vio cómo Reddi usaba unos alicates para liberarla del brazalete. Era blando, fácil de quitar, fácil de moldear sobre el brazo de Alys.

Casi inmediatamente surgió una voz del brazalete:

- ¿Qué sucede, Leota?

- Nada - dijo ella, apoyando la barbilla en el hombro de Alys -. He tropezado con algo y me he caído.

Dudó. Luego se quejó:

- Estoy cansándome de estar aquí fuera. Voy a volver a mi aposento a dormir un poco, si Su Excelencia no me necesita.

La voz se echó a reír.

- Seguro que Su Excelencia te despierta si te necesita.

Alys tocó el brazalete y luego les sonrió. Formó con los labios las palabras ¡Largaos de aquí! y se dio la vuelta, para empezar a caminar lentamente hacia la lejana mole del palacio. Hake la fue siguiendo con la vista, mientras se giraban y regresaban por el camino por el que habían venido, hasta que Reddi le espetó:

- ¡Vista al frente! ¡No atraiga la atención! Ése es el jeque. - Estaban cruzando el puente y, allá abajo, sobre el desnivel permanente que había en el agua, alguien se erguía sobre una plancha de surf, moviéndose de un lado a otro en la interminable ola. No miró hacia ellos y, al cabo de un momento, las langostas lo ocultaron de su vista.

IV

Tras meterse, con pantalones bombachos de gasa, chaquetilla de harén y todo lo demás, en uno de los vestidos más amplios de Alys, Leota estaba ahora intentando hacer parecer su rostro más civilizado, mirándose en el espejito de aquella y utilizando algunos de sus cosméticos. Cuando hubo terminado, Subirama Reddi se desabrochó el cinturón que le aseguraba al asiento del copiloto y se volvió, arrodillado, para acercar su rostro al de ellos.

- Siguiendo mis instrucciones - aulló por sobre el ruido de los motores -, vamos a aterrizar en un aeropuerto privado dentro de unos diez minutos. Discutiremos las razones tras el aterrizaje.

Hizo un gesto con la cabeza para señalar al obviamente inquisitivo egipcio. No esperó una respuesta, sino que se sentó y volvió a abrocharse el cinturón. Por encima del respaldo de su asiento sólo se le veía la coronilla, un brillante cabello negro pegado hacia atrás con brillantina, y eso no invitaba a una conversación.

Hake reconoció lo acertado de, al menos, parte de lo que Reddi les había dicho: el piloto ya se había enterado de más cosas de las que resultaban razonables, visto que se suponía que aquella era una operación supersecreta. Pero, a pesar de todo, no le gustaba. Se inclinó hacia la oreja de Leota.

- ¿Sabes aquello de Mahoma y el camello?

Ella le miró.

- ¿Aquello de que dejó que el morro del camello entrara en su tienda, y el resto del camello siguió al morro? Sí, eso es lo que pasa con los Reddi, Hake. Pensé que ya lo habías descubierto en Italia.

- Bueno, así fue. Pero la verdad es que no tenía mucho donde elegir...

De repente, ella sonrió. Era la primera sonrisa que le había visto desde su rescate. Se inclinó hacia él y le dio un rápido beso.

- ¡No me quejo! - exclamó.

Se pringó una vez más el rostro con una toallita de papel húmeda, luego suspiró y lo dejó correr. Apartando el estuche de los cosméticos, dijo:

- Lo cierto es que ya tenía enormes deseos de largarme de allí, Horny. Es un mal bicho, ese viejo jeque. ¿Sabes cómo me sacó de Roma? Con uno de sus chicos apoyando una navaja contra mi cuello mientras cruzábamos el puerto de Ostia. Y logró hacerme creer que estaba dispuesto a usarla - la sonrisa había desaparecido ya del todo. Luego añadió:

- Espero que a Alys no le pase nada malo.

- Ella me dijo que podía manejar a cualquier hombre, Leota.

La chica le miró.

- Ajá. Eso es muy suyo.

El piloto miró hacia atrás, con gesto malhumorado.

- Effendi, usted y su mujer deberían tener ahora los cinturones abrochados - indicó en árabe. No esperó a ver si le hacían caso, sino que lanzó el aeroplano en un apretado giro.

Agarrándose para seguir en el asiento mientras se abrochaba el cinturón, Hake sólo pudo dar ojeadas por la pequeña ventanilla: arena y anchas pero vacías carreteras, y el amplio mar detrás; una aglomeración de edificios de una sola planta que tenían el aspecto de haber sido construidos empleando viejos bidones de gasolina. Saltaron por sobre una pista de aterrizaje descuidada y poco lisa y el piloto giró, a gran velocidad, hacia un pequeño edificio situado junto a una torre de control que se alzaba sobre unos pilares. Apagó los motores y se volvió.

- ¿Y ahora qué? - preguntó -. Si quieren que despegue de aquí, tendrá que ser antes de media hora. Esta porqueriza no está equipada para vuelos nocturnos.

- ¡Qué respetuoso es usted con las leyes! - comentó Reddi -. Háganos el favor de traernos el equipaje... todo menos mi bolsa, que es la marrón.

Abrió la puerta y salió gateando sobre el ala. Echó una mirada despectiva a las estructuras del aeropuerto y luego las ignoró. Cuando el piloto estuvo donde no podía oír, al otro lado del morro del aeroplano, gruñendo mientras cargaba el equipaje, Reddi dijo:

- Les voy a dejar aquí. Me llevare el avión; por favor, páguele al piloto lo que se le debe, y tres horas más de tiempo de vuelo.

- ¿Se puede saber por qué? - preguntó Hake, logrando no enfadarse y decir que, después de todo, se trataba del avión que él tenía alquilado.

- Usted y Pauket irán a la ciudad por tierra, siguiendo las órdenes que le han dado. Hay autobuses, pero quizá prefieran caminar; no les llevará más de un día, y en el hotel que hay aquí podrán comprar equipo de excursionismo. Es lo mejor. En primer lugar, porque su objetivo se halla a lo largo de la ruta de la costa. En segundo lugar, porque las aduanas son aquí menos puntillosas que en el aeropuerto de la ciudad, y supongo que los papeles de Pauket no deben de estar muy en regla. Tercero, he acordado recoger a mi hermano, y no es muy deseable que estén ustedes presentes en nuestra reunión.

- Y cuarto - intervino Leota -, ustedes dos quieren conspirar en privado.

Él la miró largamente.

- ¿Y me culpa por eso? Yo he cumplido lo que acordamos, y aún no he sido pagado. Mi hermano y yo tenemos que prepararnos para estar seguros de que no nos van a engañar.

Hizo una pausa, como esperando a que Hake protestase negando tener tal intención. Pero Hake siguió callado, y el hindú hizo un gesto con la cabeza.

- Muy bien, estaré en El Dormitorio esta noche...

- ¿Qué dormitorio?

- En el hotel - le explicó, impaciente, Reddi -. El letrero dice Hotel Intercontinental, pero pregúntele a cualquiera por El Dormitorio y le dirá dónde está. No pregunte por mi habitación, suba directamente. Estará muy arriba, en el último piso si puedo encontrarla, de lo contrario lo más alta que pueda. La reconocerá porque colocaré el cartel de «No molestar» en la puerta, con un doblez en dos ángulos en diagonal. ¿Entendido? Bien, ahora pague al piloto.

Hake miró a Leota, quien asintió con la cabeza. Él se alzó de hombros y fue al encuentro del egipcio, cuando éste regresaba de dejar caer las maletas frente a una puerta señalada, en varios idiomas, con la indicación Control de Pasaportes y Aduanas. Estuvieron regateando durante los obligados tres minutos, luego regresaron al avión. Hake estaba comenzando a sentirse positivamente bien. El aire vespertino del desierto le quemaba la garganta y los pulmones, pero era el buen calor familiar de su niñez; y Leota parecía sentirse ya más a gusto.

Reddi se hallaba ya de pie sobre el ala del avión, impaciente:

- ¿Está usted seguro de que el piloto ha entendido que ya ha cobrado todo lo que tenía que cobrar, y que yo no le daré ninguna propina?

- Lo entiendo - gruñó el piloto, añadiendo una frase en árabe que Reddi no entendió y Hake trató de no entender; no quería saber lo que pasaría si intentaba llevarlo a cabo, ni deseaba enterarse luego de la infortunada y repentina muerte del piloto.

Probablemente el hostel debía de haber sido en otro tiempo alguna otra cosa; lo que estaba claro era que no se trataba de un buen hostel. La ventaja era que ni la velada mujer beduina que les mostró su habitación ni ninguna otra persona parecía tener demasiado interés en pedirles ninguna documentación. No tenía muchas otras ventajas: dos jergones con mantas del ejército. Las paredes desnudas. Dos ventanas con cristales translúcidos, que no se abrían. Letreros en diez idiomas... aunque no todos con los mismos idiomas. Así el Prohibidas las bebidas alcohólicas sólo estaba en tres idiomas del Oriente Próximo y, curiosamente, en alemán; mientras que el de Prohibido fumar en la cama sólo estaba en inglés.

Leota tomó un puñado de ropa y se fue hacia las duchas, haciendo una pausa sólo porque Hake insistió en tomar primero su fotografía. Escuchó el distante retumbar de las cañerías mientras preparaba lo que le quedaba del equipo de falsificación de Jessie. Pasaporte y visados, sin problemas: precintó en plástico las fotografías y añadió los sellos de goma adecuados. Montó las letras de una imprentilla formando las siglas JFK-CAI y luego CAI-KWI, añadió los datos de compañía aérea y vuelo, alineó bien las letras y las apretó contra un billete de avión vacío; el resultado fue un billete perfecto que mostraba que una tal Millicent Anderson Selfridge había volado desde Nueva York a Kuwait; luego tiró la primera copia del billete y dejó la copia escrita con papel carbón, para que la llevase Leota con el resto de sus documentos. Para tener una documentación completa, le preparó unas tarjetas de crédito, un carnet de conducir del estado de Massachussets, una tarjeta de un seguro de enfermedad privado, el carnet de la Seguridad Social... Le llevó tres cuartos de hora tenerlo todo listo.

Y Leota seguía aún en las duchas, con el agua gorgoteando intermitentemente. ¿Por qué estaba allí tanto tiempo? ¿Es que no sabía que el conserje estaría rabiando por el gasto de agua...? Bueno, eso si el conserje se molestaba en escuchar lo que pasaba en el edificio.

Frotó los documentos entre las palmas de sus manos para envejecerlos, dobló artísticamente algunas esquinas y estudió el resultado: a él le parecían bien, para ser la primera intentona; esperó que le parecieran igualmente bien a cualquier funcionario inquisitivo.

Había guardado ya los impresos en blanco y el resto del equipo, así que se desnudó y recostó en uno de los jergones, quedándose casi dormido antes de que regresase Leota. Llevaba el cabello envuelto en una toalla, usaba el familiar batín de Alys y, curiosamente, gruesos calcetines hasta las rodillas; mientras se movía, él divisó un trozo de pierna y descubrió que aún parecía estar usando las medias estampadas.

- ¡Ya era hora de que volvieses, Millicent! - le dijo.

- ¿Millicent? - la expresión de ella era tranquila mientras dejaba en el suelo el neceser y comenzaba a secarse el cabello.

- Ésa es tu nueva identidad - le dijo, levantándose para mostrarle los documentos. Ella los inspeccionó cuidadosamente y luego dijo:

- Has hecho un buen trabajo, Horny. Mira, Alys debe de tener un secador del cabello por alguna parte, a ver si lo encuentras. Y dime qué vamos a hacer ahora.

Hake hizo todo lo que pudo para ponerla al corriente, dándose cuenta de que él mismo sabía menos de lo que necesitaba saber. Leota le escuchaba abstraída, con expresión de estar muy lejos, mientras se secaba el cabello, lo cepillaba y comenzaba a rebuscar entre lo que contenía el equipaje de Alys. Hizo algunas preguntas, pero no insistió cuando las respuestas no fueron satisfactorias.

De hecho, parecía estar como moviéndose en sueños. Cuando hubo dispuesto todas las posesiones de Alys sobre los dos jergones: los vestidos largos, tres kilos de cosméticos, e incluso una tiara de titanio, Hake vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Has pasado momentos muy malos - le dijo, sin saber qué palabras elegir -. Quizá, quizá debiera pensar antes que nada en mandarte a los Estados Unidos o a donde quieras. Puedo ocuparme yo solo de esto...

Ella le miró.

- ¡Y una mierda puedes tú solo, Hake!

- Bueno... supongo que estás preocupada por Alys, pero creo que no le pasará nada. Andaba en busca de aventuras.

- ¡Aventuras! - estalló ella -. ¿Qué sabéis de aventuras?

Luego se calmó y volvió a ella aquella expresión glacial y como despreocupada.

- Bueno - añadió -, supongo que, en realidad, Alys está más preparada para llevar ese tipo de vida que yo. Ese jeque era un viejo bastardo muy interesante. Muy artístico y muy tecnológico. Y, si las cosas se ponen muy mal, siempre podrá, antes o después, largarse... Ella está en mejor posición para gritar pidiendo ayuda de lo que yo estaba. Y, sin embargo...

A Hake le estaba resultando muy incómoda aquella conversación. Quería saber, pero no quería preguntar. Podía notar una sensación de tranquilidad en la pelvis que no le agradaba nada y que, además, no creía poder permitirse... después de todo, se dijo a sí mismo, las actividades sexuales de Leota no eran cosa que a él le incumbiese. Tal como ella misma le había hecho notar. De modo que dijo, tropezando con las palabras:

- ¿La cosa fue, esto... muy desagradable?

Ella se le quedó mirando en silencio por un instante, y luego sólo dijo:

- Sí.

No pudo pensar en una respuesta a eso, y tras otro instante, ella añadió:

- O, realmente, no. Aún no logro aclararme, Horny.

Él asintió con un gesto, sin decir nada... lo que no significaba comprensión, sino únicamente aceptación. Se puso en pie y le ayudó a recoger el contenido de las maletas y colocarlo de nuevo en ellas. Luego, sin romper el silencio, comenzó a prepararse para meterse en la cama. y, entonces, mientras se estaba quitando la camisa, Leota le tocó las grandes y anchas cicatrices que tenía en el pecho.

- ¿Son éstas tus cicatrices, Horny? ¿De algo que casi te mata?

- Sí.

Ella dejó caer el batín. Lo que él había pensado que eran unas medias estampadas eran marcas en azul, verde y amarillo en sus piernas, y no sólo eso, pues le cubrían todo el cuerpo, en un estallido surrealista de color.

- Éstas son las mías - dijo ella.

Antes del amanecer ya estaban caminando por la carretera, con las mochilas alquiladas colocadas incómodamente sobre las espaldas. Su objetivo se hallaba a unos seis kilómetros carretera abajo, y ya sería pleno y cálido día antes de que llegasen a él; ahora notaban algo resbaladizo el firme a causa del rocío, que también se veía en las ocasionales manchas verdes de vegetación. Para la mayor parte de aquellas plantas, durante la mayor parte del año, ésa era toda el agua que verían. O que necesitarían.

Ni Hake ni Leota hablaban mucho. Hake porque tenía muchas cosas en la cabeza, aunque la verdad era que no podía concentrarse en ninguna de ellas. Había una docena de pensamientos en continua colisión en el interior de su mente: la Agencia, lo que pensaban hacer los Reddi, las anchas dunas a un lado de la carretera y, de vez en cuando, una breve visión de mar al otro. Y, por encima de todo y una y otra vez, Leota. Ninguno de estos pensamientos llegaba a un clímax, y quizá lo que sucedía era que él no deseaba que lo alcanzasen; ya eran bastante molestos así, inconclusos.

Cuando los jeques del petróleo habían sido los dueños de aquella parte del mundo, se habían subido a la cima de su montaña de petrodólares y habían mirado en dirección a Occidente. Y lo que habían visto lo habían copiado: hospitales y bibliotecas, museos y relucientes hoteles para convenciones, playas con muelles para yates que ahora se pudrían sin ser usados. Autopistas que hubieran sido todo un orgullo para países más motorizados, con aparcamientos que estaban totalmente vacíos. Y las plantas que separaban los dos sentidos de las autopistas estaban ya muertas, porque nadie quería gastarse el dinero que hubiera supuesto regarlas. Pero la ancha y larga autopista en sí se extendía, infinita y silenciosa, a lo largo de la costa.

No estaba del todo desierta. Al irse haciendo de día, algún tráfico ocasional la compartía con ellos. Un autobús como los de larga distancia de los Estados Unidos, que había adelantado a una caravana de camellos... y que no era del todo como los de Estados Unidos, porque de su tubo de escape sólo salía un pequeño penacho de vapor, que se desvanecía casi inmediatamente en la luz matutina. Con motor a hidrógeno, lo cual era muy razonable, visto que era aquí donde se producía ese combustible. Hake tuvo un instante de envidia. Y también de preocupación, porque a lo largo de la carretera había carteles que prometían complicaciones. Algunos, ya muy despintados, en árabe, con mensajes como:

Zona Militar

Prohibido salir de la autopista

No se permite el paso de noche

Y otro, en inglés, descuidadamente rotulado sobre una señal de tráfico pintarrajeada por encima, pero muy reciente:

LÁRGATE, TÍO

Si entiendes lo que dice,

aquí no tienes nada que hacer

Nadie les dio el alto. Ni a nadie parecía importarles que estuvieran allí. Pero, al menos, Hake se sintió contento de que ya hubiera salido el sol, a pesar de que el calor comenzó a agobiarlos enseguida.

Caminaron en silencio toda la mañana, con el calor aumentando, hora tras hora. Cuando el sol estuvo directamente encima, hicieron una pausa en las ruinas de una vieja parada del autobús y dormitaron una hora o dos, bebiendo con tiento de sus cantimploras. Luego se pusieron de nuevo en marcha. Unos minutos más tarde Leota rompió el silencio:

- ¿Has estado pensando sobre lo que te pregunté?

Hake había estado pensando en todo lo pensable, pero, más que en otra cosa, en las implicaciones de la pintura corporal de Leota. Le llevó un instante recordar de qué pregunta le estaba hablando.

- ¿Te refieres a aquello del porqué yo hago todo esto? - y luego, fervientemente: - ¡Dios, vaya si he pensado en eso!

- ¿Y?

Recapitó un ratito.

- Si lo que me preguntas es si me he convencido de que me hipnotizaron para convertirme en un agente secreto, te diré que no. He estado leyendo cosas sobre el hipnotismo, y nada de lo que dicen se parece a lo que yo he sentido y siento.

Recordó las microfichas que Art le había pasado y que aún andaban, sin mirar, por el fondo de su bolsa.

- Tengo alguna información que podemos estudiar juntos - comentó -, si es que podemos hacernos con un lector de microfichas.

- Pero no estás convencido de que alguien te haya hecho eso. Prefieres pensar que eres un villano en lugar de un peón involuntario.

Él la miró fijamente, pero el tono que ella empleaba no era de contienda, sino reflexivo.

- Preferiría saber lo que está sucediendo - afirmó él -, en mi vida y dentro de mi mente. Y cómo es que esto ha sucedido. Pero no lo sé.

Ella asintió con la cabeza y quedó en silencio, con los ojos clavados en la vacía ruta que se abría ante ellos. La autopista hacía una curva que la alejaba del mar, y las dunas que había entre ellos y la costa eran más altas.

Leota dijo algo tan quedamente que él no pudo oírlo por encima del silbido del fuerte viento cálido, por lo que le tuvo que pedir que lo repitiera.

- He dicho que cuando aparecisteis, casi no me voy con vosotros.

- ¡Por todos los cielos! ¿Y por qué? ¿Es que te gustaba estar en un harén?

Ella alzó la mirada rápidamente hacia él, pero pudo ver que no con ira.

- No sé por qué - dijo aplacadoramente -, pero cuando Alys, Reddi y tú aparecisteis, os vi como a unos... invasores. No teníais nada que hacer allí. Yo sí, y me pareció que no era bueno que me dejara capturar por vosotros.

- ¡Capturar por nosotros!

- Ya lo sé, Horny. Te estoy diciendo lo que me pasó por la cabeza en ese momento. Y no creo que a mí tampoco me hipnotizaran... lo más que hicieron fue ponerme la punta de una navaja en el cuello - dijo con amargura -. No sé si me hubiera podido escapar ni cómo, pero la verdad es que ni siquiera lo intenté.

Salieron del firme para dejar pasar a uno de los autobuses en tándem que los adelantó zumbando, con sus pasajeros medio dormidos por aquel calor, sin prestarles ninguna atención. Hake estudió, pensativo, el mapa.

- Por lo que puedo calcular, nos faltan menos de cuatro kilómetros - dijo.

- Bueno, ¿seguimos adelante?

- Tengo una idea mejor. Si vamos a meter las narices donde no nos llaman, mejor será que lo hagamos de noche, y el anochecer va a ser dentro de un par de horas. Así que vamos a darnos un baño.

- ¿Un baño?

- Por allí - señaló a las ahora lejanas dunas, que estaban a unos cuantos cientos de metros más adelante. Se veía un camino secundario, cubierto de arena, que se metía por entre dos de las más grandes -. ¡Vamos a probar por ahí!

El medio kilómetro de costa que había más allá de las dunas había sido arreglado, en otro tiempo, para que fuera usado como playa; se veían bungalows abandonados y vestuarios y los restos de quioscos de venta de refrescos. Y no había ser humano alguno a la vista. Dejaron caer sus mochilas y las ropas que llevaban puestas, a la sombra de lo que en otro tiempo había sido la torre del bañero salvavidas, y corrieron hacia la brillante agua azul. No había olas apreciables, sólo un suave ondular de la superficie que llegaba desde mar adentro y producía algo de espuma al llegar a la arena. La piel pintada de Leota la hacía parecer una náyade en el cristalino mar, y Hake podía notar cómo su piel apergaminada iba sorbiendo humedad mientras flotaban y se zambullían en el agua poco profunda. No se alejaron demasiado, ni se quedaron mucho rato dentro. Pero cuando regresaron a la sombra, que se había hecho más larga, y se tendieron sobre la arena, con sus cuerpos rápidamente secos por el efecto de la cálida brisa, Hake se sintió cien veces mejor y Leota se quedó inmediatamente dormida.

La dejó descansar una hora; y luego se vistieron, volvieron a colocarse las mochilas, y empezaron a caminar de nuevo, con el sol ahora ya muy bajo tras ellos. Antes de que hubieran hecho un kilómetro ya se había puesto, rápida y definitivamente; hubo un momento en que sus sombras eran largas y claras ante ellos, y al siguiente habían desaparecido por completo. Esto no interrumpió su caminar: en el cielo ya había una Luna más que medio llena, que facilitaba luz suficiente para ver por dónde iban. A medida que la seca tierra soltaba su calor, el viento nocturno comenzó a soplar hacia el mar y la temperatura descendió. Se detuvieron para añadir unos suéteres a su vestimenta y

siguieron adelante, con la Luna brillante ante ellos y las dunas interrumpiendo el campo de estrellas hacia la derecha. Ya no había nadie en la carretera, ni siquiera el ocasional camión o autobús.

Pero cuando Leota habló casi fue con un susurro. Tiró del brazo de Hake.

- ¿Qué es eso que hay delante?

Hake había estado mirándola más a ella que a la ruta, pero inmediatamente vio lo que ella estaba señalando. El viejo camino acababa sólo a unos centenares de metros por delante. Parecía ser tragado por una inmensa duna; y por delante de ésta había un muro de cemento coronado por reflectores, que llevaba a un camino más nuevo, pero peor hecho, que se adentraba diagonalmente en el desierto. Las dunas que cubrían el viejo camino no parecían estar allí por accidente. Estaban contenidas por cemento y limitadas por piedras. No habían llegado sopladas por el azar de los vientos; alguien las había puesto allí.

- Creo que es eso - dijo él.

- ¿Crees que esto es lo que andamos buscando? ¡Pero si no veo ningún tipo de planta generadora de energía!

- Tiene que estar al otro lado de las dunas - dudó -. Vamos a tener que escalarlas. Será más fácil si dejamos aquí las mochilas...

- De acuerdo.

- Aunque quizá queramos tomar fotografías o algo así cuando lleguemos arriba.

- ¿Quieres decidirte de una vez? - dijo ella, deteniéndose a medio quitarse los tirantes de su mochila.

- Las llevaremos con nosotros - decidió él -, pero va a ser una escalada dura.

Y lo fue, mucho más dura que ninguna otra que hubiera hecho Hake en toda su vida de postinvalído. Incluso más pesada que todos los entrenamientos bajo el alambre. La arena resbalaba bajo sus pies, así que casi a cada paso se deslizaban hacia atrás, y donde había cemento o piedras no abundaban los asideros. Sin embargo, para sorpresa de Hake, la subida se fue haciendo más fácil a medida que se fueron acercando a la cúspide. La arena era allí más firme y estaba más cohesionada, e incluso había un creciente número de matorrales y plantas. Había un olor en el aire que Hake no podía identificar. En parte era el del mar, pero por otra parte era como el del césped de la iglesia, cuando lo acababan de cortar al principio de la primavera: el aroma de las plantas recién segadas. Y también había un olor punzante, algo floral que ya había olido antes (¿pero dónde?) y que parecía surgir de aquellas plantas endebles. No comprendía aquella vegetación: no parecía la apropiada para aquella parte del mundo. Y, a pesar de que las plantas estaban marchitas y medio muertas, parecía haber demasiadas sobre la duna como para que aquello se debiese a la casualidad; ¿sería algún tipo de plantación hecha para evitar que la arena se moviese y tapase el camino?

Y entonces llegaron hasta la cúspide de la duna y contemplaron el mar iluminado por la Luna.

Jadeando por la subida, Leota halló el aliento suficiente como para preguntar:

- ¿Qué es eso?

Hake no hubo de inquirir a qué se refería. En su mente estaba la misma pregunta: a medio kilómetro mar adentro, alzándose sobre las aguas y apoyándose sobre tres patas, que brillaban a la luz de la Luna, como si fuera una de las máquinas de guerra marcianas de la novela de H. G. Wells, había una alta torre. Su parte superior era una esfera aplastada, que brillaba con un vivo color carmesí, como el corazón de un fuego agonizante. De él no sólo llegaba luz; aun estando en la parte superior de la duna podían notar su calor. Alrededor de las patas había una serie de domos metálicos, medio sumergidos en el agua, y lo que parecían ser chalanas amarradas a ellos.

Hake se puso en pie para ver mejor a su alrededor. Bajo él, la ladera de las dunas creaba una especie de enorme anfiteatro abierto al mar. No podía ser totalmente natural.

Las máquinas aplanadoras y los barrenos habían ayudado a darle esa forma. Era más ovoide que esférico y no totalmente regular; pero el caso era que a unas dunas de más de veinte metros de altura les habían dado un bocado de un par de kilómetros de largo. Y la cara de las dunas que daba al mar ya no era árida. Parecía como un parque urbano descuidado, en el que las plantas hubieran crecido a su aire. Aquí y allí, por la ladera, se veían desparramados arbustos y arbolillos. Hake no era ningún buen jardinero, pero tampoco los hubiera podido identificar, pues estaban ahogados bajo una maraña de enredaderas. Las enredaderas estaban por todas partes, con brillantes hojas que se veían grisáceo - verdosas a la luz de la noche y flores cerradas; unas enredaderas que eran más delgadas que un alambre y otras que eran más gruesas que el antebrazo de Hake. El olor a césped recién cortado llegaba de ellas. Era mas fuerte aquí y estaba mezclado con un aroma ahumado, como el de la marihuana al arder, o de velas que acaban de ser apagadas de un soplido.

La lógica del diseño hablaba por sí misma. Así como el alambre de Texas estaba inclinado para dar la cara a su satélite geosincrónico, este receptor formaba un receptáculo para dar la cara al mar.

- Tiene que ser energía solar - dijo Leota, y Hake asintió.

- Naturalmente. Pero, ¿dónde están los espejos?

- Quizá los quiten por la noche, para limpiarlos.

Él hizo un gesto con la cabeza.

- Quizá - aceptó -, pero mira el modo en que ha crecido la flora en esta zona... Es como si antes tuvieran algo aquí, y luego lo hubiesen abandonado.

Leota se limitó a decir:

- Eso de ahí no tiene aspecto de estar abandonado.

Hake se alzó de hombros y luego llegó a una conclusión.

- El mejor modo de espiar una planta de energía solar es cuando está funcionando. Voy a quedarme aquí hasta el amanecer, para ver qué pasa.

Leota se volvió para mirarle.

- Te equivocas, Hake. Vamos a quedarnos.

- ¿Y de qué servirá? Estarás mejor allá abajo, junto al camino. Y quizá más segura. Si esta cosa resulta operacional, tendrá que haber equipos que coloquen los espejos... y es más fácil para una persona pasar inadvertida que para dos.

Ella no le contestó, limitándose a comenzar a sacar de la mochila su saco de dormir aislante.

- Hace demasiado frío para ponerse a discutir - dijo -, y esto es lo bastante grande como para que quepan dos. ¿Vas a meterte conmigo o no?

Hake se rindió. Leota tenía razón... razón en que hacía demasiado frío como para ponerse a discutir y también en que el saco de dormir era lo bastante grande como para que cupiesen dos.

Dentro del mismo ya no sintieron frío, en cuanto su calor corporal combinado comenzó a acumularse. Comenzaron por despojarse de sus suéteres, luego se las arreglaron para quitarse los pantalones y, sin apenas transición, se encontraron con que estaban empezando a hacer el amor.

En el absoluto silencio de la costa árabe, con la brillante Luna atisbando por entre las enredaderas que había encima de ellos y también alguna estrella ocasional, aquél les pareció un lugar muy adecuado para hacerlo. Luego se acordaron de que estaban hambrientos y se partieron un par de pastillas de chocolate, tras lo cual descansaron, durmiéndose y despertándose, sin que hubiera una clara distinción entre ambos estados.

Por lo único que estuvo seguro Hake de haber dormido fue porque se despertó y tenía a Leota entre sus brazos. Ella le había dicho algo. Ya no estaba caliente, el saco estaba húmedo y congelado, empapado de agua fría; y el silencio había desaparecido, reemplazado por el sonido de una bomba y un ruido siseante y susurrante, como el de un

bosque bajo un suave viento. Parpadeó y descubrió el rostro de Leota atisbando en dirección al mar, bañado en una extraña radiación azul.

- Duele - se quejó ella, entrecerrando los ojos.

Era casi el amanecer. La Luna y las estrellas se habían ido, y el cielo se había tornado azul, con una rosada aurora hacia el este.

El hosco brillo rojizo de la parte superior de la torre ya casi se había borrado; obviamente se había enfriado durante la noche y ahora era tan sólo un elipsoide oscuro, que ya no irradiaba. Pero algo nuevo aparecía en el cielo: una mancha de luz purpúrea, mal definida, colgaba sobre el horizonte. No era brillante, pero cuando Hake la miró, le empezaron a doler los ojos.

- ¡No mires hacia ahí! - advirtió, poniéndose una mano frente a los ojos y luego mirando por entre las ranuras de los dedos.

- ¿Qué es eso, Horny?

- ¡No lo sé! Pero creo que esa luz es ultravioleta y te dejará ciega si la miras mucho. ¡Mira en derredor tuyo, Leota!

El sonido siseante llegaba de la miríada de enredaderas. Sus cerradas flores estaban abriéndose y volviéndose hacia el mar. Entre las brillantes hojas negro - verdosas unas flores, en forma de copa y color blanco perla, estaban hinchándose y moviéndose; las nuevas más pequeñas que la uña de su pulgar, las viejas del tamaño de sombrillas de playa invertidas, pero todas ellas, diminutas o inmensas, apuntando hacia el mismo lugar.

Hake y Leota se miraron el uno al otro y luego, rápidamente, reptaron para salir del empapado saco de dormir y comenzaron a vestirse, cuidando de no mirar hacia el espectral brillo violáceo.

Descubrieron entonces la razón de la humedad: bajo las enredaderas había una red de tubos de plástico que estaban goteando un poquito de agua para regar las plantas. Nada de todo aquello era accidental. Para lograrlo se había realizado un diseño muy complejo y se había invertido mucho trabajo.

- ¡Santo Cielo! - dijo Hake repentinamente -. Ya sé dónde he oído antes estas plantas: la AFI tenía algunas en Eatontown.

Pero Leota no le estaba escuchando.

- Mira - dijo, juntando los dedos como para hacer un filtro y atisbando hacia el mar. El sol había salido, tan bruscamente como se había ocultado la noche anterior, y era cegadoramente brillante. ¡Pero no estaba solo! Tenía dos compañeros en el cielo: el brillo purpúreo, que ahora era comparativamente más débil pero no menos doloroso si se lo miraba, y un sol más pequeño y más brillante, encima de la torre metálica. Por mucho cuidado que tuviera, Hake no podía evitar dar una ojeada, instantánea, a uno de los tres soles. Incluso con los ojos cerrados veía sus imágenes espectrales, cegadoras en sus verdes y púrpuras.

- ¡Las flores son los espejos! - exclamó -. Son como los girasoles, se vuelven hacia el sol y lo reflejan hacia la torre.

- Pero, ¿qué es esa cosa purpúrea? - preguntó Leota.

Él se alzó de hombros.

- Sea lo que sea, alejémonos de aquí. ¡Pero... es perfecto! Uno casi no necesita máquinas, sólo la torre para generar energía, o hidrógeno, o lo que sea. ¿Por qué se mantiene tan en secreto?

- Porque nosotros no lo tenemos - dijo amargamente Leota -. Porque tus amigos no quieren aceptar que lo hayan inventado unos extranjeros. Porque son unos mentirosos patológicos... ¿Qué importa cuál sea el motivo? - Miró hacia la base de la torre y dijo: - De todos modos, ya hay gente trabajando allí. Propongo que nos vayamos ahora mismo y veamos si podemos coger el autobús de la mañana, hacia la ciudad.

Hicieron el camino de vuelta a la autopista casi ciegos, y horas más tarde, cuando habían logrado detener un autobús y andaban buscando un hotel denominado El

Dormitorio, Hake aún podía ver las postimágenes, ahora azules y verdosas, en el interior de sus ojos. Se dio cuenta de que habían estado a muy corta distancia de la ceguera. Y pensó que si Reddi sabía lo bastante como para indicarles dónde estaba la instalación, también sabía lo bastante como para haberles advertido del peligro, y había elegido no hacerlo. Lo que ya indicaba mucho sobre su relación con los Reddi.

El hotel era el único que se hallaba a disposición de los que estaban de paso por la ciudad. Estaba algo más allá de la carretera, en un pequeño parque (ahora yermo, pues nadie lo regaba), y la entrada se encontraba tras una fuente de tres pisos (ahora seca).

El vestíbulo era un atrio de diez pisos de altura, con un espacio lleno por lianas de doradas luces que colgaban (ahora apagadas), y con un pilar de ascensores externos a un costado, de los que sólo uno parecía funcionar. Usaron sus pasaportes falsos para pedir una habitación y se sintieron satisfechos cuando vieron que el conserje no prestaba mucha atención a sus documentos. No había botones para ayudarles con el equipaje, pero como éste sólo consistía en sus dos mochilas, el problema no era muy grave.

El concepto de lo que era lujo de Hake había sido formado en Alemania y en Capri, y se resumía en una habitación bastante grande y un autobar. Lo que les habían dado era una suite. No había jabón en el cuarto de baño, y el anillo de suciedad en el bidet sugería que alguien, en algún momento, había equivocado su uso. Contra esto, tenía su propia cocina (que no funcionaba) y vestidor; y si bien su cama estaba desnuda, lo cierto era que tenía forma ovalada y más de tres metros de largo. Sus sábanas y cubrecama estaban amontonados encima, así como media docena de enormes toallas, y cuando Hake se arrodilló sobre ella para alcanzarlas, descubrió con sorpresa que cedía bajo su peso, de un modo diferente a todo lo que antes había conocido.

- Espuma de silicona - le explicó Leota -. Es como la plastilina de los niños, pero más blanda. La había visto, pero nunca he dormido en ella.

Estaba claro que el hotel se hallaba dispuesto a permitirles cualquier lujo que desearan, mientras no esperasen que se lo suministrase ningún miembro de su personal. Hake llevó las toallas al baño y curioseó en la cocina. Un extraño olor a fermentado le llevó a la nevera, que contenía dos jarras de zumo de naranja fresco, que ya no estaba fresco; las vertió por el fregadero y descubrió que estaba atascado. Tampoco funcionaban los dos aparatos de televisión colocados a ambos lados de la inmensa cama, hasta que se arrastró por debajo del lecho para enchufarlos. La habitación no había sido fregada ni le habían quitado el polvo en tiempos recientes, pero había una aspiradora con todos sus accesorios al fondo de uno de los inmensos armarios. Allí fue donde Leota trazó la línea. Cuando hubo acabado de hacer la cama dijo:

- Ya basta. No vamos a vivir aquí siempre, después de todo. He visto tiendas en el vestíbulo; ¿es lo bastante buena alguna de estas tarjetas de crédito como para poder comprarme ropa?

- Esperemos que sí - dijo hoscamente Hake. Y, mientras Leota se estaba equipando, él recorrió los tres pisos más altos del hotel, buscando una habitación con un letrero de No molestar con los ángulos doblados.

No había ninguna. O bien los Reddi aún no habían llegado o bien preferían no ser contactados.

Cuando Leota regresó, Hake estaba sentado al borde de la cama, viendo una vieja película de detectives en la televisión.

- ¿Te lo estás pasando bien? - le preguntó ella.

Alzó la vista y apagó el aparato. No se perdía nada; no había prestado atención en los últimos veinte minutos.

- He estado pensando - dijo -. No estoy seguro de querer entrar en contacto con los Reddi. Son veneno puro.

- ¿Y son mejores tus amigos de la Agencia?

- No. No lo son. Yo debería estar pidiendo trabajo en la Empresa de los Combustibles de Hidrógeno, y no estoy seguro de desear hacer eso. ¿Quieres saber lo que sí estoy seguro de desear?

Ella se sentó, esperando a que él mismo respondiera a la pregunta.

- Estoy seguro de que me gusta esto. Estar aquí. Contigo. Y me gustaría que esto siguiese así.

Se alzó y caminó hasta la ventana. Por encima del hombro prosiguió:

- Estoy dispuesto a hacer lo que sea correcto, Leota... ¡Por Dios que lo deseo! Pero ya no sé lo que es correcto, y creo que puedo comprender el motivo por el que mucha gente abandona la lucha. Se hacen con todo lo que pueden para ellos, y que los demás se vayan al infierno. Y eso es algo que nosotros podríamos hacer, ¿sabes? Tenemos un crédito ilimitado. En cualquier parte del mundo. Podemos hacer todo aquello que nos apetezca, en tanto que nos duren las tarjetas de crédito. Podemos coger esta misma noche un avión a París. O a Río de Janeiro. O a cualquier otro sitio. Podemos sacarles a las tarjetas un millón en efectivo y meterlo en un banco suizo, de modo que, si alguna vez nos descubren, podamos seguir con dinero auténtico.

- Los Reddi no nos iban a dejar - dijo ella pensativa -. Estamos en deuda con ellos. Y nos iban a encontrar, aunque tus amigos de la Agencia no lo lograsen.

- Entonces, démosles a los Reddi lo que desean. La Agencia... - Hake se alzó de hombros -, supongo que nos cazarán, tarde o temprano, pero... ¡vaya una temporada que nos podríamos pasar hasta que nos atrapasen!

- ¿Eso es lo que deseas hacer?

- Leota - dijo Hake lentamente -, no sé lo que deseo hacer. Sé lo que sería hermoso: casarme contigo y llevarte a Long Branch y trabajar como ministro de mi iglesia. Pero no sé cómo hacer eso.

Ella le miró calculadoramente, pero no habló.

- O aún mejor. Podríamos cambiar el mundo. Eliminar toda esta basura. Denunciar a la Agencia y dejar sin trabajo a los Reddi. Y hacer que todo vuelva a ser limpio y decente. Tampoco veo modo alguno de lograr esto. Sé cómo se supone que tienen que pasar las cosas; lo he visto en las películas: derrotamos a los malos, y el pueblo descubre lo equivocada que era su actitud, y yo me convierto en el nuevo sheriff y luego vivimos felices. Sólo que en la realidad no sucede de ese modo, los malos no creen ser malos, y no sé cómo derrotarlos. Fastidiarles un poco sí, pero antes o después nos borrarán del mapa. Y todo seguirá como antes.

- Entonces lo que propones es que nos pasemos un buen rato y nos olvidemos de los principios, ¿no es eso?

- Sí - afirmó él, acentuándolo con la cabeza -, parece que eso es lo que quiero decir. ¿Tienes una idea mejor?

Leota se sentó, muy tiesa, en el centro de la cama, con las piernas cruzadas bajo ella en una postura casi de loto, mirándole en silencio. Al cabo de un largo rato, dijo:

- ¡Ojalá la tuviese!

Hake esperó, pero ella no añadió nada a lo que había dicho. Se sintió defraudado y se dio cuenta de que había esperado más de ella.

- Así que tú también te estás rindiendo - dijo beligerante.

- ¿Acaso no tendría que hacerlo? - Se echó a llorar y sollozó -. He soportado mucho. No sé cuánto más podría aguantar.

- ¿Tan malo fue para ti el harén?

- ¡No es sólo eso! No sé... creía comprender lo que estaba sucediendo. Pensé que quizá todos vosotros estabais hipnotizados, y que si podía probarlo, quizá pudiera ponerle un fin. Ahora... ahora ya no estoy tan segura. No desde que me he encontrado a mí misma actuando del mismo modo.

- ¡Espera un momento! - dijo Hake -. ¡Casi me olvido de las microfichas de Art!

- ¿Y para qué nos van a servir?

- Quizá para nada. Pero mirémoslas y veamos qué dicen.

El aparato de televisión también tenía un lector de fichas... posiblemente utilizado, más que para otra cosa, para ver imágenes eróticas, pensó Hake. Pero podía servir para facilitarles información sobre la hipnosis. Tomó las fichas del fondo de su mochila y metió una al azar en el lector. El primer panel era una página de una revista técnica, con un informe de dos personas acerca de los parecidos entre el sueño y la hipnosis; parecía ser que la gente que se adormilaba con facilidad también era, en general, fácilmente hipnotizable. Hake miró a Leota. Ella se alzó de hombros.

- No me adormilo con demasiada facilidad - dijo -. Aunque de todos modos no sé qué puede tener que ver esto con todo lo otro.

- Probemos otra. - Hake pasó a otro punto de la microficha:

Morfología corporal y alivio, inducido hipnóticamente, del dolor isquémico.

El problema de la conciencia dividida: una interpretación neodisociativa.

Una evaluación del Perfil de Inducción Hipnótica (PIH)

Estrategias de investigación para la evaluación del poder coercitivo de la hipnosis...

- Hey, espera un momento - dijo Leota -. Veamos eso.

Afortunadamente no era muy largo, tres paneles, cada uno de ellos una página de una revista científica. No les era de demasiada utilidad; presentaba un protocolo ético para investigar cómo la hipnosis puede causar un comportamiento que vaya en contra de las inclinaciones normales del individuo, pero no decía nada acerca de lo que podrían revelar tales investigaciones.

- Podríamos pasarnos toda la noche leyendo estas cosas - dijo a desgana Leota.

Hake chasqueó los dedos.

- ¡La cinta! - dijo, y dejó caer al suelo el resto de las microfichas. Entre ellas se encontraba una cassette, grabada por Art el Increíble. Hake la colocó en el magnetófono, lo conectó y les llegó la voz de Art.

«No sé cuánto de todo esto te va a ser de utilidad, Horny», dijo, «pero ahí va: con lo que yo empecé fue con mi número de magia. Recordarás cómo lo hago: consigo que unas treinta personas suban al escenario, y les suelto el consabido «tienen ustedes mucho sueño, mucho, mucho sueeeño». Muchos de ellos actúan como si realmente se estuvieran durmiendo. A los que no lo hacen los saco enseguida del escenario, así que quizá me queden unos veinte. Entonces les ordeno que traten de levantar los brazos, pero les digo que no pueden. Los que no me responden, fuera. De modo que me queda una docena. Y sigo así hasta quedarme con media docena que hará cualquier maldita cosa que les pida.

«Ahora bien, ¿están hipnotizados? Se me escapa, Horny. Me preocupaba eso, de modo que leí toda la literatura que había al respecto, y esto es algo de lo que encontré. Los estudios más importantes son... aguanta la respiración: Hipnosis, sugestión y estados alterados de la conciencia: evaluación experimental de la nueva teoría cognoscitiva y del comportamiento y la teoría tradicional de la hipnosis por el estado de trance, todo esto es el título, de Barber y Wilson, y La hipnosis desde el punto de vista contextualista, de Coe y Sarbin.

«Léetelas si lo deseas, pero yo te puedo decir de qué hablan. El estudio de Barber y Wilson trata sobre un experimento que hicieron. Tomaron a un grupo de voluntarios y los dividieron en tres subgrupos. A un tercio no le hicieron nada especial; eran los controles. A otro tercio lo hipnotizaron, poniéndoles en estado de trance al viejo y tradicional modo y dándoles sugerencias. Al último tercio se limitaron a hablarles. No los hipnotizaron. No hubo estado de trance. Ni siquiera les pidieron que hicieran nada. Sólo les dijeron cosas como: «¿Ha pensado alguna vez lo que sería no sentir dolor, o recordar su primer día en la escuela, o no ser capaz de levantar el brazo? Si lo desea, quizá pueda pensar en esas cosas». A eso le llaman pensar con el sujeto. De modo que luego hicieron todos esos

experimentos: pesadez del brazo, anestesia del dedo, alucinación del agua... creo que probaron con diez cosas distintas. Y luego comprobaron las respuestas de los tres grupos, contabilizándolas de modo que la respuesta más alta, la de «los más hipnotizados», se podría decir, sería un 40, y los totalmente nulos, los que no tuvieran la mínima respuesta, sería un cero. Ningún grupo tuvo un cero, de hecho ningún individuo de los tres grupos lo tuvo. Tomaron una puntuación de 22 como el punto de inflexión, y esto es lo que hallaron:

»Para el grupo de control, el 55 por ciento de los sujetos alcanzaron 23 o más... así que, aunque no haya la menor preparación, un montón de gente actúa, de todas maneras, como si estuviera hipnotizada.

»Para el grupo hipnotizado, los del estado de trance, el 45 por ciento obtuvo el 23 por ciento o más. ¡El 45 por ciento! Menos que los controles.

»En cuanto al grupo de los que pensaban con, ¿sabes cuantos dieron un 23 o más? Un cien por cien. Todos ellos».

La voz de la grabación hizo una pausa, luego continuó:

«¡Ah! Aquí está. Así que, entonces, proseguí con la lectura y llegué a la obra de Coe y Sarbin. Tienen una teoría acerca de la hipnosis a la que llaman el punto de vista «dramatúrgico» Es decir, que los sujetos de la hipnosis están representando un papel. Tendrías que leer ese estudio, pero déjame que te lea yo lo que dice al final: «Subrayamos la proposición (largo tiempo desdeñada) de que las afirmaciones contrarias a los hechos que hace el hipnotizador son las claves que se le dan al sujeto acerca de que se está preparando una actuación dramática. El sujeto puede responder a estas indicaciones como si se trataran de una invitación para participar en un minidrama. Si la acepta, empleará las habilidades de que disponga para aumentar su credibilidad en el papel de una persona hipnotizada.»

»¿Lo has captado? Están representando un papel. Y lo que me hace creer que haya algo de verdad en esto es que yo sé lo que hago cuando subo a un escenario: interpreto un papel. No soy yo, no es el tipo que vive en Rumson, New Jersey y que cría periquitos. Soy Art el Increíble. Si lo quieres mirar de otro modo, de alguna manera me hipnotizo a mí mismo para actuar, como ellos dicen, de una forma contraria a los hechos fácticos. Y no soy yo sólo. Todos los actores lo hacen, esos que suben a los escenarios noche tras noche. Los callos no les duelen, la tos deja de impedirles respirar y, estén exhaustos o no, su paso es firme y elástico... hasta que caen los telones y aquella gloriosa y deslumbrante criatura se arrastra hasta su camerino y empieza a tomar sus medicamentos contra el dolor de tripa y el mal de cabeza. ¿Y los soldados? Salen de los combates con heridas que no recuerdan haber recibido. Alguien hizo un estudio, no está incluido aquí, pero podría encontrártelo si quieres, que mostraba que gente con heridas idénticas, unas recibidas en la guerra y otras en accidentes de tráfico, tenían respuestas muy diferentes. Los heridos militares necesitaban de mucha menos anestesia para luchar contra el dolor. ¿Por qué? Mi respuesta es que porque estaban interpretando el papel de soldados, así que no notaban tanto dolor. Llámalo pensar con, o autohipnosis o lo que quieras llamarlo. Pero concuerda. Concuerda con la visión dramatúrgica. E incluso creo que yo pasé por eso en una ocasión. Hace un tiempo, cuando era bombero voluntario, una noche de invierno me di cuenta de que no podía encender un cigarrillo. ¿Por qué? Porque estaba húmedo. ¿Y de qué estaba húmedo? De mi propia sangre. Me había rajado una mano de mala manera mientras estaba apartando cascotes para ver si había aún focos de incendio debajo, y estaba sangrando como un cerdo degollado. Me había metido la mano en el bolsillo sin percatarme de la herida y tenía el bolsillo lleno de sangre. Y todo esto sin que me diera cuenta de nada».

Permaneció en silencio por un instante y luego añadió:

«Bueno, eso es todo. Espero que lo encuentres de interés. Si alguna vez llegas a leerte todo esto ven por casa, nos tomaremos un trago y hablaremos de ello».

- Cuanto más trato de comprender lo que sucede en el mundo - dijo Hake, levantándose para apagar el magnetofón -, más me doy cuenta de que no comprendo nada. ¡Que se vaya todo al infierno!

Leota curvó las piernas bajo su cuerpo, sobre la cama, estiró el torso y le miró fijamente.

- ¿Qué quieres decir con eso de que se vaya todo al infierno?

- Quiero decir que me perdí entre todas esas complicaciones. Y que no tengo tiempo para ellas. Se supone que, hace dos horas, debía haber ido a pedir empleo.

Ella estalló:

- ¿Crees que me voy a casar con un tipo que no sabe lo que quiere?

- ¿Quién habló de casarse?

- ¡Tú lo has dicho y hace sólo unos minutos! Y lo peor es que incluso yo he pensado en ello, pero ya cometí ese error en una ocasión y no voy a volver a cometerlo.

Hake también estaba empezando a irritarse:

- Soy el ministro Hornswell Hake - resopló - y lo hago lo mejor que sé. No soy omnipotente, no soy omnisciente. Me gustaría que Art estuviera aquí, él sabe más que yo de muchas de estas cosas. Y desearía poder distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo... pero no puedo. Y si esto me convierte en un tipo que no sabe lo que quiere, pues bueno, tendré que soportar el ser así.

Leota se puso en pie para dar más énfasis a sus palabras y se dirigió a la ventana.

- Cualquiera puede hacer lo que es correcto cuando está absolutamente claro qué es lo correcto. Pero, ¿cómo lo vas a saber tú? No lo sabes y, de todos modos, tienes que actuar.

- Eso ya lo sé.

- ¿Entonces?

- Entonces - le contestó él -, haré lo que creo que es mejor que haga, o sea ir al sitio al que se supone que debería haber ido hace dos horas y pedir ese trabajo.

Se miraron el uno al otro por un instante y al fin Leota apartó la vista. Se volvió y miró por la ventana.

Una repentina rigidez de su forma de estar, la forma en que inclinaba su cabeza, la disposición de sus hombros, alarmaron a Hake.

- ¿Qué te pasa? - le preguntó.

- ¿Te he dicho alguna vez cómo nos fuimos de Roma? - inquirió ella.

- ¿Y qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

- Hassabou no quería alojarse en un hotel. No era propio de él. Tenía su yate fondeado en Ostia. Un día salimos a navegar... y ya no regresamos. Cuando el yate llegó a Bengasi, sus chicos me llevaron al aeropuerto. Con un cuchillo al cuello. Ven a ver.

Hake atisbó por la ventana, más allá de la brillante mezquita dorada y de los minaretes, en dirección al puerto.

- ¿Ves ese yate de vela que hay allí, el grande? Pues es La espada del Islam, el yate de Hassabou.

V

Una complicación más no resultaba importante para la turbada mente de Hake; había ya tantas... demasiadas, que una más no importaba. Obviamente, aquello suponía un riesgo adicional para Leota. Hake no tenía modo de resolver el problema, pero al menos podía disminuir algo del riesgo. Dejó sola a Leota en la habitación justo el tiempo necesario para ir a comprarle algunas ropas nuevas. Con su manto, falda hasta los tobillos y hatta w'aqqal pasaba mucho calor en aquel mediodía de Al Halwani, pero al menos no resultaba reconocible.

No hablaron mientras paseaban camino de la oficina de empleos de la empresa productora de hidrógeno. Leota caminaba los tradicionales dos pasos detrás de él, con la

cabeza castamente baja. Hake, con albornoz y caftán, pasaba casi tanto calor como ella, pero no hubiera estado más a gusto en casi ninguna otra vestimenta... La gente del desierto, o al menos la parte masculina de esa gente, había descubierto hacía mucho que unos ropajes sueltos y que cubriesen el cuerpo daban más protección contra el calor que la piel desnuda. Y no había ninguna prohibición cultural contra el hecho de que Hake fuera mirando a todas partes mientras caminaba... buscando a la gente de la Agencia, a los hombres del jeque, a los Reddi, e incluso disfrutando de las vistas.

Lo que más le sorprendió, una vez se hubo dado cuenta del hecho, era el que Al Halwani no tuviera tomas de agua para los bomberos. Tampoco tenía cloacas ni conducciones de agua, pero esto no resultaba visible. Grandes autocubas eléctricas llevaban el agua potable a las cisternas de cada edificio desde las plantas destiladoras que había fuera de la ciudad. Y las aguas residuales iban a parar directamente al reseco suelo. Había manchas verdes cerca de los edificios más viejos, allá donde los residuos de los desagües alimentaban el crecimiento de las escasas plantas.

Trescientos años antes aquella parte del mundo había estado deshabitada, exceptuando alguna tribu nómada o caravana de mercaderes. Entonces, las sequías y hambrunas de Arabia Central habían empujado a algunos de los nómadas hacia el sur, justo a tiempo para hallarse en aquel escenario cuando Europa se había desperezado y comenzado a tender las manos en busca de colonias. No había fronteras nacionales. No había naciones, o no las hubo hasta que los británicos comenzaron a darles nombres y a trazar líneas en los mapas para la conveniencia de los funcionarios de Whitehall. Altos Comisionados, tales como Sir Percy Cox, decretaron que aquel pedazo de tierra sería Kuwait y aquel otro le pertenecería a Ibn Saud, y que aquellos pedazos de pertenencia discutible, sitios entre los anteriores, no serían para nadie, o para ambos vecinos en común; y así fue.

Luego llegó el petróleo y aquellas líneas sin significado alguno se volvieron sumamente importantes. Un centímetro más aquí o más allá en un mapa representaba miles de millones de dólares en ingresos por el oro negro.

Y entonces llegaron los israelíes, con sus cargas huecas nucleares. Y ya a nadie le volvieron a importar las líneas del mapa.

Las ciudades que habían florecido de la noche a la mañana para convertirse en Chicagos o Parises se transformaron en aglomeraciones fantasmas, abandonadas. Abadán y Dubai, Kuwait y Basora empezaron a secarse de nuevo. Los brillantes edificios occidentales, con sus paredes de cristal y sus acondicionadores de aire siempre en marcha, se quedaron vacíos y comenzaron a morir. La arquitectura musulmana tradicional, de paredes gruesas sólo atravesadas por rendijas para la ventilación, sobrevivió. Y los inmigrantes llegados de todo el mundo árabe comenzaron a regresar a sus casas. Y otros ocuparon su lugar. Lo que resultó fue un batiburrillo de tribus y nacionalidades; y, entonces, los occidentales comenzaron a llegar, los hippies y los desarraigados, los marginados y los insatisfechos, los aventureros y los vagos. Las colonias americanas habían sido pobladas por emigrantes como éstos, un par de siglos antes. Al Halwani era la Filadelfia o el Buenos Aires de la nueva frontera, burdo, sin ley, políglota... y prometedor.

Con el fin de llegar hasta el edificio central de la Empresa de Combustibles de Hidrógeno de Al Halwani, Leota y Hake tuvieron que caminar por la explanada, con la estrecha playa a un lado y, más allá, la bahía color índigo y el mayestático buque La espada del Islam fondeado al ancla a medio kilómetro de la costa. Leota no alzó la vista. Hake lo estudió cuidadosamente. Aunque era una goleta de tres palos, decorada con banderolas en los mástiles, sabía que dentro del estrecho casco había motores y la bastante tecnología como para liberarle de cualquier problema con los vientos o las corrientes. Podía ver el gran globo del hidrógeno combustible. También podía ver figuras moviéndose sobre las cubiertas, aunque no había modo de saber quiénes eran. Si ellos

podían verle a él era otro tema. Realmente no creía que pudiesen, o al menos no con la suficiente claridad como para poder identificarles a Leota o a él bajo aquellos disfraces. Pero se sintió más tranquilo cuando empujó la puerta giratoria y entró en la sala de espera de la Empresa de Combustibles.

La oficina de empleo estaba casi vacía, y la anciana mujer que había al mostrador les entregó los impresos de petición. Se sentaron en un escritorio de plástico y comenzaron a llenarlos.

Las preguntas en los impresos estaban en cuatro idiomas, y afortunadamente para Leota el inglés era uno de ellos. Hake se enorgulleció de poder llenar el suyo en árabe, dibujando las fluidas palabras con tanta precisión como los trazos de un esquema de ingeniería. No había muchas preguntas. Hake copió los detalles del currículum ficticio que Jessie Tunman le había fotocopiado... ¿cuánto hacía ya de eso? ¿Sólo cuatro días? Y entonces sonó el interfono en la mesa de la recepcionista.

- Mándalos ya, Sabika - dijo la voz, y ellos se alzaron dispuestos para la entrevista.

El director de personal era un hombre joven, con una sola pierna, y el nombre que había en la placa de su escritorio era Robling. Dio saltitos alrededor de su mesa para acomodarles en sillas, les sonrió mientras apoyaba la muleta contra la mesa y estudió los impresos.

- Me alegra ver a un par de estadounidenses por aquí, Bill - dijo -, pero, ¿qué estáis haciendo con esos disfraces?

- Esto, nos hemos... convertido al Islam - dijo Horny Hake, tras darse cuenta de que el Bill se refería al nombre que había dado como suyo en los papeles, y luego añadió -. Sin embargo, no somos practicantes.

- Eso no es cosa mía - dijo animosamente Robling -. Yo lo único que hago es emparejar personas con trabajos, y parece que tiene usted una buena experiencia. No se presentan muchos aquí con un historial de haber trabajado en el cracking del hidrógeno.

- Bueno - dijo Hake, y recitó la información que había en sus documentos -. Eso fue en Islandia, hace tres años. Allí se usa la geotérmica, pero supongo que no debe de ser muy diferente a la energía solar.

- Bastante parecido. Naturalmente, aquí tenemos mucha movilidad en el personal. La gente viene, trabaja una temporada y se hace con un montón de dinero. Luego se toman las cosas con calma por un tiempo. Pero seguro que tengo algo para usted. En dos o tres semanas...

- ¿Tan tarde? Necesito empezar a trabajar ya - dijo Hake.

- ¿Enseguida? Bueno... no hay ningún trabajo ahora, pero si está corto de dinero quizá le pueda ayudar.

- No es por el dinero. Es que... - Es que tengo que empezar a trabajar en su empresa, para así poderla destruir en nombre de la Agencia, pensó Hake, pero no podía decirlo -... Es que tengo ganas de volver a trabajar.

Las cejas del jefe de personal se alzaron. Evidentemente, no era una actitud común entre los marginados.

- Bueno, me gusta esa actitud, al menos hasta cierto punto. Pero las únicas vacantes que tenemos en este momento son para gente que maneje una escoba.

- Pues manejaré una escoba.

- ¡No, no! Está usted demasiado cualificado como para hacer una cosa así, y luego, cuando quedase alguna vacante y lo promocionásemos por encima de los otros, habría problemas. Pero, no obstante... - Habiéndosele ocurrido algo, el hombre tomó el cuestionario de Leota, lo estudió y asintió con la cabeza -. Podríamos poner a su señora en nómina para que hiciera eso. Ella no está demasiado cualificada.

Miró de nuevo los impresos y chasqueó los dedos.

- Penn - dijo - Eso es. ¿Ha visto el tablón de anuncios de ahí fuera? Creo que hay una nota para usted.

- ¿De quién? - preguntó Hake, al que esto le había cogido desprevenido.

- Bueno, pues no lo sé. Nos llega toda clase de vaga... de transeúntes de paso por aquí, y la gente deja mensajes. En cuanto a ese trabajo, ¿qué me dice?

Hake abrió la boca, pero Leota se le adelantó:

- Lo acepto.

- De acuerdo. Han dicho que no eran ustedes religiosos practicantes, ¿quiere eso decir que puede usted quitarse ese velo? Porque necesitamos una foto suya para la identificación.

- No hay problema - dijo Leota, soltándose el velo -. ¿La quiere tomar aquí? De acuerdo. ¿Por qué no vas a ver ese tablón de anuncios y me esperas fuera, cariño?

No había nadie en la sala de espera excepto la recepcionista y un viejo y huesudo yemení, que llevaba cruzadas sobre la blusa unas cananas de munición (vacías), y que estaba absorto en un crucigrama en árabe. Hake fue hasta la placa de corcho, situada tras el escritorio de la recepcionista, y miró los mensajes clavados con chinchetas. Milt y Terry, Judy y Art estuvieron aquí camino de Goa. Patty de South Norwalk, llama a tu madre. El que iba dirigido a él era un pequeño sobre con el nombre William E. Penn perfectamente escrito a máquina en el exterior del sobre. En el interior se leía:

Queda usted invitado a tomar un cóctel a bordo de La espada del Islam. El botero le facilitará transporte cuando le presente este mensaje.

Hake volvió a meter la nota en el sobrecito, con sombríos pensamientos. Pasase lo que pasase, no iba a dejar que Leota volviera a subir a ese yate.

Se giró al abrirse la puerta de la oficina de personal, y allí estaba Leota, enmarcada en la abierta puerta. Dudó, pero luego le hizo una seña para que se le acercase. No podía ver su expresión a través del velo. Cuando él se acercó, ella lo cogió por el brazo, le metió dentro de un tirón y cerró la puerta.

- Hay otra salida detrás del cuarto de la cámara - dijo -. Estoy segura de que al señor Robling no le importará que la usemos.

El jefe de personal se los quedó mirando un momento y luego se alzó de hombros:

- ¿Por qué no?

A lo largo de un pasillo de paredes de cemento, a través de una puerta metálica, salieron a la cegadora luz del sol.

- ¿Qué es lo que pasa? - preguntó Hake.

- No te retrases, Horny. Ese tipo de ahí dentro era uno de los Reddi. Y no creo que tengas ganas de hablar con él.

- ¡Cristo! - Se apresuraron a doblar una esquina y luego se detuvieron en un lugar desde el que podían ver el edificio de la Empresa de Combustibles -. Si volvemos al hotel nos encontrarán los hermanos. Deben de habernos seguido desde allí.

Le entregó la nota.

- Éste es el mensaje que me habían dejado. - Ella lo leyó rápidamente y luego exclamó:

- ¡Guau!

- Sí, lo has expresado muy bien - acordó él -. No podemos volver al hotel a causa de los Reddi, y no podemos ir al yate a causa del jeque. ¿Sabes una cosa, Leota? Tenemos pocas alternativas.

Ella miró al edificio a través del velo. Al parecer Reddi seguía dentro.

- Oye, Horny...

- ¿Qué?

- Te equivocas en los pronombres. No es «nosotros», sino «tú» y «yo». Eres tú el que no puedes volver al hotel a causa de los Reddi y yo la que no quiero ir de nuevo al yate. Pero, viceversa, ninguno tenemos problema alguno.

- ¿Qué quieres decir con eso de que no tenemos problema alguno? Esos tipos son unos malvados, Leota. Y no voy a dejar que te enfrentes a ellos sola.

Sus ojos estaban clavados en él y, de nuevo, deseó poder ver a través del velo.

- Ya te he dicho antes - le espetó ella, secamente - que yo no juego a eso del fuerte gran hombre y la pequeña y débil mujer. Ya me estaba enfrentando a los Reddi cuando tú aún andabas dando sermones en New Jersey. Vete al yate y llámame al hotel cuando tengas una oportunidad.

- ¿Y tú qué vas a hacer?

- Yo voy a volver a esa sala de espera, a hablar con Reddi. Y tú no vas a impedírmelo.

Y no pudo, pues ella se subió las faldas y corrió, con el intrincadamente decorado dorso de sus piernas apareciendo y desapareciendo bajo el borde de su vestimenta.

No había un solo botero, sino cinco; y estaban armados. A menudo los árabes del desierto llevan rifles como un ornamento más, tal como hay quien lleva un bastón o un paraguas cerrado. A Hake no le pareció que aquellos rifles fueran ornamentales. Hizo una pausa en la ancha explanada, pero no tenía más alternativas que antes. Entregó su carta y se metió en la lancha cubierta. Ninguno de los pocos paseantes que había por los alrededores prestó atención alguna a lo que pasaba cuando el chillón gemido de un motor de inercia cambió de tono al meter el embrague el timonel para que empezase a girar la hélice. Otros dos boteros soltaron amarras y la lancha se apartó del pequeño muelle flotante.

Mientras se acercaban al yate, éste fue tomando cada vez más el aspecto de un buque de guerra. Su costado se alzaba a unos siete metros por encima de ellos, mientras se aproximaban a la escalerilla, y los mástiles se perdían en la altura. Cascarrabias estaba de pie junto a la borda, mirando hacia abajo, con el rostro como de granito. Hake dudó y miró las olas. Aquellas aguas eran temidas por sus tiburones. Pero, ¿qué es lo que iba a encontrar dentro del yate?

- Háganle moverse - gritó con dura voz Cascarrabias, y uno de los boteros empujó a Hake con el cañón de su rifle -. Has tardado mucho tiempo en venir aquí - dijo, cuando Hake llegó a su nivel. Nada podía leerse en su expresión mientras estaba allí con una mano en el pasamanos de la borda, la camisa abierta, una gorra de patrón de yate, pantalones blancos y sandalias de tiras. Tras él se hallaban otros dos marineros, que representaban, con los cinco que había tras él, una fuerza más que excesiva para dominar cualquier resistencia por su parte. Su presencia era una amenaza. Pero Cascarrabias no le amenazó. Ni siquiera le reprochó; lo único que dijo fue: - Los otros te esperan abajo.

Hake no había estado nunca antes en el yate de un multimillonario. Había menos opulencia de la que hubiera imaginado: en la cubierta no había piscina, ni siquiera alguno de los juegos que se ven en los transatlánticos. Pero la verdad es que no podía ver toda la cubierta, sino sólo una porción, tapada por una lona y provista de hamacas. También veía el pequeño castillo de popa con sus cabrestantes y cables enrollados. La mayor parte de la cubierta quedaba oculta de su vista, a niveles superiores. Dentro no había ni murales ni maderas labradas, y los pasamanos eran de simple latón. Pero pasaron frente a una compuerta abierta, por la que salía un sirocco de calor de motores, y Hake pudo dar una ojeada a tubos y conductos que bajaban, aparentemente hasta unas profundidades infinitas. La espada del Islam era un yate velero, pero sus motores auxiliares parecían lo bastante grandes como para mover un transatlántico.

Cascarrabias le había dicho la verdad: los otros le estaban esperando en un salón con ojos de buey que daban a babor del barco. Allí había más opulencia que en los corredores: plantas en macetones, una pared formada por acuarios con peces tropicales, cojines tirados entre butacas y butacones... Pero parecía más la casa de un ricachón estadounidense que la tienda de un jeque. Jessie Tunman alzó la vista de una partida de cartas que estaba jugando con uno de los jovencitos de Yosper..., y le espetó:

- Recibirá su merecido, Horny. ¡No tenía ningún derecho a escaparse con esa mujerzuela!

- Hola, Jessie.

Había una docena de personas en la sala, y reconoció a la mayoría: Yosper y sus chicos, el joven hispano llamado Tigrito, y uno de sus instructores bajo el alambre. No tenía aspecto de ir a darle la bienvenida.

Yosper saltó de una silla y avanzó, con sus brillantes ojos azules contemplando fijamente a Hake. Al fin, el viejo se echó a reír.

- Siempre has sido un chico con muchas pelotas, Hake. Me recuerdas a mí mismo, antes de que descubriese a Nuestro Señor el Salvador... y a la Agencia.

Hake asintió con la cabeza y se sentó, tratando de parecer relajado mientras Yosper seguía estudiándolo.

- ¿Qué va a pasar, Hake? - preguntó el Viejo -. ¿Sigues siendo parte de la operación o te vas a convertir en una molestia?

- He llevado a cabo lo que me fue encomendado - dijo Hake.

- ¡Oh, seguro, Hake! Espero que lo habrás hecho. Y vas a darnos tu informe, y entonces lo sabremos con toda seguridad. Pero yo te estaba hablando de ahora en adelante.

Hake dudó.

- Si completo esta misión, ¿podré retirarme?

- ¿Eso es lo que quieres, chico? - dijo tranquilamente Yosper -. Bueno, no depende de mí, pero todos tenemos que retirarnos algún día, así que... ¿por qué no? Supongo que eso dependerá de lo bueno que sea tu informe y de lo que hagas en el próximo par de días. ¿Y dónde está tu amiguita?

- ¡Leota no tiene nada que ver en esto!

- No, Hake - dijo con gran énfasis el viejo -. En eso tengo que estar en desacuerdo contigo. Ella sí que tiene que ver, a menos que el viejo Hassabou diga que ya no es así. Pero me parece que, por el momento, la considera como una de sus posesiones que, digamos, no se encuentra donde debiera; y no está muy contento contigo por este motivo.

- ¡Por Dios! ¿Y qué nos importa lo que él piense?

- ¡Cuidado con la forma en que hablas! - dijo Yosper -. Porque resulta que nos importa y mucho, imbécil. Hassabou era el dueño de todo este país y, cuando caiga en la bancarrota, nos lo va a vender enterito. ¿Nos vas a decir dónde está?

- ¡No!

- No esperaba que fueras a decírnoslo, pero eso no es ningún problema. Al Halwani no es un lugar muy grande. Jessie, por favor, ¿quieres prepararnos esos mapas? Y ahora vamos a tu informe, Hake, empezando por el reconocimiento que has hecho de esa planta de energía solar.

Jessie recogió los naipes y quitó la parte superior de la mesa, mostrando una pantalla de las de proyección trasera. Mientras manipulaba el teclado que había a un lado de la mesa, en la pantalla apareció una fotografía de la costa, tomada por un satélite de reconocimiento, con los trazos de un mapa sobrepuestos en rojo. Hizo un zoom para acercar la torre y el anfiteatro de las dunas florecidas, y luego le entregó a Hake un puntero de luz.

- Haga un poco de zoom inverso - le dijo éste -. No se ven los caminos.

Se formaron unos puntos verdes que luego se juntaron al ser de nuevo enfocados, y él asintió con la cabeza. El punto rectangular en medio de la bahía era la torre propiamente dicha. La playa en creciente era un mosaico de verde y blanco, con las plantas solares medio abiertas para dar la cara al sol del atardecer. Las carreteras estaban oscurecidas por las sombras, pero se las podía localizar.

- Éste es el puesto principal de guardia - dijo, apuntando la flecha del puntero de luz a una mancha sobre las dunas -. Estuvieron dentro durante toda la noche. No creo que patrullen... De todos modos, no vimos ni rastro de ellos a lo largo del camino. Hay un sendero que sube desde la autopista. Está a cubierto la mayor parte del camino, pero no hay demasiados lugares donde esconderse alrededor del puesto de guardia.

- ¿Estás escuchando, Tigre? - preguntó Yosper -. Éste es tu trabajo: tomarás posición y luego, cuando nosotros nos movamos, tú cortarás las comunicaciones e inmovilizarás a los guardias. ¿Qué hay del costado de las dunas que dan a la playa, Hake?

- Está completamente cubierto por las plantas, que descienden hasta el borde del agua. Hay algo allá abajo que parece un edificio - señaló con el puntero -, pero no sé lo que es.

- El centro de control de la torre. Sigue, Hake.

- Esto es, más o menos, todo lo que puedo decir. No sé por qué son tan importantes esas plantas... podrían usar espejos, ¿no?

- No te enteras, chico - le explicó amablemente Yosper - si usas plantas vivas, no tienes el problema de dirigir los espejos... las plantas se colocan en posición ellas mismas. Y también se mantienen limpias solitas, como deberías saber. ¿O es que había un error en tu currículum?

- No. Pasé un año limpiando espejos en New Jersey, es cierto.

- Entonces, ¿cómo es que no entiendes más de lo que has visto? ¿Qué me dices de la torre?

- Es alta y está aislada. Tenía algunas barcas en derredor. Por lo que pude ver, no estaba conectada a tierra en modo alguno.

Impacientemente:

- Hay un túnel. Sigue.

- Eso es todo. No pude ver mucho más... excepto esa luz púrpura. Eso sí que no lo entiendo en absoluto. Me dolían los ojos sólo de mirarla. Y apareció de repente en el cielo.

- ¡Por todos los diablos, Hake, eso es un holograma! Es la parte más hermosa de todo su esquema. ¿Es que no te enseñaron nada de geometría en la escuela? Si hubieran criado las plantas para que apuntasen directamente al Sol, hubieran devuelto la luz al Sol, ¿no es así? ¿Y para qué les hubiera servido eso? De modo que las han criado para que respondan a la alta radiación ultravioleta... y fue bueno que no mirases esa luz durante mucho tiempo, porque la mayor parte de sus radiaciones caen fuera del espectro luminoso. Lo que hacen es generar con un láser un holograma ultravioleta y lo colocan en el punto que les interesa del cielo, a medio camino entre el Sol y la torre. Cuando tengas un rato trata de dibujar un diagrama y verás que toda la reflexión tiene que ir justo a la torre, en cada momento.

Hake se quedó mirando el tablero de la mesa, calculando ángulos mentalmente.

- ¡Pues es una idea muy brillante, Yosper! - agitó la cabeza -. ¡Maldita sea! ¿Por qué nos los hemos de cargar? ¿Por qué no les dejamos que sigan con sus experimentos y nos hagan el hidrógeno que necesitamos?

Yosper estaba escandalizado.

- ¿Estás loco, Hake? ¿Sabes del despilfarro que eso ocasionaría en la balanza de pagos? Desde luego que vamos a hacer un trato, pero lo vamos a hacer con el jeque. Después de que hayamos eliminado a esos hippies. Que volemós su torre. Que matemos sus plantas... Hemos hecho que nuestros buenos amigos de Eatontown nos preparasen un hongo especialmente para esto. Han pedido más préstamos de los que van a poder pagar para poner en marcha todo esto, así que cuando acabemos con ellos caerán en la bancarrota. Entonces, el bueno de Hassabou volverá a hacerse con el poder, y haremos un trato con él.

- Vamos a hacerlo de una vez - se quejó Jessie Tunman -. ¿Consiguió Horny un trabajo en la torre para poder dejarnos entrar en ella?

Hake le lanzó una mirada asesina, y luego admitió:

- Bueno, en realidad no lo conseguí. Quiero decir que van a darme un trabajo, pero no antes de dos semanas. En cambio contrataron a Leota al momento.

- ¡Hake! - estalló Yosper -. ¡Has fracasado en lo que te fue encomendado!

- ¿Y que podía hacer yo? Dijeron que estaba sobrecualificado... ¿Quién ha tenido la culpa de esto? ¡Yo no fui quien preparó mi falsa identidad!

- Chico - afirmó Yosper -. ¿Sabes que acabas de perder la mayor parte de tus posibilidades de regateo? Hemos perdido todo un año preparándote para esto, sólo porque tú hablabas los idiomas de aquí y te podías entender con los nativos... ¡Y ahora no nos sirves para nada!

Jessie Tunman alzó la vista.

- Quizá las cosas no estén tan mal - dijo.

- ¡No digas estupideces, Jessie! Si hubiéramos querido entrar en la torre al asalto no hubiéramos perdido el tiempo con este seductor de vía estrecha.

- Pero él sigue aquí. Lo único que no tiene es una identificación que le permita entrar en la torre.

- Eso es cierto, pero... ¡Oh! - se interrumpió Yosper - Ya veo. Lo único que tenemos que hacer es conseguirle esa documentación.

Le dedicó una sonrisa a Hake.

- Y eso no tendría que resultarnos tan difícil, vistos los recursos de los que disponemos. ¿Tienes algo más que decir, chico? ¿No? ¿Hay alguna otra pregunta acerca de esta misión?

- Tengo una. ¿Por qué tenemos que destruirlo todo? ¿Por qué no nos limitamos a robar algunas plantas y nos montamos nuestra propia instalación?

Yosper movió la cabeza.

- Chico, no pienses. Tú haz lo que se te ordena. Hace ya tres años que tenemos esas plantas. Y no nos sirven para nada.

- ¿Cómo que no? Esta costa se parece mucho a la de Florida.

- Hake - dijo amablemente el viejo -, Miami está en Florida. Y todos esos terrenos están edificados, ¿o es que no te has dado cuenta? Dios ha elegido darles a esos tipos raros todo lo que uno necesita para este tipo de instalación: luz solar, agua, un puerto bien equipado. La mayor parte de los Estados Unidos de Norteamérica están demasiado al norte. Incluso en los alrededores de Miami uno sólo obtendría un rendimiento del cuarenta o el cuarenta y cinco por ciento en invierno. Y si se monta allá donde realmente se necesita, como en los alrededores de Nueva York o Chicago, por no hablar de Boston, Seattle o Detroit, puede decirse que uno prácticamente no tendría nada de energía durante tres o cuatro meses al año.

- ¿Y no le sugiere eso nada, Yosper? - dijo Hake -. ¿No será el modo que emplea Dios para decirnos algo?

El viejo se partió de risa.

- ¡Ya lo creo que sí, chico! ¡Me está diciendo que tenemos que usar los dones que Él nos dio para hacer Su voluntad! Y es eso justamente lo que estamos haciendo. Si Dios quisiera que el Golfo Pérsico tuviera nuestra energía, habría puesto Pittsburgh aquí. Oh, quizá podríamos usar esto en Hawaii, o mejor aún en Okinawa o la Zona del Canal... si no hubiéramos regalado esos territorios cuando no debimos hacerlo. Uno tiene que buscar las zonas útiles entre los veinticinco norte y los veinticinco sur, y Dios, en Su Infinita Sabiduría, ha decidido no poner por ahí más que salvajes. Apaga ese cacharro, Jessie.

Se puso en pie.

- Tengo que ir a hablar con Cascarrabias y el jeque - dijo -, así que vosotros os podéis quedar un rato descansando. En cuanto a ti, Hake, creo que lo mejor es que permanezcas en tu camarote hasta que te necesitemos. Tigre te llevará hasta él.

Cuando empezó a oscurecer le llevaron comida. Un negro muy joven que llevaba un tarboosh golpeó a la puerta y le dio una bandeja.

- Bismi llahi rahmanir rahim - gorjeó educadamente.

Hake le dio las gracias y cerró la puerta. Aquel educado saludo era una invocación al compasivo y misericordioso Alá, y a Hake sólo le cabía espera que aquellos sentimientos

fueran compartidos por los miembros de la tripulación que tuvieran la voz más formada que aquel crío. La comida era cordero, arroz y una ensalada, todo excelente. Hake comió con bastante buen apetito. Estaba acostumbrándose a la forma de trabajar en el negocio del espionaje, consistente en largos períodos de esperar a que sucediese algo, sin saber exactamente lo que iba a ser, largos períodos de hacer algo, sin acabar de saber para qué. Y de vez en cuando, como para subrayar algunos momentos, que alguien le golpease o le volase el coche.

No sólo se había acostumbrado a ello, sino que estaba empezando a aceptarlo. Al menos para sí. En lo que se refería a Leota... eso ya era otra cosa, y le preocupaba. Ni Yosper ni Jessie Tunman le habían dicho de dónde pensaban lograr una identificación que copiar, pero a Hake le olía que iban a considerar que la que le habían entregado a Leota podía ser una buena fuente.

Nadie le había dicho que estuviera preso y nada le detendría si abría la puerta e iba a unirse con los otros. Pero no quería hacerlo, pues no le atraía nada verles jugar a sus tontos juegos. Actuaban como...

Actuaban como la mayor parte del mundo, se dijo a sí mismo, interpretando un papel. Dramaturgia. Pensar con.

Tal como había dicho Art el Increíble, si uno lo miraba con los ojos abiertos, esto explicaba muchas de las modas, de las locuras, de las pasiones, de las maldades y de las incongruencias del comportamiento humano. Incluso explicaba al mismo Hake. Explicaba por qué había actuado tanto tiempo en el papel de ser un ministro religioso... y explicaba el juego de ser un agente secreto... también explicaba el papel del rebelde contra aquellas traiciones secretas. Explicaba por qué Yosper jugaba, al mismo tiempo, al criminal y al buen cristiano, por qué Leota actuaba como revolucionaria y esclava del harén; y explicaba el motivo por el que el mundo se había visto metido en aquel lío tan horroroso. ¡Todo era porque todos jugamos a interpretar papeles! Y cuando, al mismo tiempo, suficientes de nosotros jugamos al mismo juego, actuamos en el mismo rol dramático... entonces el juego se convierte en un movimiento de masas. Una revolución. Un culto. Una religión. Una moda.

O una guerra.

Colocó la bandeja en el corredor junto a la puerta y se recostó en la limpia y estrecha litera. En todo aquello faltaba un elemento muy importante: la causa. ¿Cómo había empezado?

La pregunta no era correcta. Era como inquirir por qué habían llegado las langostas a Abu Magnah. Ninguna langosta había tomado, individualmente, la decisión de atacar la ciudad, no había plan ninguno, ni siquiera había una necesidad genética compartida. Si uno examina los bordes de un enjambre de langostas, lo único que ve es un grupo desperdigado de insectos, que vuelan ciegamente hacia el exterior, girando aquí y allá en confusión y luego regresan al enjambre. Lo que mueve la plaga de langosta de un lugar a otro es el azar en forma de soplo de viento. No tiene más fuerza de voluntad que la hoja que es arrastrada por el aire.

Y Hake y Yosper y Leota y todos los demás... ¿qué era lo que estaban haciendo, sino dedicar todas sus fuerzas a ser parte de un enjambre especial? Las causas y las naciones se movían allá a donde el azar las empujaba... incluso, en ocasiones, hacia una guerra de suicidio mutuo, a pesar de que ambos bandos sabían por anticipado que ninguno de ellos podía ganar, ni el vencedor ni el perdedor.

Exactamente como las langostas...

Alguien llamó a su puerta.

Hake se sentó en la cama.

- ¿Sí? - preguntó.

Abrió y se encontró al niño que le había traído la comida, con aspecto de estar asustado. En un inglés bárbaro le dijo:

- Señor, le he traído té, permítalo Alá.

Hake tomó la bandeja, algo asombrado.

- Todo está bien - dijo con tono amable, pero el temor del niño no disminuyó. Se dio la vuelta y salió corriendo. Hake se volvió a sentar y dejó el té en la mesilla de noche, con su discurso mental interrumpido. No era que aquello importase. Nada de todo aquello era realmente decisivo para su problema presente, que era la pura supervivencia; la suya y la de Leota.

Algo rodó por el suelo cuando abrió la servilleta. Lo recogió y vio que era un doble anillo dorado.

No había ni nota ni palabra alguna, pero no lo necesitaba. En aquel yate y en aquel momento no era probable que hubiese más de una persona con el doble anillo de un matrimonio de grupo americano. Así que Alys debía estar a bordo.

- Despiértese ya, señor Hake. Va a haber una conferencia.

Hake se tambaleó hasta la puerta y la abrió, viendo a Mario, que parecía soñoliento pero extrañamente complacido consigo mismo.

- ¿Ahora? ¡Pero si no son ni las cinco de la madrugada!

- No es justo ahora, pero sí pronto. Inmediatamente después de las oraciones del alba del jeque. Sin embargo - lanzó una risita -, se ha producido un acontecimiento interesante que yo creo que a usted le gustará ver.

Hake, atontado, se puso los zapatos.

- ¿Qué pasa?

- Apresúrese, señor Hake, y véalo por sí mismo.

El joven abrió camino hacia allí por donde él había llegado a bordo, la cubierta de popa. Acababa de amanecer, y la oblicua luz trazaba largas sombras en la ciudad de Al Halwani y en la lancha que estaba gimiendo, camino hacia ellos.

- Dijeron por radio que traían a alguien - dijo Mario por encima del hombro de Hake -. Allá, ¿la ve? Está sentada sola, junto a la toldilla.

- ¡Leota!

- Sí, señor Hake, su buena amiga por la que usted arriesgó tanto. Ahora volverán a estar juntos... o, al menos, no estarán muy lejos. Aunque no creo que el jeque Hassabou le invite a usted a entrar en su harén.

- ¿Cómo la atraparon?

Mario frunció el ceño.

- No resultó muy difícil, después de todo - dijo -. Estaba paseando por la explanada, ella sola. Los boteros la reconocieron, y ella no ofreció resistencia.

Hake se inclinó sobre el pasamanos para observar, mientras la lancha llegaba al costado. Una mujer cubierta por un velo y un manto aguardaba, y sólo por las arrugas de sus manos supo Hake que se trataba de una anciana. Cuando Leota subió a bordo y la vio, se echó hacia atrás y la anciana, impaciente, la empujó hacia adentro.

- Mario, Mario... quiero hablar con ella. Sólo será un momento.

- ¡Por favor, señor Hake! ¡Vaya una petición más ridícula! Naturalmente, eso es imposible... Y ahora - dijo muy alegre el joven -, si no se apresura llegará tarde al desayuno.

El confuso griterío desde el otro lado de las aguas era el de los muecines llamando a los fieles a las oraciones de las cinco de la madrugada y, al pie de la escalerilla, los boteros se estaban hincando de rodillas.

Anonadado, Hake siguió a Mario hasta el comedor. No comió, no se unió a la conversación y sólo aceptó café. Su mente estaba llena de planes apresurados, que descartaba inmediatamente. Y cuando el equipo de la Agencia se levantó para ir a la conferencia, les siguió en silencio. Sólo dudó cuando pasaron junto a un armero, frente al que se hallaba de guardia un silencioso marinero. La duda le duró un segundo. Podía dominar al guardia, tomar un par de carabinas de tiro rápido y una docena de cargadores.

Disparar contra Yosper, Tigre, los tripulantes y todos los demás. Hallar el harén y armar a Leota. Empezar la huida hacia una lancha.

¿Y cuáles eran las posibilidades de triunfar con ese plan? Siendo muy optimista... ¿una de un millón? Había algo en la educación de Hake que le impulsaba a arriesgarlo todo para salvar a una mujer en peligro... pero, ¿compartiría Leota su punto de vista?

Un tripulante con una auténtica cimitarra corrió una cortina de tejido de oro, y se encontraron en el salón privado del jeque.

Si había faltado opulencia bajo las cubiertas quizá fuese porque estaba concentrada allí. Frutas confitadas en cuencos de cristal, diminutas tacitas de café y pequeños dulces en bandejas de plata labrada, un suelo de baldosas artísticas, cubiertas por alfombras que no habían sido tejidas para que las pusieran sobre el suelo. Incluso las cortinas no eran, se veía por la forma en que se balanceaban con el movimiento del buque, de simple tejido dorado sino de auténtico hilo de oro.

El jeque ya estaba allí, sentado por encima de los otros en un trono de cojines. Era mayor de lo que Hake recordaba, y tenía mejor aspecto: piel olivácea y una nariz como el pico de un ave de presa, con los ojos brillantes dentro de su negro círculo de kohl. Junto a él, un palmo más bajo, Cascarrabias estaba sentado, erguido e impaciente. La reunión fue corta. Hubo pocas discusiones y, para sorpresa de Hake, ninguna recriminación. Incluso Jessie Tunman se limitó a mirarle de vez en cuando con los ojos emponzoñados. Cascarrabias explicó el plan, deteniéndose a cederle la palabra a Hassabou cada vez que el jeque se aclaraba la garganta o se movía; todo hubo acabado en quince minutos.

La parte de Hake era muy simple. Tenía que presentarse en la sala de control con su falsa identidad y decir que había sido asignado allí como barrendero. Sería difícil que, siendo de noche, fueran a comprobarlo, incluso aunque sospechasen; y para cuando abriesen la oficina del personal, a la mañana siguiente, ya sería demasiado tarde. Hake se quedaría en la torre hasta el amanecer... Existía cierto peligro en eso, tuvo que admitir a regañadientes Cascarrabias, pero no había más remedio. Los otros, entre ellos Yosper y sus chicos, llegarían hasta la torre con equipos de submarinismo, y él les dejaría entrar. Irían armados con gases somníferos, armas y recipientes con las esporas de los hongos. El gas somnífero era para deshacerse de la gente del centro de control, las armas para el caso de que el gas no funcionase, los hongos para destruir las plantas fotófilas. Otro grupo se haría con el puesto de guardia de las dunas, y cuando lo hubieran ocupado todo volarían la torre y el centro de control... tras haberlo fotografiado antes todo y haberse llevado cualquier aparato que les pareciese interesante. El yate les recogería a todos, y entonces...

Nadie dijo nada acerca del «entonces» en lo que se refería a Hake. Era como si se hubiese programado que su vida se detuviera en el momento de la voladura de la torre.

Y diez minutos después de que regresase a su camarote, el chico de doce años, temblando, le trajo una botella de agua mineral que no había pedido.

- Regresaré dentro de media hora - susurró y desapareció; y cuando Hake tomó la servilleta encontró dentro un minicassette, con una cinta dentro.

¡Leota!

Pero fue la voz de Alys la que le llegó por el micrófono:

- ¡Mantén bajo el volumen! - le ordenó en seguida. Y luego: - Horny, Leota llegó a bordo cableada. Dios sabe cuánto tiempo pasará antes de que descubran que es una radio, así que no pierdas tiempo. Graba toda la información que puedas, pon la grabadora bajo la almohada y vete a dar un paseo. Jumblatt la recogerá cuando limpie tu habitación. No hables con él. No trates de vernos a ninguna de las dos.

Y luego, increíblemente, una risita:

- ¿No es muy divertido?

Una hora más tarde, mientras jugaba una partida de billar, en hoscó silencio, con Tigrito en el salón, Hake se dio cuenta de que había movimiento fuera. Durante el tiempo

que le tocaba jugar al otro atisbó hacia la cubierta, luego salió a ella y miró por encima de la borda. La escalerilla estaba llena de pingüinos: las mujeres del harén, vestidas todas con largas túnicas y velos, que entraban torpemente en una lancha. Una de ellas alzó la vista hacia él, pero no tuvo modo de saber quién era.

Desde dentro, Tigrito dijo irritado:

- Vamos, tío, te toca a ti.

- Voy. ¿Qué es lo que pasa?

Tigrito echó una mirada hacia abajo, y luego sonrió.

- ¿Sabes?, es que vamos a la batalla, y envían a las mujeres y los niños al hotel, para que no anden por en medio. No te preocupes, el viejo Hassabou los traerá de vuelta mañana por la mañana.

- No estaba preocupado - dijo Hake, entrando de nuevo para jugar su turno, pero era mentira. Estaba preocupado por demasiadas cosas, y una de las más importantes era si habría habido tiempo para que la cinta le llegase a Leota.

VI

Hake tomó el autobús de la costa aquella misma tarde, se bajó en el camino que llevaba al puesto de guardia, subió la duna y se presentó a los centinelas. Incluso en la distancia, el sonido de la torre solar era inmenso: retumbar de bombas, rugidos del gas y el vapor, aullidos de las torturadas moléculas que eran forzadas a separarse. El hombre armado con un rifle y sentado en una silla de lona en el exterior del barracón se sacó el auricular de dentro de su oreja, miró sin interés alguno a la credencial falsificada de Hake, e hizo un zafio comentario acerca de los hombres que trabajaban como mujeres de limpieza.

- ¡Qué pena que seas un hombre! - dijo -. Aún no puedes ir abajo hasta dentro de una hora, y en cambio si fueras una mujer podríamos pasar ese tiempo de una forma muy interesante.

- ¿Es que no hay bastante gente que trate de colarse por aquí como para mantenerte divertido? - dijo Hake en tono de conversación.

- ¿Gente que trate de colarse? ¿Y para qué iba a querer colarse aquí la gente? Lo único que hay que impedir es que tontainas en bote se acerquen demasiado a la torre. Ven, siéntate a la sombra; cuando cese el ruido podrás ir allá abajo, al centro de control.

Así que Hake se tendió bajo un matojo de las plantas, jugueteando con la identificación que había sido de Leota, con su mente tan clara que casi la tenía en blanco. No podía planear con demasiada antelación. Lo único que le cabía hacer era seguir las órdenes hasta el momento en que viera la oportunidad de hacer otra cosa. Cuando el sol se puso, el guardia le hizo un gesto para que bajase, aunque en realidad el sonido no se había apagado; aún había cantidad de calor en la cavidad receptora en la cima de la torre, y las turbinas continuaban rugiendo.

Bajando por el sendero en la creciente oscuridad, Hake recordó una noche de luna de otro verano, cuando aún estaba en la silla de ruedas y tenía un trabajo a horas limpiando heliostatos para la Jersey Central Power and Light. Los grandes espejos plegables eran almacenados boca abajo, para impedir que sus superficies quedaran cubiertas de polvo y picadas por las gotitas saladas. Y, aun así, Hake o alguien como él tenía que pasar una vez al mes y limpiarlos con un spray detergente... un trabajo que jamás se acababa, pues para cuando el último sector había sido limpiado, el primero empezaba ya a necesitar limpieza. Pero, en cambio, las plantas fotófilas se limpiaban solas.

Entrar en el interior del centro de control era como entrar en el puente de un barco. Los listados de datos brillaban en un arco iris de colores en media docena de terminales con monitor, mostrando un centenar de diferentes tipos de datos acerca de la temperatura, la presión y cualquier otro estado variable en cada punto del proceso. Un listado controlaba el aire mientras era forzado a través de sus pequeños conductos por el interior del

receptor de calor. Otro vigilaba el aire expandido mientras las turbinas giraban para generar electricidad. Otros informaban del agua marina que era hervida hasta convertirla en vapor, de la emisión de las sales sobrantes, que eran devueltas al mar, del bombeo de hidrógeno y oxígeno a las plantas de licuefacción, situadas más allá del pequeño golfo. Hake sabía que esto era así, porque sabía cómo funcionaba la central, pero no podía leer ninguno de los datos: para él sólo eran brillantes masas de colores y símbolos.

Una pequeña y oscura mujer alzó la vista de una de las pantallas, para echarle una ojeada a su documentación.

- No es usted el tipo de barrendero que acostumbramos a ver por aquí - le dijo.

- Necesitaba el trabajo. Me han dicho que quizá más tarde me den algo mejor.

- Me agrada tenerle por aquí - dijo ella, mirando con más interés al propio Hake que a su identificación -. El resto del equipo llegará en bote dentro de un momento. Le darán instrucciones.

Entre el centro de control y la torre había un largo túnel que iba bajo el agua. El jefe del equipo nocturno, un ingeniero egipcio llamado Boutros, se llevó a su grupo a través del mismo, a paso vivo. Habían estado en el túnel un centenar de veces y no les interesaba más de lo que a un habitante urbano podía interesarle la entrada a su aparcamiento. Pero, para Hake, era algo digno de verse. Era un kilómetro de nada más que distancia. Era como estar en un largo tubo, una caminata de diez minutos, a trotecillo ligero, con luces rojas espaciadas por delante y por detrás, siempre extendiéndose hasta el mismo fondo indefinido, quizá infinito.

Las flores solares ya hacía rato que se habían encerrado en forma de capullos para pasar la noche. Ya no llegaba más energía al receptor. Ya no había peligro, así que el equipo de mantenimiento podía ir a realizar su trabajo. Pero los generadores aún estaban girando, las bombas estaban resonando, el aire comprimido estaba aullando a través de la red de pequeños conductos. Boutros había cogido un par de tapones extra para los oídos de Hake. Sin ellos, se hubiera quedado sordo.

La torre estaba cerrada a cal y canto la mayor parte del tiempo; pero cerrada o no, la fina arena de las dunas y las gotitas saladas del mar hallaban el modo de penetrar en su interior. Éste era el trabajo de Hake. Mientras los experimentados mecánicos se dispersaban para comprobar y reparar el cerebro y las entrañas del sistema, Hake y un par de otros fueron puestos a barrer y limpiar. El primer trabajo fue la barandilla de latón que rodeaba el hueco central, a cada nivel. Hake, siguiendo el dedo de la mujer que trabajaba con él, vio por dónde tenía que empezar. Las barandillas de los tres niveles inferiores, mirando desde la base de la columna de intercambio calórico, estaban limpias y brillantes. Lo que parecía un repentino cambio a bronce negro - verdoso, a partir del cuarto nivel, era la suciedad que él tenía que limpiar. Arriba, muy arriba..., cerca del nivel de los cien metros, que se hallaba en la cúspide de la torre, podía ver las barandillas, otra vez limpias y brillantes. Limpiar la corrosión en el interior de la torre era como pintar un inmenso puente: para cuando uno completaba el trabajo ya era hora de empezarlo de nuevo.

Esa parte de la tarea sólo era manía de limpieza y trabajar por hacer algo. Hake y sus compañeros rascaron y pulimentaron para completar el cuarto nivel. Luego mandaron a Hake a manejar la escoba un rato, hasta que llegase el momento de realizar trabajos más importantes. El colector solar retenía el suficiente calor como para generar energía durante varias horas tras la puesta del sol. Luego, tan súbitamente como cuando se produce un estallido, todo se apagó: las bombas, los motores de las válvulas, el aullido y silbido de los fluidos forzados a lo largo de tubos... y todo el mundo se quitó los tapones de los oídos. Hubo un silencio total por un minuto, antes de que las bombas empezasen de nuevo, esta vez a baja presión, y Boutros apareciese para hacer un gesto a su gente en dirección a las escaleras.

Era una larga subida. Cien metros de subida.

Cuando el generador estaba en marcha y la energía solar estaba fluyendo, el aire bombeado absorbía energía para convertirla en electricidad en los generadores. Al mismo tiempo impedía que las tuberías se quemasen. El tiempo crítico era únicamente de unos segundos a toda energía. La cavidad estaba caliente... en teoría, podía ponérsela tan caliente como la superficie del mismo Sol; aunque en la práctica sólo se llegaba a la mitad de eso. Pero, desde luego, era más caliente que cualquier otra cosa con la que Hake jamás se hubiera topado. Si las bombas fallaran, el calor reflejado por las plantas fotófilas convertiría aquella delicada trama en tizones, a menos que se la separase inmediatamente. Ahora no era aquél el problema, porque las flores dormían; pero las bombas estaban enfriando las tuberías para el equipo de Boutros, de modo que pudieran picarlas y liberarlas de la delgada capa de corrosión marina, que reducía la conductividad calórica de las tuberías y despilfarraba energía.

Para hacer aquello tenían que subir hasta arriba, donde estaba el receptor de calor.

Un centenar de metros no es una gran distancia, cuando están colocados planos. Un corredor olímpico puede cubrir esa distancia en cuestión de segundos. Pero un centenar de metros hacia arriba, perpendiculares a otra superficie plana, es algo muy distinto. El esfuerzo físico es lo de menos, a pesar de que Hake alcanzó la cúspide jadeando y sin aliento. Lo peor era que el viento soplaba. Agarrándose a las barandillas de seguridad, Hake pensó que el viento iba a llevárselo el cabello. La torre se estremecía y no todo estaba en su imaginación; había un resonar, como de bajo de órgano de iglesia, que podía notar a través del metal al que estaba aferrado. Y aunque las bombas se habían llevado casi todo el calor, se quemó los dedos al tocarlo.

El árabe que estaba junto a él se rió, extendiendo sus propios dedos y señalando los guantes que Hake llevaba colgados del cinturón. Hake apretó los dientes: ¡ya podrían haberle advertido antes! Pero estuvo de acuerdo en que ningún recordatorio le hubiera hecho calar tanto en la mente aquel peligro como la quemadura.

Sobre las dunas, Casiopea seguía su recorrido hacia el final de la noche. El frío aire seco del desierto olía a sal, camellos y al antiguo petróleo. Una vez logró olvidarse del gran vacío que había bajo él y dedicarse a su trabajo, le resultó realmente agradable hallarse a cien metros de altura bajo el cielo nocturno de Arabia.

El trabajo no era difícil. Y como era llevado a cabo cada noche, la sal tenía bien pocas posibilidades de incrustarse. Sólo era necesario frotar, firme y lentamente, por encima de cada uno de los conductos, con los trapos empapados en algún producto químico.

Hicieron una pausa para tomar té con menta o café con especias, y bajaron hasta la superficie en grandes cubos. Y para cuando el cielo comenzó a tomarse de color cobalto hacia el este, ya habían acabado.

Hake bajó con los otros, se excusó para ir al retrete y aguardó allí hasta que no le llegaron más sonidos del interior de la torre. Entonces sacó la cabeza para atisbar.

La mayor parte del equipo había regresado ya por el túnel. Algunos lo habían hecho con los botes que estaban amarrados al pie de la torre. No creía que a nadie le fuera a importar mucho no verle en parte alguna. Había localizado los monitores de televisión que escudriñaban el espacio interior de la torre y puso mucho cuidado en evitar sus campos de visión. Luego se sentó y aguardó, tres niveles por encima de las suaves olas, con una clara vista de la costa a través de la ventana contra la que chocaban las gotas arrastradas por el viento y un panorama de los horizontes marinos a través de las otras.

El hecho de que en esa dirección no pudiera ver otra cosa que agua no quería decir que no hubiese nada allí; en aquel momento ya estarían en camino. Y también por tierra. Atisbando cuidadosamente por encima de la cuadrada edificación que había al borde del mar, divisó el techo rosáceo del puesto de guardia. Tigrito y sus matones ya estarían allí, comprobando sus relojes. Todo parecía muy pacífico, incluso la maraña de brillantes tubos que se proyectaba sobre el cabo del este, la planta de enfriado del gas y el mástil de radar de un buque tanque de hidrógeno líquido que esperaba para ser cargado.

Sería pecaminoso destruir todo aquello. Así pensaba Hake, ministro de una iglesia que jamás empleaba la palabra «pecado», veterano de un cuarto de siglo de apagones, fríos sin calefacción y suciedad de hollín en New Jersey. El limpio hidrógeno era una bendición. ¿En qué locura estaban metidos Cascarrabias y los otros? ¿En qué locura estaba metido el mundo entero?

El cielo más allá de las dos puntas del golfo era naranja, dispuesto para la entrada en escena del Sol; era un color que repetía el metal de las conducciones de la planta de enfriamiento. ¡Tantos megavatios/hora en aquel mecanismo, y eso en sólo una pequeña cala, invisible en el mapa! ¿Y si se multiplicase un centenar de veces, sólo en aquella costa? No era de extrañar que la lucha fuera tan dura. Lo que estaba en juego era de un valor fantástico.

Las bombas se estremecieron repentinamente, y las cámaras de la televisión comenzaron a moverse de un lado a otro, en su abanico de vigilancia.

Hake dio un salto. Ya era la hora. Las flores solares estaban empezando a abrirse. El Sol aún no estaba lo bastante alto como para producir mucha energía, pero pudo ver cómo la fantasmal imagen violeta surgía a la vista, a mitad de distancia hacia el cielo. Dejó un rastro de oleoso brillo a lo largo de la superficie del mar...

Y en medio de ese rastro brillante, invisible hasta que forzó la vista para verlo, un rosario de huellas.

Burbujas. Los invasores se estaban aproximando.

El primero en subir por la escalera fue Mario, con su traje de goma brillando a los rayos del amanecer y una mochila herméticamente cerrada a la espalda. No habló con Hake, se limitó a despojarse del traje y abrió la mochila para sacar sus útiles de trabajo. Hablar no hubiera resultado fácil. Las bombas estaban ahora rugiendo a plena potencia y toda la torre se estremecía con su ruido y el aullido del gas corriendo por las conducciones. El remolcador submarino llegó hasta el escalón más bajo de la escalera y una, dos, tres personas más subieron.

- ¡Quédense en este lado! - gritó Hake al oído de Mario -. He puesto una pantalla en la puerta. No se puede ir hasta el túnel sin que un cámara te capte.

Mario le miró despectivamente, luego repitió la advertencia a los otros. No era necesario hacerlo, a menos que fuera para reforzar el hecho de que era él, y no Hake, quien estaba a cargo de la operación. Habló por la radio, escuchó y asintió.

- Los otros están ya en camino - dijo -. Vamos allá.

El cuarteto de matones de Yosper se había vuelto a reunir allí en Al Halwani. Estaban surgiendo rápidamente de sus trajes de goma y extendiendo sus tesoros sobre el suelo metálico. El equipo de Mario consistía en máscaras de nariz, granadas de gas somnífero, placas de explosivo plástico de color gris rosado. Sven (o Carlos) tenía sus propias herramientas: la cámara para fotografiar la maquinaria, los útiles para desmontar los aparatos que creyesen interesante llevarse, los detonadores para hacer estallar el plástico de Mario y destruir la torre cuando hubieran saqueado todo lo que en ella hubiese de valioso. Dieter (o Sven, o Carlos) llevaba los recipientes biológicos con las esporas de los hongos. Iban a tirarlas al sistema de riego gota a gota, infectando las plantas con su enfermedad, que las marchitaría. Carlos (o quien fuese) llevaba las armas: Brollies búlgaras y Pens peruanas con dardos de punta verde parecidos a agujas hipodérmicas; un solo toque y la víctima quedaba anestesiada, para el caso de que fallase el gas. Y un puñado de pistolas ametralladoras. Ésas sí que no eran inofensivas. Cualquier persona que recibiese su ráfaga de un millar de disparos por minuto dormiría para siempre, bañada en sangre.

El segundo grupo llegó: tres personas. Dos resultaron ser hombres del jeque y el tercero, que estaba sumamente excitado, el propio Yosper.

- ¡Todo va de maravilla! - se carcajeó, mientras se quitaba el traje de goma -. ¿Estamos dispuestos, Mario? ¡Vamos allá! ¡Hake, muéstranos el camino!

Hake bajó las escaleras y se acurrucó a la puerta del túnel mientras los otros llegaban tras él. Yosper se puso de puntillas para escrutar por la ventanita y luego se volvió, resoplando:

- No cubriste las cámaras de televisión - le acusó.

- ¿Y cómo podía hacerlo? Habrían venido a arreglarlas. - Era una razón válida, aunque no cierta, pero no resolvía el problema para Hake. Dieter (o Sven) dijo alegremente:

- No hay problema. Dejadme un minuto con los cables. - Localizó y abrió una caja de empalmes y, en un momento, las débiles luces rojas tras la puerta se apagaron -. Mejor será movernos en seguida, Yosper. Dentro de un instante vendrán a ver qué pasa.

- ¡Entonces vamos! - Yosper tomó una pistola ametralladora y un lanzadardos del montón y comenzó a correr al trote, seguido por los otros. Hake se retrasó, se puso una máscara de nariz y lanzó dos granadas somníferas a la oscuridad que había frente a él.

No tuvieron tiempo de darse la vuelta. Oyó el estallido de las granadas, algunos gruñidos y jadeos y luego el sonido de cuerpos que caían.

Cuando estuvo seguro de que todos estaban fuera de combate, al menos por una hora, Hake volvió a subir la escalera, tomó las correosas pastillas de explosivo plástico y la caja de detonadores y las tiró al mar, junto con tantas pistolas ametralladoras como le fue posible coger. Luego bajó de nuevo por la escalera, pisando una cadera aquí, una espalda allí, y se metió con paso incierto por el túnel que llevaba al centro de control. No estaba seguro de lo que iba a hacer cuando llegara allí, pero al menos podía traspasar el problema a quienquiera que se encontrase. Tropezó con un cuerpo justo poco antes del final (¿cómo habría logrado alguien llegar tan lejos?) y tendió la mano para abrir la puerta.

Justo mientras la voz de Yosper decía suavemente tras él:

- ¿Sabes, Hake? Pensé que quizá intentarás algo - sonaba ahogada por una máscara -. Y ahora abre la puerta. Lo que notas contra la espalda no es el cañón de un lanzador de gases del sueño.

Hake se quedó muy quieto.

- No puede culparme por haberlo intentado - dijo.

- Te equivocas, chico - le corrigió Yosper -. Puedo matarte por haberlo intentado.

Si tenía alguna elección, Hake no podía verla. Abrió la puerta de un empujón. No había nadie tras ella, sólo las escaleras que llevaban al centro de control. Con Yosper a pocos centímetros tras él, subió las escaleras y entró en la sala propiamente dicha.

No había nadie allí.

Los monitores estaban desatendidos, las sillas vacías. Aparte del sonido de un ventilador y el apagado chisporroteo de la electrónica, no se oía ruido alguno. Hake entró en la sala, intrigado.

Tras él, Yosper resopló:

- ¿Qué infiernos sucede? Hake, si has hecho algo... ¡Te estoy apuntando con un arma muy mortífera!

Y entonces, desde detrás de uno de los monitores, una voz muy conocida sonó:

- También lo es ésta - dijo Rama Reddi, alzándose y dejándose ver -, como la de mi hermano, como las de los otros.

Por toda la habitación estaban levantándose hombres y mujeres armados, y todas las armas apuntaban precisamente a la cabeza de Yosper.

Una de las mujeres era Leota, que dejó caer su arma y corrió hasta Hake, con los ojos llenos de chispas de placer.

- ¿Estás bien? - preguntó -. ¡Claro que lo estás! ¡Has hecho un gran trabajo, Horny, aunque no sepas exactamente lo que has estado haciendo!

Él la besó con aire ausente, tratando aún de seguir el ritmo de los acontecimientos. El cojo de personal, Robling, estaba dando saltitos hacia él, con una gran sonrisa.

- ¿Cómo lograste escaparte? - le preguntó a Leota.

- Tuvimos un incendio en el hotel - se rió el hombre, contestando por ella -. Nada serio. Justo para hacer que todos lo evacuasen, y en la confusión recogimos a sus amigos. Leota y el señor Reddi lo organizaron todo en mi oficina... ¿Sabe?, ésta no es mi línea de trabajo. Pero parece que ellos sí sabían lo que estaban haciendo.

- Sólo que no tenemos que dormirnos - urgió Leota, escurriéndose de entre los brazos de Hake -. Alguien tiene que llamar al yate y decirles que todo anda bien.

La máscara de furia de Yosper se suavizó y tendió la mano hacia su radio, pero Hake se le adelantó.

- Usted no, Yosper: es usted un agente de los de antes, de los duros, y Dios sabe lo que les diría para alertarlos. Lo haré yo.

Tomó la radio del cinturón de Yosper, extendió la antena y miró en derredor.

- ¿Ahora?

- ¡Sí, ahora! - rezongó Rama Reddi -. ¡Acabemos esto y arreglemos el asunto del pago!

Hake frunció el ceño y luego se alzó de hombros. Encendió la radio y, golpeándola suavemente mientras hablaba, llamó:

- ¿Cascarrabias? ¿Hassabou? ¡Que conteste alguien! Vamos, Cascarrabias, le estamos esperando.

Cascarrabias le contestó inmediatamente.

- ¿Eres tú, Hake? ¿Qué diablos le pasa a tu radio? ¿Dónde está Yosper?

Hake sonrió y repitió:

- Vamos, Cascarrabias, conteste - Y, en un aparte: - ¿Tengo bien encendido este maldito cacharro? Oiga, Cascarrabias. Yosper y Mario se metieron en el gas somnífero, pero estamos dispuestos a recibirle. Le llamo desde el centro de control y todo está en orden.

Entonces apagó el transmisor y todos escucharon cómo Cascarrabias maldecía.

- ¿Lo hará? - preguntó Robling. Hake se alzó de hombros.

- No puedo contestar a preguntas como ésa - dijo -. Tendremos que esperar y ver lo que pasa.

Leota, con los ojos fijos en la pantalla del radar, dijo:

- Mirad aquí. - En el tubo de vacío podían ver la sombra verdosa de la torre, las puntas de la cala, las barcas esperando con sus tanques globulares las carga de hidrógeno líquido... y, doblando la punta con cuidado, la aguda y estilizada imagen del yate.

- Viene - jadeó el cojo -. Ahora os toca a los operadores de la torre. Haced vuestro trabajo.

La mujer oscura del monitor del holograma asintió con la cabeza y movió unos controles. Por la rendija con fuertes filtros que había en la parte delantera de la sala, Hake pudo ver cómo el holograma violeta se deslizaba por el cielo. Por las ventanas transparentes que daban al lado en que estaban las dunas, contempló cómo las plantas solares parecían agitarse y sacudirse a ritmo lento, mientras se movían hacia el nuevo foco. Su tiempo de respuesta era lento... minutos al menos, para lograr una colimación perfecta. Pero se estaban moviendo;

Todo pareció suceder muy lentamente. La mujer estaba explicando la geometría y la mecánica, pero Hake sólo captaba fragmentos de su explicación. El disco solar se subtendía diez miliradianes; en el mejor de los casos las plantas solares podían mantener el noventa y cinco por ciento de la energía que reflejaban en un blanco de diez veces ese diámetro... pero no todas a la vez. Durante los siguientes minutos estarían buscando el punto, creando primero una amplia zona de calor, luego un área de varios centenares de metros en la que se estaría bastante a disgusto, para acabar en un punto, más pequeño que el costado de un yate, en el que nada sin protección podría sobrevivir.

La brillante estrella de color blanco en la parte superior de la torre comenzó a desdibujarse y oscurecerse.

El cojo y la controladora susurraban, con aire urgente, el uno con el otro. Era un momento crítico. El receptor de cavidad estaba diseñado para soportar un intenso calor. La estructura que le rodeaba, no. Mientras el punto se desenfocaba, miles y luego millones de vatios de calor chocaron contra las pulimentadas formas Fresnel de acero reflector. Una energía de diez millones de caballos asaltó cada placa metálica. Pero el desenfocado fue suficientemente rápido. Para cuando el monitor de temperatura empezó a iluminarse de rojo, el punto ya se había extendido. El gráfico en la pantalla tembló, se mantuvo mismo nivel y luego empezó a bajar.

Y el yate se detuvo y dejó caer el ancla. La mujer del holograma realizó los ajustes finales y luego hizo un gesto afirmativo hacia Hake.

- Adelante, Horny - le dijo Leota -. Puedes ser tú quien les diga lo que está sucediendo.

- Con placer - sonrió Hake. Y luego, por el transmisor: - ¡Cascarrabias, más vale que se ponga las gafas de sol!

De la radio surgió un gruñido asombrado y luego silencio. Entonces la voz de Cascarrabias, espesa y malévola:

- Hake, ésta es tu última oportunidad. ¿Qué demonios está sucediendo?

- Estamos apuntándoles, Cascarrabias. Tienen un minuto para abandonar la nave.

Al yate se le veía más brillante a cada segundo que pasaba, como si unos invisibles electricistas de tramoya estuvieran encendiendo focos no menos invisibles sobre el mismo.

- Salten por el lado opuesto - añadió Hake -. Quizá nuestra puntería no sea demasiado buena.

El cojo refunfuñó e hizo un gesto urgente a Hake para que apagase el transmisor.

- ¡Ojo con lo que les dice! - le advirtió -. Si ponen en marcha los motores en este mismo instante aún pueden escapar al haz...

Miró ansioso por la rendija de los filtros. Luego sonrió.

- Creo que ya no tienen esa oportunidad - dijo -. Han perdido demasiado tiempo. La nave ya puede considerarse hundida. Adelante, dígales que salgan de ella.

El receptor tableteaba con la voz de Cascarrabias:

- Hake, no sé lo que estás haciendo, pero si crees que vas a...

- No lo estoy haciendo, Cascarrabias, ya lo he hecho. Quizá les queden treinta segundos; luego creo que su tanque de hidrógeno va a estallar. - El haz solar se estaba contrayendo y haciendo más luminoso. Los rayos de grupos de distintas emisiones se iban juntando, mientras correteaban por la superficie del mar, y aquí y allá se veían nubes de vapor que se elevaban de la cresta de algunas olas.

- ¡Quince segundos!

Desde el rincón en donde le estaban atando a una silla, la voz de Yosper sonó henchida de ira:

- Hake, bastardo, vas a desear no haber nacido.

Sonó un babel de voces confusas en la radio y luego se apagó.

Aun a través de los filtros ya hacía daño a la vista mirar a la nave.

Surgía humo de su costado mientras la pintura ardía. Saltaban cristales de los ojos de buey y la alegre hilera de banderolas que adornaban los mástiles se convirtió en cenizas. El disco de concentración al noventa por ciento se contrajo hasta un millar de milirradiantes, quinientos, trescientos...

El globo de hidrógeno líquido de popa no llegó a estallar. No tuvo tiempo. Antes de que el calor de su recipiente aumentase lo bastante como para hacer hervir una cantidad del contenido suficiente para hacer saltar las válvulas, el disco de concentración del noventa por ciento se había apartado de él, estrechándose para apuntar al centro del casco, justo por encima de la línea de flotación. Hake no podía ver si el metal estaba brillando, pues la reflexión del punto de luz sobrepasaba en mucho la mera incandescencia del acero. Pero,

de repente, un goterón de metal ablandado se deslizó y cayó al mar, con una tremenda producción de vapor. El navío se tambaleó locamente y comenzó a hundirse en el mar.

Mirando por la ventanilla filtrada, Hake tuvo una repentina sensación de preocupación:

- ¿Qué es lo que le pasará a la gente que haya en el agua cuando el yate se hunda?

Robling sonrió y señaló al monitor del holograma. El holograma de mira púrpura ya estaba subiendo hacia el cielo, apartándose de la nave, y el punto estaba volviendo a desenfocarse.

- No se hundirá en al menos media hora - dijo.

La mujer que estaba a los controles espetó de repente:

- ¡Y ya era hora! ¿Saben ustedes lo que está costando este juegucito? Producimos quince millones de dólares al día, y ya hemos perdido una hora de producción...

- Es un precio barato - dijo el jefe de personal -. Vamos a llamar al Séptimo de Caballería.

- Ya lo he hecho - le dijo ella. La pantalla de larga distancia los captó primero, pero tan pronto como los ojos de Hake se recuperaron de mirar al punto brillante en el costado de la nave que moría, pudo verlos: un destructor y dos cañoneras de la «armada» de Al Halwani... probablemente fueran toda la armada de Al Halwani, que llegaban desde más allá de la línea del horizonte, con ondas blancas en sus proas que indicaban su velocidad máxima.

Hake puso su brazo sobre los hombros de Leota, que estaba junto a él en la ventanilla, y dijo con asombro:

- Lo hemos logrado.

- Aún no - dijo Rama Reddi, que llevaba una pistola ametralladora colgando del hueco de su brazo; y, desde el otro lado de la sala, su hermano añadió:

- Así es, Hake. Aún tiene que liquidar cuentas con nosotros.

Hake se volvió hacia ellos, pero antes de que pudiera decir nada intervino Leota:

- Es cierto, Hake. Les prometí que les entregarías los códigos y las claves. Y quiero que lo hagas.

- Hagan lo que ustedes quieran - les dijo Robling -, pero no lo hagan ahora. Vamos a sacar a esa gente del agua y luego a reanudar la producción.

Incluso en botes de goma o en la misma agua, la tripulación del yate no estaba desprovista de medios ofensivos. Pero la potencia naval de Al Halwani les lanzó granadas de gases vomitivos. Lanchas a motor los fueron pescando del agua uno tras otro, debilitados y sin ganas de lucha; algunos tuvieron que ser recogidos con redes, como pescados. Entonces, una de las lanchas se dirigió veloz hacia el centro de control, mientras las otras regresaban a los buques de guerra.

Depositó a Cascarrabias y al jeque Badawey Al - Nadim Abd Hassabou, atados y con aspecto miserable, en la playa; y marineros armados los llevaron al interior mientras la lancha se apartaba a toda marcha de la costa.

El cojo dio órdenes:

- Siéntenlos contra la pared. Omayá, inicia el reenfoque hacia la torre; esos barcos se habrán alejado antes de que el haz vuelva a concentrarse y tenemos que reanudar la producción.

Yosper gritó con voz cargada de veneno:

- Todos vosotros estáis muertos, ¿lo sabíais? ¡Os habéis atrevido a tocarle las pelotas a la fuerza más poderosa que hay en el mundo!

- Y, además, amordazad a éstos - dijo Robling por encima de su hombro, contemplando cómo el holograma púrpura se deslizaba hacia su lugar correcto -. Y ahora, por lo que a mí respecta, ustedes ya pueden arreglar sus asuntos privados.

- ¿Aquí? ¿En este lugar, con todos estos testigos? - preguntó Subirama Reddi -. ¿Están tratando de engañarnos?

Leota replicó con firmeza:

- El trato fue que Hake os daría la información, eso es todo. No acordamos nada acerca ni del cómo ni del cuándo.

- Pero... esos hombres son de la Agencia. ¡Pueden cambiar en un momento los códigos y toda esa información no valdrá nada!

Leota negó con la cabeza.

- Os diré lo que vamos a hacer. Tan pronto como tengáis lo que deseáis podéis ir. Nadie más saldrá de aquí antes de una hora. De todos modos los prisioneros no van a hablar con nadie en un tiempo... Estarán en la cárcel de Al Halwani, donde no creo que reciban muchas visitas.

- Al menos no en veinticuatro horas - afirmó el cojo, sonriendo -. Eso lo puedo prometer.

Los hermanos se miraron el uno al otro y luego se alzaron de hombros.

- Puede empezar - dijo Rama Reddi, de mala gana.

- ¿Y cómo es que nadie me pregunta a mí si deseo empezar? - preguntó Hake.

Leota puso su cabeza sobre el brazo de él.

- Porque hicimos un trato - le dijo -. Adelante, Horny. Díselo todo. Cuéntales también lo de la huella de tu pulgar. Te prometo que todo esto va a acabar bien.

Hake inspiró profundamente. Todo el mundo le estaba mirando, pero, para ser el centro de la atención, le parecía tener muy poca libertad de actuación. Y muy poco tiempo para decidir lo que deseaba. Negociar con los Reddi no era el tipo de cosa de la que fuera a sentirse orgulloso. Y haber abortado un pequeño plan de la Agencia era una victoria demasiado pequeña como para que fuese a durar, por lo que el futuro que se extendía tras ese momento no le parecía nada prometedor...

- Hazlo ya, Hake - dijo Leota; en sus ojos había urgencia.

- Oh, de acuerdo - aceptó él -. Bien. Financiamos nuestras operaciones a base de sacar dinero de las cuentas bancarias de otros... sobre todo de las de los servicios secretos de los otros bandos. Para abrir una línea, lo primero que debo hacer es mostrar la huella digital de mi pulgar como identificación. Luego hay algunas palabras - código...

Comenzó a describirlo todo con detalle, nombrando todas las cuentas bancarias que estaban saqueando, recitando los códigos, sin omitir nada; mientras, Subirama Reddi tomaba notas y su hermano hacía preguntas. Al fin, Subirama alzó la vista.

- Creo que ya tenemos todo lo referente al procedimiento. Queda la cuestión del pulgar.

- Yo os ayudaré en eso - dijo rápidamente Leota, sacando una caja metálica plana. Contenía una especie de plástico -. ¿Quieres apretar tu pulgar aquí, Horny?

Él se alzó de hombros e hizo lo que le pedía. Leota le entregó la caja a los Reddi.

- Podéis hacer vuestra propia huella dactilar a partir de esto - les dijo.

Subirama Reddi tomó la caja, la estudió cuidadosamente y luego asintió con un gesto a su hermano.

- El pago está completo - dijo -, excepto por lo de nuestra hora de adelanto antes de que nadie salga de aquí.

- Entonces lo mejor será que se pongan ya en camino - gruñó Robling. Y luego añadió - : Quiero sacar a toda esta gente de nuestra planta. Ya pueden quitarles las mordazas a esos tres, mientras decido qué hacer con todos ellos.

Mientras los Reddi desaparecían, Yosper comenzó a rabiar:

- ¡Traidor! - gritó -. Chico, has traicionado a la Agencia, a los Estados Unidos de Norteamérica y al Buen Dios; te compadezco... ¡Verás lo que queda de ti cuando hayamos acabado contigo! Para lo único que has valido ha sido para diseminar unos cuantos gérmenes por Europa.

Leota intervino:

- ¿Está usted hablando de la pasada primavera, cuando lo utilizaron como portador de gérmenes?

Yosper le echó una mirada asesina.

- ¡Más vale que te calles, mala puta! El jeque se ocupará de ti, de eso puedes estar segura.

- No a menos que quiera volver a raptarme. Y eso es un crimen con el que no creo que esté demasiado de acuerdo el gobierno de Italia.

El jeque, que desdeñosamente permitió que uno de los marineros le quitase la mordaza, dijo en inglés con mucho acento:

- Mi amigo el Ministro de Justicia no escuchará sus estúpidas locuras - casi resultaba una figura cómica, con el kohl alrededor de sus ojos corrido por la inmersión en el agua; pero no había nada cómico en su expresión.

- ¿Qué me dice usted, Cascarrabias? - inquirió Hake -. ¿O no tiene nada que añadir?

El jefe de la Agencia dijo con dignidad:

- No importa nada de lo que diga, Hake. Estás acabado. Y también está Al Halwani.

Robling le interrumpió:

- El que no parece darse cuenta de que está acabado es usted. Ahora somos nosotros los que le tenemos en nuestro poder.

- ¿Y de qué les va a servir? No necesitamos volar su torre para acabar con su negocio. Tenemos lo que se necesita para matar sus plantas... y una variedad de esas plantas, que hemos preparado nosotros, que son inmunes a los hongos. ¿Creen que van a poder impedir que una noche de éstas uno de nuestros helicópteros siembre todas sus instalaciones con la enfermedad? ¡No! ¡Ni lo sueñen!

Hake estalló airado:

- ¡No van a salirse con la suya! ¡Hablaré... hablaré con el mismo Presidente!

Cascarrabias se echó a reír.

- ¿Con ese calzonazos? No sabe nada de esto y no te iba a creer; es el Fiscal General el que dirige todo este tinglado, y a él es al único a quien escucha el Presidente.

Hake se quedó mirando a aquellas personas que, aun siendo unos cautivos impotentes, seguían mostrando beligerancia.

- ¿Sabes? - dijo asombrado - Están ustedes locos.

Y lo estaban, de eso no cabía duda; gente loca dirigiendo un loco juego de sabotaje y destrucción. ¡Se sentían tan seguros! ¡Si incluso Yosper y Cascarrabias parecían estar disfrutando con todo aquello! Se olvidó de lo que le rodeaba, tratando de buscarle una razón a lo que sucedía. ¿Habría algún modo, en alguna ocasión, de poner un fin a aquel ciclo sin fin de loca violencia?

Vagamente oyó cómo Leota le decía al cojo:

- Creo que lo tenemos todo - y vio cómo el cojo tomaba un teléfono.

Esperó, contemplando a Yosper y Cascarrabias como si fueran bichos raros dentro de una jaula, luego habló por teléfono y, más tarde, gritó:

- ¡Que se calle todo el mundo! Hake, creo que le gustará contestar a esta llamada.

La pasó a un altavoz. La voz que resonaba al otro extremo del hilo, rebosante de satisfacción, era la de Art el Increíble.

- ¿Horny? ¡Oh, Horny, todo ha ido de maravilla! - se regocijó -. Alguien empezó a interferir hace unos dos minutos, pero ya era demasiado tarde... ¿Cómo?

El medio segundo de retraso le hizo perderse las palabras de Hake. Éste las repitió, mirando a los otros que le rodeaban.

- ¿De qué me estás hablando, Art?

Medio segundo. Y luego...

- ¿Quieres decir que no lo sabes? ¡Vaya, Horny, eso sí que es divertido! ¡Has estado en las ondas... todos lo habéis estado, en la televisión! ¡Durante la última media hora han estado retransmitiendo en directo todo lo que pasaba ahí, por satélite, para todo el mundo!

De regreso a El Dormitorio, Leota insistió en detenerse para nadar un poco. Aquello era ridículamente poco apropiado después de todo lo que les había estado pasando, lo cual lo convertía en perfecto. Hake aparcó el buggy a hidrógeno que les habían prestado y corrieron hacia las diminutas olas, arrancándose las ropas mientras corrían.

Él fue el primero en salir; se arrastró hasta la arena y se desplomó de espaldas, mirando al cielo con la vista protegida por la visera de su mano. En alguna parte por allá arriba estaba el satélite geoestacionario que había tomado las imágenes captadas por las cámaras y retransmitidas por el centro de comunicaciones de Al Halwani, para distribuir las por todo el orbe. Naturalmente, no podía verse: a unos 35.000 kilómetros un objeto del tamaño de un piano no resulta visible, Pero allí estaba y había cumplido con su misión. Art el Increíble había avisado a los tres canales nacionales de televisión de los Estados Unidos y dos de ellos ya habían emitido extractos completos, con nombres y rostros.

Por primera vez en mucho más tiempo del que pudiera recordar, se sentía lo bastante seguro como para poder permitirse estar relajado. Cerró los ojos y dejó que el Sol le sanase.

Gotas frías cayendo sobre su cuerpo le hicieron abrirlos de nuevo. Leota estaba arrodillándose junto a él, mirándole mientras se sacudía el agua del cabello.

- No estaba dormido - dijo él.

Ella se rió, se inclinó hacia adelante y le besó.

- ¿Y quién ha dicho que lo estuvieras? Pero tenías el aspecto de alguien que está teniendo un sueño agradable.

Él se sentó para contemplarla mejor.

- Tengo muchas cosas de las que estar satisfecho - dijo -. Y ya he llegado a una conclusión acerca de lo que tenemos que hacer.

- ¿Ah, sí? - dijo ella, divertida. Luego, mirándole más detenidamente: - Oh, hablas en serio.

- Creo que sí, Leota. Realmente lo creo - sonrió -. Todo resulta muy simple... exceptuando un par de detalles. Por ejemplo, estaba preocupado por el hecho de que quizá los chicos maten estas plantas solares de aquí, sólo por puro despecho, con su enfermedad. Pero creo que ya he encontrado una respuesta a eso. Llamaremos a Art y le diremos que busque por mi casa hasta que encuentre la flor que yo tomé en la AFI; creo que es de su especie resistente al hongo.

Se interrumpió y luego añadió:

- ¿Estabas esperando algo más?

- Bueno...

- Tienes razón, Leota. Ése era sólo uno de los detalles. Pero sigo: creo que quiero volver a seguir siendo un ministro religioso en Long Branch. ¿Crees que aquello te gustaría?

- Podría hacer un intento - dijo ella con cautela -. Alys no me dio a entender que sea un sitio muy atractivo. Y esto, ¿estás seguro de que aquello nos va a resultar... saludable?

- Bueno, ése era otro de los detalles - admitió Hake -, pero creo que sí. Ha sido un hermoso y muy importante escándalo. No creo que quieran empezar otro y, además, la iglesia es una buena base de operaciones para nosotros. La otra cosa que quiero pedirle a Art es que me meta en la televisión. Quiero hablar acerca del modo en que la gente actúa como si estuviera hipnotizada. No sé cómo se podría detener ese asunto, pero al menos creo que sería bueno empezar a airearlo, hacer que se sepa lo que está sucediendo.

Leota pensó por un momento, frunciendo el ceño. Luego se aclaró su expresión.

- De acuerdo. Te seguiré en eso, al menos por el momento. Pero luego, ¿qué es lo que haremos?

Hake sonrió y le echó el brazo al hombro.

- Eso es fácil - le dijo -. Ésa es la parte acerca de la que he llegado a una conclusión... y todo lo demás son detalles. Lo más importante que tenemos que hacer, durante el resto de nuestras vidas, es hacerlo todo lo mejor que sepamos.

FIN

Bajado de Moyano-Mallart
R6 02/00